



Universidad Autónoma
del Estado de México



**Habitar/residir en las escalas urbanas
del Valle de Toluca**

Felipe González Ortiz

CONSTRUIR LA BIOCRÓPOLIS

Habitar/residir en las escalas urbanas
del Valle de Toluca



**Universidad Autónoma
del Estado de México**

**Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
*Rector***

**Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados***

**Maestra en Administración
Susana García Hernández
*Directora de Difusión y Promoción de la Investigación
y los Estudios Avanzados***

**Doctora en Comunicación
Laura Elizabeth Benhumea González
*Directora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales***

Felipe González Ortiz



"2024, Conmemoración del 60 aniversario de la inauguración de Ciudad Universitaria"

**Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, 2024**

González Ortiz, Felipe.
Construir la Biocrópolis: habitar/residir en las escalas urbanas del Valle de Toluca / Felipe González Ortiz.
1ª ed.
Toluca, Estado de México: Universidad Autónoma del Estado de México, 2024.
232 p. : mapas. ; 23 cm.

Incluye referencias bibliográficas (p. 217-229).

ISBN 978-607-633-808-7 (impreso)

ISBN 978-607-633-807-0 (PDF)

1. Desarrollo urbano sustentable -- Toluca, México.
2. Desarrollo urbano sustentable -- México (Estado).



HT169.M62 T76 2023

CONSTRUIR LA BIOCRÓPOLIS

Habitar/Residir en las escalas urbanas del Valle de Toluca

Felipe González Ortiz

Libro sometido a sistema antiplagio y publicado con la previa revisión y aprobación de pares doble ciego externos, que forman parte del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores nivel I. Expediente de obra 361/01/2023, Dirección de Difusión y Promoción de la Investigación y los Estudios Avanzados, adscrita a la Secretaría de Investigación y Estudios Avanzados de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Primera edición: 26 de abril de 2024

ISBN 978-607-633-808-7 (impreso)

ISBN 978-607-633-807-0 (PDF)

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México

Instituto Literario número 100 Ote., col. Centro

C.P. 50000, Toluca, Estado de México

www.uaemex.mx

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Imágenes de interiores: Felipe González Ortiz, Iván Pérez González, Juan Manuel García Guerrero, Patricia Vega Villavicencio y Elizabeth Mejía García.

Ilustración y diseño de portada: Nahualito estudio.

El autor agradece el apoyo de Efraín Ramos Quiroz en la elaboración de los mapas.

El contenido de esta publicación es responsabilidad del autor.



Esta obra queda sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No comercial- Sin derivadas 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, ya que permite solo descargar sus obras y compartirlas, siempre y cuando den crédito, pero no pueden cambiarlas de forma alguna ni usarlas de manera comercial. Disponibles para su descarga en acceso abierto en: ri.uaemex.mx

Hecho e impreso en México

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

DELIMITACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO

Objeto

El presente libro versa sobre las maneras de apropiación del espacio y tiempo de las personas que construyen asentamientos humanos diversos, en la metrópoli del Valle de Toluca. La metáfora a la que se remite este proceso es a la de un arrecife compuesto por toda variedad de especies, cada una de ellas establecida en un espacio particular que la defiende y cuida de otras, pero, al mismo tiempo, permite que se traslade por algunas rutas y puntos, sin potenciar el peligro y mantener la vida. Se trata de un diagnóstico cualitativo que indica las maneras singulares de construir el espacio urbano, de darle significado mediante su apropiación y la producción de diversidad cultural. Se observa la traza urbana como un producto entremezclado por la planeación gubernamental, las disposiciones del mercado y la apropiación singular de los grupos sociales (diversos, en sentido cultural como de estrato social) que de ella hacen. Asistimos, así, a un universo complejo de sedimentaciones culturales con expresión territorial.

El libro diagnostica asentamientos de distintas índoles que existen en la metrópoli del Valle de Toluca. Se puede describir como una mezcla de establecimientos rurales y urbanos en contextos sociales metropolitanos (y megalopolitanos a la vez). Se caracterizan por la extensión y la difusividad, de ahí, las fronteras nítidas que pudieran caracterizar y distinguir sociedades rurales de urbanas (dicotomía que servía para definir a la una o a la otra) (Singer, 1989); esto pierde sentido cuando hablamos de los asentamientos extensos como los megalopolitanos y metropolitanos de la actualidad. La extensión de los asentamientos humanos crea lo que Gottmann (1959) llamó,

partiendo de una metáfora de la biología celular, la *polinuclearidad*, es decir, que dentro de un asentamiento extenso subsisten varios núcleos, con sus respectivas centralidades, que pueden ser definidos por su vocación económica (zona industrial, ganadera, agrícola, habitacional, comercial, etcétera); o bien por su tipo de asentamientos (suburbios de clase alta, de clase baja, pueblos, fraccionamientos, unidades habitacionales, etcétera). Ante este escenario polinuclear, con establecimientos humanos diferenciados, con patrones propios de producción cultural y de creación de ciudad, se vuelve necesario hacer proyecciones sociológicas para la habitabilidad con bienestar y armonía con el ambiente, cuestiones urgentes para la agenda académica y política actual.

El objetivo del libro es conocer la dinámica cultural que se produce por la densidad poblacional regional en el Valle de Toluca, entendida como una serie de asentamientos distinguibles por su patrón de radicar en el espacio, esto es, de construir o comprar una casa para habitar y residir en pueblos, barrios, colonias, fraccionamientos, unidades habitacionales, etcétera (esto define el *habitar/residir*), para delinear ideas de integración urbana metropolitana, con base en la diversidad cultural, que se produce por el hecho de habitar/residir. De esta manera, el hilo conductor de cada capítulo refiere a las formas en que los distintos asentamientos contribuyen a la densidad poblacional de la metrópoli de Toluca, con ello tenemos un acercamiento para hablar de la diversidad cultural en tanto que casa representa experiencias densificadas del habitar y del residir en este espacio/tiempo.

Se parte del supuesto de que los asentamientos urbanos extensos y difusos son productores de diversidad cultural en sí mismos (Harvey, 2012), pues la construcción de espacialidad crea símbolos engarzados al espacio y al tiempo de las personas pertenecientes a cada asentamiento. De ahí que el tiempo y el espacio sean recursos simbólicos a disposición de los diversos usuarios que habitan la metrópoli, susceptibles de ser utilizados para la negociación política, ámbito que articula con la gobernabilidad urbana.

De esta manera, los distintos asentamientos humanos metropolitanos engarzan sus propias normas (formales e informales), para gestionar el espacio urbano, ya sea dentro o fuera de las reglas y normas dispuestas desde los gobiernos local, estatal y federal. No solo éstas, sino también las reglas propias del mercado inmobiliario, que busca por todos los medios alianzas con los gobiernos para acrecentar sus ganancias. En esta vorágine, aparentemente caótica, se juega la producción cultural de la metrópoli.

Se entiende al *habitar* como un conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse en un orden espacio/temporal, reconociéndolo y estableciéndolo (Giglia, 2012) como un saber incorporado por las prácticas cotidianas: implican los desplazamientos por el barrio, pueblo, colonia, fraccionamiento o unidad habitacional, para luego incorporarse a la metrópoli como resto. Se establece un vínculo entre el modo de habitar y los tipos de hábitats (Giglia, 2012). De ahí que asentamiento humano urbano y hábitat sean sinónimos en este trabajo, pues ambos incorporan las dimensiones espacial y temporal para que los sujetos se localicen en el universo metro y megalopolitano.

El Valle de Toluca representa una gran región urbano/rural cuya metrópoli es Toluca, pero en términos de área urbana, está compuesta por asentamientos humanos con distintas características. Es necesario identificar una integración urbana-rural sostenible en donde las interacciones beneficien a la totalidad de habitantes, sin afectar el entorno ambiental, más bien proyectándolo como una ventaja para la integración social.

Estos distintos asentamientos humanos pueden definirse como hábitats, en la medida en que son constructos sociales realizados a través de las apropiaciones urbanas cotidianas de sus residentes. El estudio cultural de éstos representó un reto epistémico, pues cada uno se construyó como islas contenidas en su propio habitar/residir (hábitat). Esto llevó, metodológicamente, a considerar el estudio para cada uno y, después, observar las articulaciones en conjunto con la metrópoli. De ahí que, teóricamente, observamos la metrópoli compuesta por varias ciudades (Giglia, 2012), por fragmentos humanos en interacción, en eso consiste su carácter polinuclear (Gottman, 1959). Sin embargo, el hilo conductor del análisis es el patrón general de cada hábitat al construir su espacio inmediato, en el que articula lo doméstico (la casa) y el habitar (el vecindario inmediato).

La teoría general de fondo es el constructivismo, mediación hecha a partir de espacios fragmentados (Lefebvre, 1996), pero articulados globalmente. Atendemos el carácter intersubjetivo de las interacciones entre actores que han consolidado un hábito en la forma de apropiarse del espacio urbano y en la cotidianidad que, siguiendo a Giglia (2012) y Lindón (1999), he denominado habitar/residir. Se trata de observar prácticas sociales ordenadas en un tiempo/espacio. Giddens (2009) dijo que el constructivismo de la teoría de la estructuración identifica las estructuras sociales como marcos de acción, proceden de las prácticas que se engarzan con la significación

práctica de la rutina cotidiana. En este sentido, las formas habituales de construir y apropiarse del espacio/tiempo urbano ayudan a los actores sociales, a los usuarios de los hábitats metropolitanos a ubicarse y localizarse en la dimensión micro y macrosocial.

Según la clasificación de Duhau y Giglia (2008), encontramos los siguientes asentamientos:

1. Zona centro urbana.
2. Rural disperso.
3. Pueblo en proceso de conurbación.
4. Unidad habitacional de interés social.
5. Fraccionamiento residencial medio.
6. Fraccionamiento residencial alto.

Estos tipos de asentamientos son definibles según diversas prácticas económicas que determinan las intensidades de aglomeración megalopolitana y definen estilos de vida. El diagnóstico para dar cuenta de la cultura de cada uno parte de descubrir su patrón de crecimiento urbano y la forma cultural de apropiarse del espacio para producir diversidad cultural. Estos puntos representan el hilo conductor del análisis de determinados asentamientos humanos. A partir de esto, se obtendrán los elementos para diferenciar a los que conviven en la metrópoli del Valle de Toluca y poder generar ideas que identifiquen problemas de integración metropolitana para vislumbrar posibles acciones que mejoren la vida sustentable de sus habitantes.

Metodología

A la pregunta sobre la perspectiva tomada respecto al universo de investigación, decidí construir la metrópoli, metodológicamente, como fragmentos humanos definibles por el habitar/residir. Considerando las categorías descritas anteriormente, se parte de su composición polinuclear de hábitats metropolitanos, de ciudades dentro del área metropolitana. Así, una vez definida la estrategia de acercamiento a nuestro universo, procedí a formular preguntas generales para cada fragmento humano de la metrópoli.

Se trataba de conocer la dinámica de integración regional, culturalmente diversa, del Valle de Toluca, con la finalidad de proyectar diagnósticos

que permitan construir modelos de integración sostenibles y traducibles en bienestar colectivo, se dividieron las preguntas en tres dimensiones:

1. *La dimensión macro*: pregunté ¿cuál es el lugar de la metrópoli de Toluca con el entramado urbano más general y grande? El resultado fue ser la megalópolis o área urbana del centro del país. Para este campo se privilegió el uso de mapas y fuentes históricas.
2. *La dimensión micro*: se encuentran los asentamientos humanos generadores de policentralidad. Se llaman así porque cada uno de ellos construye patrones de producción de ciudad. Para lograr estas distinciones se realizaron entrevistas a profundidad con enfoque autobiográfico y testimonial; además de trabajo de observación y observación participante en algunas zonas de esta gran metrópoli. En este nivel, se buscan los tipos de sociabilidad, pues revelan las formas en cómo sus habitantes/residentes construyen sus coordenadas espaciales y temporales con las que se apropian y producen cultura urbana diversa. Se realizaron seis entrevistas con habitantes/residentes de unidades habitacionales de interés social, cinco con los de fraccionamientos residenciales medios y altos, cuatro con habitantes de las zonas centro y seis con los de pueblos rurales y en proceso de conurbación. Se delimitó la muestra en la medida de su saturación de significantes (Ruiz e Ispizu, 1989) o saturación teórica.
3. *La dimensión meso*: se consideró la participación de actores diversos, como los tres niveles de gobierno, promotores y empresarios inmobiliarios. Se analizaron planes de desarrollo urbano y otras fuentes documentales (periódicos, noticias, etcétera). Se procedió, además, a la toma de fotografías que ilustraran las configuraciones del espacio urbano, construido por cada uno de los asentamientos humanos en particular.

El material empírico consistió en una serie de mapas que ubican el nivel macro: la metrópoli de Toluca, en la gran megalópolis del centro del país; en el micro: los asentamientos humanos distribuidos territorialmente en la metrópoli de Toluca y, en la articulación meso: lugares conformadores de polinuclearidad, es decir, lugares urbanos con sus patrones de conducta social, que pueden ser vistos desde la dinámica integrativa y conflictiva de la metrópoli.

En la investigación de campo me acerqué a las formas de habitar y residir en la metrópoli por sus usuarios. Elaboré, a través de entrevistas, una serie de narrativas que condensan tiempo, espacio y sociedad. Las narrativas relataron la transformación del espacio urbano en el tiempo. Me pareció que, para dar cuenta del espacio metropolitano hay que acudir a él, habitarlo o como indicó un residente de la zona centro, en un libro de memorias: “recordar la ciudad, es habitarla” (Chávez, 2021). Lo cierto es que narrar la vivencia en la metrópoli del Valle de Toluca, por sus diferentes grupos culturales, es hacerla vigente, pero sobre todo porque esta metrópoli parece llevar en ella las pulsiones internas para constituirse por el olvido (Naime, 2000).

Así, metodológicamente, se partió de considerar cada asentamiento humano y después reconstruirlo a la luz de la existencia metropolitana, en su conjunto. Este procedimiento permitió construir lo que puede llamarse el *espíritu de la metrópoli*. Este paso, que intenta conectar lo micro con lo macro, me llevó siempre a pensar que tal vez no estaban unidas estas dimensiones, sino que cada una tenía sus propias lógicas de funcionamiento y sentido. Esto se sostenía por la idea de que cada asentamiento humano funciona como un lugar antropológico de identidad (Augé, 1996), contrario a la metrópoli, extensa e inabarcable, que no podía ser considerada un lugar.

Esta hipótesis encaminó nuestro pensamiento a considerar que la metrópoli era sólo una idea y no una realidad empírica. No obstante, las articulaciones en la movilidad cotidiana le dan a la metrópoli una existencia densamente fáctica. La metrópoli se vive desde lo inmediato, ella entra a nuestro mapa cognitivo mediante acciones cotidianas de apropiación, pero también cuando la narramos, cuando la platicamos, pues recordar el tiempo urbano relatando la transformación del espacio es habitarla, pero ahora en su dimensión macro, es decir, metropolitana.

DEFINICIONES TEÓRICAS GENERALES

Escalas de la aglomeración urbana

Considerando un modelo de lo macro a lo micro, varias son las definiciones que se han realizado en torno a la metrópoli. Una de ellas, quizás muy operativa, la refiere como aquella extensión urbana que abarca a más de una entidad pública administrativa (Garza, 2000). Basándose en la hipótesis de Wirth (1988), el modo de vida urbano se define por la heterogeneidad, la

densidad y la extensión; el criterio para referirse a la metrópoli enfatiza la extensión del tejido urbano.

Mientras las metrópolis integran, en un sentido de continuidad urbana, a distintas unidades administrativas municipales; en otro nivel de expansión, la megalópolis integra varias entidades administrativas federales a sus propias metrópolis. Estas dos escalas urbanas son extensas y su cualidad es la difusividad y la policentralidad (polinuclearidad, como decía Goffmann), es decir, la integración de lo extenso, sin que sea necesaria la continuidad urbana. Por tanto, la no identificación de las fronteras entre las zonas rurales y las urbanas es un aspecto que ha dado entrada a la coexistencia como la cualidad más sentida de las grandes extensiones urbanas.

No se asistió a escenarios en que la urbe invade lo rural de forma unidireccional, más bien, observamos que las zonas rurales se encuentran rodeadas de centros urbanos que se expanden, cada uno a su ritmo, de manera constante y permanente; esto ocurre al tiempo que las zonas rurales crecen con su propio patrón de expansión y densidad urbana. Por ejemplo, la metrópoli de Toluca puede extenderse al norte, en el municipio de Temoaya, donde las milpas constituyen el paisaje de los municipios como Jiquipilco, Xtlahuaca y Jocotitlán; pero un poco más allá se encuentran con la ciudad de Atlacomulco, que presenta tasas de crecimiento poblacional de más del 100 % en los últimos 30 años. De esta manera, aunque no se considere a estos municipios como parte de la metrópoli del Valle de Toluca, se deben considerar como una interface de la megalópolis, que articula la metrópoli de Toluca con la ciudad de Atlacomulco. Así, esta ciudad queda en medio de poblaciones que se dedican a la agricultura y el trabajo asalariado, mediante un sistema de migración pendular de retorno en fines de semana. Estos son potenciales para continuar con el crecimiento urbano desmedido, desbordado, decadente e hipertrofiado, como indica Mumford (1961).

La postura pesimista de Mumford puede llevarnos a pensar en la necesidad de planificar el espacio rural/urbano, con criterio de función social, realizando políticas de agricultura urbana y periurbana sustentables, pagos por servicios ambientales, mantenimiento y recuperación de suelos (Avelar, *et al.*, 2013). Se trata de una planificación que trascienda la experiencia diagnosticada por el crecimiento y la extensión, a otra perspectiva que mire como experiencia potencial a la planificación urbana/rural; mediante la producción de alimentos con mercados locales metropolitanos y la mantención de los servicios ambientales regionales.

La megalópolis refiere a una aglomeración polinuclear, difusa, dispersa, fragmentada y compleja (De Alba y Hernández, 2017). La extensión de lo urbano se describe por ser inabarcable o imposible de ser vivida de manera similar por sus usuarios. La experiencia urbana siempre será diferente y estará en función del habitar/residir en un fragmento de ella. De ahí que la integración social se define por su cualidad difusa (imagen 1), es decir, por un tipo de integración urbana y periurbana sin continuidad en el tejido urbano (Duhau, 2008; Nivón, 1998; García Canclini, 1998; Soja, 2001).

Este carácter difuso permite hablar de un tipo especial de integración en las escalas metropolitana y megalopolitana. Lo que las personas hacen en su cotidianidad se inscribe en los hábitos (espacios frecuentados por cada habitante/residente, de los diferentes asentamientos. Son pocos y hacen que la experiencia en la metrópoli se reduzca a algunos puntos y desplazamientos, pero no a toda la metrópoli y mucho menos a la megalópolis), a su vez, contribuyen a la reproducción estructural de la metrópoli, pero sus usuarios no saben cómo, no están enterados de que eso hacen en el transcurrir cotidiano de las formas de apropiarse de la metrópoli.

Las dimensiones micro y macro parecen coexistir dentro de un devenir paralelo. De ahí la importancia de la dimensión meso, que puede articular la existencia microsociedad con la macrosociedad. Se trata de la planificación para hacer de la metrópoli un espacio para la vida, para el gozo colectivo. En eso consiste la *ciudad compleja* (Reynoso, 2010), en articular actores sociales con distintas cantidades de posibilidades de toma de decisiones. Antes se definía el ideal rural contraponiéndolo al urbano (Singer, 1989), ahora se trata de dos ideales en completa interacción y articulados en la dinámica difusa de la megalópolis.

Si se da libertad para la configuración espacial, sin intervención de autoridades gubernamentales (a partir de la función social del territorio), la especulación de las inmobiliarias seguirá moviéndose por su pulsión insaciable, es decir, en relación con el detrimento de los nutrientes orgánicos del suelo para la producción de alimentos, de la biodiversidad y del bienestar social; aumentando el riesgo ambiental. El pesimismo de Mumford (1961) será el escenario de este libre devenir; en cambio, si en la dimensión meso se establecen los parámetros del crecimiento urbano, extenso y difuso, con criterios de tenencia de la tierra en función social, asistiremos a un escenario optimista, a la manera de Gottmann (1959); para las presiones que la humanidad crea, siempre habrá soluciones diseñadas para la corrección del riesgo.

Volviendo a las escalas de aglomeración urbana, la metrópoli se compone por distintas escalas que articulan lo micro y lo macro, es decir, por una serie de relaciones que trascienden la inmediatez de lo cotidiano. Los objetos y vivencias se gestan en el habitar/residir, en los desplazamientos habituales y en la experiencia vivida en la dimensión micro social; mientras los objetos y vivencias de la dimensión macro se aprehenden de otra manera, en una especie de relaciones que no emergen de las vivencias, sino del entramado estructural. Son una suerte de metafísica espectral que está ahí, aunque las personas no la vivan, pues se enteran de ella por los medios de comunicación o por los desplazamientos que otros hacen para experimentar la metrópoli como un universo vibrante. De esta manera, los objetos del conocimiento (macro) son diferentes de los objetos de la experiencia (Knorr y Cicourel, 2014). Las experiencias micro y macro están mediadas por diversos actores insertados en distintos estatus estructurales.

En esta relación micro/macro se encuentran las escalas de lo urbano, lo rural, la ciudad, la metrópoli y la megalópolis (Hiernaux y Lindón, 2004). Cada escala se vive en experiencias inmediatas y mediatas, pues todas ellas configuran el habitar/residir de los diversos usuarios en las metrópolis. La casa y el entorno inmediato representan los objetos desde los que se configura la experiencia como vivencia urbana; son lugares vividos en la cotidianidad los que permiten articular la existencia de la dimensión macro, pues desde ellos se movilizan criterios para esclarecer las pertenencias a las clases sociales, las imágenes existenciales de sentirse en la periferia o en el centro, incluso en los márgenes, o ubicar lo propio como formando parte de un todo más extenso al que se puede acceder tanto por la experiencia como por el conocimiento abstracto de saber que lo demás existe, aunque no se experimente en la cotidianidad.

Las dimensiones macro de la metrópoli y la megalópolis se experimentan como viajes que articulan paisajes. La movilidad dentro de esta extensión urbana permite un nivel de acceso a las dimensiones macro, más allá de la vivencia que el habitar/residir proporciona. En esos viajes intermetropolitanos (intermegalopolitanos) se observan los espacios verdes y las conexiones entre las distintas ciudades que conforman la metrópoli, con lo que se muestran los modos de vida de los habitantes megalopolitanos y se vislumbran categorías no vivenciadas como el derecho a la ciudad (el derecho al espacio público, a la experiencia con la diversidad cultural), es decir, se puede deducir el nivel de integración de las distintas escalas de lo urbano.

Se trata de ver hasta dónde las personas se apropian del espacio urbano y del espacio público, para las interacciones de la diversidad cultural. Metodológicamente hablando, la observación a distancia del universo de investigación permite formular preguntas teóricas, no experimentadas cotidianamente por los usuarios de la metrópoli.

De esta forma, la definición teórica de la megalópolis se articula con categorías intermedias que pueden describirse como: 1) la habitabilidad y residencia, 2) la movilidad intramegalopolitana, 3) la existencia de áreas verdes y su conexión o articulación (González Pérez, 2022; González y Curiel, 2020) y 4) la oferta cultural (García Canclini, 1998). Así, el giro geográfico se articula con el giro cultural para la comprensión de la dinámica urbana (Hiernaux y Lindón, 2004), por lo que el estudio de fragmentos de la megalópolis se vuelve de importancia para ir comprendiendo las dinámicas de integración social, espacio/temporal y cultural. De la articulación de esas dimensiones categoriales se puede describir el tipo de metrópoli y megalópolis existente, el tipo y calidad de las interacciones sociales y ambientales, la calidad de vida de sus habitantes y, nos parece, la calidad ciudadana y los modos y estilos de vida (Lindón, 1999; González y Curiel, 2021), lo que en conjunto delinea el derecho a la ciudad (Lefebvre, 1996).

DEFINICIONES TEÓRICAS INTERMEDIAS

Habitat/residir en las escalas urbanas

En la escala micro social, las interacciones de la inmediatez constituyen la sociabilidad desde la que se accede a los objetos macrosociales, que pertenecen a la mediatez; lo que se encuentra lejano a la experiencia personal, no obstante, forma parte de la estructuración relacional. Vivimos en la metrópoli, aunque no la transitamos en su conjunto. Los hábitats, los asentamientos humanos del habitat/residir, representan el universo más cercano a la experiencia de las personas. En tanto espacio construido para residir, conlleva hábitos y produce costumbres en los residentes, de ahí la importancia de articular la densificación urbana (construcción de casas y tejido urbano) con los estilos de vida de los residentes.

Antes, las áreas metropolitanas estaban conectadas por un cinturón industrial, pero ahora se trata de procesos y encadenamientos que configuran territorios dispersos, con articulaciones o interfaces no siempre visibles. Esto nos ha llevado a indagar cómo el residir un tipo específico de asentamiento

puede configurar ritmos de crecimiento y densificación poblacional; traducible en patrones de expansión urbana, identificables por la construcción de casas, ya sea de autoconstrucción, propia de los pueblos rurales y los pueblos en proceso de conurbación y algunos residentes de fraccionamientos residenciales altos; o la construcción de casas para la compra/venta, como lo hacen los habitantes/residentes de las unidades habitacionales y algunos de los fraccionamientos residenciales medios y altos.

Habitar o residir la megalópolis genera una geografía cognitiva para sus usuarios, pues el residir representa un punto cognitivo desde el que se piensa la megalópolis como resto urbano, y se configuran los modos de vida (Lindón, 1999). Las categorías intermedias para el análisis empírico del habitar/residir la metrópoli, se construyeron según la clasificación de Duhau y Giglia (2008). A partir de su estudio, se llegó a la descripción de patrones que extienden y densifican lo urbano en la megalópolis. Ya enumeré los distintos asentamientos que se describirán para el caso de la metrópoli de Toluca, e incorporo algunos componentes teóricos y características culturales que he descubierto en esta investigación, para cada uno de ellos:

1. *Habitar/residir en zona centro urbana*: la metrópoli está compuesta por distintas unidades administrativas municipales, integradas en su dinámica urbana regional. De esta manera, los centros de cada municipio pueden ser considerados zonas centro. Generalmente, están habitados por linajes que se consideran y sienten ser oriundos del lugar, lo cual crea cierto sentido de alcurnia local que compitió con los asentamientos rurales preexistentes (muchos de ellos indígenas) y, ahora, con vecinos nuevos que han llegado a dichas zonas para crear nuevos tipos de asentamientos (fraccionamientos residenciales o unidades habitacionales de interés social).

Los cambios que se observan en las construcciones implican reappropriaciones del espacio urbano. Se expresan como disputas culturales, por ejemplo, el diseño de festivales culturales que compiten con las fiestas tradicionales como se observa en varios municipios; o la construcción de plazas comerciales que compiten con los mercados tradicionales fijos e itinerantes. Las disputas terminarán por cambiar las prácticas sociales, pues todo cambio en la infraestructura transforma las prácticas sociales y culturales (Remy y Voyé,

1976). De esta manera, la construcción de nuevas unidades residenciales, la organización de festivales culturales desde el gobierno y la construcción de plazas comerciales compiten destruyendo la apropiación originaria del espacio urbano y cambiando las formas del habitar y residir en una casa.

2. *Habitat/residir en la escala rural*: asentamiento agrícola con intensa interacción con la metrópoli. Generalmente las casas se encuentran separadas unas de otras, siendo esto expresión de un patrón en el que las localidades producen crecimiento y aglomeración urbana, en la medida de su dispersión habitacional (casas extendidas sobre propiedad ejidal y solares familiares). Las interacciones con las metrópolis determinan movimientos pendulares entre el pueblo y la ciudad, lo que puede considerarse como migraciones semanales con retornos de fin de semana, en función del mercado laboral. Se trata de asentamientos periurbanos, con cierta lejanía de la metrópoli, pero no suficiente para que no se aproveche su infraestructura.

Las características étnicas son relevantes para desplegar los modos de vida en tanto que los patrones de herencia de la tierra determinan la densificación urbana y la construcción de nuevas casas sobre el terreno ejidal o solar. Además, el tiempo es un insumo para la negociación política, pues la antigüedad en el espacio les da cierto poder legítimo frente a los nuevos vecinos y frente a los ámbitos de gobierno. Aunado a ello, el parentesco ampliado y las reglas de herencia son características clave para entender las motivaciones para construir nuevas casas. Estos asentamientos se encuentran presionados por la especulación inmobiliaria que desea adquirir las tierras ejidales a bajo costo y con ello continuar con la expansión metropolitana sobre estas zonas de interfaces, cinturones o anillos rurales, entre zonas metropolitanas.

Otros actores que también presionan a este tipo de asentamientos son los constructores de obras públicas. Realizadas por empresas y gobiernos, algunas de éstas son: carreteras, sistemas de transporte intramegalopolitano y apoyos para fraccionadores de casas para el segmento de alto poder adquisitivo. Buena parte de su integración

metropolitana se hace por el paisaje, pues cuenta con la presencia de autopistas que conectan con otros actores sociales metropolitanos. Lo anterior deja al margen de su uso a los pueblos rurales, pues éstos deben rodear las autopistas para integrarse a ellas. Esta red de autopistas conecta el interior de la metrópoli de Toluca y a ésta con el resto de metrópolis del área central de México, como Ciudad de México, Pachuca, Querétaro y Puebla.

3. *Habitar/residir en pueblos en proceso de conurbación*: la escala metropolitana implica la articulación de zonas urbanas y rurales en completa simbiosis (Garza, 2000), de ahí la importancia de registrar a estos pueblos que combinan la agricultura con una intensa interacción con la ciudad central. Se define por el mercado de trabajo que combina la agricultura de subsistencia con un fuerte componente cultural festivo y ritual que orienta las obligaciones individuales con la comunidad en cuestión.

Se trata de pueblos que trabajan de lunes a viernes en industrias y organizan su tiempo para los compromisos festivos de los santos patronos. En algunos casos hemos testificado el crecimiento urbano vertical en estos pueblos (en edificios), en los que habitan miembros de la misma unidad familiar doméstica ampliada; por lo que los patrones de crecimiento cambian el tipo de urbanización cuando la tierra es escasa o el asentamiento tiene cualidades étnicas que lo describen (Nurka, Ruiz y González, 2017). Al igual que el asentamiento rural, éste se encuentra muy presionado por el capital inmobiliario.

Estos hábitats fueron, en otro tiempo, sociedades rurales, pero se han conurbado en una dinámica de estilo rizomático, al incorporar su propio patrón de crecimiento, expansión y densificación urbana con el de la ciudad que los invade. Entre el pueblo rural y el pueblo en proceso de conurbación hay una interface dinámica, explicable por el tiempo de densificación urbana.

4. *Habitar/residir el barrio urbano popular*: se trata de asentamientos pobres, algunos de ellos irregulares y otros, producto de la

autoconstrucción. Las casas son rústicas y, en su mayoría, se encuentran en las periferias de los municipios de la megalópolis o en las de la metrópoli preeminente (en este caso el Valle de Toluca). También hay casos de emigrantes de la zona rural étnica que han adquirido una casa en alguna periferia popular, de ahí que, aun con esa nueva casa, no pierdan derecho a construir en su comunidad de origen; por lo que estaríamos hablando de un crecimiento megalopolitano que aglomera dos o más veces, pero en distintos territorios de la misma megalópolis, en la medida en que una misma persona adquiere o construye dos o más casas. En muchos casos se despliega en la misma residencia el habitar/trabajar (Lindón, 1999). La casa representa, por más rústica que sea, un sentido de logro y éxito (Hiernaux y Lindón, 2004). En esta misma lógica del logro, puede darse el caso de remodelaciones progresivas en la misma casa, se traduce en cambios de modos de vida y un sentido de consolidación familiar.

Para el caso de la metrópoli del Valle de Toluca este tipo de asentamiento no es significativo, pues se ha extendido más en el Valle de México, no obstante, en la frontera entre los municipios de Metepec y Toluca hay un asentamiento con estas características. Las casas de cartón comienzan a verse como indicadores de este poblamiento.

5. *Unidad habitacional de interés social*: residencias uniformes de clase media y baja. El patrón de construcción de este tipo de asentamientos articula gobierno (Estado) y empresas de bienes raíces (mercado), cambia el uso y precio del suelo y trae consecuencias importantes en el uso de las áreas verdes, donde los llanos y los bosques cambian su estatus a zonas protegidas, en el mejor de los casos, y a zonas habitacionales. Se presenta muchas veces el mismo caso que en la articulación del habitar/residir urbano popular y rural en el que la misma persona compra una casa como inversión para posteriormente rentarla. Transfiriendo las ganancias a los bancos a través del crédito hipotecario y contribuyendo a la densificación poblacional de la megalópoli de forma doble.

Los habitantes/residentes de este tipo de hábitat son gestores de la ciudad, ya que ellos mismos gestionan los servicios públicos, con

costos sociales muy importantes que denominamos *malestares sociales y culturales*. Muchos de estos hábitats pueden fracasar pues no garantizan el bienestar y subsistencia de sus residentes, que terminan abandonando sus casas.

6. *Fraccionamiento residencial medio*: enclaves urbanos cerrados, de clase media. Tienen su propia centralidad a través de centros comerciales que aglutinan las prácticas de esparcimiento. Adquieren sus casas mediante el mercado de bienes raíces. Su aspiración es cambiar de residencia a un fraccionamiento alto y su miedo es descender en la jerarquía social.
7. *Fraccionamiento residencial alto*: enclaves urbanos cerrados de clase alta que combinan el tipo de burguesía local (asentada en un lugar para cargarlo de sentido y valor simbólico) y el tipo *foot-loose*, que implica la residencia efímera y fluida en residencias de lujo que no terminan por generar sentido del lugar, siguiendo el programa de Augé (1996). Estos tipos de asentamientos urbanos residenciales altos han sido descritos por Hiernaux y Lindón como expresiones propias de configuración del espacio para las clases altas en los tiempos de la globalización (2004).

Utilizan la red de autopistas megalopolitanas para realizar sus actividades de trabajo, escuela y esparcimiento. Su mayor temor es descender en la escala social. Un patrón de crecimiento y expansión urbana propia de este fragmento urbano es la compra de casas de campo, lo cual los traduce, en sentido heterodoxo, como actores gentrificadores del campo.

El tipo de unidad residencial marca no sólo las adscripciones de clase social, sino del tipo cultural. En términos cognitivos, el habitar/residir conforma un punto geográfico que se articula con las actividades de la vida cotidiana, tales como el trabajo, la escuela y el esparcimiento (configuradores de líneas de desplazamiento megalopolitano). La polinuclearidad es la cualidad más evidente de este proceso de crecimiento urbano.

LA MOVILIDAD EN LAS ESCALAS URBANAS

En esta obra sólo nos centraremos en el habitar/residir, pero es importante mencionar que la movilidad constituye otro rubro de categorías intermedias para el análisis de la vida urbana. Si el habitar/residir, las actividades de trabajo y esparcimiento constituyen centros en la geografía cognitiva, de los usuarios en la megalópolis; la movilidad urbana representa los trayectos intramegalopolitanos, intrametropolitanos, ciudadanos o rurales, según sea la escala urbana sobre la que se transite. Estos trayectos se incorporan a la cotidianidad mediante la rutinización, vinculados al tipo de transporte usado para desplazarse, y conformar otra parte sustantiva de los modos de vida y las formas de integración humana (y sustentable) de los habitantes de las zonas megalopolitanas (Vélez y Ferrer, 2017).

Considero que el tipo de transporte usado contribuye a las formas sociales de interacción, constituyendo ciudadanías distintas. Por ejemplo, una megalópolis con transporte seguro, no contaminante y articulado en nodos de ambientes verdes que facilite la movilidad lenta (bicicleta y andadores), genera una ciudadanía menos estresada y violenta; no es así para una que privilegia el uso del transporte público y el auto particular (González y Curiel, 2020).

El tipo de transporte es importante en la medida que, además de articular las dimensiones micro y macro de la metrópoli, su rutinización obliga a experimentar simbólicamente y cognitivamente la vida megalopolitana, metropolitana, ciudadina y rural, cuestión que ya hemos descrito, distinguiendo el caminar peatonal, la bicicleta, la motocicleta, el vehículo particular, el taxi tipo uber, el taxi colectivo y el camión urbano como experiencias de trayectorias espaciales metropolitanas (González y Curiel, 2020).

Los espacios verdes en las escalas urbanas

En la megalópolis, las áreas verdes tienen distintas funciones sociales y paisajísticas; algunas de ellas son llanos particulares, y otras, parques urbanos, hay zonas de cultivo, zonas boscosas, generalmente protegidas como áreas verdes. También están los parques públicos y los parques lineales que no se usan sólo para esparcimiento (González Pérez, 2022). Todos estos sitios tienen una función social que va desde producir oxígeno y captar carbono, hasta la de proporcionar sombra, recursos ambientales, paisajes urbanos y alimentos. Ellas conforman pequeños espacios que configuran

ecosistemas formados por fauna y flora que es importante reflexionar e investigar sobre fines de integración y bienestar para las comunidades urbanas, también para investigar los procesos de contaminación en general. La ciudad difusa debería asignar distintas funciones sociales a cada espacio, con la finalidad de ecologizar los asentamientos de densidad y diversidad urbana (Avelar, *et al.*, 2013), pues en la actualidad la zona forestal, agrícola, industrial y de vivienda se encuentran entremezcladas. Esta es una cualidad eminente de la ciudad difusa, propia de las zonas metropolitanas y de la del Valle de Toluca, en específico.

La oferta cultural de las megalópolis

Otra categoría de importancia intermedia para el análisis metropolitano lo constituye la oferta cultural de la metrópoli difusa. Orientada al tiempo de ocio y esparcimiento, toda metrópoli requiere la existencia de zonas públicas para la interacción. En general, sucede que la oferta cultural, desde el mercado (centros comerciales, cine) y el Estado (teatro, cines, museos) se reduce conforme se avanza hacia la zona rural o zonas menos densificadas.

No obstante, dada la difusividad de la metrópoli, la sociedad también genera su propia oferta y demanda cultural mediante las fiestas patronales o los carnavales colectivos, generando estéticas locales que se configuran como oferta cultural, en algunos casos son expresiones disonantes para las estéticas de la hegemonía cultural (Botey, 2014), en otras ocasiones, se presentan como disputas y competencias por la apropiación cultural del territorio urbano.

DEFINICIONES EMPÍRICAS

Operatividad empírico conceptual

Se dijo antes que la megalópolis difusa, fragmentada y dispersa puede explicarse por la articulación compleja y dialéctica del habitar/residir, por la movilidad intramegalopolitana, por los ecosistemas que sus áreas verdes conforman y por la vida cultural. Todo ello configura los insumos para pensar en la integración regional urbana y el derecho a la ciudad (Lefebvre, 1996). Esas dimensiones en su conjunto darían cuenta de la vida metropolitana, en esta obra nos centramos en el habitar/residir. Para hacerlo, seguí los siguientes procedimientos:

1. Identifiqué las tasas de crecimiento en los municipios que conforman este fragmento megalopolitano.
 - a. Se realizó el estudio estadístico histórico para identificar los municipios con mayores tasas de densificación poblacional y así definir el área megalopolitana del centro del país y la metropolitana del Valle de Toluca.
2. Contabilicé geográficamente los tipos de asentamientos urbanos bosquejados aquí como hábitats, que se definen por el habitar/residir.
 - a. Se resaltan los municipios según el tipo de asentamiento dominante en su densificación urbana.
 - b. Se identifican patrones de crecimiento con base en la clasificación del habitar/residir presentada.
3. Realicé entrevistas con habitantes de los distintos tipos de asentamientos, para identificar patrones de construcción o compra de nuevas casas y acceder así, a la explicación de la densificación poblacional y la diversidad cultural.
 - a. Realicé entrevistas testimoniales a residentes de los distintos tipos de asentamientos.
 - b. Se produjeron relatos autobiográficos e historias de vida de residentes de los distintos tipos de asentamientos.
4. Documenté gráficamente los tipos de asentamientos.

ALCANCES, METAS Y APORTES

1. El trabajo tiene un alcance regional debido a que considera el Valle de Toluca como expresión de una metrópoli diversa con tipos de asentamientos urbanos que conectan interfaces rurales y zonas metropolitanas diversas.¹

¹ Zacazonapan ha crecido a más de 100%, pero no la consideramos como zona metropolitana en este trabajo pues no encontramos elementos de interacción frecuente con la metrópoli del Valle de Toluca, situación que es distinta en la zona urbana de Atlacomulco.

2. Su alcance reflexivo nacional se logra en la medida que este territorio forma parte y es un fragmento de la gran megalópolis del Valle de México que concentra cerca de 40 millones de personas.
3. Este trabajo es un diagnóstico con propuestas de cambio de visión reflexiva sobre el fenómeno que articula densidad poblacional con diversidad cultural.
4. Se pueden identificar distintos patrones de crecimiento urbano que denominé de la siguiente manera:
 - a. Densificación urbana étnica y rural.
 - b. Densificación urbana de interés social vía la venta de casas con créditos a los trabajadores.
 - c. Densificación urbana de clase media y alta vía la construcción o compra de casas.
 - d. La arqueología de la pedacería en el centro de la metrópoli, dados los procesos de reconstrucción permanentes del espacio.
 - e. Articular el mercado global a la densificación local.
5. Epistemológicamente y desde una visión antropológica podemos decir que la metrópoli, en su conjunto, se mira como generadora de diversidad cultural; para acceder a ella, metodológicamente, se hace un corte por hábitat para verlo en sí mismo. Se presentan así los análisis en dichos cortes, para posteriormente, volver a la perspectiva original de visión metropolitana y megalopolitana.
6. Este trabajo representa un diagnóstico cualitativo que formula hipótesis sobre la vida social y cultural de los distintos asentamientos que conforman la metrópoli de Toluca, que está articulada a un sistema megalopolitano, cuya centralidad se encuentra en la metrópoli del Valle de México; y a un sistema de ciudades representadas por distintas cabeceras municipales, sobre todo, al norte, por Atlacomulco, en el mismo Valle de Toluca del Estado de México.



IMAGEN 1

Densidad metropolitana al fondo, San Francisco Oxtotitlán, Toluca.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

¿Sabías que...?

En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca

Todo espacio urbano es susceptible y puede ser apropiado por los diferentes actores sociales. En la apropiación colectiva de los espacios se construye el hábito, de ahí la necesidad de cambiar la forma en que tratamos los residuos, pues de seguir con la misma actitud, los ríos se siguen transformando en drenajes y las zonas verdes en tiraderos de basura.



IMAGEN 2
Afuera de la zona habitacional,
los residuos aparecen como si
no afectaran. Zona Metropolitana,
San Antonio la Isla.

Fuente: fotografía tomada por
Patricia Vega Villavicencio.

Una de las consideraciones urbanísticas de las zonas metropolitanas es buscar cómo deshacerse de los residuos. Esta situación genera maneras de concebir lo privado y lo público. La preocupación se concentra en mantener el interior de los hogares limpio, mientras que el exterior está sucio, como si no fuera nuestro.

De esto surge la necesidad de cambiar la forma de ver el mundo, es decir, considerar que el espacio público y natural nos pertenece o, mejor dicho, también pertenecemos a él, los hogares y entornos son nuestros y los compartimos.

CAPÍTULO 1

ESCALAS URBANAS POR AGLOMERACIÓN

LAS ESCALAS URBANAS

Las escalas urbanas son entendidas como procesos de aglomeración ya sea de personas, casas, transporte, mensajes, etcétera. Hay cuatro escalas urbanas identificables: la rural, la ciudad, la metrópoli y la megalópoli. Las distintas escalas urbanas se corresponden, relativamente, con los hábitats que configuran los asentamientos humanos urbanos: 1) el rural con los hábitats pueblo y pueblo en proceso de conurbación; 2) la ciudad con las zonas centro; 3) la metrópoli con todos los tipos de hábitats; 4) la megalópoli con todos los tipos de hábitats, pero multiplicados para todas las zonas metropolitanas, incluyendo a los anillos periurbanos.

En la actualidad, dados los procesos de aglomeración desbocados, es imposible identificar un modo de vida urbano en el que la matriz de análisis se sustente en la extensión y la densidad (Wirth, 1988); o sea definible en relación con su opuesto ideal (Tönnies, 1979; Redfield, 1941). Actualmente, los modos de vida son plurales pues se mezclan las distintas escalas urbanas, entreverando modos de vida en plural. Este entreverado permite hablar de procesos de hibridación, yuxtaposición o transfiguración cultural, pero al mismo tiempo nos ayuda a considerar la posibilidad de la cultura metropolitana como la suma compleja de los modos de vida urbanos y difusos.

Las escalas de lo urbano comenzaron con la sedentarización de las bandas humanas. El Neolítico dio entrada a la sociedad rural, cuyas actividades fundamentales eran las agropecuarias, mismas que para realizarse requerían del desmonte. De esta manera, la transformación del entorno comienza por producir espacio para la agricultura y la colocación de casas para los usos domésticos. Soja (2001) plantea que la aglomeración humana, producto del Neolítico, permitió a las personas crear e innovar, inventar y

producir tecnología, dando a la aglomeración la causa estructural de tal proceso, y es que: “la especificidad espacial urbana puede ser definida en términos cualitativos como el entorno construido expresado en estructuras físicas y patrones de usos significativos del espacio” (Soja, 2001, 8). Esta definición se corresponde con la construcción de hábitats, en el sentido del habitar/residir. Su perspectiva amplia introduce a la sociedad rural, en tanto ésta abre los campos y desmonta para fines agropecuarios o de almacenaje del producto agrícola (hortalizas, frutos, granos).

Por eso se puede ver a lo rural como un proceso de aglomeración urbana (más cuando la contrastemos con la sociedad nómada). Ahora bien, esta definición vale siempre y cuando partamos desde la perspectiva megalopolitana, es decir, que veamos a la sociedad rural como un tipo de asentamiento que tiene sus propios patrones de crecimiento, expansión y densificación, mediante la construcción de casas nuevas, como expresión de un cambio en el estilo de vida, para sus residentes.

Las distintas escalas urbanas proporcionan insumos para los modos de vida de sus habitantes en tanto creadores de sus entornos. Los modos de vida van cambiando conforme la aglomeración y densificación urbana aumentan. Indicadores de estos cambios son mayor dependencia al producto agrícola almacenado, al dinero, a una casa fija, a actividades económicas rutinarias; el cambio de vocaciones laborales locales, la inserción al mercado laboral, una mayor movilidad territorial para fines de trabajo u ocio, uso de tecnología, etcétera.

En términos de hábitats, las comunidades rurales son productoras de alimentos vegetales y animales, una parte destinada al autoconsumo y alguna otra al mercado. La zona forestal constituye un lugar en el que se pueden conseguir variedad de alimentos mediante la recolección y la caza. De la misma forma, es común que se mantenga un calendario ritual más o menos intenso con festividades desplegadas durante el año. Además, sus habitantes mezclan varios tipos de actividades, entre ellos la migración interna y la internacional (Hernández y Rappo, 2016). Desde esta perspectiva, la nueva ruralidad encuentra una variedad de actividades que trascienden las de tipo agropecuario (Guzmán, *et al.*, 2019; Robles, 2016).

La segunda escala de lo urbano se representa por la ciudad. Se trata de una aglomeración que por su tamaño permite conocerla a través una mirada de *flâneur* (Benjamin, 2005). Su integración se observa en tanto se sabe, exactamente, dónde termina la ciudad, pues, después del tejido urbano,

comienza la zona rural, es decir, los campos cultivados. La separación entre la ciudad y la zona rural es identificable siempre y cuando la densidad poblacional no se encuentre en la escala metropolitana o megalopolitana, pues desde éstas, se presentan sus límites de manera difusa.

Hay en la ciudad de Toluca testimonios que afirman que, en la década de los sesenta del siglo xx, Metepec, Zinacantepec, Lerma y el resto de los municipios de la actual metrópoli del Valle de Toluca conformaban zonas de milpas y de ganadería, haciendo distinción nítida de las fronteras que indicaban dónde acababa la ciudad y dónde comenzaba la sociedad rural. Este mismo criterio se aplicaba a los pueblos indígenas del municipio de Toluca, tanto en el norte (Autopan, Cuexcontitlán, Huichochitlán), como en el sur (Capultitlán y Cacalomacán), pues ahí se dedicaban a la agricultura. Esta diferenciación clara y nítida da un sentido de vida que se enmarca entre la vida citadina y la vida rural como hábitats construidos, de ahí que generalmente las zonas del centro sean los lugares percibidos como las ciudades. Los centros de las ciudades se diferencian de las zonas rurales que generalmente están ubicadas en sus periferias. Las narrativas afirmaban que antes llegaban personas de dichos pueblos a ofrecer productos como leche, lo hacían de casa en casa; otros más, bajaban al centro de la ciudad a vender madera, frutos y hasta hielo (González Ortiz, 2021a). Había, en ese sentido, una articulación virtuosa, en tanto complementaria, entre dos espacios contiguos: la ciudad y la sociedad rural.

Esta experiencia merece una reflexión desde la perspectiva megalopolitana, pues ¿acaso no convendría que las interfaces rurales, existentes entre zonas metropolitanas, se convirtieran en proveedoras de alimentos orgánicos a sus respectivas zonas urbanas? Me parece que una correcta distribución de recursos puede resolver problemas como la contaminación ambiental y mejorar el bienestar de las personas pobres al obtener ingresos por productos orgánicos y pagos por servicios ambientales, así como contener la migración, a través de actividades focalizadas que contribuyan a frenar la expansión urbana. Para esto se requiere de una participación del Estado y una contención del libre mercado para dar entrada a nuevos productores de alimentos y cuidadores del ambiente, que son precisamente las comunidades campesinas, muchas de ellas de origen indígena, quienes habitan estas interfaces rurales.

Sin embargo, cuando la ciudad y las zonas rurales comiencen su proceso de aglomeración, integrarán a los municipios y pueblos a la dinámica urbana, pasando a la escala metropolitana. Escala en la que es imposible

ubicar su unidad y distinguir las fronteras que separan lo rural de la ciudad, pues éstas se presentan de manera difusa. Se entremezclan las actividades económicas como la agricultura y la industria; la metrópoli presenta el espacio difuminado en llanos, zonas para el cultivo, baldíos, zonas para el ganado, zonas industriales, zonas habitacionales, zonas comerciales. De esta manera se llena de bulevares que conectan a las distintas cabeceras municipales, bulevares que se llenan de comercios de todos los giros, dando a la metrópoli un carácter caótico, pero funcional. Lo más característico es la difusividad, es lo no continuo.

En términos del habitar/residir asistimos a la presencia de todos los tipos de hábitats residenciales, pues la difusividad es la expresión de esta escala urbana: conviven los pueblos rurales con sus problemas de urbanización; las zonas centro con su pérdida de centralidad; las unidades habitacionales de interés social con sus problemas y conflictos para la gestión urbana; los fraccionamientos residenciales medios y altos con sus miedos y acciones para no descender en los estatus de la estructura social. Todos ellos conviven en la escala metropolitana.

Por último, la escala megalopolitana se presenta como el área inabarcable, tan inmensa que se convierte en una *metápoli*. Los sentidos de identidad se fragmentan y pulverizan, pues cada lugar gana centralidad. La polinuclearidad es la marca de estas inmensas aglomeraciones que incorporan no sólo las identidades locales de los distintos hábitats, sino también aquellas que se construyen desde las entidades federativas. La dimensión megalopolitana combina los elementos de la difusividad de las zonas metropolitanas, pero en una región muy amplia, pues abarca distintas regiones y entidades federativas. En esta escala de aglomeración urbana, se recuperan las identidades de los pueblos, expresados en la intensificación del ceremonial festivo que se hace para marcar la diferencia frente a los recién llegados, pues ellos se encuentran en una dinámica de mucha tensión ante la presión de inmobiliarias que desean apropiarse de sus tierras.

En *Carnavales metropolitanos. Acción ritual ante el crecimiento urbano. San Francisco Tlalcalcalpan* (González Ortiz, 2014a) presenté un cuadro que sintetiza los modos de vida de las personas según la escala de aglomeración urbana. Lo reproduzco en esta ocasión, aunque ampliado y mejorado, porque permite articular el habitar/residir como elemento de construcción del entorno y, a la vez, como tipos ideales de los modos de vida de cada asentamiento que se caracteriza en este trabajo (Tabla 1). La síntesis de esta

tabla funciona no como expresión de la realidad sino como una construcción de tipos ideales para acercarnos a la realidad.

TABLA 1
Tipos ideales: los modos de vida en las escalas de lo urbano

Escalas urbanas	Infraestructura	Actividades económicas principales	Lazos políticos de solidaridad u organización social	Sentido de las manifestaciones culturales	Habitar/residir
RURAL	Infraestructura asfáltica y servicios poco consolidados	Agricultura	División del trabajo de acuerdo con el sexo	Ceremonial definido en torno a los santos patronos, quienes tienen su fiesta en periodos relacionados estrechamente con el ciclo agrícola	Casas dispersas que se construyen en función de patrones locales de herencia de la tierra, generalmente patrilínea
	Caminos de terracería que conectan a casas con terrenos agrícolas	Animales de corral	Lazos primordiales como el parentesco, la vecindad, en los barrios y el compartir una misma historia ancestral	Peregrinaciones a santuarios locales y nacionales	Tendencia a crear nuevos barrios territoriales, con su propio ceremonial, pero copiando el de la matriz comunitaria
	Animales de tiro y tractores	Almacenes para guardar el grano	La familia extensa provee las solidaridades políticas		
	Tenencia de la tierra ejidal, comunal o pequeña propiedad privada	Huertos familiares	Existencia de una estructura política primordial de carácter comunitario, tipo asamblea		
		El trueque como criterio de intercambio de bienes, además del comercial monetario			

Construir la biocrópolis
 Habitar/residir en las escalas urbanas del Valle de Toluca

Continuación tabla 1

Escalas urbanas	Infraestructura	Actividades económicas principales	Lazos políticos de solidaridad u organización social	Sentido de las manifestaciones culturales	Habitar/residir
CIUDAD	Edificios que albergan los poderes políticos, religiosos y de mercado como emblemas que dan centralidad a la ciudad en su respectiva zona centro. Generalmente están hechas bajo un modelo arquitectónico colonial	La agricultura pierde centralidad como actividad económica	Clases sociales diferenciadas en el espacio público	La idea del <i>flâneur</i> urbano que alcanza a identificar la unidad espacial del ámbito urbano en la medida que lo contrasta con el mundo rural como frontera nítida	Casas ubicadas en la zona centro
	El bulevard como el lugar de confluencia de las clases sociales	Surge la industria y el comercio	Emergencia de las alcornias locales	Emergencia de los principios civiles como marcas principales de la vida en la ciudad (aunque los primordiales se manifiestan en las alcornias locales)	Puede haber barrios y colonias que disputan por la oriunde de la ciudad, caracterizados por las clases sociales
	La ciudad termina donde empieza la agricultura	El dinero como contenido para las relaciones sociales	La vida social confronta los modos de vida urbanos con los rurales	El modo de vida ciudadano obtiene mayor prestigio que el modo de vida del campo	Las puertas y ventanas de las casas dan directamente a las calles o avenidas
		Incipiente emergencia de los servicios	Comienzo de un bagaje cultural civil para la convivencia, aunque diferenciada por las clases sociales		
		La ciudad compra los productos agrícolas de la sociedad rural, quien vende y lleva sus productos a la ciudad	Espacios urbanos vigilados y normatizados pues surgen lugares peligrosos		

Capítulo 1
Escalas urbanas por aglomeración

Continuación tabla 1

Escalas urbanas	Infraestructura	Actividades económicas principales	Lazos políticos de solidaridad u organización social	Sentido de las manifestaciones culturales	Habitar/residir
METRÓPOLI	La policentralidad del espacio urbano está en función de su fragmentación territorial, la polinuclearidad	Industria, servicios, agricultura, animales de corral	Búsqueda de lazos civiles de relación, basados en la normatividad del Estado	Segmentación cultural del espacio	Pueblos rurales
	La vida urbana sentida como el desorden y el caos (tráfico, contaminación, difusividad)	La agricultura se convierte en complemento o actividad accesoria del ingreso familiar en zonas identificables	Debilitamiento de los lazos primordiales	Fiesta a los santos patronos, debilitada	Pueblos rurales en proceso de conurbación
	Aumento del transporte público y privado de tipo mecánico para realizar los desplazamientos	La agricultura forma parte de la diversidad de actividades y no se encuentra confrontada a lo urbano, sino que forma parte de él	Existencia social basada en las clases sociales, pero segmentadas territorialmente. Ya no hay relación entre ellas como lo hacía el boulevard en la ciudad	Emergencia del <i>flaneur</i> televisivo: la ciudad espectacular o simulada en función de la <i>agenda setting</i> , el prejuicio y los intereses de los empresarios televisivos	Unidades habitacionales de interés social
	Vías de comunicación intensas que conectan varias unidades territoriales al interior de la metrópoli	Combinación de actividades económicas para integrar el ingreso familiar	Surgimiento de los enclaves residenciales cerrados	Repliegue de la vida urbana al domicilio, es decir, el uso de la calle disminuye a favor del consumo público desde el hogar	Fraccionamientos medios y altos cerrados
	Aumento de la contaminación del aire y del ruido	Industria, comercio y servicios	Un sistema normativo ineficaz que termina por desencantara los habitantes	La segmentación del uso público, en función de la oferta privada (centros comerciales)	Viviendas en las zonas centro

Construir la biocrópolis
 Habitar/residir en las escalas urbanas del Valle de Toluca

Continuación tabla 1

Escalas urbanas	Infraestructura	Actividades económicas principales	Lazos políticos de solidaridad u organización social	Sentido de las manifestaciones culturales	Habitar/residir
	Aumento de las distancias para la movilidad urbana	Industria inmobiliaria muy activa	Surge el proceso de diferenciación de manera acentuada y no discreta	Aumento del sentido de peligrosidad, sobre todo la estigmatización de algunos barrios urbanos pobres	Todos los hábitats se encuentran articulados por lo difuso. Se enciman unos en otros, pero no conviven entre sí, más bien se encuentran yuxtapuestos
MEGALÓPOLI	Abandono del espacio público	Industria, servicios, agricultura, animales de corral	Desencanto frente a la ineficacia de las instituciones gubernamentales	Recuperación del ceremonial, desde los pueblos rurales y en proceso de conurbación, pero ahora con un contenido político, más que religioso	Pueblos rurales en proceso de conurbación que crecen y se densifican por su propio patrón y porque las inmobiliarias construyen en sus tierras casas de interés social
	El habitar diferenciado como expresión de segmentación social	La agricultura se practica para remarcar la distinción frente a los recién llegados o frente a los representantes del gobierno o las empresas inmobiliarias	Recuperación imaginaria de los lazos de parentesco y los apegos primarios. Reinención del ser cultural	Aumento de la identidad cultural como recurso para marcar la diferencia y distinción frente a los vecinos recién llegados o frente a los gobiernos y empresas	Unidades habitacionales de interés social construidas junto a los pueblos rurales o en proceso de conurbación
	Indiferencia colectiva ante las condiciones de vida del otro, mismas que son generadas por la infraestructura carretera que invisibiliza a los asentamientos pobres	Intensa contaminación del agua y del aire, producto de la industria	<i>Reencantamiento</i> del mundo mediante la recuperación fragmentaria de la memoria colectiva y la integración de elementos de la modernidad	Aumento de la peligrosidad, no sólo asignada de manera estigmatizante a algunos barrios, sino también a los pueblos antes rurales	Fraccionamientos medios y altos cerrados, construidos a distancia y separados de los otros asentamientos humanos, lo que hace crecer la separación de clase social

Continuación tabla 1

Escalas urbanas	Infraestructura	Actividades económicas principales	Lazos políticos de solidaridad u organización social	Sentido de las manifestaciones culturales	Habitar/residir
	Vías de comunicación que conectan varias metrópolis, atravesando zonas rurales y ciudades pequeñas	Exceso de ruido, a causa de las actividades de desplazamientos intramegalopolitano	Alianzas políticas con los partidos políticos con frecuentes traiciones (sobre todo para obras que afectan a distintos asentamientos)	Los pueblos antes rurales se representan como barrios peligrosos	Viviendas en las zonas centro deterioradas
	Crecimiento metastásico, sin sentido, pérdida de los contornos de lo urbano y el derecho a la ciudad o al espacio público			Los pueblos en proceso de conurbación se definen, desde el mercado inmobiliario y el Estado, como barrios urbanos pobres, haciendo abstracción de la identidad étnica	Todos los hábitats se encuentran articulados por lo difuso. Se enciman unos en otros, pero en una dimensión más amplia que parece no tener fin, su meta es que los diferentes no se encuentren en el espacio público

Fuente: elaboración propia con base en González Ortiz, 2014a.

LA MEGALÓPOLI DEL CENTRO DE MÉXICO

El área difusa y extensa del centro del país abarca las zonas metropolitanas del Valle de México, Pachuca, Puebla/Tlaxcala, Tlaxcala/Apizaco, Tula, Tulancingo, Cuautla/Cuernavaca, Querétaro, el Valle de Toluca (Imagen 3), además de la ciudad de Atlacomulco. Todas ellas bajo la preeminencia de la zona metropolitana del Valle de México. No obstante, alrededor de cada zona metropolitana oscilan varias ciudades con su propio ritmo de crecimiento y sus propias maneras de urbanización que se juntarán, a la larga, con las zonas metropolitanas en cuestión. Ejemplo de ello son la ciudad de Atlacomulco en el Valle de Toluca, o San Juan del Río en Querétaro, ciudades que en los últimos 30 años crecieron más de 100 %. En otras regiones de esta gran área metropolitana, se encuentran la de Atotonilco/Tula y Tulancingo en el estado de Hidalgo y la región de Apizaco, en Tlaxcala; además de la

metropolización de Tlaxcala con Puebla y de Cuautla con Cuernavaca, en el estado de Morelos. Un poco más hacia el poniente se encuentra la zona metropolitana de Querétaro, por mencionar otras latitudes. Todas ellas manifiestan altas tasas de crecimiento poblacional, de construcción de casas de todos los tipos de hábitats y de densificación del espacio urbano.

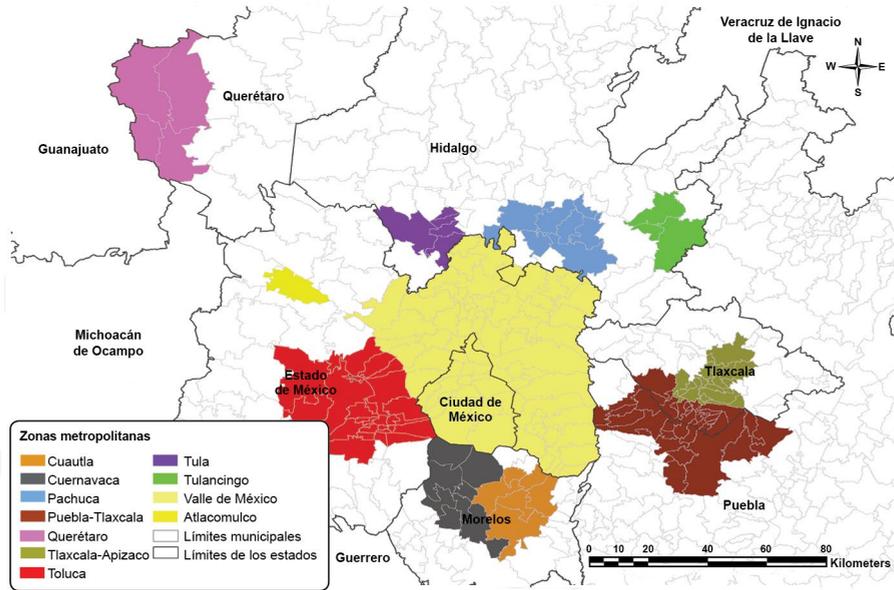


IMAGEN 3
Área megalopolitana del centro de México.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

La preeminencia de la zona metropolitana del Valle de México respecto a las otras metrópolis se mide por los nodos financieros que cada una articula con la metrópoli del Valle de México y de ésta hacia el mercado global económico (la existencia de aeropuertos en zonas metropolitanas articuladas con aglomeraciones megalopolitanas, conectan a éstas con el mundo). Los desplazamientos al interior de esta gran área urbana son constantes y permanentes, sobre todo por los residentes de fraccionamientos residenciales medios y altos. De la misma forma, la preeminencia se relaciona con el tamaño de la

población de cada zona metropolitana y su grado de dependencia y articulación, respecto a la principal de ellas (Garza, 2000), que en esta región es la metrópoli del Valle de México.

Sobre estas extensiones territoriales se construyen distintos hábitats urbanos que se caracterizan por las formas de ubicarse en el entramado global que es la metrópoli y la megalópolis (Giglia, 2012), como hemos estado insistiendo. Estos tipos de asentamientos funcionan, en términos culturales, como elementos singulares de cuya sumatoria compleja se constituyen la cultura metropolitana y megalopolitana en dos escalas de densidad y extensión. Estas dos escalas conforman una metaregión que incorpora lo discontinuo, hace difusas las fronteras entre los asentamientos humanos y generan distintos tipos de socialización según las prácticas, las simbolizaciones y las cogniciones sobre el tiempo y el espacio que cada grupo social produce a partir de la matriz del habitar/residir, pues representan universos singulares de organización social y visiones del mundo. De esta manera: “poblar es construir cultura, el habitar conforma el universo desde el que se aprende a relacionar lo existente” (González Ortiz, 2014a), primero como mundo inmediato (en un nivel micro) y después en la mediatez (en un nivel macro).

En *Carnavales metropolitanos...* distinguí a los hábitats como tipos de poblamiento (González Ortiz, 2014a), no obstante considero que, si bien, dicho concepto ayuda a visualizar el universo de investigación, también le asigna a la agencia una cualidad poco activa, como si los individuos o personas solamente estuvieran allí mostrando su diferencia existencialista frente a otras formas de poblar el territorio. En cambio, pienso que el habitar/residir resalta la cualidad activa de la agencia, permite observar no sólo su cualidad existencial sino, además, la construcción activa, de agencia, espacialidad y temporalidad urbana.

En este trabajo considero de mayor voluntarismo a la agencia. De este modo, los asentamientos, en tanto síntesis del habitar/residir, asignan significados al entorno pues éstos son aprehendidos cognitivamente, es decir, se significan en la medida de su apropiación y generan los hábitos (las prácticas cotidianas) que articulan la casa, el barrio, el pueblo, la unidad habitacional, el fraccionamiento y éstos con el pueblo rural, la ciudad, la metrópoli y la megalópolis como resto. Así, las dos primeras dimensiones son las que marcan las coordenadas cognitivas de ubicación y localización de los individuos y grupos culturales que habitan las aglomeraciones urbanas.

Ya he dicho cómo los hábitats se constituyen por el habitar/residir que los grupos hacen al articular sus casas con su espacio inmediato que, a su vez, se articula con la aglomeración urbana en sus distintas escalas. Cada hábitat es el microcosmos desde el que se conoce (se reconoce) y se significa la urbe como tal.

Armando Silva dice que: “la macro visión del mundo pasa por el microcosmos afectivo desde el que se aprende a nombrar, a situar, a marcar qué comprendo no sólo desde afuera hacia adentro, sino originalmente, al contrario, desde adentro, desde mi interior psicológico o los intereses sociales de mi territorio, hacia el mundo como resto” (Silva, 1992, 48). Es decir, desde el microcosmos (desde el habitar/residir), las personas construyen sus mapas cognitivos para georreferenciarse a sí mismas en un universo mayor (la metrópoli o la megalópolis) o en el mundo, como dice Silva. Este proceso de localizarse o ubicarse a sí mismos genera las maneras de conocer y simbolizar el entorno. En este sentido, hay una cultura metropolitana, engarzada también a una cultura megalopolitana en otro nivel simbólico y cognitivo,¹ cuya raíz se encuentra en el habitar/residir. Esta articulación es clave para entender que no se trata de hacer antropología insular (como si cada hábitat fuera un universo aislado), sino de construir cada pieza para articularla a las dos dimensiones más amplias que constituyen la metrópoli y la megalópolis. Se trata de una antropología de la metrópoli (Giglia, 2012).

Quizás el mayor grado de articulación de la zona metropolitana del Valle de Toluca lo tenga con la del Valle de México, pero en segundo lugar con la de Querétaro. La red carretera que conecta a estas zonas metropolitanas es relevante, pues hacia el Valle de México lo hace al poniente (en la delegación Álvaro Obregón de la Ciudad de México) y al norte (en el municipio de Naucalpan). Hacia la metrópoli de Querétaro lo hace por la autopista Toluca-Atlacomulco, de ahí a Palmillas, San Juan del Río y Querétaro.

¹ Como resultado de compra de alguna casa, los habitantes residentes de la metrópoli de Toluca tienen mayor contacto con la de Querétaro que con la de Puebla/Tlaxcala, por ejemplo. Esto da como resultado que se conozca y se simbolice de una manera el espacio megalopolitano, distinto a como se vive en otras metrópolis de esta área urbana. Por ejemplo, los habitantes/residentes de la metrópoli de Pachuca hacen muchos viajes de turismo local a la región de Real del Monte, logrando internalizar su zona metropolitana de forma distinta a como lo hacen los residentes de otras áreas. En esto consiste la forma cultural megalopolitana.

Por esta misma vía se llega a la zona metropolitana de Tula, aunque desde Toluca se puede ir por Jilotepec y Soyaniquilpan de Juárez. La conexión con las metrópolis de Puebla-Tlaxcala y de Pachuca se hace por la red carretera que conecta, a su vez, a la metrópoli del Valle de Toluca con la ciudad de Atlacomulco, para posteriormente tomar la vía Arco Norte o bien, cruzar la Ciudad de México. Hacia el sur se encuentra un entramado carretero que comienza en la Ciudad de México y conecta con Lerma, en la metrópoli de Toluca; y luego se adentra en municipios sureños del Estado de México (Malinalco e Ixtapan de la Sal) que se han gentrificado a partir de la construcción de casas de campo, después se conecta con Cuernavaca, atravesando la serranía de las Lagunas de Cempoala. Se debe mencionar, además, la carretera que conecta a la Ciudad de México con Lerma y de ahí a Valle de Bravo, lugar de esparcimiento de muchos habitantes del Valle de México (imagen 4).

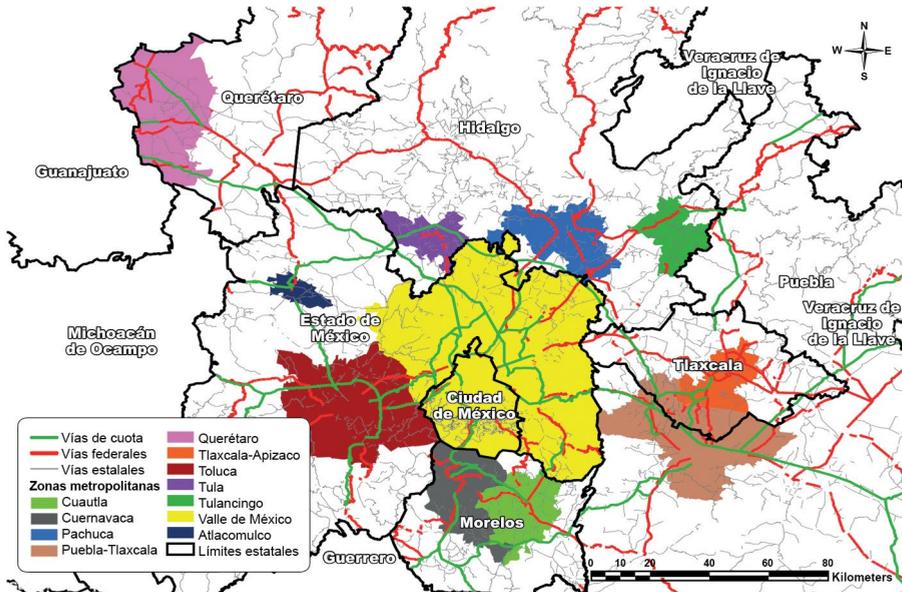


IMAGEN 4

Rutas y carreteras que conectan la metrópoli del Valle de Toluca con el área megalopolitana del centro del país.

Fuente: elaboración propia con base en la Junta de Caminos del Estado de México.

LA METRÓPOLI DEL VALLE DE TOLUCA

El municipio de Toluca es la capital del Estado de México y a partir de él se extiende la espacialidad de la zona urbana por el valle de este altiplano. Se constata la continuidad histórica, desde tiempos prehispánicos, de comunidades indígenas, sobre todo nahuas, mazahuas y otomíes. La tabla 2 describe los municipios y población que conforman la metrópoli del Valle de Toluca; la imagen 5, ilustra su distribución espacial.

TABLA 2
 Municipios metropolitanos del Valle de Toluca

Población	1990	2000	2010	2020	Crecimiento en los últimos 30 años
México	9,815,795	13,096,686	15,175,862	16,992,418	0.73
Toluca	487,612	666,596	819,561	910,608	0.87
Lerma	66,912	99,870	134,799	170,327	1.54
Xonacatlán	28,837	41,402	46,331	54,633	0.89
Otzolotepec	40,407	57,583	78,146	88,783	1.2
Temoaya	49,427	69,306	90,010	105,766	1.14
Almoloya de Juárez	84,147	110,591	147,653	174,587	1.01
Zinacantepec	83,197	121,850	167,759	203,872	1.45
Metepec	140,268	194,463	214,162	242,307	0.73
Calimaya	24,906	35,196	47,033	68,489	1.74
San Mateo Atenco	41,926	59,647	72,579	97,418	1.18
Mexicaltzingo	7,248	9,225	11,712	13,807	0.9
Chapultepec	3,863	5,735	9,676	12,772	2.3
San Antonio la Isla	7,321	10,321	22,152	31,962	3.36
Rayón	7,026	9,024	12,748	15,972	1.27
Tenango del Valle	45,952	65,119	77,965	90,518	0.96
Ocoyoacac	37,395	49,643	61,805	72,103	0.92
Texcalyacac	2,961	3,997	5,111	5,736	0.94
Almoloya del Río	6,777	8,873	10,886	12,694	0.87
Atizapán de S. Cruz	5,339	8,172	10,299	12,984	1.43

Capítulo 1
Escalas urbanas por aglomeración

Continuación tabla 2

Capulhuac	21,258	28,808	34,101	36,921	0.74
Jalatlaco	14,047	19,182	26,865	30,687	1.18
Tianguistenco	42,448	58,381	70,682	84,259	0.98
Total	1,249,274	1,732,984	2,172,035	2,537,205	101.52

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 1990, 2000, 2010, 2020.

Es relevante el ritmo de crecimiento poblacional, en los últimos 30 años, en algunos municipios, resalta San Antonio la Isla que creció más de tres veces por la construcción de unidades habitacionales de interés social; Chapultepec, más de dos; y muy cercano a dos, Calimaya, donde el crecimiento es dado por modalidades de asentamientos de alto poder adquisitivo en fraccionamientos residenciales cerrados, de clase media y alta; y Lerma que combina fraccionamientos residenciales de clase alta y unidades habitacionales de interés social.

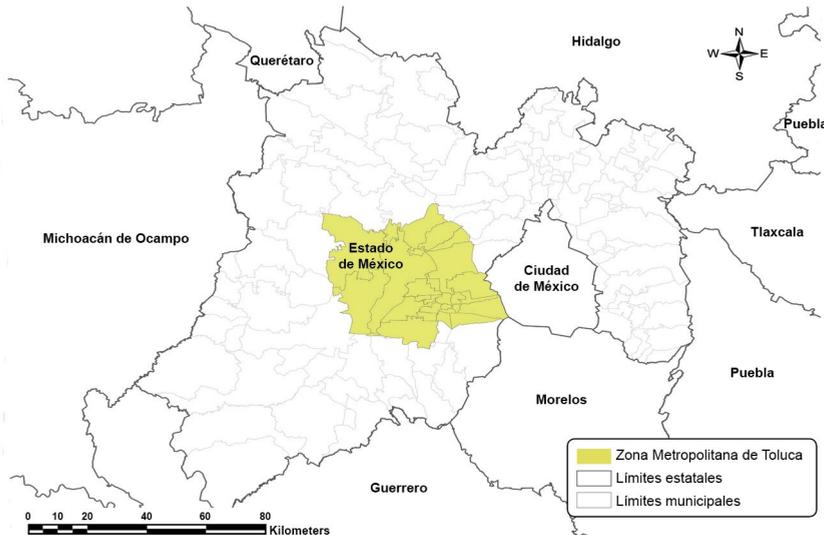


IMAGEN 5
Zona metropolitana del Valle de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

La tasa de crecimiento poblacional informa sobre la densificación de casas en todo el valle, es decir, la creación y producción de hábitats que permiten a las personas habitar/residir y construir culturalmente la metrópoli. Es importante anotar que las empresas inmobiliarias han invertido, prácticamente, en todo el Valle de Toluca al adquirir tierras ejidales para cambiar la vocación agrícola por el uso del suelo para vivienda; y lograr el pleno dominio sobre esta tenencia de la tierra de carácter social.

La mayor parte de las tierras compradas en el Valle de Toluca estaban bajo la modalidad de tierra ejidal, un tipo de tenencia social que se llevó a cabo durante el proceso posrevolucionario de 1910 con la idea de hacer justicia social al campesino pobre (Ginzberg, 2019). La propiedad social se pudo enajenar o vender (aunque en procedimientos de cambio de la tenencia que involucran al Registro Agrario Nacional) con la modificación al artículo 27 Constitucional de 1992, lo que generó la idea de que la justicia social se había realizado cuando se culminó el reparto agrario.

Es un patrón social que la venta de las tierras se lleve a cabo con la gestión entre autoridades del gobierno estatal y los comisarios ejidales o comunales. Si se trata de asuntos de obra pública, la presión se acompaña de fuertes dispositivos policiales y negociaciones orientadas a dividir a los ejidatarios o comuneros a través de las promesas de indemnizaciones (Leyva y Arriaga, 2019); si se trata de tierras para inmobiliarias se establecen reuniones entre representantes del Estado, del Registro Agrario Nacional y de los comisariados, para establecer el precio de la venta y los procedimientos para llegar al pleno dominio de la tenencia. La meta es realizar el cambio de tenencia o el dominio pleno sobre la tierra, antes ejidal, aunque, en muchos casos, se deja a la gestión de los nuevos vecinos de los hábitats de interés social menos privilegiados. Así es como se ha construido la ciudad en el Valle de Toluca; se trata de una metrópoli construida sobre las ruinas de la propiedad social que antes se definió como una acción de justicia social (González 2023).

UNA METRÓPOLI CONSTRUIDA SOBRE LAS RUINAS DE LA PROPIEDAD SOCIAL

La tenencia de la tierra sobre la que se construyó la metrópoli del centro del país yace sobre la transformación de la propiedad social llamada ejidal, a pleno dominio de la pequeña propiedad. Es común que los habitantes de los

fraccionamientos residenciales de alto poder adquisitivo, en Metepec, presenten quejas contra los pueblos que lanzan cohetes al aire como parte de sus fiestas patronales. Su intolerancia ante estas expresiones colectivas llama la atención porque no saben que sus casas se encuentran en tierras habitadas anteriormente por aquellos pueblos que lanzan cohetes desde tiempos prehispánicos.²

La metrópoli del Valle de Toluca ha subsumido a estos pueblos debido a la construcción de nuevos asentamientos que han mantenido su sistema festivo y ceremonial, pese al proceso de urbanización. La imagen 6 muestra la distribución de estos pueblos prehispánicos en el Valle de Toluca. La coincidencia con la construcción de la metrópoli actual es evidente.

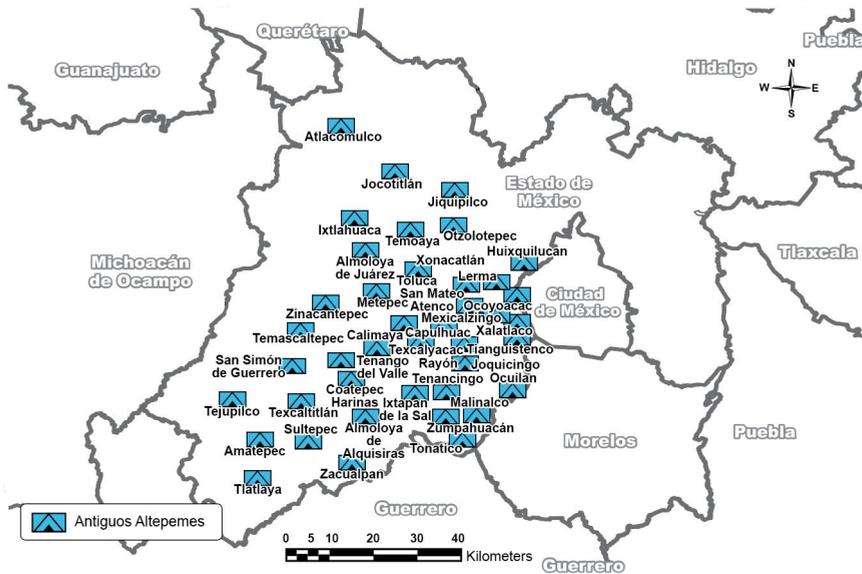


IMAGEN 6
Antiguos altepemes en el Valle de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en García Castro, 1999.

² Si bien, no lanzaban cohetes en aquella época, festejaban haciendo otro tipo de ruidos, con instrumentos musicales de percusión, por ejemplo.

Siguiendo este patrón de crecimiento sobre tierras ejidales que antes pertenecían a los pueblos de origen prehispánico, se encuentran las construcciones de zonas industriales (compárese imágenes 6 y 7). Es sabido que los procesos de urbanización se encuentran imbricados con los de la industrialización y, en la medida de su construcción, el entorno se ha transformado, cambiando las prácticas, las cogniciones y las simbolizaciones de los habitantes de los pueblos indígenas, pues todo cambio en la infraestructura espacial se traduce en cambios de las prácticas sociales que realizan las personas, como dice la vieja hipótesis de Remy y Voyé (1976).

Todo parece indicar que la metrópoli del Valle de Toluca se ha construido sobre las tierras de los pueblos indígenas, que las habitaban desde siempre. En la actualidad, buena parte de los hábitats de interés social se han construido sobre las tierras ejidales de los pueblos rurales y sobre los pueblos que se encuentran en proceso de conurbación, lo que afecta la organicidad de dichos hábitats. Por otro lado, si comparamos esta situación con la instalación de corredores industriales que se han instalado en las zonas indígenas, no se puede evitar la suspicacia de pensar que se trata de actos intencionados por las elites (políticas y empresariales), no sólo para obtener fuerza de trabajo para sus empresas fabriles, sino para continuar con el proceso colonial y consolidar la dominación. Esta especie de proyecto pretende obstruir la violencia contra las comunidades, a través de las discursividades del desarrollo y la modernización con las que justifica la construcción y localización de la industria y de los asentamientos de interés social. La máquina barroca colonial (Botey, 2014) es muy activa, parece ser la intuición que “destapa” estas coincidencias.

TRANSFORMANDO AL CAMPESINO EN OBRERO

Entre 1940 y 1970 se construyeron en el país 139 parques industriales: 22.3 % se hicieron en el Estado de México, es decir, 31 parques (González Limón, 1999: 33). Destacan la industria automotriz en Tlalnepantla, Naucalpan y Toluca (González López, 1992). Es interesante, reitero, que la construcción de la industria se hizo en los municipios con fuerte presencia indígena del Valle de Toluca, en particular y del Estado de México, en general. En 1971 se construyeron parques industriales en Zumpango y Texcoco, en 1972 en Lerma y El Oro, y en 1973 en Tenango (González Limón, 1999).

El turno le tocó a Atlacomulco entre 1977 y 1982, a la vez que se continúa con el crecimiento industrial en los parques El Coecillo y El Coecillo I, ambos construidos en los terrenos ejidales de Santa María Totoltepec, municipio de Toluca, fue el comisario ejidal quien decidió su venta a cambio de una indemnización. El año de 1983 consolidó el Coecillo I y el inicio del Coecillo II, así como el parque industrial San Buenaventura y Exportec I y II, conocidos como el corredor industrial Lerma-Toluca.

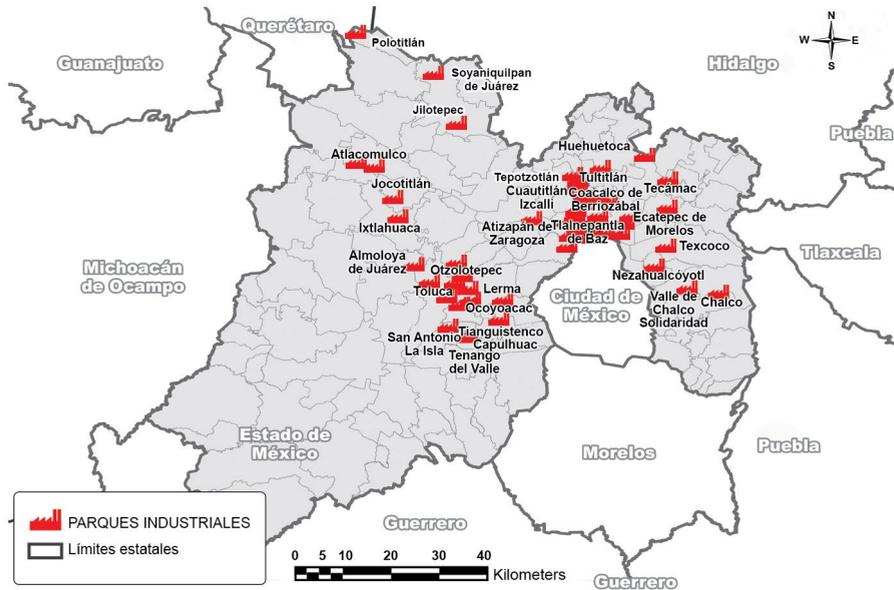


IMAGEN 7
Parques industriales en el Valle de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

El crecimiento industrial del Valle de Toluca va acompañado, como si fuera un crecimiento espejo, de la consolidación industrial del Valle de México, en los municipios de Tepoztlán, Naucalpan, Tultitlán, Ixtapaluca, Cuautitlán y Texcoco. En el año 1985 se construyeron los parques industriales de Jocotitlán e Ixtlahuaca. En este mismo valle, pero enclavado en la actual metrópoli del Valle de Toluca se realiza el parque industrial de Tianguistenco; en los noventa se sigue con el Toluca 2000, en las tierras de Otzolotepec y

Xonacatlán. Todos los parques industriales se construyeron en zonas habitadas por indígenas que se dedicaban a las actividades agropecuarias, es decir, se establecieron cerca de una fuerza de trabajo que podía descansar en sus respectivas casas. La imagen 7 muestra los parques industriales construidos en el Valle de Toluca. Resalta la coincidencia con la existencia de pueblos indígenas de larga data.

La industria fue, de alguna manera, el acelerador más representativo del crecimiento metropolitano del Valle de Toluca, durante el siglo xx. El catalizador de este crecimiento, expansión y densidad urbana durante el comienzo del siglo xxi será la industria inmobiliaria, unida a procesos de inmigración. Así, la primera integración de los pueblos rurales a la vida metropolitana se llevó a cabo mediante el cambio de prácticas de trabajo, vinculadas a la agricultura, por la de obreros fabriles en estos parques industriales.

La segunda oleada de urbanización se experimentó mediante la llegada de habitantes de otras latitudes para poblar las casas de interés social. Es un rumor colectivo entre los habitantes de Toluca afirmar que los residentes de Infonavit San Francisco y San Gabriel, en Metepec, llegaron de la Ciudad de México producto de la emigración a causa del temblor de 1985. Por su parte, los residentes del fraccionamiento habitacional de San Diego, colindancia con los pueblos indígenas de Toluca, llegaron en su mayoría de la Ciudad de México; los de San Antonio la Isla, de la Ciudad de México y de Michoacán, lo mismo que a la Loma en Almoloya de Juárez, aunque hay que sumar a los oriundos de Veracruz.

Una tercera vía de este proceso de urbanización que afecta a las comunidades y al Valle de Toluca, en general, lo representa la construcción de infraestructura vial, como las autopistas que conectan a Toluca con Naucalpan, que afectan a comunidades de Xochicuautla en Lerma; otro ejemplo es el tren rápido, megalopolitano, que conectará a Zinacantepec con la delegación Álvaro Obregón en el Valle de México, pero que en su construcción afectó la propiedad ejidal de pueblos de tradición antigua como Tultepec en el municipio de Lerma y otros en el de Ocoyoacac.

El crecimiento industrial, la densidad inmobiliaria que se traduce en la construcción de casas y la construcción de infraestructura megalopolitana, en los territorios del Estado de México, conforman los indicadores de la densidad del área urbana. Esta zona se caracteriza por la localización de la industria, de las zonas inmobiliarias y de la infraestructura metropolitana en lugares donde habita población de origen prehispánico. Ante este cambio

en la infraestructura espacial notamos que las prácticas, las cogniciones y las simbolizaciones se han transformado. Las actividades agropecuarias ceden su lugar ante la mercantilización de la vida y la dependencia al mercado. Muchos de estos agricultores vendieron sus parcelas de cultivo y, en el mejor de los casos, dedican tiempo parcial a las actividades agrícolas. La megalópolis no desplaza a la agricultura, sino más bien la integra a las diversas actividades a las que sus habitantes se dedican en este nuevo contexto. Incluso las fiestas del ciclo ceremonial se modifican; en algunos casos, las personas las olvidan (es el caso de Santa María Totoltepec, cuya fiesta es mínima), pero en otros, su expresividad aumenta significativamente, como en San Francisco Tlalcilcalpan, en Almoloya de Juárez o de los pueblos originarios de Metepec, que incorporan a las mayordomías a gremios laborales (obreros de Bosch, trabajadores de limpia, tortilleros, trabajadores de Chrysler) y sustituyen a las que se juntaban según criterios del parentesco ampliado y compadrazgo.

Los nuevos hábitats que se construyen lo hacen sobre las ruinas de las sociedades rurales a las que se busca —es mi suspicacia— desaparecer paulatinamente. Ahora, sus miembros combinan actividades económicas que los vinculan a los mercados de trabajo locales, que no están exactamente relacionados con la agricultura; o bien, se han insertado en prácticas de emigración semanal, con retornos de fin de semana o en migraciones internacionales. Se trata de pueblos que han visto transformadas sus prácticas cotidianas, sus cogniciones y simbolizaciones sobre el espacio; algunos de ellos mantienen sus actividades rurales agropecuarias, sobre todo los de los espacios de interface entre metrópolis; otros experimentan la conurbación, manteniendo parte de las parcelas para la herencia patrilínea o para venta. Conforme la industria inmobiliaria va creciendo construye hábitats del tipo unidad habitacional de interés social, cuyos vecinos conviven con los antiguos pueblos, sin saberlo o sin estar enterados de aquellos orígenes.

En este proceso de urbanización no sólo se borran los límites espaciales de los distintos hábitats, sino que también se borran las memorias. El tiempo de localización en el lugar se ocluye en favor de la nueva narrativa que se sustenta en el derecho a la vivienda. A los pueblos les queda transfigurarse (Bartolomé, 2006), manteniendo como única práctica que los vincula a su temporalidad antigua. Es el tiempo de la *metropolitización*, es decir, hacer política desde las prácticas culturales (González Ortiz, 2009).

¿Sabías que...?

En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca

La agricultura es una actividad que deja de practicarse cuando los pueblos integran en sus modos de vida a la metrópoli.

Entre las nuevas actividades económicas se encuentra la industria del pan. En Jalatlaco, los panaderos salen temprano a colocar sus piezas de pan dulce en los mercados de la Ciudad de México, llegan a la ciudad por la serranía del Ajusco y a Toluca por los rumbos de Ocoyoacac.



IMAGEN 8
Panaderos de Santa Cruz Cuauhtenco, Zinacantepec, en la fiesta de San Mateo Oxtotitlán en Toluca.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Capítulo 1
Escalas urbanas por aglomeración

También hay panaderos de Tenango, ellos venden sus deliciosos panes de nata en toda la zona metropolitana de Toluca.

Pero en el municipio de Zinacantepec, específicamente en la comunidad de Santa Cruz Cuauhtenco, se produce pan de feria que se distribuye en las fiestas patronales de los pueblos de Toluca, Metepec, Zinacantepec y Almoloya de Juárez.

Las fiestas patronales representan circuitos de mercado para estos panaderos artesanales.



CAPÍTULO 2

CONSIDERACIONES TEÓRICAS

EL HABITAR/RESIDIR COMO MARCADOR CULTURAL DE LA DIVERSIDAD METROPOLITANA

Este capítulo se pregunta sobre las densificaciones urbanas. ¿éstas son expresiones decadentes de lo social, o representan retos para generar soluciones a problemas creados por el mismo proceso urbano, humano y diverso? Parto del análisis de la metrópoli del Valle de Toluca, en donde se identificaron distintos hábitats urbanos definibles por ciertos elementos comunes que delimitan prácticas, simbolizaciones y cogniciones más o menos similares, o descritas por su tipicidad en tanto fenómeno colectivo de sus residentes. En estos hábitats urbanos, identificados como los lugares desde los que se produce la diversidad cultural, se descubrieron procesos que terminan por generar distancias (alejamientos) en la experiencia singular de experimentar la metrópoli, aspecto generador de diversidad cultural.

Se propone aquí, aludiendo a la imaginación antropológica y sociológica, una serie de componentes para un cambio de mentalidad y paradigma en torno a lo urbano y, por añadidura, de lo rural y, así, acercar la posibilidad de la coordinación de espacios sociales para el beneficio colectivo de los habitantes/residentes de esta metrópoli o gran área megalopolitana. Se pondrán algunos aspectos que se acerquen más a la gobernanza y contribuyan a trascender la gobernabilidad, el telón de fondo es la violencia, la contaminación, el desplazamiento de actividades, el malestar cultural de los habitantes de la metrópoli, el alejamiento de los distintos hábitats y el deterioro forestal.

Dado que urge dar posibles soluciones a problemas metropolitanos, se filtran en este apartado lo relacionado con asuntos de gobierno como la gobernabilidad o la gobernanza. Si se quiere tomar en cuenta la interacción

equilibrada para la toma de decisiones entre gobierno, mercado y sociedad estaremos en escenarios de gobernanza; por otro lado, la gobernabilidad refiere a los contextos en los que la sociedad reaccione sin violencia ante decisiones del Estado y del mercado.

Tres son las variables conceptuales de este capítulo: gobierno, diversidad cultural y metrópoli. El lector puede ver que nos encontramos en la relación dialéctica de los niveles micro, macro y meso de nuestra propuesta epistemológica, planteada en la introducción de este trabajo.¹

Se puede entender a la metrópoli como un contexto, en este trabajo se le define como una escala de lo urbano que contiene varios hábitats construidos por sus respectivos usuarios, dándole forma difusa al espacio urbano. Es decir, encimando límites y haciendo indistinguibles las fronteras entre los modos de vida que se caracterizan por identidades étnicas y de clase; poseen distintas memorias, prácticas y usos del espacio urbano; así como las distintas expectativas cognitivas sobre el espacio (cómo trasladarse, cómo apropiárselo, cómo construirlo, pero también cómo ubicar los derechos y obligaciones que se tienen respecto a la tenencia de la tierra). En esta medida, la metrópoli se articula con la diversidad cultural, cuando la comprendemos como una productora permanente de diferencias sociales y culturales, pues la construcción de hábitats micro sociales suma en su conjunto a la metrópoli.

Ahora bien, la metrópoli se encuentra ligada a una mayor escala de densidad urbana que es la megalópolis. Éstas suman hábitats en crecimiento permanente y cada una es productora de diversidad cultural, construyendo su propia centralidad, en eso consiste la idea de la polinuclearidad de la megalópolis (Gottmann, 1959). En estos procesos de crecimiento y densidad

¹ La dimensión micro está planteada como los hábitos de apropiación/creación que surgen del habitar/residir; la meso por el entreveramiento de reglas del mercado y del Estado para acceder y construir el espacio público del universo urbano; mientras que la dimensión macro se asienta en cómo las personas se apropian, en el imaginario, en la cognición y en la simbolización de la metrópoli y la megalópolis, es decir, las maneras singulares de ubicarse y localizarse a sí mismas en el marco más general del espacio urbano. Las dimensiones micro, meso y macro se encuentran, por otra parte, articuladas a las escalas de lo urbano, definidas como un continuo de densificación que comienza en la sociedad rural y termina en la megalópolis, pasando por la ciudad y la metrópoli.

(el físico y el sociocultural) se encuentran factores como las áreas verdes, la movilidad intermetropolitana e intramegalopolitana, así como la oferta y demanda cultural de cada sector humano o segmento cultural que la habita. Están diferenciados por las artes, expuestas en museos o festivales y por las fiestas patronales, expuestas y organizadas mediante el sistema de cargos que incluye a las mayordomías.

Si bien estos factores se viven en la cotidianidad, hay también elementos externos a la agencia humana, de carácter estructural, que inciden en la producción social del espacio y se encarnan en actores del mercado o del Estado, tales como los planificadores urbanos o empresarios; las inmobiliarias mercantiles o los emprendimientos industriales. Se puede decir que estos actores encarnan la producción capitalista del espacio, mientras los actores sociales encarnan las formas culturales, de apropiación y producción del espacio. En este punto es donde se encuentran los problemas de los supuestos de la gobernanza, pues de las definiciones que de la sociedad y el Estado se construyan² se definen las posibles participaciones en la toma de decisiones comunes o, de no alcanzarse, se conceptualizan los parámetros de las intervenciones del Estado, del mercado y de la sociedad, para la gobernabilidad, dirimiendo las diferencias en la arena pública.

De acuerdo con la Unesco (2022):

la gobernanza cultural abarca los marcos normativos, las políticas públicas, las infraestructuras, la capacidad institucional y los procesos destinados a fomentar el desarrollo cultural inclusivo, la estructuración de sectores culturales dinámicos y la promoción de la diversidad. La gobernabilidad cultural forja las condiciones propicias en las que se ejercen los derechos culturales que son cruciales para el desarrollo de sociedades pacíficas en las que los individuos tienen la oportunidad de llevar una vida plena y creativa de acuerdo con lo que ellos valoran. Por lo tanto, la gobernanza cultural desempeña un papel

² Si los actores consideran que las elites tienen las capacidades y competencias para gobernar, mientras las bases sociales carecen de ellas, el modelo de gobierno asumirá la gobernabilidad como estrategia de poder (visión propia del neoliberalismo); por el contrario, si las elites en el gobierno definen a la sociedad como participativa, se tenderá hacia la gobernanza como pretenden hacer los gobiernos liberales con orientación social.

fundamental para que la cultura contribuya plenamente al desarrollo humano inclusivo basado en los derechos.³

Partiendo de esta definición, se puede preguntar sobre el derecho a la ciudad (Lefebvre, 1968), es decir, al derecho de uso compartido del espacio público como un bien en el que la diversidad cultural se encuentra e interacciona; es decir, el derecho a habitar un conglomerado urbano como hábitat construido, desde el que se promueven en general, los derechos humanos y, en particular, los culturales y sociales; en tanto, se parte de que la metrópoli es productora de diversidad cultural.

Esto cobra relevancia a partir de que el espacio no es un contenedor neutral y estático de relaciones y, mucho menos, de exclusivas características físicas, sino, producto y reproductor de relaciones sociales (Lefebvre, 1968). De ahí que la dinámica histórica del espacio sea, en realidad, un producto social, lo que podría transformar al concepto del habitar/residir a una marca inicial de producción simbólica y cognitiva del espacio como entorno cotidiano.

El no reconocimiento de la megalópolis y la metrópoli como escalas productoras de diversidad cultural deriva de la estructuración capitalista del Estado y del mercado, donde se mantiene la obsesión por la uniformidad (Bartra, 2008). Incapaces, los actores del Estado y del mercado, de reconocer

³ En esta ocasión no quise partir del concepto de gobernanza, pues éste parte del supuesto de que no resiste la observación empírica. Las formas de construir espacialidad urbana, desde las sociedades culturalmente distintas, no descansan en el consenso del mercado y del Estado; por el contrario, la espacialidad urbana se crea más por las innovaciones y las creaciones de la cotidianidad que por la gramática normativa pretendida por inmobiliarias y planificadores (Delgado, 2007). De ahí que, si aspiramos a una gobernanza cultural de las áreas metropolitanas, donde exista un mínimo equilibrio entre gobierno, sociedad y mercado en la toma de decisiones, se requeriría de unas reglas generales que sean vivibles, realizables y simbolizadas como bienes comunes por el conjunto de los habitantes que residimos en las grandes extensiones urbanas, cuya característica más sobresaliente es precisamente de la diversidad cultural. Esto supone que cada hábitat de la metrópoli encuentra las ocasiones para la convivencia en sus entornos urbanos de vida y no para que el bienestar colectivo fracase. El objetivo es que las personas se encuentren satisfechas de vivir en dichos asentamientos por el hecho de que no sólo acceden al derecho a la vivienda, sino fundamentalmente a la ciudad.

la diversidad cultural como un asunto universal, la camuflan con estrategias de construcción de alteridad, para lograr la gobernabilidad, no para plantear la necesidad de la gobernanza fundada en un reconocimiento pleno de la diferencia.

Las diferencias son factores permanentes en lo humano, por ello, esta cuestión refleja la “impertinencia” de los proyectos alternos y espectrales que aparecen para contradecir las intenciones del proyecto dominante (Botey, 2014), mismo que generalmente busca la gobernabilidad, no la gobernanza, insisto. En este tenor, se puede preguntar si la construcción social del espacio urbano, en las escalas metropolitana y megalopolitana, se enarbola por la primacía del objeto mercantil o por la sociabilidad a ras de piso (Bartra, 2008).

En la actualidad, la dimensión estructural de la producción social del espacio puede ceñirse a su cualidad capitalista, en esta materia, Harvey ha mencionado las diferencias entre modernismo y posmodernismo. El primero, buscó la integración del tejido social; el segundo, un collage de formas superpuestas en el espacio. En tanto que el modernismo transformaba el espacio urbano para la integración y el uso del espacio público, el posmodernismo lo hace fragmentando una fórmula (Harvey, 2012) que hace público el espacio privado (los centros comerciales, por ejemplo), pero al hacerlo termina por volverse exclusiva, creando membresías socialmente aceptadas.

Se puede preguntar ¿esta fragmentación humana no es resultado de la extensión desbordada de las escalas urbanas en cuestión?, por lo que se pensaría es gobernable sólo por partes, con políticas focalizadas, pero nunca en su unidad como conjunto. Construir el espacio en separación de lo social y la sociabilidad es no reconocer que la propia vida urbana es auto generadora de diversidad cultural (Harvey, 2012).

Después de la experiencia posmoderna de construcción del espacio, emergen propuestas de articulación agroecológica e industrial en los espacios urbanos, la razón principal es determinar y definir la función social de cada espacio urbano (Avelar, *et al.*, 2013). Todo parece indicar que, si no se actúa coordinadamente entre sociedades y gobiernos y estos con el mercado, la metástasis será la marca de esta gran área urbana y periurbana. Los espacios deben considerarse en función local para aportar al todo urbano y periurbano. Esto implica reconocer, desde el Estado, emprendimientos cuya base no sea solamente la empresa individual, sino también las de carácter comunitario, sobre todo en aquellas que están orientadas a la producción de alimentos sin deterioro ambiental y forestal.

Duhau y Giglia preguntan si esta fragmentación y extensión mega y metropolitana impiden ubicar un principio de unidad (2008). Los autores reconocen como positiva la necesidad política de la integración. En este trabajo hemos propuesto un paso metodológico en el que los vínculos micro y macro se observen desde el habitar/residir y su conexión con las áreas metropolitanas. Si partimos de preguntar hasta dónde la fragmentación metropolitana permite describir su unidad política y cultural, la hipótesis de la gobernanza se complica aún más, pues en el actor sociedad, su segmentación que hace imposible no sólo la gama de intereses de vida, sino lo que deriva de la diversidad cultural. De manera que construir el habitar/residir como marcador de la diversidad cultural en la metrópoli de Toluca es propósito de este texto (imagen 9). El espacio que referimos es el de la metrópoli como construcción humana; y el tiempo, como las distintas temporalidades vividas por cada sector (segmento) humano que habita la metrópoli.

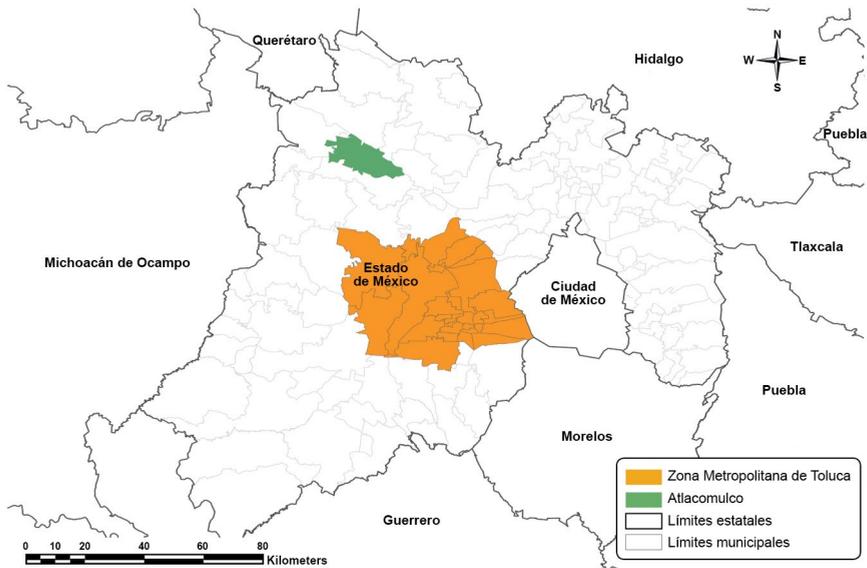


IMAGEN 9
Zona metropolitana del Valle de Toluca y la ciudad de Atlaconulco.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

CONTEXTO. DEBATE EN TORNO A LA MEGALÓPOLIS

Desde 1945, Mumford señalaba que quienes mantienen el mito metropolitano como manifestación normal de crecimiento seguirán así hasta que todo muera. A esta gran aglomeración o concentración urbana desbordada y atrofiada la llamó megalópolis, expresión de una forma degradada y manifiesta de un camino sin retorno a la decadencia; una antesala de la necrópolis. El sustento de esta afirmación se puede constatar con la pérdida de áreas forestales, en la contaminación de ríos, lagos y cuencas en el sometimiento de las áreas rurales y forestales a la presión mercantil inmobiliaria y la inseguridad y violencia que se gesta entre sus habitantes/residentes.

La visión distópica en la dimensión social es evidente, pues desde ella podemos evaluar situaciones críticas como la distribución injusta del agua, la deforestación intensiva para abrir campos, el desplazamiento de la agricultura tradicional para los intensivos cultivos comerciales o el cambio de uso del suelo agrícola para la urbanización inmobiliaria; también, en la mayor dependencia de sus habitantes al mercado laboral; en la necesidad de emigrar de sus tierras, ya sea en la modalidad pendular (interna y nombrada *commuting*) o permanente (internacional); y en general, en el malestar cultural del habitar/residir en las grandes áreas metropolitanas.

Además, Mumford afirmaba que el concepto de megalópolis articula a ciudades más pequeñas, que son influenciadas por pequeños reflejos de los vicios de la gran ciudad; resulta ser la razón por la cual el perímetro crece de forma más acelerada que la ciudad central.⁴ Si el crecimiento de estas aglomeraciones es una mimesis de la gran ciudad, significa que ya no crea sino que copia, siguiendo a Mumford, el desbordamiento ya no es creativo.⁵ En palabras del autor, estas aglomeraciones son físicamente incoherentes y socialmente disparatadas; no se trata exactamente de una zona

⁴ En el Valle de Toluca, las dos ciudades que crecieron a una tasa mayor de 100% en los últimos 30 años fueron Atlacomulco y Zacazonapan (Imagen 3), aunque Zacazonapan no presenta una integración dinámica con la metrópoli de Toluca, sí es el caso de Atlacomulco y su *interland* o interface periurbana.

⁵ El planteamiento de Mumford es muy interesante porque la creatividad humana encuentra un punto clave de expansión en la creación de aglomeraciones urbanas (Soya, 2001; Caldeira, 2000), pero llega a un punto en que la aglomeración es tan grande que se atrofia la creatividad, expresable o indicada por el crecimiento desbordado.

urbana y tampoco de una rural, por el contrario, esta escala urbana habría ya perdido relación con la sociedad.

Podemos contrastar la visión de Mumford con el optimismo de Gottmann (Randle, 1957), quien mencionaba respecto a este tipo de crecimientos urbanos desbordados que aun y cuando aparezcan como expresiones caóticas, tienen un orden propio, expresado en la emergencia de problemas que son y serán traducidos como retos y soluciones para las nuevas generaciones. Para Gottman en esta escala urbana, también llamada megalopolitana, los límites entre lo rural y lo urbano no son identificables y su desacuerdo con la noción de *rur-urbanización*, desarrollada posteriormente por Bauer y Rox (1976) no le satisface del todo, por lo que describe a la megalópolis como una infraestructura con potencial a urbanizarse. Se trata de una nueva forma de tejido urbano, distinto a la conurbación y al desbordamiento. Es un tipo de crecimiento regional cuya urbanización vinculante se realiza mediante el transporte y las comunicaciones se constituye de forma polinuclear (Gottmann, 1957).

El optimismo mostrado por Gottmann mantiene un desliz de incertidumbre sobre qué tipo de generaciones futuras podrán resolver los problemas que esta escala de organización de la vida les pondrá enfrente. Asegura, la megalópolis es una expresión de aglomeración urbana adecuada y propia de sociedades con un alto grado de desarrollo y estándares de vida, por ello duda que la solución de problemas pueda hacerse de la misma forma en megalópolis de Sudamérica o la India pues, piensa, se reflejaría solamente como nuevas formas de desorden (Gottmann, 1957). Así, para este autor, la escala megalopolitana es resultado de un tejido urbano, cuya génesis se encuentra en la hipertrofia de la metrópolis, en una escala anterior que obliga al crecimiento descentralizado, pone en manos de las naciones desarrolladas las capacidades para resolver los problemas provocados por la misma aglomeración urbana.

En ambos autores, aunque de forma diferente, resalta la metáfora de la hipertrofia: en Mumford, como expresión indicadora de una escala que se ha separado de lo social e incapaz de contener su pulsión expansionista sobre el territorio, se dirige a un camino hacia la muerte, hacia la necrópolis; en Gottmann, como consecuencia de la naturaleza expansiva de la escala metropolitana, cuya única opción de densidad y extensión es salirse de sus límites, de esparcir su crecimiento y policentralidad. Para Mumford, lo hipertrofiado se muestra por el mimetismo que las ciudades pequeñas hacen

de las grandes, pues antes de que la ciudad central los alcance (como en la propuesta de crecimiento por conurbaciones) esas pequeñas ciudades ya han reproducido, por mimesis, los vicios de las grandes. Para Gottmann, si bien se trata de un crecimiento desbordado generador de problemas, siempre habrá ocasiones para darles solución mediante actos creativos. Este proceso crea la característica difusa de la escala megalopolitana, es decir, la imposibilidad de percibir nítidamente sus límites y fronteras (Nivón, 2003). La idea de que la difusividad se encuentra también en el pensamiento de Gottmann, quien después de reconocer el escaso poder explicativo de lo rur-urbano, afirmó que se trata de regiones urbanas conectadas por el transporte y las comunicaciones.

El pensamiento de estos autores está separado por el énfasis que cada uno pone sobre el futuro de esta escala de crecimiento mientras que para Mumford se trata de una escala decadente que lleva hacia la muerte; Gottmann coloca su optimismo en la capacidad de las generaciones futuras para resolver los problemas ambientales y sociales. Da a las siguientes generaciones la responsabilidad de su creativa solución y asigna a las regiones no desarrolladas y pobres pocas posibilidades de resolución.

Se puede preguntar si hemos llegado a un punto cercano al pronóstico planteado por cada autor mediante el análisis de los factores físicos, tales como los niveles de contaminación del agua, las zonas deforestadas, la emergencia de casas y edificios en las faldas de las montañas, una agricultura que riega sus plantas con aguas sucias, la construcción con aguas residuales (habitacionales e industriales) que descargan en cuencas, contaminando ríos, lagunas, presas y océanos a su paso, en la contaminación del aire como consecuencia de las aglomeraciones de autos que se establecen entre las ciudades que conforman la megalópolis, la emergencia del ruido como componente de la cotidianidad urbana o en los factores sociales como el malestar cultural, la violencia, la peligrosidad o el relajamiento de la solidaridad social ante la emergencia del individualismo mórbidamente egoísta.

Por otro lado, el optimismo y el pesimismo que aquellos autores manifestaron debe incorporar un análisis sobre la sociedad, a través de las formas de integración colectiva en el espacio público; la intervención del mercado inmobiliario y su forma de contribuir a la fragmentación social; la construcción de lugares vigilados en contraposición a los lugares abandonados por las instituciones; los lugares de ocio diferenciados según las clases sociales y las maneras de habitar la megalópolis. Igualmente, se deben de tener en

consideración las formas de residir y transformar la vivienda o casa; las formas de la movilidad urbana según las clases sociales; las apreciaciones sobre las áreas verdes, en función de los estratos; el derecho a la ciudad como espacio compartido por la totalidad de habitantes de la megalópolis; las formas creativas de producir diversidad cultural por el hecho de habitar/residir un área urbana inmensa; la gobernabilidad de la diferencia; la gobernabilidad de las áreas verdes y, entre otros, los intentos de gobernanza de la diversidad cultural y la biodiversidad que se mantiene, siempre bajo presión, en las áreas megalopolitanas, sobre todo en las étnicas que demandan autonomías relativas (en el uso del agua, en las zonas forestales, en las tierras agrícolas, por ejemplo), pese a convivir en el área urbana de estas dimensiones.

De esta forma, el habitar genera geografías cognitivas y lugares de identidad, así como simbolización que cargan de sentido la existencia colectiva y configuran, a la vez, el espacio personal (Giglia, 2012). Tiempo y espacio se articulan con la dimensión social para darle forma al entorno, es decir, construir un hábitat. De ahí que el habitar/residir se proyecte como el lugar más próximo a la experiencia de vida urbana; se trata de la conexión de las casas, como lugares del residir, con el barrio, la colonia, el fraccionamiento, la unidad habitacional o el centro urbano, estando la metrópoli y la megalópolis como restos de distintas escalas.

Así, el residir se conecta con la vivienda. Si partimos del concepto de vivienda distinguimos elementos cuantitativos que sirven para leer el derecho social a la vivienda; pero, si hablamos de casa nos remitimos a la experiencia del sujeto, del habitante, a la subjetividad del residir (Hiernaux y Lindón, 2004), es decir, a la construcción de lo doméstico (Giglia, 2012), la realización del logro y la certeza de éxito que da el ser propietario. En el residir se modulan los cuerpos individuales con los que se ocupará y se producirá el espacio como forma continua de densidad en las relaciones. El residir delinea un tipo de experiencia urbana de lo inmediato.

EL HABITAR/RESIDIR EN LA MEGALÓPOLIS O EL MICROESPACIO CONSTRUCTOR DE HÁBITATS CON DIVERSIDAD CULTURAL

El habitar/residir es un concepto dual que incluye procesos espaciales de las trayectorias de vida, en específico de la subjetividad que enmarca la vivencia y la experiencia de la espacialidad inmediata. Por un lado, *el habitar* se entiende como la apropiación, construcción, creación de un espacio colectivo

(un pueblo, barrio, una colonia, un fraccionamiento, una ciudad) y *al residir* como el acto de vivir la cotidianidad en una casa desde la que se produce la vida doméstica, comprendida en dicho barrio, colonia o ciudad (Lindón, 1999). El habitar/residir son dos dimensiones espaciales de la vida urbana en las que se inician y cierran las actividades cotidianas. Desde ellas se inician los desplazamientos y las trayectorias intermetropolitanas o intramegalopolitanas. El habitar/residir refiere al microcosmos que se construye en la cotidianidad del mundo inmediato, es el conector con el resto del espacio urbano en sus distintas escalas.

En la articulación del mundo inmediato y el mediato se define la forma de construir la espacialidad urbana, es decir, de contribuir a la gramática normativa de la ciudad o de transgredirla para configurar una nueva desde las prácticas y simbolizaciones colectivas. De ahí que la metrópoli se constituye como hábitat construido, dentro del cual se usan las casas como espacios domésticos; el entorno inmediato, como interacciones cotidianas con los vecinos; y la ciudad, la metrópoli y megalópolis, como resto, susceptibles de experimentarse en los desplazamientos y trayectos que unen puntos de uso rutinario. Esta movilidad intermetropolitana se realiza en vehículos mecanizados, exponiéndose a mayores o menores riesgos y situaciones de estrés. En los trayectos, las personas “atravesan” zonas de peligro o paisajes urbanos, rurales y forestales: áreas verdes que se apropia la metrópoli, pero también, la metrópoli se experimenta con sus propias centralidades al destacar la oferta cultural proveída por la empresa privada (plazas comerciales), por los gobiernos (conciertos, festivales) o por las propias sociedades (fiestas patronales, colectivos culturales). De la suma de estas características se puede hablar de la experiencia metropolitana en su conjunto.⁶

El habitar/residir se constituye de un conjunto de prácticas y simbolizaciones que permiten al sujeto colocarse, ubicarse o localizarse dentro de un orden espacio temporal (Giglia, 2012), desde el que genera la espacialidad y la temporalidad cultural, a partir de prácticas que conectan lo inmediato y el resto metropolitano para su posible apropiación cotidiana. De ahí que en los

⁶ Aunque la suma de esto no signifique que todos los usuarios de la metrópoli las conozcan y mucho menos participen en ellas, por el contrario, se trata, usando la metáfora de Soja (2001), de una sinfonía en la que cada grupo entona sus propias notas sin existir un pentagrama que unifique las distintas melodías.

modos de habitar/residir la metrópoli, desde esta subjetividad, se produzca la cultura metropolitana, en el mismo tiempo que los sujetos se construyen y constituyen a sí mismos, efecto de la interacción de la organización de la vida (el residir) y el ambiente/entorno construido (el hábitat). Esta articulación entre hábitat y cultura se encuentra en esa urdimbre que comienza con el habitar/residir, como una ubicación del sujeto en coordenadas espacio-temporales.

En esta dialéctica se le asigna una independencia relativa a la capacidad de agencia del sujeto social. Esta dialéctica construye el hábitat metropolitano, al tiempo que los habitantes/residentes se constituyen en sujetos político/culturales. Propongo que en este concepto se esté jugando la diversidad cultural generadora de modos de vida, es decir, modos de apropiarse y construir el espacio y el tiempo.

Si consideramos que el habitar/residir implica la apertura y el cierre de la cotidianidad (Lindón, 1999), las personas salen de su casa y se insertan a su hábitat urbano, realizan sus actividades (en puntos muy específicos que implican el trabajo, el esparcimiento o la escuela) y regresan a sus casas. En esta movilidad, las personas se apropian de la metrópoli en su conjunto, de sus espacios verdes, de sus bienes culturales, de sus trayectorias cotidianas, etcétera y, de esta forma, se construyen las formas culturales metropolitanas.

Según el planteamiento de Duhau y Giglia (2008) los tipos de asentamientos humanos son:

1. *Zona centro*. Parte de los distintos municipios que conforman la metrópoli del Valle de Toluca. Es relevante la zona centro del municipio, por su preeminencia (Garza, 2000) de dicha zona metropolitana.

Sus habitantes han construido alcurnias en función de criterios de oriundez genealógica en dichas cabeceras, en las que se aglutinan ciertos prestigios, poco funcionales, con la reconstrucción permanente de las zonas centro.

Las casas de esta zona generalmente dan a las calles y avenidas.

2. *Zonas rurales periféricas*. Habitadas por pueblos de tradición anti-gua indígena (otomíes) con agricultura consolidada, pero bajo la

presión permanente de las inmobiliarias que desean sus tierras para cambiar el uso del suelo.

Se trata de la interface o el *interland* entre zonas urbanas. Sus habitantes trabajan en procesos de migración de ida y vuelta a las zonas metropolitanas (*commuting*). Sus vocaciones combinan la agricultura con el mercado de trabajo asalariado en esta modalidad, es conocida como *la nueva ruralidad*. El potencial para constituirse en un anillo periférico, a las zonas metropolitanas para la producción de servicios ambientales y alimentos orgánicos es significativo; pero mantienen el riesgo de ser subsumidos en la dinámica de integración megalopolitana, como lo han experimentado los pueblos en proceso de conurbación.

Siguiendo la tipología de Larralde (2011), este asentamiento podría clasificarse entre *rural-agrícola* y *rural-no agrícola*, pues hay muchas unidades familiares que viviendo en dichas zonas ya no cultivan la tierra, pero hay otras que lo siguen haciendo. Territorialmente esta zona es la periurbana, la que rodea a la zona metropolitana del Valle de Toluca y a la ciudad de Atlacomulco.

3. *Colonia popular de nueva creación*. Son asentamientos producto de la autoconstrucción pauperizada, realizada por inmigrantes. Ausente en el Valle de Toluca.⁷
4. *Pueblo en proceso de conurbación*. Caracterizado por la autoconstrucción de nuevas casas en el sistema de reglas de herencia patrilineal, con acceso a la tierra de propiedad ejidal, a una agricultura visible que se confunde muchas veces con baldíos urbanos. Las fronteras son difusas. Mantienen un sistema festivo consolidado y una memoria histórica más o menos compartida, además, con la presencia de ejercicios de toma de decisiones locales que se realizan

⁷ Queremos recordar al lector que en los límites de Metepec y Toluca ha surgido un enclave de estas características (casas de autoconstrucción con materiales usados) que será importante estudiar.

a través de la asamblea comunitaria, sobre todo, en cuestiones sobre la autonomía de los pozos de agua.

Se asume una temporalidad de larga data para mantener los derechos políticos del territorio, incluso la cultura se ve reforzada ante la presencia de vecinos recién llegados o decisiones gubernamentales que los afectan.

Su ubicación se encuentra cerca de las zonas centro de cada municipio que conforman la metrópoli de Toluca o han sido absorbidos por dicha centralidad. Siguiendo la tipología de Larralde (2011), estos pueblos en proceso de conurbación se encuentran entre urbano-agrícolas y urbano-no agrícolas. Esta tipología se encuentra cercana al programa de investigación sobre los pueblos urbanos (Portal y Álvarez, 2011) que serían aquellos pueblos urbanos-no agrícolas, lo que ha dado entrada a una denominación como pueblos-colonia (Trejo, 2022, comunicación personal).

5. *Unidad habitacional de interés social.* Se trata de casas no construidas por sus habitantes, sino adquiridas mediante créditos de apoyo a trabajadores. Lugares desde los que se debe construir la socialización vecinal comenzando de cero, en medida de que todos llegan de distintos lugares.

Hay una diferenciación social de la riqueza entre los distintos hábitats de este tipo, pero todos parten de comprar una casa con promesa de crecimiento y bienestar a futuro, que difícilmente se cumple.

La peligrosidad del hábitat es un factor recurrente. Los conflictos entre vecinos son constantes, esto provoca que muchas veces el asentamiento fracase, pues sus habitantes/residentes abandonan sus casas.

De la misma forma, la gestión de los servicios públicos y la legalización de la propiedad corre por cuenta de los habitantes/residentes, lo que genera procesos de apropiación o construcción del espacio desde los residentes.

6. *Fraccionamiento residencial medio*. Son enclaves con calles cerradas, con uso de vigilancia y jardines en el interior de cada casa, y jardines compartidos, en espacios intermedios, entre la casa y la calle.

Sus habitantes/residentes buscan siempre cambiar la casa por una que se encuentre en un fraccionamiento de mayor costo y mayor prestigio. Hay entre este sector una conciencia de cuáles son los mejores fraccionamientos para vivir, lo cual se evalúa por la cercanía a centros comerciales y vías de comunicación, sobre todo autopistas megalopolitanas y metropolitanas.

7. *Fraccionamiento residencial alto*. Se trata de construcciones con vigilancia en la entrada y áreas verdes en los espacios intermedios compartidos. Regidas por normatividades internas y una marcada separación entre el espacio interno y el externo.

La normatividad interna tiene como objetivo que la construcción de una casa no impacte la plusvalía de las otras. Se trata, en muchos casos, de las llamadas *Gated Communities* (Blakely y Gail, 1997) o de la *Privatopía* (McKenzie, 1994), esto es, como si la propiedad privada del inmueble fuera la expresión plena de la autonomía personal. Estamos ante enclaves que fijan su plusvalía con criterios de accesibilidad a casas club o zonas deportivas interiores.

En suma, estas siete formas de habitar/residir la metrópoli producen formas diversas de construir y apropiarse de las coordenadas espacio temporales, lo que conlleva a considerar los elementos de significación desde las subjetividades o la intersubjetividad.

Si regresamos a la definición de gobernanza cultural que propone la UNESCO, estaríamos hablando de que, para el cumplimiento de los derechos culturales en las metrópolis se debería partir del respeto a cada forma del habitar/residir y, al mismo tiempo, garantizar los derechos sociales, visibles en la implementación de servicios e infraestructuras que alientan la vida cultural: el derecho a la ciudad, expresado como derecho al encuentro en el espacio público, entre los diferentes individuos. En este sentido, derechos sociales y culturales atraviesan el de la ciudad o lo público, lo que se puede

traducir como el derecho a vivir públicamente la ciudad desde las formas culturales e identitarias de sus habitantes/residentes.

De la misma forma, en tanto la existencia del *interland* rural o la periferia rural-urbana, el derecho a la ciudad debería implicar el de la alimentación y el de un ambiente saludable, por lo que el respeto y la promoción de las actividades agrícolas y los servicios ambientales para estas zonas periféricas debería ser parte de la planificación urbana estatal. Esto serviría no sólo para contener el crecimiento megalopolitano, sino para garantizar el derecho colectivo a ser diferente, así como el derecho a la ciudad de los habitantes/residentes y a la totalidad de este tipo de mega áreas urbanas.

SEGMENTOS URBANOS EN LA METRÓPOLI DE TOLUCA COMO HÁBITATS CONSTRUIDOS DESDE EL RESIDIR

A partir de la intención por conseguir la gobernanza cultural (supuesto acuerdo institucional entre sociedad, Estado y mercado) se deberían garantizar los derechos sociales y culturales de los distintos grupos que habitan/residen la metrópoli. Sería la condición necesaria para el reconocimiento de los marcos normativos, de infraestructura, de políticas públicas y de las capacidades institucionales para estructurar sectores o segmentos culturales, en una visión de unidad megalopolitana. Por ello, la gobernabilidad cultural forjaría las condiciones para el ejercicio de los derechos culturales, con la condición de que los derechos sociales estén garantizados (vivienda, salud, educación, alimentación, movilidad, infraestructura, áreas verdes y oferta cultural). Así, la combinación de estas dos facultades se articula con el derecho a la ciudad, entendiendo a éste como la apropiación de lo público, independientemente de la adscripción cultural o de clase.

Por otra parte, los derechos culturales son claves para lograr sociedades de paz, en la medida de que cada individuo, de cada segmento cultural o hábitat metropolitano, tenga la oportunidad de realizar una vida plena en la que su propio grupo cultural valore y configure sus prácticas. De esta forma, la gobernanza cultural contribuiría a la integración social de la diversidad, en el ámbito público, de la metrópoli.

Este marco ideal poco tiene que ver con la realidad. No obstante, pienso que es importante enunciarlo para construir ideas de futuro. Ahora, regresando al diagnóstico de lo real: ¿cómo se manifiesta la diversidad cultural en los contextos metropolitanos y megalopolitanos? He definido a la metrópoli

y a la megalópolis como dos escalas de lo urbano, cuyo común denominador se encuentra en la pulsión de crecimiento y expansión. En este crecimiento expansivo se forma la ciudad difusa, es decir, los *interlands* o las interfaces entre áreas urbanas. He definido, además, al hábitat como una construcción humana que comienza en el residir una casa articulada en un barrio, colonia, fraccionamiento, unidad habitacional o pueblo, en donde los circuitos de movilidad conectan con la metrópoli, a través de desplazamientos y trayectos rutinarios. Estos hábitats se constituyen como arenas productoras de diversidad cultural. Siguiendo con la tipología de Duhau y Giglia (2008) y de Giglia (2012), se describen territorialmente⁸ los distintos hábitats urbanos, segmentos culturales, de la zona metro y megapolitana del Valle de Toluca (imagen 10).

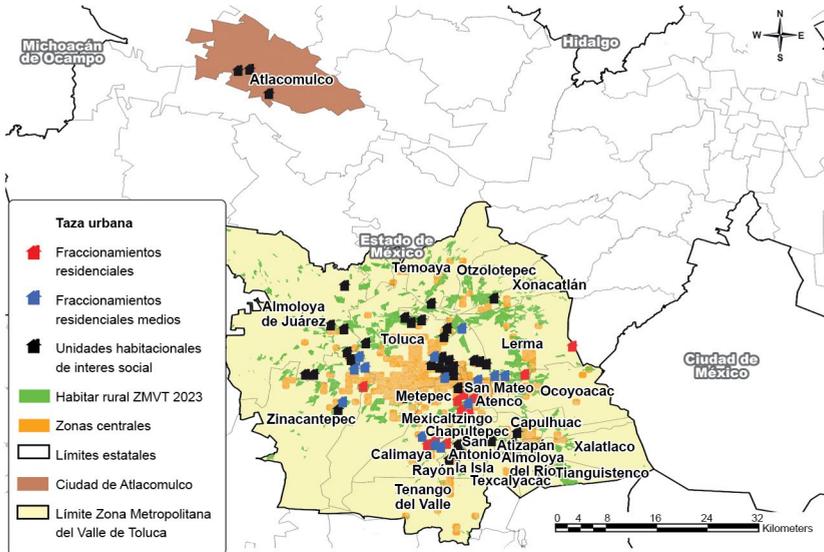


IMAGEN 10
Tipos de asentamientos o hábitats del Valle de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

⁸ Si bien ya mencionamos algunos hallazgos, en esta parte identificamos los municipios que albergan los distintos asentamientos humanos o hábitats en la metrópoli del Valle de Toluca.

Zona centro

Cada municipio que conforma la zona metropolitana tiene habitantes de sus respectivas zonas centro y sus pueblos rurales o en proceso de conurbación que se encuentran en los alrededores (Lerma, San Mateo Atenco, Ocoyoacac, Zinacantepec, Almoloya de Juárez); otros centros colindan con fraccionamientos residenciales (Metepec, Calimaya); con colonias (Toluca) y algunos más con unidades habitacionales (Almoloya de Juárez, San Antonio la Isla).

Los centros están construidos para la oferta cultural y de bienes de consumo doméstico, estando sus periferias municipales ordenadas por otras actividades de tipo industrial o agrícolas. En una perspectiva local, cada cabecera municipal tiene cierta centralidad respecto de sus asentamientos alejados, pero en una perspectiva metropolitana, cada centro constituye un núcleo con su propia centralidad, aunque la zona centro de Toluca es la que tiene preeminencia sobre las demás zonas centro de los municipios que conforman esta metrópoli (imagen 11).



IMAGEN 11
Centro de la metrópoli de Toluca.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

En términos culturales, las zonas centro albergan a las familias que se sienten oriundas del municipio, muchas veces son diferenciadas con base en criterios de clase social u origen étnico o una mezcla de ambos. Por ejemplo, la zona centro de Toluca erige una frontera cultural intangible entre los habitantes de los pueblos antiguos como Zopilocalco, La Teresona o El Cópore, cuya capilla se encontraba abierta en el antiguo templo de la Santa Cruz de los otomíes (Imagen 12); y los residentes de las colonias Centro, Universidad o Los Maestros, a espaldas de la catedral (Chávez, 2021). Las interacciones entre ambos se difuminan en desconocimientos mutuos. La división intangible de esta frontera cultural se marca por el río Verdiguél que atraviesa la ciudad de forma subterránea. Una mirada desde el resto del cerro Toloche, zona arqueológica del posclásico, define claramente la cuadrícula urbana de los criollos y mestizos, de la laberíntica urbanización de los pueblos de origen indígena.



IMAGEN 12

Capilla abierta de la Santa Cruz de los otomíes.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Lo mismo ocurre en otras zonas centro. Por ejemplo, en Almoloya de Juárez, los residentes de la zona centro creen que son oriundos del municipio,

pero en cuanto se les pregunta sobre las comunidades mazahuas de origen prehispánico, contestan que ellos no son del centro, marcando distinción entre dos grupos originarios del lugar. Lo mismo sucede en Metepec, pues los oriundos de clase alta se desmarcan de los pueblos ancestrales que habitan en su zona centro, encontrando la más nítida separación en la oferta cultural, pues, por un lado, los pueblos enarbolan año con año el tradicional Paseo San Isidro y, por otro, los asentamientos adinerados ofertan el festival Quimera, a través del gobierno municipal, cuyo contenido musical se centra en agrupaciones modernas y está hecho para los sectores con poder adquisitivo y con gustos musicales modernizados.

Los sectores medios utilizan el auto para la movilidad inter e intrametropolitana; mientras los sectores bajos utilizan el transporte público como autobús o taxis colectivos que conectan los distintos centros municipales con el centro de la ciudad de Toluca; por su parte, la bicicleta es usada por sectores medios y bajos; unos le asignan funciones para el trabajo y los otros, le otorgan sentidos ambientales y de militancia política.

Respecto a los espacios verdes, todos los centros poseen un jardín con árboles, flores y zonas de esparcimiento que son usadas por los vecinos de manera recurrente. Resalta la presencia de parques públicos en el centro de Toluca, todos ellos, lugares para los paseos familiares, tanto de las clases altas como de las bajas. Los parques públicos son, en ocasiones, los centros de cada cabecera municipal, pero algunos de ellos tienen, además, otros parques urbanos. Es significativo el hecho de que el centro de Toluca tenga varios parques públicos.

Colonia popular de nueva creación

En el Valle de Toluca no existen este tipo de asentamientos, pero el crecimiento de autoconstrucción popular se confunde con el que realizan los pueblos en proceso de conurbación. La colonia popular de nueva creación se encuentra extendida en el Valle de México, no obstante, existen asentamientos irregulares en la frontera entre Toluca y Metepec y en la parte norte de Temoaya (imagen 13), pues allí se pueden ver las casas improvisadas de gente pobre que aprovecha cualquier material para edificar lugares de vivienda.



IMAGEN 13
Asentamiento urbano popular en Temoaya.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Me parece importante mencionar que debido a que las casas de interés social se están construyendo junto a los pueblos antiguos y en proceso de conurbación, es probable que las empresas inmobiliarias y los gobiernos conciban o conceptualicen éstos como colonias populares, pues los estilos rústicos de las casas, a medio construir, generan la imagen de la vivienda construida en procesos paulatinos.

Zonas rurales periféricas

Se trata de asentamientos que se encuentran en la experiencia de la conurbación o en la interface entre ciudades o nodos urbanos. Combinan la agricultura de subsistencia con el empleo asalariado en el interior de las ciudades. Mantienen una presión constante por el arribo de la ciudad, misma que se manifiesta en presiones por parte de las empresas inmobiliarias, quienes desean comprar grandes extensiones de tierra para poder construir unidades de interés social. No obstante, estos asentamientos poseen sus propias formas de densificar sus espacios. Poseen un sistema festivo

consolidado y usan, en mayor o menor medida, la asamblea como recurso político de interacciones. La movilidad la hacen en taxis colectivos y en algunos casos en transporte de autobús urbano o semi urbano.

Estos pueblos de tradición agrícola compiten por los recursos con empresas agrícolas e industriales que las utilizan. Sus habitantes han encontrado algunos nichos de mercado en la metrópoli de Toluca, por ejemplo, algunos residentes de Temoaya se dedican a la venta del recaudo en tiendas de la metrópoli, mientras que algunos pueblos de Zinacantepec, a la venta de pan de feria; lo hacen en una red de fiestas tradicionales que se realizan en los pueblos de la metrópoli. Lo mismo acontece con los vendedores de pescados y mariscos de San Luis Mextepec, en Zinacantepec, que han conectado su estilo de vida con desplazamientos cotidianos de su pueblo a la central de abastos de Iztapalapa en la Ciudad de México; incorporando un estilo de vida intermegalopolitano.

También sucede que estos pueblos se encuentran inmersos en otros municipios que pueden no estar dentro de la metrópoli del Valle de Toluca (los periurbanos), pero sí en municipios urbanos que tienen sus propios ritmos de crecimiento y que, como indicaba Mumford, están creciendo por imitación a la metrópoli central; por lo que se incorporarán a la zona metropolitana con similares vicios, por ejemplo, Atlacomulco, en el Valle de Toluca.

Unidad habitacional de interés social

Son casas construidas para los trabajadores, en ocasiones, adquiridas mediante créditos sociales y apoyos gubernamentales. En muchos casos comparten pared y están hechas para que los usuarios las amplíen o construyan hasta donde puedan, pues los límites los impone el espacio y el dinero (imagen 14).



IMAGEN 14

Los usuarios amplían sus casas hasta donde pueden. Unidad habitacional La Loma, Zinacantepec y Almoloya de Juárez.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Las casas tienen una reglamentación impuesta por las inmobiliarias, pero es común que sus usuarios no se ajusten a ella y, por el contrario, haya una intención individualista por imponer la voluntad de cada vecino, incluso llegando a la violencia verbal o física. Así, pues, la conflictividad forma parte de las interacciones, pues en este tipo de asentamientos “todos son desconfiables” y el patrimonio se defiende como un asunto de logro personal, por el que vale la pena luchar. Buscan un tipo de organización para el autogobierno, pero siempre hay crisis de acción colectiva. Es común que la organización social comience de cero y se busque conformar una delegación municipal (sobre todo en el caso de los habitantes de unidades mejor acomodadas, según la diferenciación social de la riqueza de este estrato); pero, en otros casos, quedan bajo el mando del comisariado ejidal del pueblo en proceso de conurbación, en cuyas tierras se construyó la unidad habitacional, por lo que no alcanzan plena independencia en la toma de decisiones, pues el ayuntamiento los canaliza al comisariado y éste al ayuntamiento. De esta

forma, hay un periodo de tiempo en el que quedan en el “limbo”, no pertenecen al núcleo ejidal ni al municipio.



IMAGEN 15

Pueblos en proceso de conurbación y unidades habitacionales de interés social.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

La movilidad la realizan en automóvil, pero algunas veces lo hacen también en transporte de servicio público, ya sea en autobús o taxi colectivo. Este tipo de asentamientos son construidos en las periferias de los pueblos en proceso de conurbación o en las cercanías con los pueblos de áreas rurales (imagen 15). De este modo, se busca saturar las zonas agrícolas para convertir, a los antes campesinos, en clientes de los recursos naturales (agua y zona forestal), es decir, para arrebatarles la autonomía respecto a esos bienes. Este tipo de asentamientos fragmenta el hábitat de los pueblos prehispánicos al ponerlos a convivir como vecinos recién llegados. El cambio de la vocación agrícola de la tierra cede a la vocación para la vivienda a través de las inmobiliarias que compran extensiones grandes de tierra a los ejidos, producto de la modificación al 27 Constitucional (Pola-Villaseñor y otros, 2017; Ávila y otros, 2019).

Pueblo en proceso de conurbación

Poseen su propio ritmo de crecimiento urbano que combina tres prácticas: 1) la venta de lotes a bajo precio; transforma el uso del suelo agrícola ejidal en suelo urbano. Los lotes se venden a amigos o conocidos para extender el capital social, expandiendo las relaciones informales con los vecinos recién llegados (Pola-Villaseñor y otros, 2017); 2) la venta de tierra ejidal en grandes cantidades implica interacción entre las autoridades ejidales, un representante de los gobiernos municipal y estatal y alguno de la empresa inmobiliaria; 3) la herencia de la tierra para la construcción de una nueva casa en terrenos ejidales, que a través del tiempo y conforme se vayan densificando conformarán nuevos barrios con sus respectivas capillas (imágenes 16, 17 y 18), en una suerte de replicación cultural (fractal) de la comunidad matriz.

Encontramos comunidades de este tipo en todos los municipios de la metrópoli del Valle de Toluca, los más visibles están en la región de Huitzilapan, en el municipio de Lerma (Alejandro, 2001: González Ortiz, 2014b) y en las comunidades de la capital Toluca.

Cada unidad familiar, al ir construyendo una nueva casa, deja como actividad accesoria a la agricultura, convirtiendo su unidad familiar en urbano-agrícola. El estilo urbano de estas nuevas casas parece ser urbano popular dado a la estética hecha de pedacerías, de materiales de reúso y por dejar las casas en obra gris por largos periodos, esto, en realidad, se trata de un estilo austero en medio de hábitats que incorporan intensos ceremoniales. Hay una gramática de construcción de espacialidad que incorpora y mezcla las reglas de herencia de la tierra por linajes patrilineales y un mercado de suelo ejidal a precio bajo, realizado en tratos cara a cara con el comprador.

Para la movilidad urbana utilizan fundamentalmente el taxi colectivo, que articula la ciudad central con los respectivos centros municipales; muchos emplean también la bicicleta como medio de transporte para unir la casa con el lugar de trabajo. El autobús público conecta a las personas de este hábitat con los lugares de trabajo, de esparcimiento y de escuela.

Construir la biocrópolis
Habitat/residir en las escalas urbanas del Valle de Toluca



IMAGEN 16

Capilla en nuevo barrio de San Andrés Cuexcontitlán, Toluca.

Fuente: fotografía tomada por el autor.



IMAGEN 17

Pueblos en proceso de crecimiento urbano, Almoloya de Juárez.

Fuente: fotografía tomada por Juan Manuel García e Iván Pérez González.

Este tipo de asentamiento humano posee una larga historia que se cifra en los tiempos prehispánicos (García, 1999), de ahí que la memoria colectiva se sustente en una temporalidad larga con fuertes actos ceremoniales comunitarios. Éstos se corresponden con rituales que rememoran el ciclo agrícola, aunque sus ejecutores sean, en la actualidad, trabajadores de los centros industriales que abundan en esta metrópoli, sobre todo en los municipios de Lerma, San Mateo Atenco, Oztoltepec, Xonacatlán y Toluca. La memoria también se asienta en las luchas políticas en torno a la provisión del agua (manifiestos en Tenango, Toluca y Temoaya, por ejemplo) o en las luchas por los recursos forestales que se escenifican contra los proyectos de infraestructura (como en Lerma, Toluca, Xonacatlán y Calimaya, por ejemplo).

Uno de los factores más relevantes es la expresión de la diversidad cultural que estos asentamientos manifiestan. Las acciones políticas de las inmobiliarias y los gobiernos locales se dirigen hacia la fragmentación de estos hábitats, con la construcción de unidades habitacionales de interés social como en Almoloya de Juárez, Toluca, Lerma, San Antonio la Isla, Rayón, Temoaya y Chapultepec. Introducen nuevos actores que construirán un hábitat y competirán por los recursos agrícolas, hídricos y forestales contra los asentamientos de origen prehispánico.



IMAGEN 18
Capillas de nuevos barrios en San Andrés Cuexcontitlán, Toluca.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

La proliferación de estos nuevos asentamientos de interés social, contruidos en las fronteras con los pueblos ancestrales y sobre sus antes tierras ejidales, se debe a un modelo de sociedad que pretende dismantelar la agricultura campesina comunitaria y de autoconsumo, por una, en favor del cambio de suelo para unidades habitacionales de interés social (imagen 19); en el fondo, hay una intención de minimizar las identidades étnicas de la metrópoli.



IMAGEN 19

En el primer plano, la unidad habitacional de interés social; en el segundo, el pueblo de San Mateo Oxtotitlán, Toluca; en el tercero, la zona forestal.

Fuente: fotografía tomada por el autor

Las juntas de vecinos son más bien ríspidas (a veces llegan a los insultos y a los golpes) y al intentar establecer un orden normativo hay muchas fricciones, pues cada vecino, al sentirse propietario, considera que puede hacer de su espacio lo que desee, pero a la vez, sienten tener cierto poder sobre el espacio aledaño, por lo que organizan cartas petitorias a los Ayuntamientos para que se retire el comercio ambulante, representan acciones comunes de este tipo de asentamientos (en Zinacantepec, por ejemplo).

Fraccionamiento residencial medio

Se trata de casas idénticas que comparten una entrada común con caseta de vigilancia. Las casas no comparten pared, pero sí se encuentran pegadas una a la otra. Se trata de producción de casas en serie. Su idea es mantener el confort y proyectar la distinción de estatus hacia el exterior. Los jardines son pocos y, cuando los hay, se encuentran en el interior de las casas. La reglamentación del espacio urbano se orienta dentro del fraccionamiento, moderando la velocidad de los autos en las calles comunes, prohibiendo el cambio de fachadas y manteniendo colores homogéneos para las casas (imagen 20). Para la movilidad es dominante el uso de automóvil, lo cual genera tráfico en las salidas de sus fraccionamientos, antes de incorporarse en las avenidas principales.



IMAGEN 20

Casas seriadas de fraccionamiento residencial medio, Zinacantepec.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Cada fraccionamiento tiene su comité de vecinos. El sistema de elección es por rotación, por lo que a cada uno les tocará asumir la responsabilidad de los asuntos comunes. Por lo general, emergen problemas en este tipo de organizaciones cuando algunas casas dejan de ser habitadas por los propietarios y son arrendadas por otras personas; entonces, disminuye el sentido de participación y las cuotas colectivas se ven aminoradas.

Fraccionamiento residencial alto

Se trata de casas construidas con diseño arquitectónico que guardan distancia entre ellas. Poseen en su interior espacios verdes o jardines y además comparten espacios verdes. Tienen caseta de vigilancia. Se someten a reglamentos internos. Usan para la movilidad el automóvil (imagen 21).



IMAGEN 21
Fraccionamiento residencial, Zinacantepec.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Sus espacios de esparcimiento suelen ser plazas comerciales, por lo que su cercanía a dichos lugares es una de sus cualidades, por ejemplo, Metepec, Calimaya y algunas zonas de Zinacantepec (imágenes 21 y 22). Un factor cultural clave para entender este segmento cultural es el miedo que tienen a caer en la jerarquía de la estructura social; es decir, se trata de un sector que intenta mantener el estilo de vida, sin demeritar la actual posición por una de menor jerarquía. El indicador de ésta, más que la casa, es el tipo de fraccionamiento residencial en el que se habita/reside. Un vecino sabe que alguien ha caído o subido en la jerarquía social, cuando conoce a qué fraccionamiento residencial se mudó.



IMAGEN 22

Fraccionamientos residenciales medios de nueva creación en Calimaya.

Fuente: fotografía tomada por Juan Manuel García e Iván Pérez González.

APUNTES ORIENTADOS HACIA UNA GOBERNANZA CULTURAL EN UNA METRÓPOLI DIVERSA

Como se indicó antes, el título del capítulo duda *de facto* de una posible gobernanza en las zonas metropolitanas y megalopolitanas, dejando a la gobernabilidad como un acto negociado entre los segmentos sociales, caracterizados por la diversidad cultural; los empresarios de inmobiliarias, industriales, turismo; y el gobierno municipal, estatal y federal. No obstante, si aspiramos a una sociedad “madura” en la que seamos capaces de lograr arreglos institucionales que deriven en normativas colectivas conocidas por todos, deberíamos aspirar a la gobernanza. Asistimos, así, a un escenario complejo en el cual más que sociedad, Estado y mercado deberíamos hablar de sociedades, gobiernos y mercados en plural.

¿Sabías que...?

En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca

Las nuevas prácticas sociales construyen hábitos que van difundándose por las zonas densamente pobladas. Así encuentran nuevas formas de ganarse la vida.



IMAGEN 23

Huaraches vendidos por las mujeres de las colonias antiguas de Toluca.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

¡No importa qué tan lejos deban trasladarse! Siempre encuentran las ocasiones para hacerlo, ya sea en el coche viejo del abuelo o en el autobús que transita por varias ciudades, aunque tengan que negociar dónde y cuántos bultos cargar. La meta es ir a vender a un lugar de estas dos metrópolis... la de Toluca y la de Ciudad de México.

Capítulo 2

Consideraciones teóricas

Así, las vendedoras de tostadas (huaraches les llaman ellas), oriundas de los barrios centrales de Toluca, como La Teresona, Zopilocalco, El Cópore y Santiago Miltepec se distribuyen por la gran extensión de esta área urbana del centro del país (imagen 23).

Una de estas señoras llegó a vender su exquisito platillo en la inauguración del Aeropuerto Felipe Ángeles, en la zona metropolitana del Valle de México, causó mucho revuelo y fama para estas tostadas, llamadas huaraches y confundidas con las tlayudas.



CAPÍTULO 3

LA MATRIZ DEL HABITAR/RESIDIR EN LA METRÓPOLI DEL VALLE DE TOLUCA: LAS ZONAS CENTRO Y LOS PUEBLOS RURALES

REFLEXIONES DESDE EL HABITAR/RESIDIR DE LAS ZONAS CENTRO Y LOS DESPLAZAMIENTOS EN LA METRÓPOLI DEL VALLE DE TOLUCA¹

Habitar la zona centro del área metropolitana del Valle de Toluca significa, en un primer acercamiento, habitar el centro y colonias adyacentes de la metrópoli en su conjunto. No obstante, dada la polinuclearidad de las zonas metropolitanas, se puede afirmar la existencia de muchas zonas centro en áreas urbanas de gran extensión.

Asumimos, sin embargo, que la zona centro de Toluca tiene preeminencia sobre las demás. Aunque, la polinuclearidad o policentralidad de los espacios en las metrópolis obliga a cuestionar si las respectivas zonas centro representan lugares de socialización cultural que aglutinan a los habitantes de sus respectivos municipios (imagen 24).

¹ Dentro de este proyecto de investigación, para un análisis de la zona centro de Toluca, véase: “Fronteras culturales en la ciudad de Toluca: asentamientos humanos y territorios urbanos” (González Ortiz, 2022).

Construir la biocrópolis
Habitar/residir en las escalas urbanas del Valle de Toluca

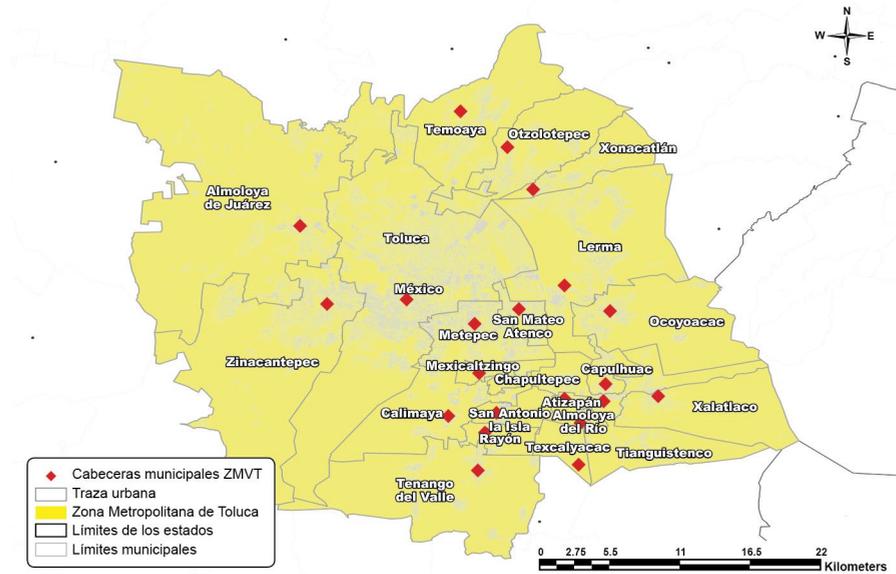


IMAGEN 24

Las zonas centro, cabeceras municipales de la zona metropolitana de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

Esta condición policéntrica, pensada en la dimensión de la cultura, significa que las personas se apropian de los espacios etnocéntricamente. Por ejemplo, la zona centro de Toluca representa la aglomeración de la oferta cultural museística, además del comercio al menudeo, de todo tipo de bienes, va desde carnes y dulces hasta vestidos de novia o zapatos. Mientras en la zona centro de Metepec, por citar otro ejemplo, se ofrecen bienes artesanales y turísticos, pues se trata de un pueblo con encanto, que entremezcla los servicios de restaurantes y bares para los jóvenes con las plazas comerciales que pretenden una oferta diferente; el prestigio cultural queda subsumido por el simbolismo mercantil del consumo.

En otro nivel de análisis, las cabeceras municipales de los distintos municipios que conforman la metrópoli del Valle de Toluca poseen un tipo de centralidad, en tanto que en ellas se concentran los edificios del poder político, del poder religioso y del comercio. Si bien cada centro posee sus

características propias, todos mantienen un mismo patrón, en el sentido de que conservan las edificaciones emblemáticas de dichos poderes. Estas cabeceras municipales mantienen un patrón arquitectónico que traslada a las personas a la época colonial cuando las casonas se articulaban con las calles de maneras serpenteantes.

El tipo de ciudad criolla domina el paisaje en la totalidad de cabeceras municipales, haciéndonos recordar la respuesta de Vasconcelos a Chase (1931) sobre el rechazo a su idea de que las ciudades mexicanas eran indias y, al mismo tiempo, afirmar que las ciudades de México eran, en realidad, producto de la cultura española; lo que le permitía, además, contrastarlas con las ciudades anglosajonas de 1982, como lo ilustra Pérez Vejo (2020). Estas ciudades son las llamadas coloniales, pues tienen elementos que se han conservado, en algunas más que en otras, en las cabeceras municipales de esta metrópoli (imagen 25).

Cada cabecera exhibe un paisaje colonial articulado con comunidades que pueden ser consideradas pueblos rurales o en proceso de conurbación, con fraccionamientos residenciales medios y altos y con unidades habitacionales de interés social. En un sentido de *flaneur*, cada cabecera es una ciudad o, mejor dicho, núcleo de distintos asentamientos en la escala ciudad. Se presenta, así, como un paisaje visual susceptible de ser traducido a la escritura.

De esta manera, para alcanzar la dimensión metropolitana, parto de la escala ciudad, caracterizada por el habitar/residir la zona centro en vinculación con los otros hábitats, para intentar conectar la vida local y luego unirla, metodológicamente hablando, como un rompecabezas, a la experiencia metropolitana ya conformada en unidad social densificada y extensa.

Las zonas centro de cada cabecera municipal tienen su propio patrón de crecimiento urbano, éste se entrelaza con las acciones del Estado en la construcción de infraestructura hecha por los gobiernos municipales, estatal y federal; y la construcción de casas realizada por las empresas inmobiliarias. Estos tres componentes densifican y extienden la urbanización de cada zona centro de las cabeceras municipales y conforme se van uniendo entre ellas, en una especie de raíces que se juntan, se integra la metrópoli.



IMAGEN 25

Foto de centro colonial, Metepec “pueblo con encanto”.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

El sentido de este crecimiento es rizomático, es decir, desde las zonas centro se echan las raíces, pero cada hábitat tiene, a su vez, sus propios rizomas de expansión (patrones de crecimiento, extensión y densificación urbanos). Cuando se juntan entre ellas, surge un espacio distinto al original (imagen 26), tanto de la metrópoli como del asentamiento en cuestión, pues ya no se trata de una ciudad, sino de una zona metropolitana (después de incorporar a distintas unidades administrativas, organizacionales, políticas y culturales en una misma dinámica de interacciones) con sus cualidades complejas y difusas, con su interface rural en proceso permanente de urbanización. Estos pueblos, de seguir el crecimiento y la densificación urbana, dejarán de ser rurales para transformarse en pueblos en proceso de conurbación y al continuar la misma tendencia de densificación, dejarán la periferia urbana para integrarse a ella.

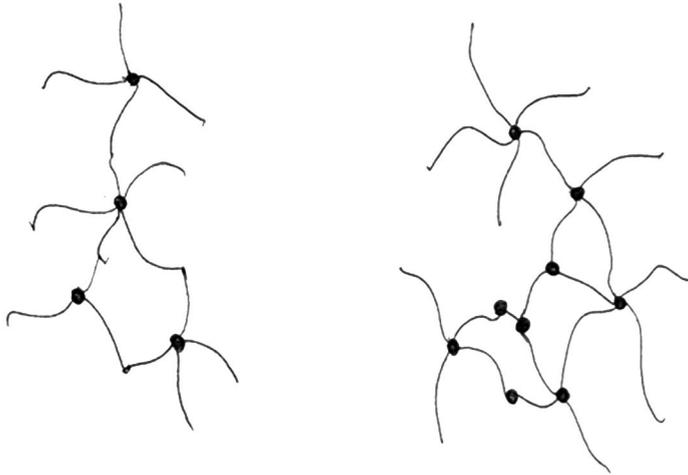


IMAGEN 26

Crecimiento rizomático de las metrópolis desde sus zonas centro.

Fuente: elaboración propia con base en González Ortiz, 2012.

UNA ARQUEOLOGÍA DE LA PEDACERÍA EN LA ZONA CENTRO DEL VALLE DE TOLUCA

Un acercamiento visual a la metrópoli del Valle de Toluca nos hace sentir en un espacio no sólo desordenado, sino en el que se observan, encimadas y yuxtapuestas piezas de tiempos diversos. Arquitectónicamente dan a los centros una personalidad huidiza, el cambio es su marca y la fluidez es su cualidad preponderante. Es como si se buscara, en cada obra de reconstrucción del centro, borrar las huellas del pasado colonial (imagen 27) o, mejor dicho, de cualquier tipo de pasado; aunque éstas subsistan escondidas y camufladas a la mirada del transeúnte, que distraído camina por sus calles sin percatarse de la existencia de ese pasado y presente actuante, que está allí existiendo, subsistiendo, enclave de flujo permanente.

Ésta ha sido la historia del centro de Toluca que guarda, en el recuerdo de sus habitantes, las casonas que le daban su cualidad colonial (Chávez, 2021). No obstante, éstas subsisten. Por ejemplo, entre las estructuras de

tipo colonial, se encuentra el jardín botánico y artístico, “el Cosmovital”, edificación que oculta su pasado, pues en la calma silenciosa de su presente, se entierra el bullicio murmurante de aquel gran mercado que abarcaba la totalidad de la ciudad hasta la década de los cincuenta del siglo xx. Era tal la marca mercantil de Toluca que se le daba ese nombre: “la ciudad mercado” (disculpe el lector la reiteración), pues toda ella era un tianguis en la que confluían los pueblos de los alrededores para vender los productos de sus respectivos pisos ecológicos (González Ortiz, 2021a). Se decía que quienes vivían en el volcán llegaban a vender hielo; los habitantes de los bosques, maderas y carbón; quienes habitaban los bordos de las lagunas, petates de tule y alimentos acuáticos como peces y ranas. La ciudad de Toluca de aquella época fue descrita por el periodista italiano Avelious, quien decía asombrado que era un mercado; luego enfatizó que, si desaparece éste, desaparece la ciudad de Toluca (Sánchez García, 1992).



IMAGEN 27

La ciudad moderna se yuxtapone a la ciudad colonial.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Una ciudad que cambia a voluntad con el paso del tiempo, una que decide desplazar su fachada colonial por una moderna es una ciudad que desea ocultar algo. No es posible decir qué, pero vale decir que sus habitantes/residentes sí extrañan aquellas construcciones coloniales que bordeaban el andar diurno y nocturno de sus trayectos cotidianos. Hay en la ciudad dos edificaciones altas: la primera, de Telmex, es un prisma plano sin ventanas, parece más una bodega alta que un edificio urbano; la segunda, del ISSEMYM que adorna dos costados de la Alameda central. Estas dos edificaciones comparten su presencia desde la segunda década del siglo XXI, junto con edificios de departamentos habitacionales, para sectores medios como Plaza Molino, ubicada junto a la Alameda. Es un conjunto habitacional de clase media y alta, enclavada en pleno centro de la ciudad, pero que hace del centro comercial su espacio intermedio entre lo público y lo privado. Hay una intención por continuar con este tipo de edificaciones habitacionales (imagen 28) por toda la ciudad, que contrastan con la baja estatura de las construcciones del resto de la ciudad.



IMAGEN 28
Nuevos edificios
verticales de la ciudad de
Toluca.

Fuente: fotografía tomada por
el autor.

Las antiguas edificaciones ceden, obligando a la lectura de su espacialidad, a una especie de arqueología de la pedacería, que se ha ido configurando con una afanosa búsqueda de la memoria y del recuerdo. El objetivo es construir lugares de sentido mnemónico, pues muchos de ellos, por no decir la mayoría, ya han desaparecido o han sido desplazados por edificaciones nuevas que se enciman sobre las antiguas. Recordarla es, de alguna manera, habitarla, pero en muchos casos, como casi todas las cabeceras y los municipios de la metrópoli del Valle de Toluca, invocarla obliga a verla con los lentes de un arqueólogo aficionado que busca la topografía de los lugares inexistentes. Topografía arqueológica que nos obliga a estar atentos ante la emergencia súbita de un pedazo de tiempo puesto en el rincón de una tienda, escondido en la esquina de una calle, en un segmento de una cuadra o en el fondo de un *garage* que mantuvo la puerta abierta, coincidiendo con la mirada arqueológica del transeúnte.

Por ejemplo, allí en el bullicio de comercio al menudeo de Los Portales de Toluca hay unos *Almacenes Ánfora*; la disposición del inmueble en su arquitectura interna no se deja ver, pues los sartenes, las ollas, los plásticos y las cucharas saturan la mirada, pero afinando la observación se descubren unas escaleras adornadas por un barandal victoriano, el cual nos lleva a una casona antigua convertida en tienda al menudeo.

A contra esquina de dichos portales hay, pegados uno después del otro, tres edificios que pertenecen a distintas épocas arquitectónicas: el primero, colonial, adornado con una pared de talavera; el segundo, presenta un conjunto de ventanas que le dan a la fachada “apariencia” de oficinas modernas; el tercero, es de tipo *art déco*.

Por último, en la plaza comercial de elite Plaza Molino, en medio de la blancura y seguridad de su centro comercial hay algunas ventanas que simulan ser marcos de una pintura y asoman a paredes antiguas hechas de adobe, ladrillo y tierra (como si se tratara de un acabado aparente); junto a ellas hay un pequeño letrero, imitando la pedagogía del museo, en el que se explica que es un vestigio de la antigua fábrica que existió en ese lugar. Esa es Toluca, la ciudad que pretende ser moderna y que permite acceder al tiempo colonial, mediante el método de arqueología de la pedacería.

Se trata así, de excavar en las calles con el objetivo de encontrar cómo el pasado convive con el presente, es decir, cómo el pasado sepultado y oculto, “se asoma”, entre las capas de tierra y piedras apiladas en forma de nuevos edificios que intentan taparlo, pero éste se descubre allí en algún

pequeño recoveco que hace estallar el mundo del recuerdo. De esta forma, la memoria es el medio para narrar lo vivido, al igual que la tierra y los nuevos edificios, estos aspectos son el medio por el cual las viejas ciudades quedan sepultadas (Benjamin, 2005).

LAS DINÁMICAS DE DENSIFICACIÓN DE LOS HÁBITATS METROPOLITANOS

Las cabeceras municipales representan centros que en conjunto asignan a este valle la calidad de metrópoli. Todos ellos (tabla 2 e imagen 24) parecen replicar, a manera de fractal, la forma de crecimiento desde la zona centro. Se expande al resto de sus localidades que eran, quizás hasta fines el siglo xx, pueblos rurales. Conforme a la densificación urbana se van consolidando nuevos asentamientos humanos, cambiando la correlación de fuerzas y hegemónías locales (políticas, económicas, culturales) al interior de dichos municipios. Este desplazamiento de los poderes locales también se expresa en el pasado, en favor de una pretensión modernizante, pues en la medida que llegan nuevos habitantes/residentes, se generan nuevas relaciones de poder local y nuevas prácticas sociales que derivan de las luchas por los recursos locales.

En esta dinámica, cada cabecera municipal construye nuevos hábitats; en tanto que el habitar se constituye por las formas de apropiarse, cognitiva y simbólicamente, del espacio/tiempo. Se estructuran caracteres intersubjetivos, producto de interacciones entre sociedades diversas que han consolidado un hábito estructurador de rutinas cotidianas, que proporcionan la posibilidad de prácticas sociales ordenadas en un tiempo-espacio. Estos componentes proporcionan a los diferentes actores urbanos las coordenadas para ubicarse en el microcosmos de su propio hábitat y conectarlo con el macrocosmos de la metrópoli en un nivel y la megalópolis en otro, como he indicado.

Los hábitats son constructos dinámicos que, en su propio crecimiento y densificación, van transformando las estructuras de poder local de manera que se multiplican las casas. No obstante, los primeros asentamientos humanos fueron las comunidades rurales de tipo prehispánico, que posteriormente se agruparon en torno a sus respectivas zonas centro (cabeceras municipales, producto del repartimiento y congregaciones). La interacción de poder se generaba a través de un sistema en el que las cabeceras municipales concentraban el poder político, eclesiástico y comercial, con alcurnias genealógicas

locales; mientras que alrededor de ellas se localizaban los pueblos rurales, dedicados, en su mayoría, a las actividades agropecuarias. Algunas consistían en ir a vender sus productos, incluso en la forma de trueque, a los mercados tianguis de la zona o a las mismas zonas centro de las cabeceras municipales² (González Ortiz, 2021a).

Este modelo de relaciones sociales recuerda a *las regiones de refugio*, que Aguirre Beltrán (1987) describió en la década de los cincuenta, como zonas interculturales en las que las cabeceras estaban habitadas por los descendientes de los criollos, quienes concentraban el poder político formal de los municipios a través de la riqueza y el comercio *no justo*,³ que practicaban con los habitantes de las comunidades a quienes pedían tratos agiotistas que los endeudaban, además de que tenían relaciones cercanas con el poder eclesiástico. Por otro lado, las comunidades de origen indígena se dedicaban a actividades agropecuarias en sus parcelas y sus productos se destinaban al autoconsumo, asimismo tenían algunos animales de uso doméstico. Cuando la situación lo permitía podían vender o realizar trueque de algún excedente, a la cabecera municipal.

Siguiendo este modelo de explicación, podemos afirmar que los primeros hábitats eran los pueblos rurales que durante la Colonia cedieron centralidad frente a los asentamientos de las cabeceras municipales. Así, las zonas centro, convivían con los pueblos rurales de sus alrededores, con los que tenían alguna influencia derivada de relaciones de poder local.

Este hábitat primigenio irá cambiando el paisaje, las relaciones de poder local y prácticas sociales y culturales, lo hará en magnitud de su densificación urbana. Ésta se explica por la construcción de distintos hábitats, en función de los diferentes asentamientos humanos que hemos identificado anteriormente en el libro (tabla 3). Se generarán distintas formas de disputar el territorio y sus recursos, pero, también, por las maneras de apropiárselo.

² Esta disposición de vender en las cabeceras municipales la llaman “ranchar”, los pueblos mazahuas del cinturón periurbano de esta metrópoli (González Ortiz, 2017a).

³ Comercio *no justo* implica las acciones del agiotismo, de la venta de alcohol a los cabezas de familia indígenas, la emergencia de caciques acumuladores del grano de los campesinos pobres, etcétera (Vizcarra, 2002), relaciones muy frecuentes en el Valle de Toluca.

Por ejemplo, mientras los pueblos rurales siguen recurriendo a la estructura de poder local de los comisarios ejidales, las zonas centro tratan de mantener sus relaciones de poder mediante la administración municipal y los partidos políticos. En el caso de las unidades habitacionales de interés social, éstas luchan por proveerse de los servicios públicos municipales y por llevar a cabo el pago de la tenencia de la tierra; hacen un esfuerzo por pagar un vigilante y cerrar los accesos o gestionan la posibilidad de convertirla en delegación municipal. Por su parte, los fraccionamientos medios luchan por no descender en la jerarquía social, manteniendo cuotas de pago por vigilancia (conflictivas), denunciando el ambulante fuera de sus fraccionamientos o administrando los conflictos internos de la organización de vecinos para lograr acuerdos. Los habitantes de los fraccionamientos residenciales de alto poder adquisitivo mantienen una postura elitista con espacios de ocio, disfrutados en los centros comerciales, subordinando a la autoridad municipal para la provisión de servicios mediante la contratación de una asociación civil que organice las cuotas de mantenimiento y vigilancia de los vecinos, para realizar los pagos al municipio.

TABLA 3
Zona metropolitana del Valle de Toluca. Cabeceras municipales (zonas centro) y sus respectivos hábitats para el año 2022

Cabeceras/Hábitats	Z centro	P rurales	P conurbado	U habitacional	F medio	F alto
Toluca	X	X	X	X	X	X
Lerma	X	X	X	X	X	X
Xonacatlán	X	X	X			
Otzolotepec	X	X	X			
Temoaya	X	X	X	X		
Almoloya de Juárez	X	X	X	X	X	
Zinacantepec	X	X	X	X	X	X
Metepec	X	X	X	X	X	X
Calimaya	X	X	X		X	X
San Mateo Atenco	X	X	X		X	X
Mexicaltzingo	X	X	X			

Continuación tabla 3

Chapultepec	X	X	X	X	
San Antonio la Isla	X	X	X	X	
Rayón	X	X	X	X	X
Tenango del Valle	X	X	X		
Ocoyoacac	X	X	X		X
Texcalyacac	X	X	X	X	
Almoloya del Río	X	X	X	X	
Atizapán de Santa Cruz	X	X	X	X	
Capulhuac	X	X	X		
Jalatlaco	X	X	X		
Tianguistenco	X	X	X		

Fuente: elaboración propia.

Cuando las zonas centro y los pueblos rurales entran en esta situación emerge la diversidad cultural, enclave de disputa por el poder local o por el territorio y sus recursos, pero, también, surgen nuevos problemas de salud pública (adiciones, pandillerismo). Lo que cambia son las prácticas sociales y lo hacen en magnitud de su densificación de significantes y significados, encimándose y yuxtaponiéndolas. La metrópoli se construye por los hábitats en interacción, vinculando nuevos tipos de relaciones hegemónicas con aquellas que se derivaban del modelo de zona centro e interactuando con los pueblos rurales. La tabla 3 ilustra, en términos generales, los distintos hábitats de cada municipio metropolitano.

Todas las cabeceras municipales tienen zonas centro, pueblos rurales y pueblos en proceso de conurbación (periurbanos). Se puede decir que estos tres tipos de asentamientos humanos representan el origen primigenio de la metrópoli de Toluca.

De manera que todo comienza en la zona centro, habitada por familias de prestigio local, quienes tienen en sus manos el poder local y comercial. Los pueblos rurales, por su parte, se encuentran alrededor de las zonas centro y tienen su propio patrón de crecimiento y densificación urbana; es decir, de hacer sus casas para los hijos en función de las reglas de herencia de la tierra e instituciones de apoyo y solidaridad. Conforman las periferias

de las ciudades, es decir, los circuitos externos a las zonas densamente urbanizadas, aunque les llegará el turno de seguir el crecimiento megalopolitano sin reservas, de integrarse a la metrópoli, y experimentar la creación de un nuevo hábitat, que aquí llamamos *pueblo en proceso de conurbación*.⁴

El pueblo en proceso de conurbación creció y se densificó con base en sus reglas internas de heredar la tierra. Luego intercaló la venta de su tierra ejidal entre particulares, para la edificación de casas y empresas inmobiliarias que construyeron unidades habitacionales de interés social y fraccionamientos medios y altos. Pero antes de entrar en dicho proceso fue un pueblo rural que conformó la periferia de su zona centro. Conforme al crecimiento rizomático, las cabeceras municipales y estos pueblos cambiaron la infraestructura y su composición. El pueblo pasó de rural a en proceso de conurbación, pero ambos escenarios pertenecen a la misma dinámica de densificación urbana en las grandes áreas metropolitanas, como en el caso del Valle de Toluca.

En el proceso de densificación urbana emergen nuevos actores que se pueden considerar externos a los habitantes/residentes de las zonas centro, a los de las comunidades de pueblos rurales y en proceso de conurbación: externos como los actores empresariales de la industria inmobiliaria y los gubernamentales del poder estatal. Así comienzan los tratos para la implementación de vivienda en serie, cuando de unidades habitacionales y fraccionamientos medios se trata; o en fraccionamientos de viviendas altas, construidas con diseño arquitectónico, acceso restringido que, en algunos casos, simulan los *Gated communities* implementados en ambientes de densidad forestal (Blakely y Gail, 1997).

⁴ De ahí la importancia de crear anillos periféricos para la producción de alimentos orgánicos de economía familiar, los cuales puedan traducirse en beneficios para las poblaciones urbanas que coexisten en las áreas megalopolitanas. De no hacerse como una política pública, lo más seguro será el suicidio colectivo (De Alba, 2004), debido a los problemas ambientales, contaminación hídrica, violencia, etcétera. Una propuesta para la construcción de este tipo de interacciones entre zonas rurales y urbanas es conectar a sus distintas poblaciones a través de información entre la producción y el consumo mediados por intermediarios que garanticen la exposición y venta de los productos (Salgado, 2015). Esto se traducirá en producción de alimentos (justicia social) y beneficios ambientales (justicia ecológica).

De la combinación compleja de estos hábitats se configura la metrópoli, es decir, la dimensión mega urbana. Vincula a distintas zonas centro con un sistema de movilidad. Conecta, a su vez, distintos hábitats urbanos, los cuales tienen potencial para convertirse en una megalópolis, esto ocurre cuando integran en su dinámica a otras zonas metropolitanas y ciudades. La metrópoli es una malla de relaciones e interacciones entre diferentes tipos sociales que habitan, residen, inventan y se apropian del espacio en un tiempo.

Se puede observar que las escalas de crecimiento urbano se encuentran articuladas con las crecientes formas de construir los hábitats urbanos. La zona centro y los pueblos rurales se identifican con la dicotomía urbano y rural; pero cuando se pasa a los otros hábitats —pueblo conurbado, unidad habitacional, fraccionamiento medio y alto— ya estamos en presencia de la dimensión metropolitana; el potencial del crecimiento se encuentra cuando esta metrópoli va juntando a los pueblos rurales con otros centros urbanos cercanos, como ejemplos: Atlacomulco, al norte de la entidad; Huixquilucan; Chapa de Mota; Villa del Carbón y Naucalpan, ya pertenecientes a la metrópoli del Valle de México, pero hacia el oeste de la metrópoli de Toluca.

Como se ve en la Tabla 3, todos los municipios que conforman esta metrópoli tienen zonas centro, pueblos rurales y pueblos en proceso de conurbación, pues éstos son los asentamientos primigenios y son la matriz desde la que se construye la metrópoli del Valle de Toluca. De los 22 municipios de la tabla, 12 cuentan con unidades habitacionales; 9 con fraccionamientos residenciales medios y 7 con fraccionamientos altos. Ahora bien, no es suficiente la existencia de los hábitats para hablar de zona metropolitana, se requiere, además, de la interconexión entre ellos, a través de la movilidad.

EL CICLO O PROCESO DE DESARROLLO DE DENSIFICACIÓN URBANA

Hasta aquí he identificado los distintos tipos de asentamientos humanos del Valle de Toluca como universos simbólicos y cognitivos que se estructuran a través de las prácticas del habitar/residir (el residir simbolizado de algún modo, pero, también, el habitar colectivamente con el entorno inmediato a la casa son insumos que permiten ubicarse, a sí mismos, en el microcosmos social y cultural). De esta manera, el habitar/residir es la

plataforma desde la que los individuos y grupos se apropian del espacio urbano, ya sea construyendo o comprando sus casas, después lo hacen conviviendo.

Epistemológicamente, al ver la vida rural/urbana desde una dimensión megalopolitana o de la perspectiva de la región urbana del centro del país, es obligatorio considerar distintas escalas de lo urbano que comienzan en lo rural, pasan por la ciudad, la metrópoli y la megalópolis. De esta forma, cada escala urbana mantiene yuxtapuestos los estilos de vida conforme al aumento de la densificación y extensión. En el comienzo, cuando la ciudad se diferenciaba de lo rural de manera nítida (por la cantidad de habitantes o por la diferencia visible de actividades económicas entre los habitantes de cada asentamiento). Las zonas centro representaban las ciudades, nodos en los que se concentraba el poder económico, político y religioso, articulados con las comunidades rurales de los alrededores; en una relación de subordinación al mercado y a la política manifestada en los desplazamientos cotidianos que realizan los habitantes de los pueblos a sus cabeceras municipales, con el fin de intercambiar bienes, ya sea en dinero o en trueque y apoyar políticamente a las élites.

Se vio que tanto los pueblos rurales como las zonas centro se van expandiendo de manera rizomática, cada una con su patrón de crecimiento, mismo que incorpora a la manera de construir en el espacio, en especial, de casas para residir. Cuando los pueblos rurales se empiezan a juntar con sus respectivas zonas centro, se puede afirmar que el pueblo pasa de rural a conurbado, pero asignando una dinámica temporal a la configuración de la aglomeración urbana. Así, pasar de rural a conurbado refiere a una dimensión territorial que podemos identificar como una interface transitiva y cíclica; en tanto que es una densificación megalopolitana difusa, se repetirá conforme la densificación y extensión urbana se manifiesten en cada rincón de esta gran región urbana.

Una vez que los distintos pueblos rurales se han conurbado a sus respectivas zonas centro o, mejor dicho, al tiempo que los pueblos rurales se conurban, lo hacen las construcciones de infraestructura carretera, parques industriales y servicios de rutas de transporte colectivo. La construcción de nuevas colonias se traduce en la densificación urbana, al tratarse de casas nuevas surgen los fraccionamientos medios y altos y las unidades de interés social; de tal manera que aumenta la posibilidad de juntar el tejido urbano. Al ocurrir esto asistimos a la escala metropolitana mayor, es decir,

al momento en el que se juntan dos unidades administrativas en un mismo tejido urbano.

Al mismo tiempo, los hábitats humanos de la metrópoli se diversifican. Lo heterogéneo no permite compartir una sola cultura, por el contrario, la metrópoli muestra su cualidad productora de diversidad cultural, pues la polinuclearidad es lo que caracteriza a las grandes aglomeraciones. Esta cualidad se potencia en la siguiente escala de aglomeración, es decir, cuando dos metrópolis se juntan. Si bien esta unión no representa la continuidad del tejido urbano, sí encuentra en la movilidad y en los desplazamientos de las personas, de sus distintos hábitats, la ocasión para articularlos con el resto de la metrópoli o megalópoli. A este proceso de densificación por agregación de escalas se le puede denominar *el ciclo o proceso de desarrollo de densidad urbana*.

Si con el habitar/residir nos encontramos en la dimensión microsocia de la vida, con la posibilidad de la movilidad nos insertamos en la dimensión macrosocia. Mirar la vida urbana desde la perspectiva del *ciclo o proceso de desarrollo de densidad urbana* significa considerar que cada municipio tiene su propia pulsión de densificación, al crear ciudades en medio de esta región difusa que articula grandes zonas metropolitanas. La ciudad de Atlacomulco es un ejemplo, pero se puede afirmar que cada cabecera municipal (Ixtlahuaca, Jiquipilco, San Felipe del Progreso, Jocotitlán) está creciendo; de modo que una vez conurbados los asentamientos rurales con sus respectivas zonas centro, llegará el punto en que se integrarán a la zona metropolitana del Valle de Toluca. Estaremos, entonces, en un escenario lleno de problemas ambientales, de violencia e injusticia social. De ahí surge la necesidad de pensar formas alternas para la articulación megalopolitana, en la que las interfaces mantengan actividades de agricultura familiar como productoras de alimentos y de servicios ambientales, es decir, dar a cada área su función y vocación para lograr una integración regional rural/urbana.

El debate entre Mumford y Gottmann es más que actual y pertinente para reflexionar esta gran área megalopolitana del centro de México y para la metrópoli de Toluca. ¿Cuál es el componente de esta pulsión de densificación? Las ciudades medias proveen a las personas de bienes y trabajo conforme van creciendo. Siempre que dichas ciudades provean de trabajo y posibilidades de comercio, las personas se trasladarán de sus regiones rurales a ellas. De esta manera, las zonas centro de las ciudades y de las metrópolis mantienen flujos constantes de movilidad rotativa de ida y vuelta (*commuting*) entre

el hogar y el trabajo. Conforme la metrópoli crece, los desplazamientos se hacen más largos, pero las vías de transporte y el ingreso familiar facilitan realizarlos. Ahora bien, si articulamos la idea anterior con los hábitats o las experiencias colectivas del habitar/residir, podemos afirmar que cada uno de estos asentamientos humanos crea su individuo y colectivo móvil.

Mientras los pueblos rurales mantienen una movilidad mínima que los conecta con sus zonas centro, en motocicleta, bicicleta y cada vez más en auto, los habitantes/residentes de los pueblos en proceso de conurbación y de las unidades habitacionales de interés social mantienen una movilidad mecánica sustentada, también, en la bicicleta, pero más en el transporte de servicio público, ya sea autobús o taxis colectivos y realizan sus desplazamientos dentro de la misma metrópoli. De forma paralela, los fraccionamientos medios y altos utilizan el vehículo para sus traslados, pero se identifica que muchos de éstos se realizan entre dos zonas metropolitanas, por ejemplo, los habitantes/residentes de los fraccionamientos altos de Metepec y Calimaya trabajan en la zona de Santa Fe; algunos de ellos incluso se desplazan frecuentemente entre la metrópoli de Monterrey y Toluca, gracias al aeropuerto.

De esta forma, la movilidad representa una ruta excelente para analizar las configuraciones sociales y territoriales en un universo cada vez más interconectado (Cerón, 2018). En nuestro planteamiento, se trata la articulación teórica entre el mundo microsocioal y el macrosocioal, mediante el vínculo entre el habitar/residir y la movilidad megalopolitana. Debemos pensar también en dar soluciones de movilidad de forma segura, rápida y no contaminante, de lo contrario, el ambiente pagará las consecuencias deteriorándose y la sociedad lo resentirá con la violencia y la injusticia social.

LA DISPUTA POR EL TERRITORIO URBANO

Considerar la dimensión temporal como proceso en el que se yuxtaponen estilos de vida, así como la confluencia dinámica de las escalas de densificación urbana y la emergencia de hábitats en interacción, genera la imagen de una aglomeración; personas y grupos sociales compartiendo el espacio y desarrollando, al mismo tiempo, sus prácticas cotidianas en el territorio. La metáfora que lo asemeja es un arrecife diverso en estilos de vida, pero más allá de las existencias diversas, debemos incorporar una tercera variable: la cultural (recordando que, la primera es el habitar/residir y la movilidad, la segunda).

Las formas simbólicas para apropiarse del espacio y del tiempo construyen cogniciones y estructuras simbólicas que dan sentido a la existencia y se realizan mediante las prácticas sociales. Unas de las más significativas son las lúdicas, las del tiempo de ocio y esparcimiento. Se trata de un tiempo extraordinario, ya que es el tiempo para jugar, el tiempo hedonista. Como se dijo, cada hábitat produce su individuo/colectivo móvil, por lo que se puede afirmar que produce a su individuo/colectivo lúdico. Es decir, cada habitar/residir construye su oferta y demanda lúdica, en función del tiempo-espacio construido en la metrópoli.

Los pueblos rurales tienen fiestas dedicadas a varios santos, en función del calendario agrícola; además del ceremonial de cada pueblo y las peregrinaciones realizadas a distintos santuarios, localizados en la zona metropolitana y sus alrededores. En una tipología para el Valle de Toluca se pueden aglutinar las fiestas de la siguiente manera: la presentación de la semilla y la siembra (La Candelaria en febrero), la limpia de la milpa (Santa Cruz y San Isidro en mayo), las fiestas de la lluvia (San Juan y Santiago en julio); las de los elotes o primeros frutos (La Asunción en agosto) y la cosecha (Día de Muertos en noviembre). Este calendario agrícola se expresa en el ritual festivo de los pueblos rurales y se sostiene por una organización social articulada por los cargos de responsabilidad política y religiosa local que aglutinan a la comunidad (Korsbaek, 1996; Millán, 2003).

Siguiendo el esquema de las escalas urbanas articuladas dialécticamente con las formas del habitar/residir, (los hábitats), se observa al pueblo en proceso de conurbación, pues, si bien se siguen desarrollando, siguiendo el calendario agrícola, aunque sus miembros ya no se dediquen a ello; la organización social para la realización de las fiestas incorpora a los gremios laborales. Por ejemplo, en San Francisco Tlalcilcalpan, municipio de Almoloya de Juárez, muchos de sus habitantes trabajan como obreros en distintas industrias del corredor industrial Lerma-Toluca, y, ahora, para hacer las fiestas se combinan grupos de vecindad con gremios de trabajadores de dicha industria (González Ortiz, 2014a).

De la misma forma, en otras comunidades, el ceremonial se ha complejizado con la presencia de nuevos grupos participantes, que lo hacen por promesas a los santos. En otros casos, si bien la fiesta se ha “osificado” al tiempo ritual agrícola, ya no es un ceremonial realizado para la obtención del fruto de la agricultura, sino que se basa, ahora, en las promesas individuales; ejemplo de ello son los grupos de carnaval o de toritos de San Andrés

Cuexcontitlán, en donde grupos de jóvenes se incorporan a la fiesta desplazando el sentido sagrado agrícola a uno de tiempo lúdico.

En este mismo orden hay municipios que están atravesando una disputa por el territorio, expresada en las fiestas. Por ejemplo, en el pueblo conurbado de San Francisco Tlalcalcalpan se construyó una unidad habitacional de interés social,⁵ por lo que fiesta realizada en octubre (El carnaval de los locos) se intensificó. Parte del ritual es recorrer los límites territoriales en una peregrinación/procesión amplia y participativa; la unidad habitacional no impide que los habitantes del pueblo se metan entre sus calles, reivindicando dicho territorio como propio, al menos en las prácticas sagradas.

La disputa por el territorio se expresó en el año 2015 cuando las autoridades del municipio de Almoloya de Juárez comunicaron a los mayordomos encargados de realizar la fiesta que el Ayuntamiento se haría cargo; los habitantes/residentes del pueblo no quisieron y menos cuando uno de los argumentos que justificaba la propuesta era que el municipio debía hacerse cargo “para hacerla bien”. Este hecho motivó a que la fiesta se hiciera más estruendosa y con mayor participación vecinal.

Algo similar se ha documentado en el caso de los pueblos en conurbación del municipio de Huixquilucan por lo que al proceso de tomar conciencia de lo propio frente a procesos de disputa por el territorio, en el contexto metropolitano, se le denominó: *metropolitización* (González Ortiz, 2009).

En el caso de nuestro universo de investigación —Metepéc—, como en ocasión de la fiesta a San Isidro, se realiza una peregrinación festiva que bordea a los límites territoriales del centro, es decir, de lo que se considera propio para los pueblos y barrios originarios. Luego, cada uno de los participantes regresan a sus respectivos barrios y hacen un ritual en el que danzan a los cuatro rumbos tomando la calle.

⁵ En dicho pueblo se construyó una unidad de interés social. Volveremos sobre el tema pues este tipo de construcciones, en pueblos, responden a una lógica colonial que intenta desplazar su cultura en favor de una más indiferenciada que no se finque en las identidades ancestrales, sino en una ciudadanía menos compleja y más fácil de controlar. En este mismo tenor, en otros lugares, con similar intención, se construye un centro comercial sobre lugares de tianguis itinerantes de tradición (González Ortiz, 2016, González Ortiz y Vega, 2016, González Ortiz, 2023).

La fiesta se empezó a incrementar por dos procesos sociales: 1) porque los habitantes/residentes de las unidades habitacionales se incorporaron con sus propias comparsas, se resalta la participación de grupos identificados con las luchas de derechos LGTBI;⁶ y 2) porque el municipio comenzó a organizar un festival cultural alterno llamado “Quimera”. La puesta en marcha de dos festivales culturales surgió como disputa por el territorio (Fernández González, 2018).

Otro ejemplo se presenta en el pueblo de San Mateo Oxtotitlán, perteneciente a Toluca. En 2006, el municipio cambió la nomenclatura de pueblo a colonia. Esto supuso una discusión entre los habitantes del pueblo, pues ¿cómo iban a realizar la fiesta al santo patrón con esta nueva adscripción ciudadana urbana? Dicha nomenclatura generó una respuesta súbita: los habitantes/residentes del pueblo encargados de la fiesta se vistieron a la forma urbana: de saco y corbata, ellos y de saco sastre y zapatillas, ellas. La respuesta era “si ahora somos colonia significa que somos ciudadanos y un buen ciudadano le hace una buena fiesta al santo patrón” (González Ortiz, 2012). Sin duda, en esta expresión cultural ritual se “destila” la nueva situación social (urbana, ahora) por la que atraviesan los residentes/habitantes (Tambiah, 2006; Bateson, 2016). La fiesta, no obstante, se fue atenuando hasta que dejó de hacerse. Sin embargo, después de la pandemia, la recuperación del ceremonial es notable, dejando fuera la vestimenta, pero realizando una fiesta más exuberante.

Si seguimos la hipótesis de que cada habitar/residir produce su individuo/colectivo lúdico y cultural, podemos decir que los asentamientos de pueblos rurales y conurbados construyen su perfil cultural sustentado en las fiestas de sus pueblos, esto genera una estética propia con la que hacen frente al proceso metropolitano; lo crean y construyen. Por su parte, los habitantes/residentes de las unidades habitacionales de interés social tienen una gama mayor de opciones, pero es interesante constatar que se integran a las fiestas tradicionales de los pueblos, complejizando la estructura organizativa.

Por otro lado, y aludiendo a los habitantes/residentes de los fraccionamientos medios y altos, observamos que son los centros comerciales los

⁶ Grupos de las diversidades sexuales como lesbianas, gays, transexuales, bisexuales e intersexuales.

lugares que organizan el esparcimiento. Estos centros muestran la privatización del espacio público (Delgado, 2007) pues combinan las compras con el esparcimiento. La oferta cultural centrada en el cine la tienen los espacios comerciales de este tipo. A ella asisten tanto los residentes de las unidades habitacionales como los de los fraccionamientos medios y altos. La mayor parte de estos centros comerciales se concentran en Toluca y Metepec (imagen 29). Fuera del área metropolitana, los centros comerciales frecuentados por los residentes medios y altos de la metrópoli son los de Santa Fe e Interlomas, enclavados ya en la metrópoli del Valle de México.

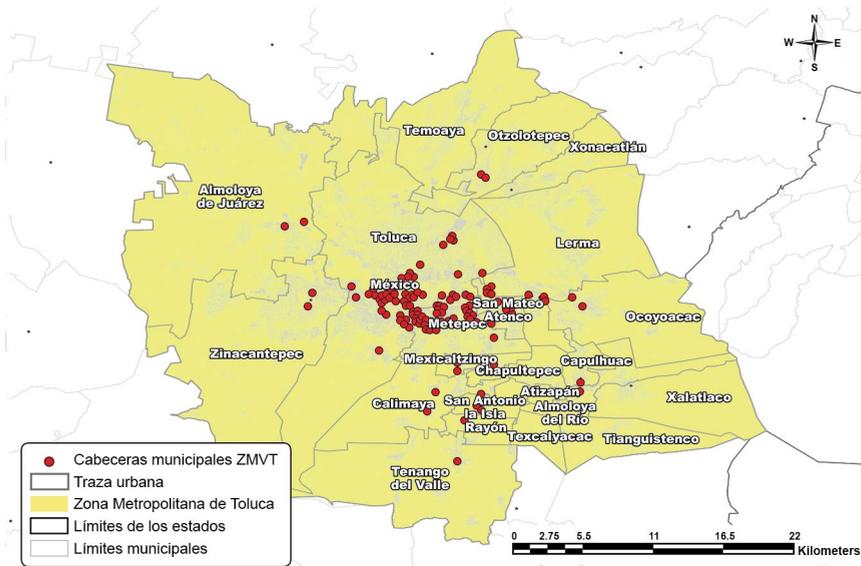


IMAGEN 29

Centros comerciales de la zona metropolitana del Valle de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

De esta forma, la oferta cultural se encuentra fragmentada al igual que se encuentra fragmentado el habitar/residir de la zona metropolitana del Valle de Toluca. Pero, a la vez, cada habitar/residir produce su propio individuo/colectivo cultural y en otra línea de reflexión, cada escala urbana se yuxtapone una sobre otra según la configuración de esta diversidad cultural.

Construir la biocrópolis
 Habitar/residir en las escalas urbanas del Valle de Toluca

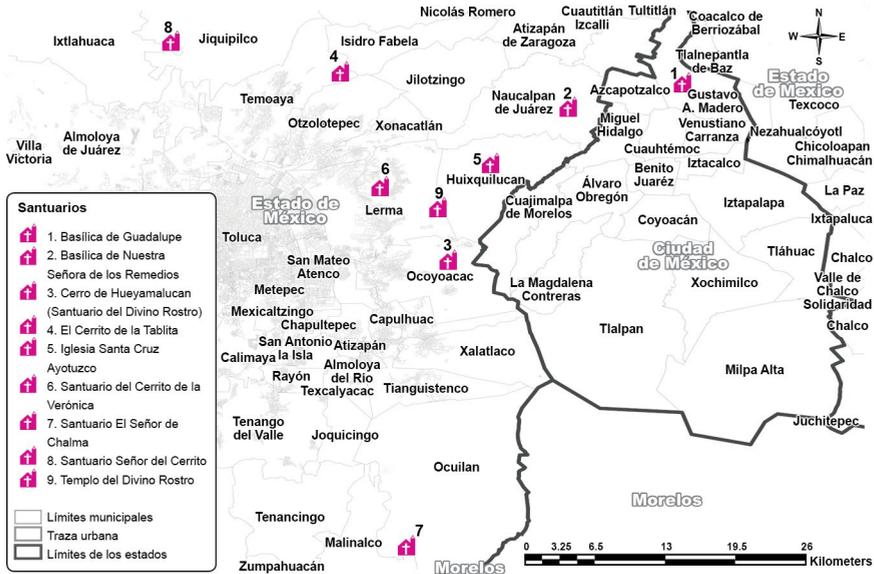


IMAGEN 30
 Santuarios metropolitanos.

Fuente: elaboración propia.

En términos de la yuxtaposición, vale decir que la zona metropolitana del Valle de Toluca y la de México están compuestas por una serie de santuarios de tradición prehispánica que es necesario ilustrar, dado a los conflictos que se desarrollan por la construcción de la infraestructura carretera que los atraviesa; lo que se suma a la conflictualidad metropolitana cuando se negocia con los comisarios ejidales, las indemnizaciones (Leyva y Arriaga, 2009) y los pasos de peregrinos a los santuarios. Es importante mencionar que las peregrinaciones son tanto metropolitanas como megapolitanas, pues incorporan a santuarios de las zonas metropolitanas del Valle de México y de Toluca, sin considerar los que se encuentran en la zona de interface: Jiquipilco o Chalma; u otros estados: Jalisco, Michoacán (imagen 30).

¿Sabías que...?

En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca

Los habitantes de Temoaya se han extendido a lo largo y ancho de la metrópoli de Toluca, para vender frutas y verduras. Casi la totalidad de recauderías fijas de esta metrópoli son de gente de ese lugar; quienes articulan las compras en la central de abastos de Toluca para llevar verdura fresca a su recaudería.



IMAGEN 31

Recaudería Santiago en el municipio de Zinacantepec. Actividad de los oriundos de Temoaya.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Los oriundos de Temoaya dicen que Santiago, su santo patrón, les enseñó el oficio de recaudero y, ahora, en cada fiesta de Santiago en Temoaya, se juntan todos para llevarle flores, velas, mañanitas y dar una parte de sus ganancias a la iglesia del pueblo.



CAPÍTULO 4

EL HABITAR/RESIR EN LOS PUEBLOS RURALES Y LOS PUEBLOS EN PROCESO DE CONURBACIÓN

PUEBLOS RURALES Y PUEBLOS EN PROCESO DE CONURBACIÓN

Siguiendo el modelo en las escalas de urbanización, la más baja, por su densidad poblacional, es la de pueblo rural (que he descrito como asentamientos que descienden de las antiguas comunidades indígenas, establecidas desde tiempos prehispánicos y que se juntaron durante la Colonia con las zonas centro.) Son enclaves humanos de alcurnias que conviven con las comunidades o hábitats rurales en mediaciones de relaciones de poder; ambos tipos de asentamientos conjuntos y conformadores de la matriz inicial de la vida metropolitana del Valle de Toluca.

En el modelo dinámico del ciclo de desarrollo en la densificación urbana, una escala transicional entre pueblo rural y ciudad es el pueblo en proceso de conurbación. La diferencia entre ambos tipos de asentamientos es su lejanía relativa, respecto a sus respectivas zonas centro. Se trata de pueblos rurales que conforman dos anillos periféricos a sus respectivos centros. Los pueblos rurales que se encuentran alrededor de la zona metropolitana son *la interface territorial entre zonas urbanas*; mientras que, los pueblos en proceso de conurbación se encuentran en el anillo inmediato a sus zonas centro, lo que algunos han llamado rururbanos o periurbanos (Bauer y Rox, 1976).

Los pueblos rurales se encuentran en una escala atrás con relación a los pueblos en proceso de conurbación. Los modos de vida de estos pueblos, tanto rurales como conurbados, se encuentran en constante presión por parte de la urbanización; ya que el proceso de expansión rizomática, combinada con el patrón de expansión rizomática de la metrópoli y las ciudades que se encuentran en la región; las lleva a un incremento de movilidad

territorial y a una presión por sus tierras, sobre todo por las inmobiliarias que pretenden construir casas de interés social.

Es importante reiterar que las casas de interés social se construyen junto a este tipo de pueblos rurales y conurbados. Resalta la intención por continuar con el proceso colonial que desconsidera la cultura ancestral, en el modelo de sociedad moderna. El proceso se observa, incluso, en la construcción de supermercados, en el lugar donde existen tianguis itinerantes (González, 2016; González y Vega, 2016; González, 2023). Estos procesos constructivos ponen a la infraestructura urbana como activo de la empresa colonial, pues cambiando el paisaje, también lo hacen las prácticas sociales, las simbolizaciones y las cogniciones del espacio y del tiempo; es decir, se trata de implementar el modelo de desarrollo de las elites de un país poscolonial (Botey, 2014).

Los municipios que cuentan con este tipo de pueblos rurales, esto es, los que se encuentran en la interface entre zonas urbanas, localizados hacia el norte, entre la metrópoli del Valle de Toluca y la ciudad de Atlacomulco, son los siguientes: Jiquipilco, San Bartolo Morelos, Jocotitlán, Ixtlahuaca, San Felipe del Progreso y San José del Rincón; los municipios localizados al poniente de la zona metropolitana son: Villa Victoria, Amanalco y Temascaltepec; los municipios que se encuentran al sur son: Coatepec Harinas, Villa Guerrero, Tenancingo Ocuilan y Joquicingo (imagen 32); los municipios que se encuentran al oriente de la metrópoli son: Huitzilac, Cuernavaca y Miacatlán, pertenecientes al Estado de Morelos, las delegaciones Tlalpan y Álvaro Obregón, perteneciente a la Ciudad de México, y los municipios de Huixquilucan, Naucalpan de Juárez, Jilotzingo, Isidro Fabela y Nicolás Romero, pertenecientes a la metrópoli del Valle de México, aunque formen parte del Estado de México.

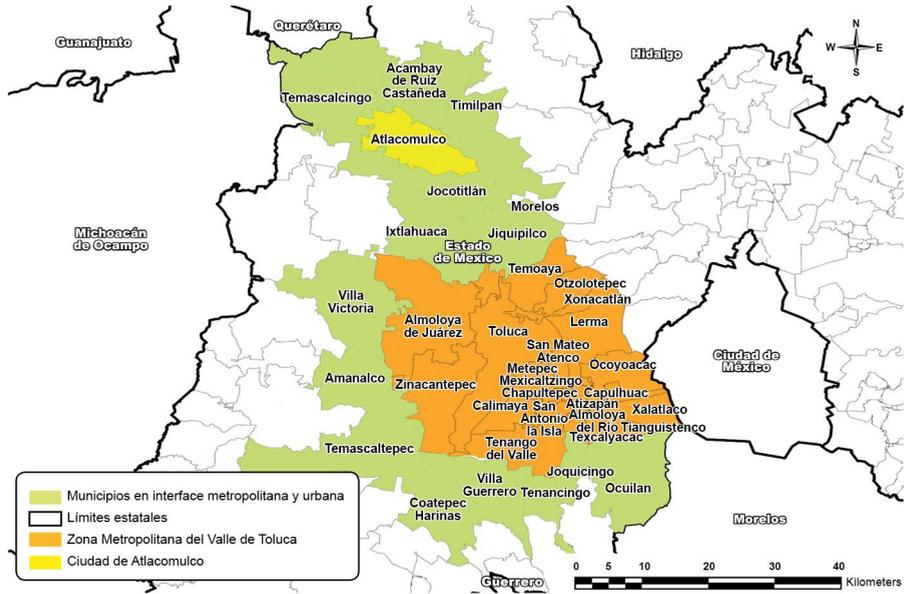


IMAGEN 32

Pueblos rurales en la interfase metropolitana del Valle de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

Todos estos municipios cuentan con pueblos rurales y en proceso de conurbación, como hemos indicado. Visto desde la perspectiva de la megalópolis, estas dos escalas corresponden a temporalidades de un continuo desarrollo en la urbanización, o sea, su proceso de densificación se explica por el ciclo de desarrollo de densificación urbana. En este capítulo me enfocaré en estos dos tipos de habitar/residir. Mencionaré las diferencias de uno y otro, en función de la densidad metropolitana por la que atraviesan en su proceso continuo de urbanización. Asimismo, me centraré en los asentamientos que bordean la zona metropolitana del Valle de Toluca y algunos pueblos periurbanos a la zona centro de Toluca. Las observaciones de campo se hicieron en los municipios de San Felipe del Progreso e Ixtlahuaca, al norte; en Joquicingo y sus alrededores, al sur; para el caso de los pueblos conurbados, en San Andrés Cuexcontitlán y San Pablo Autopan, Toluca y, en San Francisco Tlalcilcalpan, Almoloya de Juárez.

EN BÚSQUEDA DEL PATRÓN DE CRECIMIENTO URBANO DESDE LOS PUEBLOS RURALES

Para el caso del Valle de Toluca, se registra la existencia de 35 altepemes antiguos (García, 1999), los cuales coinciden con los pueblos actuales (imagen 6). Éstos no sólo tienen un interés etnohistórico, sino que la confluencia entre la participación de la matriz mesoamericana antigua y el ser protagonistas del proceso moderno de densidad urbana (pueblo rural o en proceso de conurbación) obliga a preguntar si hay alguna pauta especial derivada de su forma de organizar la vida y de contribuir al crecimiento urbano. Es decir, ¿se podrá encontrar un estilo específico de crecimiento urbano definido de la singularidad cultural, de la apropiación y la construcción del espacio de los pueblos de tradición antigua? Si es el caso, ¿cómo se manifiesta y qué tipo de normatividad cultural, funcionalidad y simbología colectiva se proyectan en la producción de densidad urbana desde el pueblo? Podemos resumir estas preguntas en la búsqueda del patrón de densificación urbana, que se originó desde Mesoamérica (González Ortiz, 2017b).

Este capítulo explora el crecimiento urbano desde los pueblos de tradición mesoamericana, rurales y en conurbación, en el contexto de la metrópoli del Valle de Toluca. El crecimiento es explicable porque la construcción de nuevas viviendas en los territorios comunitarios indígenas se realiza a partir de un sistema de filiación agnaticia; misma que define las reglas de herencia de la tierra, la configuración del territorio por barrios, manzanas, secciones o cuarteles y el cambio de vivienda posmarital, por parte de las mujeres. Del conjunto de estos elementos culturales se construye el habitar/residir de los pueblos rurales y los pueblos en proceso de conurbación, es decir, las formas de vivir/construir una casa y del habitar o construir un hábitat, como condición que permite a los sujetos colocarse dentro de un orden espacio temporal, reconociéndolo (Giglia, 2012) y construyéndolo. Con base en la información de campo, construiré un modelo de densificación y expansión urbana desde los pueblos, marcando las diferencias entre las dos escalas, cuando sea necesario.

En las preguntas anteriores y en el planteamiento general del capítulo, he dado a los actores una cualidad activa frente a la densidad urbana, esto es que no se les considera como entes pasivos a la espera de ser absorbidos por la metrópoli o la ciudad que les llega (Duhau y Giglia, 2008:371) sino, más bien, se trata de actores activos que crean sus propias pautas para producir urbanización. Así, me adscribo a la idea de Gottmann (1957), quien

considera que las áreas urbanas se observan separadas, pero en realidad se están densificando bajo una estructura funcional y orientada por reglas locales; cuya conexión con los otros restos urbanos, se hace mediante el transporte y las comunicaciones. Tal hipótesis, la enuncia el autor para clarificar que la megalópolis crece en un sentido de malla, esto es, uniendo espacios densificados y urbanos que aparentan estar separados, aunque cada asentamiento específico se densifica con sus propias reglas. Este crecimiento en forma de malla es lo que aquí denominaré *la unión por crecimiento rizomático*.

Este proceso de crecimiento rizomático es posible si se considera el habitar/residir como una realización de los actores mismos, que remite a la experiencia cotidiana local de construcción del entorno; en tanto, despliegue patrones de uso significativo del espacio (Soja, 2001, 8). Si el residir articula con la vivienda y el habitar con una colocación específica en el orden espacio-tiempo (Giglia, 2012), el habitar/residir, constituye el mundo cotidiano inmediato, susceptible de transformarse en producto de la cultura local. Con esta base se construye la densificación urbana, entendida como la aglomeración demográfica de viviendas o casas y el acomodo del territorio con sentido cultural, pero inserto en una malla de interacciones y conexiones, determinadas por las vías de transporte y comunicación, en espacios densificados (Gottmann, 1957) y usados cotidianamente por sus habitantes. Así, la movilidad representa un universo de observación que articula la dimensión micro (el habitar/residir) con la dimensión macro de la metrópoli y la megalópolis en dos escalas de lo urbano. Es por eso por lo que afirmo: el habitar/residir diferenciado, en su articulación con la metrópoli, crea el tipo ideal de individuo/colectivo móvil.

A la producción de espacio urbano —como resultado cultural del habitar/residir de los pueblos—, fundado en las reglas de filiación agnaticia, la herencia de la tierra, la territorialidad definida en secciones o barrios y la construcción de nuevas viviendas para los grupos familiares o domésticos en su ciclo de expansión, se añaden otras conductas colectivas que pueden interpretarse como marcas de urbanización (como la venta de lotes ejidales a particulares o de hectáreas a inmobiliarias, sobre todo en los pueblos periurbanos o en proceso de conurbación). La exploración del patrón de crecimiento urbano desde las reglas de filiación es clave para entender la forma de contribuir a la densificación y extensión urbana de los pueblos rurales. De ahí que, por el momento, centremos la construcción de este patrón desde los pueblos rurales.

LA FILIACIÓN AGNÁTICA Y EL RESIDIR EN EL TERRITORIO DESDE LOS PUEBLOS RURALES Y CONURBADOS

La distribución territorial de los pueblos rurales del Valle de Toluca es, hasta cierto punto, explicable por un modelo o tipo ideal que reparte a su población en cuatro secciones territoriales ubicadas alrededor de la iglesia del pueblo. Generalmente, estos segmentos territoriales se componen por grupos de parentesco ampliado, definible por la filiación complementada por la movilidad posmarital de las mujeres.

Este sistema de parentesco ampliado articula los segmentos territoriales y se ayuda de la organización llamada “el sistema de cargos” (fiscal, campaneros, mayordomos, delegado, comisario, tesoreros, policía o comité de vigilancia, grupos de danza, etcétera) para articular y vincular a los barrios con la comunidad en su conjunto. Los cargos comunitarios coordinan actividades y acciones políticas al interior de las comunidades en asuntos de justicia que no impliquen la participación del Ministerio Público; fungen como autoridades auxiliares municipales como es el caso de las delegaciones o autoridades que cuidan la tenencia social de la tierra, a través de los comisariados ejidales y comunales; pero, a su vez, coordinan a los segmentos territoriales y de parentesco con las actividades rituales o ceremoniales, en especial, la fiesta al santo patrón (a través de la coordinación del fiscal con los grupos de mayordomía y los de danza). En esta estructura social del sistema de cargos, las comunidades se relacionan con autoridades externas a la comunidad, como: el Ayuntamiento y el Registro Agrario Nacional.

De esta forma, el parentesco y los cargos se encuentran directamente vinculados a la organización territorial de las comunidades, organizadas de acuerdo con los puntos cardinales. Cada sección territorial elige un fiscal que coordina actividades con los grupos de mayordomos, quienes están organizados por familiares de línea paterna y que son acompañados por sus respectivas esposas; lo cual hace que los equipos de mayordomía sean, en realidad, expresión de matrimonios que radican y habitan en algún segmento territorial de la comunidad. Los fiscales y los equipos de mayordomos se rotan de entre uno a tres años, en un sentido territorial contrario a las manecillas del reloj (levógiro) (imagen 33). De esta manera, cada segmento territorial y de parentesco tendrán su oportunidad de realizar la fiesta patronal que vincula el total de la comunidad, haciendo de los barrios y del parentesco una modalidad segmentada que encuentra, en la fiesta patronal, la ocasión para la unidad territorial.

Esta geometría territorial de cuatro cuadrantes, en función de los puntos cardinales, se “desordenó” con el crecimiento demográfico y la construcción de nuevas viviendas; lo hizo desbordando los límites territoriales, pues se incorporó a esta dinámica de densificación urbana la propiedad ejidal para construir nuevas viviendas. Al mismo tiempo, la densificación se observó de manera más radical con la construcción, en dichos territorios, de viviendas masivas, en serie, de interés social. Por su parte, municipios vecinos seguían construyendo la industria, se perdía el río Lerma por la desecación de sus afluentes y la contaminación, así como por la construcción de carreteras y el acceso a medios de transporte de comunicación intramegalopolitanos.

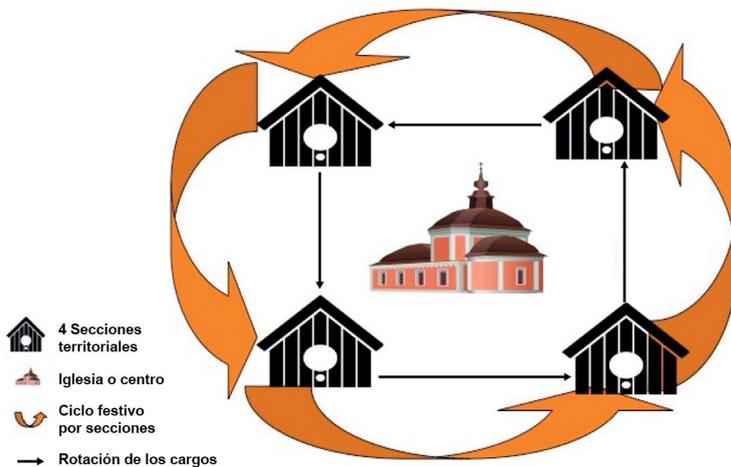


IMAGEN 33
Comunidad de pueblo rural y pueblo conurbado de origen prehispánico

Fuente: elaboración propia con base en González Ortiz, 2012.

Retomo los elementos estructurantes (modelo o tipo ideal) de la densidad urbana en el pueblo rural, dado que el parentesco es un sistema organizativo de la comunidad (González Ortiz, 2021b). El territorio se configura a partir de la existencia de linajes atenuados con tendencia patrilineal (Robichaux, 2005), quienes hacen definibles los segmentos territoriales como grupos exogámicos patrilineales que van densificando el

espacio conforme se realiza la fase de expansión del ciclo de desarrollo del grupo doméstico o de las unidades familiares (Fortes, 1971).

Los hogares se distribuyen en solares que consisten en una casa y una pequeña parcela para una milpa (desarrollar actividades agrícolas y pecuarias para el autoconsumo). Con el tiempo, dado el sistema hereditario de la tierra por filiación agnaticia segmentaria, (cada hermano varón tiene derecho a fundar su propio grupo doméstico y construir su propia casa) por lo que el solar original se va llenando de nuevas casas y la casa original queda rodeada de las casas de sus hijos varones, de la prole por línea paterna. La construcción de nuevas viviendas para residir se encuentra articulada con las reglas de consanguinidad que definen la herencia de la tierra.

Ahora bien, en términos del parentesco, por alianza o matrimonio, se obliga al cambio residencial por parte de la mujer en el tiempo posmarital.¹ La posesión de la tierra para la construcción de hogares fue saturando el espacio de los cuatro segmentos originales, lo que llevó a los jefes de familia a extender la herencia hacia el ejido; comenzando un nuevo proceso de densificación urbana desde el pueblo, manteniendo la estructura de filiación con tendencia patrilineal o agnaticia, pero cambiando el sentido de la tierra agrícola ejidal por la de barrio urbano o suelo para vivienda.

Las reglas patrilineales de la herencia de la tierra definen a los sujetos con derechos de fundar un nuevo grupo doméstico o familiar. Se pueden articular las reglas del sistema de filiación agnaticio con el ciclo de desarrollo del grupo doméstico (Fortes, 1971), la territorialidad por segmentos y la

¹ Esto explica el sentido de la dote: cuando un joven varón contrae matrimonio se establece una alianza entre las familias. La dote significa dar regalos a la familia de la novia y comprometerse, por parte del novio, a trabajar las tierras de la familia de la novia. Este patrón está en crisis en el Valle de Toluca debido al intenso proceso de urbanización que experimentan los pueblos rurales y los conurbados. De la misma forma, es evidente que la subordinación de las mujeres a las reglas de filiación agnaticia las deja en condiciones de vulnerabilidad para toda la vida (González y Vizcarra, 2006). Además, esto ha permitido afirmar que el reparto agrario en la zona se realizó a la mitad, pues faltaron las mujeres (Vizcarra, 2002). Este sistema de filiación agnaticia está desfigurándose en la medida que muchos habitantes de los pueblos rurales y conurbados están casándose con personas externas a la dinámica de las comunidades (Colín, 2014), lo que está generando una forma de asentamiento más urbano y moderno con tratos familiares más atenuados (González Ortiz, 2021b).

construcción de una nueva casa en la que se hospeda una nueva familia o un nuevo grupo doméstico.²

Siguiendo el esquema dinámico de Fortes, el ciclo de desarrollo del grupo doméstico puede describirse, para hablar del patrón de densificación urbana desde los hábitats de pueblo rural y conurbado, de la siguiente manera: cuando el novio y la novia se casan, siguiendo la regla de cambio de residencia posmarital de la mujer, la novia va a vivir a la casa del padre del novio, entrando el grupo doméstico en la etapa de fusión, pues ha incorporado a una mujer fuera de la línea de filiación consanguínea del padre del novio. Una vez que la nueva pareja posee los recursos para construir su propia casa, lo realiza en las tierras del padre del novio; el grupo doméstico entra a la fase de expansión, con lo que contribuye a la densidad urbana desde el pueblo rural. El grupo doméstico en expansión adquiere una independencia relativa³ respecto al grupo del padre del novio. La fase de sustitución se resuelve porque uno de los hijos se queda con la casa de los padres, cuidándolos y heredando el inmueble.

Se puede afirmar que, en un sistema de filiación agnaticio, el proceso de densidad urbana se genera con la construcción de nuevas casas, en el momento de expansión de la unidad familiar. El territorio y el parentesco se encuentran unidos en la lógica del sistema de herencia y, por extensión, con la densidad urbana desde los pueblos rurales. Así, de la suma de las reglas colectivas de filiación agnaticia se definen los sujetos que tienen derecho a construir una casa. De ambos elementos surge el estilo propio del habitar/residir, es decir, de la vivienda articulada al hábitat construido. En eso consiste la base del parentesco y la territorialidad, que en conjunto contribuyen a la densificación urbana desde los pueblos mesoamericanos.

² El grupo doméstico se refiere a una unidad social que comparte producción y consumo, mientras que la unidad familiar refiere a una emparentada. Los lazos parentales pueden abarcar a las dos categorías cuando se trata de linajes. De ahí que, la idea de grupo doméstico no implica que los miembros de ella habiten una misma casa, más bien, el grupo doméstico puede habitar/residir en varias casas que se distribuyen en función de las reglas de herencia y el territorio disponible para esa familia o linaje.

³ Esta independencia relativa significa que la unidad de producción y de consumo pueden estar separados. El nuevo hogar puede encontrar las ocasiones para dejar de compartir ingresos y egresos económicos.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando el pueblo rural transita al conurbado?, ¿qué sucede cuando el pueblo es absorbido por la escala urbana llamada ciudad? En este sentido, el programa académico sobre los pueblos urbanos puede decirnos algo al respecto.

LA COMUNIDAD Y LOS NUEVOS SEGMENTOS TERRITORIALES: DENSIFICACIÓN Y EXTENSIÓN URBANA

Es difícil ubicar territorialmente a los pueblos periurbanos o conurbados, sin embargo, la totalidad de municipios que conforman la metrópoli del Valle de Toluca los tienen (tabla 3 e imagen 34). Todos estos pueblos mantienen, de manera atenuada, las reglas de filiación agnaticia que influyen en la herencia de la tierra patrilineal, el cambio de residencia posmarital de la mujer y la disposición de los segmentos que organizan el territorio de las comunidades. Este sistema tiende a la fragmentación urbana territorial, pero mantiene las fuerzas unificadoras mediante el sistema de cargos desde el que se realizan los ceremoniales patronales y las autoridades civiles: delegaciones y comisariados de tenencia social de la tierra.

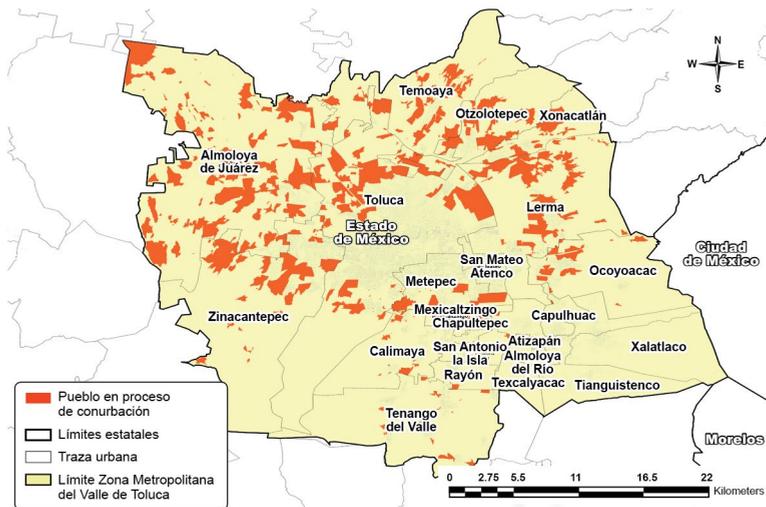


IMAGEN 34
Pueblos en proceso de conurbación de la metrópoli del Valle de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

En condiciones de filiación agnaticia, cada nueva vivienda representa la cristalización de las reglas patrilineales de herencia y la llegada al ciclo de expansión del grupo doméstico. Ésta es la base de la normatividad cultural bajo la que se construye el habitar/residir de los pueblos rurales y periurbanos del Valle de Toluca. Los nuevos hogares son la realización de un sistema segmentado que pone a los varones como los sujetos con derecho a formar una nueva familia, lo que obliga a las mujeres a cambiar su residencia posterior al matrimonio. Una vez conformados como nuevas familias pueden acceder al sistema de cargos de la comunidad o de sus respectivos barrios, mediante la figura de mayordomos o cualquier otro cargo existente (fiscales, campaneros, topiles, etcétera).

Antes indiqué que los cuatro segmentos se distribuyen conforme a los rumbos cardinales, configurando su territorio donde se proyectan los cargos comunitarios al elegir a un fiscal y a cuatro principales mayordomos por segmento. Estos cuatro mayordomos principales son, en realidad, una pareja de casados con su propia casa, es decir, han cristalizado ya la etapa de expansión del grupo doméstico y ahora participan en la estructura de cargos comunitarios.

A continuación, me centraré en un pueblo periurbano del municipio de Toluca: San Andrés Cuexcontitlán. Si uno camina por el centro de dicho pueblo verá que hay unas estructuras tipo mojoneras que marcan los cuatro rumbos originales de sus barrios. El sistema de cargos comunitario enaltece la figura del fiscal, cuya función es organizar el ciclo de fiestas de la comunidad. Las principales fiestas son: San Andrés, el santo patrón; la virgen Santa María, en la Asunción y la virgen de Guadalupe. Cada santo tiene su equipo de mayordomos para la fiesta, pero son los de la fiesta de San Andrés quienes tienen mayor centralidad. Ellos son los principales mayordomos y su función es tocar las campanas de la iglesia por la mañana, al medio día y por la noche en un sistema rotativo que dura una semana por cada segmento o sección⁴ territorial. En los días de fiesta, los equipos matrimoniales de

⁴ En este pueblo a los segmentos territoriales se les nombra secciones.

mayordomía⁵ son los encargados de cobrar a los puestos de la feria y los baños públicos. Ese dinero se reembolsa al fiscal para llevar a cabo, posteriormente, las obras para el mantenimiento de la iglesia.

Desde los años ochenta, el ejido se fue poblando bajo este sistema de crecimiento urbano interno que responde a las reglas de filiación con tendencia agnaticia. Sus habitantes ya no podían identificarse como miembros de los cuadrantes originales, pues había una “falla” en la relación parentesco/territorio que, si bien existía y se reconocía, no funcionaba como elemento de unión e identidad con los que habitaban en las secciones originales. De ahí se empezaron a construir sus propias capillas, replicando el mismo sentido original, pero segmentando y multiplicando las secciones. Surgió la sección cinco, que construyó su propia capilla, de forma similar a como las secciones originales la tenían. Luego emergió la sección 5B, que también construyó su capilla (aunque muchos dicen no se le reconoce a plenitud), posteriormente, la sección sexta y, por último, la séptima.

Cada una de estas secciones mantuvieron la identidad, generaban la consanguinidad mediante el sistema de filiación agnaticio, pero, a la vez, utilizaron la construcción de nuevas capillas como un indicador de la otredad desde el paisaje de religiosidad popular y el territorio. La imagen 35 muestra la multiplicación recursiva (en forma de fractal, en la medida que copia el sentido del modelo de la comunidad original) de crecimiento urbano y de integración comunitaria.⁶

⁵ En muchos pueblos conurbados del Valle de Toluca, las fiestas se realizan mediante mayordomías que se componen por matrimonios. Es el caso de San Francisco Tlalcalilcalpan en Almoloya de Juárez, San Mateo Oxtotitlán y San Andrés Cuexcontitlán en Toluca. Es notable que, en todos los casos, se trate de ocho matrimonios; proyectando el mismo criterio de organización territorial en la social, pues en los ocho matrimonios, se proyectan los cuatro puntos cardinales (incorporando los inter cardinales para dar ocho) o rumbos del viento. Así, el territorio se proyecta en las mayordomías como indicador de los puntos cardinales e intercardinales.

⁶ Este crecimiento territorial, con tendencias a la fragmentación territorial/parental y la unión cultural mediante el sistema de cargos, ha sido descrito también para el caso de la región de Huitzililapan, municipio de Lerma, en el mismo Valle de Toluca. La iglesia original de ese pueblo se construyó sobre un monumento arqueológico de los antiguos otomíes (Cabrera, 1993; González Ortiz, 2014b). Saúl Alejandro (2001) dice que los pueblos de Huitzililapan fueron desprendiéndose de aquel centro original, pero manteniendo la

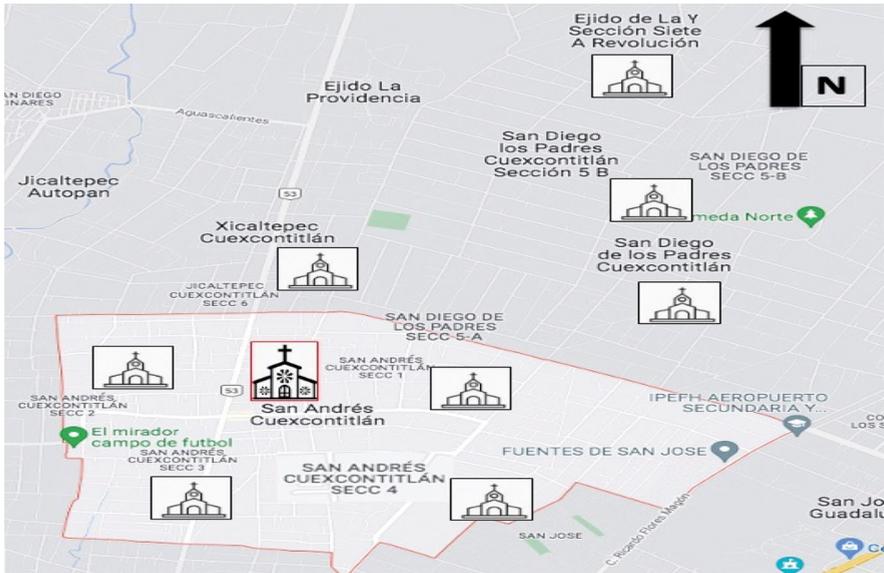


IMAGEN 35

Nuevas secciones y sus respectivas capillas en San Andrés Cuexcontitlán, pueblo conurbado del municipio de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en GoogleMaps.

Estas nuevas capillas funcionan de forma recursiva a la matriz comunitaria de origen, pero distorsionan la geometría cultural, antes distinguible por el parentesco ampliado de manera agnaticia, y su estrecho vínculo con el territorio. En términos de organización social, estas capillas aglutinan, también, a grupos de mayordomos que atienden a los nuevos santos colocados y venerados en estas capillas.

unidad a través de una copia exacta de su matriz original. En una entrevista le dicen: “nosotros somos independientes, antes pertenecíamos a San Lorenzo, todos los Huitzilapan somos de allá, pero como una madre que ve a sus hijos crecer, éstos se tienen que independizar, así nosotros nos independizamos”. Todos los asentamientos llevan la misma nomenclatura: Huitzilapan, sus nombres son Guadalupe Victoria, San Lorenzo, Flor de Gallo, La Unidad, Las Mesas, Las Rajas, San Agustín, Ejido San Lorenzo, San Pedro, Santa Cruz y Zacamulpa.

Los mayordomos de las nuevas secciones, al igual que en la matriz cultural, son ocho matrimonios y un fiscal de capilla. Así, una vez instaurado el patrón de fiestas en estas capillas y la organización social del sistema de cargos, comienzan las correspondencias de santos a manera de visita recíproca; en otras palabras, establecen un sistema de identidad/alteridad que incluye reconocerse parte de la comunidad en su conjunto; el parentesco y parte de la otredad lo definen, en tanto se tiene una capilla con imágenes propias que representan a la nueva sección territorial.

El habitar/residir genera condiciones para la densificación urbana de la comunidad, y, al hacerlo, construye otro sistema de representaciones que defino como *identidad/alteridad*, que significa la tensión causada al juntar la idea de comunidad con una sociedad que se fragmenta, se densifica y se extiende; aumentando y contribuyendo, desde sus interiores, a la densidad urbana. La construcción de la otredad surge de lo interno de la comunidad (por sus reglas de filiación agnaticia articuladas al territorio) en similar proporción a la extensión y densificación urbana.

En la actualidad, hay ocho capillas en San Andrés que realizan correspondencias de santos y de ellas, a su vez, con la iglesia del centro, con la del pueblo original. Esta dinámica, si bien es recursiva, no ha estado exenta de innovaciones y de tensiones; por el contrario, han surgido elementos nuevos que necesitan describirse a la luz de este patrón, propio de crecimiento urbano en el pueblo conurbado.

Asistimos a una compleja densificación urbana desde la cual se puede ver el continuo proceso de urbanización, en el que se encuentran los pueblos rurales de la interface entre áreas urbanas y pueblos en pleno proceso de conurbación. La densificación urbana se observa, mayormente, en los pueblos conurbados, pero no se debe olvidar que antes presentaban características de pueblo rural. Los problemas por los que atraviesan son varios, todos ellos producto de la densificación urbana.

EL AGUA Y LA AUTONOMÍA

Las ocho secciones territoriales de San Andrés Cuexcontitlán cuentan con varios pozos de agua, pero, solamente, el localizado en la segunda ha logrado que las personas se organicen para alcanzar la autonomía del agua. Los habitantes de la sección manifiestan que, desde el desvío del agua del Cutzamala al Valle de México, el agua escasea más en la comunidad y en

la región.⁷ Así, organizados en varios liderazgos, se han manifestado con un rotundo no a la municipalización del agua. Su consigna es: “Por la defensa del agua siempre”, firmado por la comunidad otomí de San Andrés Cuexcontitlán.⁸

El factor de recurrencia a una identidad étnica, de origen prehispánico, es el camino para afirmar la postura por la autonomía del agua, es decir, la temporalidad cultural y la memoria de larga data funcionan para construir la identidad y justificar la lucha por el agua. Esta construcción identitaria refiere a un tipo de reinención de la cultura que toma en cuenta el origen ancestral como estrategia política: “reconocerse como descendiente de esos que fueron los primeros en poblar aquí, que aquí escogieron para tener su descendencia, reconocer a los originarios, por eso cuidamos el agua”, dice uno de los líderes. Se suma, así, el factor de la identidad construida en dos sentidos, como pueblo originario y como pueblo urbano (Portal, 2013).

Como pueblo originario, la antigüedad en el territorio se extiende a los tiempos prehispánicos, lo cual resulta componente clave para la política del logro de la autonomía como pueblo urbano y para el logro del control del pozo de agua.

Este tipo de emergencia cultural, indica un movimiento para redescubrir la identidad, como si ésta se reinventara para ser usada políticamente en un contexto de densidad urbana que tiene como centro la disputa por el agua; se trata de la *metropolitización* (González Ortiz, 2009). Esto significa

⁷ Además de las narrativas de pérdida de humedales derivadas del río Lerma, en los que se podía acceder a diversos tipos de plantas, tubérculos, ranas y peces para la dieta así como la contaminación gradual del río Verdigué, que atraviesa la ciudad de Toluca y llega a la comunidad de San Andrés, para desembocar en el Lerma en forma de aguas residuales.

⁸ Véase la noticia en: Yamel Esquivel (2019), “A consulta manejo de agua en San Andrés Cuexcontitlán”, *Traseúnte*, 16 de julio de 2019. Disponible en: <https://transeuntemx.com/2019/07/16/consulta-manejo-agua-san-andres-cuexcontitlan/> (consultada 1 de abril de 2022).

que se despliega una identidad documentada e investigada por los líderes,⁹ aun sabiendo que no todos los habitantes de la comunidad participan unívocamente en ella. Se establece aquí una identidad positiva de lo otomí para negociar el proceso metropolitano por los recursos, en otras palabras, se genera una actitud reflexiva para construir identidad. Similar proceso se extendió a los pueblos de Xochicuautla, en el municipio de Lerma, quienes se han organizado en torno a una narrativa ancestral, que afirma su descendencia del pueblo antiguo otomí, ante la desposesión de su bosque para construir la carretera de cuota que conecta a Toluca con el norte de la metrópoli del Valle de México (Leyva y Arriaga, 2020).

En estos escenarios emerge la asamblea comunitaria como ejercicio de participación política local, un espacio abierto para que todos hablen, viertan sus ideas, debatan y obtengan elementos suficientes para la toma de decisiones, ya sea por unanimidad (en casos muy raros) o por votación.¹⁰ Se articula esta práctica con el derecho nacional: como exigencia de pedir consulta popular e informada, apoyándose en el Instituto Nacional de Pueblos Indígenas (INPI) o con la Ley de Amparo; el derecho internacional, especialmente por el artículo 169 de la Organización Internacional del Trabajo de 1989 (1989) o la Declaración Universal de la UNESCO sobre Diversidad Cultural de 2001 (2022); no sólo como planteamientos que legitimarían las luchas, sino como derecho que el Estado mexicano está

⁹ En las entrevistas realizadas se hizo énfasis en descubrir muchos escritos y análisis de la cultura y la sociedad antigua mesoamericana, lo que contribuyó, según manifestaron, a construir un interés y una identidad positiva hacia lo propio; afirmarse como sujeto/objeto de la historia. Muchas de las trayectorias de vida individuales vincularon a las personas con distintas creencias religiosas hasta que descubrieron la identidad antigua, factor que empezaron a usar políticamente. Este proceso de *metropolitización* es muy interesante en los pueblos conurbados, pues es el momento reflexivo que hace que la cultura se convierta en instrumento político para forjar el tiempo/espacio urbano, elementos clave para la negociación política.

¹⁰ Dichas asambleas, también, pueden ser infiltradas por actores del Estado mediante la cooptación de las autoridades ejidales o pueden ser presionadas por las policías estatales para no dejar entrar a los opositores a las decisiones que afecten sus tierras; como se ilustra en las demandas de los pueblos de Xochicuautla que muestran negativa ante la indemnización por la construcción de carreteras intramegalopolitanas en sus territorios (Leyva y Arriaga, 2020).

obligado y, mediante una asociación civil hecha para administrar el pozo de agua, pero legitimada por la asamblea comunitaria.

Esta asociación civil está encargada de la administración local del agua, elige a sus representantes a través de un sistema rotativo en las figuras de un presidente, un tesorero, un secretario y tres vocales; cuyas funciones son las de abrir y cerrar las llaves del agua, cobrarla, darle mantenimiento a la bomba y atender a sus 1050 usuarios de la sección dos. Los problemas a los que se enfrentan vienen desde del gobierno municipal que les exige la municipalización del pozo de agua y por vecinos de la misma sección y otras que no detienen las críticas frecuentes e intensas contra quienes tienen cargos de representación en turno.

En un universo metropolitano, la unidad por los intereses es casi imposible en función de la diversidad que genera la extensión urbana. De ahí que lograr acuerdos sea difícil y la conflictividad, una marca permanente. Primero, cuando se comparan con los residentes de otra sección que tienen pozos municipalizados, los que tienen autonomía presumen pagar menos por el servicio de agua; sin embargo, cuando a algún vecino se le corta el agua por falta de pago, reclaman, argumentando que sería mejor la municipalización del agua. La unidad por los intereses siempre emerge como un espectro que rompe las acciones hacia la construcción de comunidad, esa es otra cualidad de los pueblos en proceso de conurbación.

El ciclo de desarrollo de densificación urbana desde los pueblos rurales y en conurbación, genera nuevos marcos cognitivos en torno al lugar. Por ejemplo, el pueblo de San Cristóbal Huichochitlán se nombró colonia frente al municipio, lo cual, en la opinión de los líderes del pueblo vecino de San Andrés Cuexcontitlán (más activos en sus demandas y acciones políticas), les quita la posibilidad de reclamar los recursos naturales (agua y tierra); pues “una colonia ya pertenece al municipio, mientras que un pueblo mantiene su autonomía, mantiene la posibilidad de luchar por lo que es de uno”, dice uno de los líderes. Estamos ante la tensión que se vive entre fragmentar y unir a la sociedad, propia del proceso urbano, pues mientras quienes desean cambiar la nomenclatura de San Andrés a colonia, “aspiran a ser ciudad”, quienes se niegan mantienen la idea cultural, de la afirmación política, como pueblo originario con autonomía relativa. Desde la asamblea, ser oriundo de San Andrés Cuexcontitlán es un reto, pues el futuro como proceso político se encuentra en disputa.

EQUIPOS DE FUTBOL, PANDILLAS, CARNAVALES Y TORITOS¹¹

En los años ochenta comenzó el notable desbordamiento del pueblo hacia el ejido, afirman los habitantes de Cuexcontitlán. En ese tiempo emergen las pandillas juveniles y proliferan los equipos de futbol. Tanto las pandillas como los equipos de futbol se constituyen por jóvenes que en su mayoría coinciden y pertenecen a las mismas secciones territoriales, aunque con desconocimiento del parentesco que las vinculaba antes. Las historias dicen que los jóvenes iban a las fiestas patronales y, en medio de ellas, se producían conflictos y rispideces que terminaban en batallas y pleitos campales entre los jóvenes. Estas manifestaciones implicaban disturbios desestructurantes de la fiesta patronal, pero al mismo tiempo, eran la expresión de un sistema territorial que desdibujaba su ordenamiento cultural originario, articulaba territorio y parentesco; transitando hacia la extensión territorial y al desconocimiento de los vecinos, es decir, la construcción de la otredad desde la violencia juvenil.

Los vecinos de San Andrés dicen que las pandillas se originaron por el efecto de las televisoras que impregnaron de esa moda a su juventud. Las influencias exteriores pueden ser incorporadas en el análisis, pero me parece que, en la construcción de la otredad, este tipo de asocianismo es la expresión de un territorio que separa a los asentamientos humanos. La construcción de la alteridad se desliza a la juventud, en función de su pertenencia a las secciones, pero segmentadas; lo que generó un tipo de pertenencia juvenil al territorio que transitaba, sin lograr una cristalización completa entre ser pueblo y colonia urbana. Esto dio entrada a llamarlos pueblos colonia (Trejo, 2022), es decir, hábitats que se mantienen en transición, pues no terminan por cristalizarse en colonia de ciudad y tampoco dejan de ser comunidades de pueblo rural.

Otro elemento de un nuevo asocianismo que se “monta” en la estructura derivada de la filiación agnaticia para configurar el territorio, son los equipos de futbol que también aglutinan a los varones de la comunidad.¹²

¹¹ Este tipo de asocianismos nuevos requieren de mayor investigación etnográfica pues son la manifestación de una crisis territorial en el marco de los pueblos colonia. No obstante, para los fines de este trabajo, mostrar las formas de tensión entre lo que une y separa a los habitantes/residentes del pueblo en proceso de conurbación, es suficiente el tratamiento teórico y empírico que se hace.

¹² Estas manifestaciones de nuevos asocianismos son eminentemente masculinas, por lo que el sistema de filiación agnaticia no se modifica, resaltando incluso que el cambio de residencia posmarital de la mujer se conserva intacto.

Cada equipo, podría decirse, configuró una pertenencia a las distintas secciones, proyectando la construcción de la otredad en la organización deportiva, pues cada encuentro o juego representa una confrontación, en muchos casos, con algún equipo de otra sección territorial.

Ante esta construcción inevitable de la otredad, desde el interior de los pueblos, se construyeron otro tipo de organizaciones vinculadas a la fiesta patronal: los toritos y los carnavales. Se trata de iniciativas surgidas en los ochenta, que aglutinan a los miembros jóvenes para realizar actos performativos en días de fiesta patronal, cuya realización termina por generar el sentido de unidad cultural.

Los toritos son artefactos de cohetes y pólvora que se explotan el día de la fiesta patronal. Éstos son iniciativa del líder de un equipo de fútbol, quien consideró importante convocar a los jóvenes del equipo para quemar un torito algún día de la fiesta. De esta manera, se puede ver que el nuevo tipo de asociaciones deportivas, a la vez que segmenta, fragmenta y separa el sentido de unidad cultural, hace surgir otro tipo de asocianismo vinculado a la fiesta que busca estructurar el sentido de unión de la comunidad en su conjunto. Se asiste a un modelo fragmentado que busca unidad mediante la reflexividad tradicional,¹³ una especie de dialéctica entre fuerzas centrífugas y centrípetas, para usar la vieja expresión conceptual con la que Cámara Barbachano (1952) explicaba la dialéctica del sistema de cargos. Entre las actividades que se realizan está: avisar a los fiscales que se quemará un torito, ofrendar a la iglesia flores y ceras y convocar a los jóvenes (hombres y mujeres) para que ese día quemen el torito. Varios vecinos del poblado emularon la iniciativa original, llegando a quemar en la actualidad hasta 60 toritos, que reúnen a la juventud (varones y mujeres) de San Andrés Cuexcontitlán en actos festivos de relajante alegría.

Por su parte, los llamados “carnavales” son creación de los miembros de los equipos de fútbol. Se trata de una plataforma de tráiler que lleva a los jóvenes, de ambos sexos, junto a una banda musical de viento y recorren el poblado en una armonía musical de tremenda diversión. El sentido

¹³ La reflexividad tradicional significa, en este sentido, la integración de elementos del contexto social a la acción ritual, es decir, incluir al performance, al guion del drama ritual; distinto a la reflexividad “ilustrada” de los líderes que buscan la autonomía del pozo que, desde esta consideración, se trataría de una reflexividad moderna.

carnavalesco se inserta en la dinámica de las fiestas, perturbando completamente la idea de las secciones territoriales para las representaciones ceremoniales.

De esta forma, toritos y carnavales configuran nuevas formas asociativas que, en sus actos performativos tienden a la integración social y cultural del pueblo, en un contexto de evidente fragmentación provocada por *el ciclo de desarrollo de densificación urbana*. Dicha integración incorpora a hombres y mujeres por igual, en edad juvenil. Las fiestas, con la presencia de estos actores, se transforman en escenario de alegría desbordante que produce otredad, pero, a la vez, intentan la unificación del pueblo pues todos los participantes saben a qué sección o parte de ella pertenece el carnaval. La identidad/alteridad se manifiesta en actos performativos, cuya meta es hacer sentir la unidad cultural en un ambiente fragmentado por la extensión y densidad territorial. A la vez, la realización de la fiesta configura una oferta y demanda cultural que construye al individuo/cultural lúdico desde las comunidades, llamadas pueblos en proceso de conurbación, en el marco de la densidad urbana o pueblos colonia.

¿LA SOCIEDAD RURAL O LA SOCIEDAD DE LA NUEVA RURALIDAD?

La literatura sobre este tipo de realidades (pueblos rurales y conurbados) las ha descrito como si se tratara de transiciones descriptibles por el tipo de actividad económica principal. Define así a la sociedad rural como un tipo ideal que encuentra su subsistencia a partir de las actividades agropecuarias; distinta a la sociedad de la nueva ruralidad que combina éstas con otras actividades vinculadas al mercado de trabajo regional, a la migración oscilante entre metrópolis, a la migración internacional, al turismo, servicios, etcétera (Hernández y Rappo, 2016; Guzmán Hernández y otros, 2019).

La idea que proyecta este libro, para fines exclusivos de construcción de tipos ideales, es que las sociedades rurales mantienen un patrón más identificable de densificación y extensión urbana, apegado al sistema de herencia agnaticio, que vincula el parentesco con el territorio visible, mediante la herencia de la tierra para la construcción de una nueva casa. Es ahí donde se encuentra el patrón de densificación urbana de estos pueblos. Ahora bien, no hay duda de que las actividades agropecuarias forman parte de las actividades económicas generales, de las unidades domésticas, de los

hábitats pueblos rurales. Suponiendo esto, ¿se podría afirmar, entonces, que los pueblos periurbanos o conurbados se encuentran dentro de la nueva ruralidad, mientras que los rurales no? Me parece que no, ambas realidades muestran que los dos escenarios se encuentran en lo que se ha denominado la nueva ruralidad, es decir, la multiplicidad de actividades económicas para nutrir las unidades de producción y consumo de los grupos domésticos.

Es más, en los pueblos del anillo exterior o de la interface entre zonas urbanas (los hábitats pueblos rurales), realizan la migración temporal a la metrópoli del Valle de México, al menos desde la década de los treinta del siglo xx (González Ortiz, 1996, 2017a), lo que ha consolidado una estructura comunitaria que articula la región rural con la Ciudad de México; sobre todo, en la zona mazahua que incluye a los municipios de San Felipe del Progreso, San José del Rincón, Ixtlahuaca y Jocotitlán.

Más allá de esta realidad empírica, desde una visión megalopolitana, vale la pena ver el total de estos asentamientos a través de sus organizaciones sociales para articular actividades, esto es, como una diversidad de organizaciones de la sociedad. Es común observar que los habitantes de los pueblos rurales se han organizado en grupos de comunicación e intercambio mercantil de sus productos agropecuarios (granos, follajes, pastura, varios tipos de verduras, equinos, vacunos, porcinos, caninos, caprinos), para la venta de comida en puestos (carnitas, barbacoa); la venta de servicios de veterinaria de especies de corral; la oferta de servicios para fiestas, que incluyen platillos, servicios de meseros y baños itinerantes; servicios mecánicos de tractores; venta de servicios de fertilizantes y herbicidas; los trabajos en las cabeceras municipales, en el sector salud o educativo, en los que se desempeñan muchos habitantes de los hábitats rurales, así como los pagos por servicios ambientales. De esta forma, la pluriactividad forma parte de la nueva realidad social en los hábitats rural y pueblo conurbado, si se le observa desde una perspectiva megalopolitana.

Se constata, en las observaciones de campo, que hay una tendencia a la fragmentación social derivada de la densificación urbana en los territorios de los pueblos rurales y periurbanos, pero, también hay inclinación a la construcción de lo urbano desde el tejido social cuando emergen formas culturales de vincular lo fragmentado, sobre todo, en su expresión cultural religiosa, como se expuso en el apartado anterior. Este hecho es producto de nuevos asocianismos colectivos, pues parecen generar reflexividad en el pueblo, parte de reconocer una segmentación del territorio (dadas las fallas en

la articulación del parentesco y el territorio), la cual hay que recomponer mediante acciones de unión ritual (lo que surge de la complejización de la organización para el ceremonial).

Parece urgente mantener la vocación agropecuaria de este anillo periférico para la zona metropolitana y el sistema regional de ciudades, pues, puede funcionar, utópicamente, como contenedor de la metrópoli y constituirse como lugar para el abasto de alimentos de las grandes aglomeraciones. Si reconocemos a la urbanización como un factor de cambio geológico, parece de emergencia colectiva mantener a estos anillos productores de alimentos, los cuales funcionan a partir de unidades familiares para la producción agropecuaria.¹⁴

Se ha dicho que la sociedad rural y la sociedad periurbana representan un continuo proceso de densificación y extensión urbana, caracterizado por la presentación de la ciudad difusa, por lo que este aspecto nos proporciona el reto de *cambiar* la linealidad urbanizadora (como si fuera inevitable detener la densificación urbana), tanto en la perspectiva metodológica como en la política. Implica construir a la sociedad sustentada, en un paradigma que mire primero por las personas, para ello se requiere un cambio de mentalidad; en otras palabras, sólo una mirada en la que la posibilidad del pago por servicios ambientales, en un espacio urbano difuso, que considera la densidad urbana como cambio geológico, sea sustentado en un paradigma que ponga en primer lugar la vida de las personas, esto permitirá desacelerar la vida metropolitana para construir sociedades con salud mental, en contextos ambientales sostenibles.

Los pueblos rurales y los periurbanos proyectan la idea de segmentación y unificación de sus sociedades, conforme se densifican social, territorial y culturalmente. La situación urbana muestra el esfuerzo colectivo de las acciones destinadas para la unificación de la sociedad. De esta manera, la

¹⁴ Se podría reprochar el que no se considera a las empresas agroindustriales como solución a esta dinámica urbana. Mi postura se inclina por las unidades campesinas familiares para frenar el proceso de densificación urbana, pues el incorporar la industria alimentaria, estaría en la misma dinámica que nos ha llevado a la actual situación de crecimiento desbordado. Urgen, por lo tanto, soluciones distintas a las ya experimentadas que, desde un punto de vista ambiental y comunitario, han fracasado.

nueva ruralidad forma parte de la sociedad rural y periurbana por la pluriactividad¹⁵ que desempeñan sus miembros, lo cual manifiesta una separación y distanciamiento cultural de sus habitantes/residentes, quienes se ven en la necesidad de reestructurarse con innovaciones que implican formas nuevas de asocianismos, sin desplazar las existentes ni cancelar las ceremonias del calendario ritual agrícola. Es interesante anotar que el calendario agrícola sigue teniendo preponderancia, aunque la misma sociedad que realiza el ceremonial ya no se dediquen más a dicha actividad.

PUEBLO RURAL, CONURBADO Y URBANO EN LA METRÓPOLI DE TOLUCA

La condición de ser asentamientos prehispánicos les asigna capacidad cultural, susceptible de transformarse en recurso político, para forjar el proceso social. Portal y Álvarez (2011) han destacado la existencia de pueblos urbanos como categoría distinta a la de pueblos conurbados o en proceso de conurbación (más aún a pueblos rurales). Su categoría sugiere que se trata de pueblos consolidados como urbanizados, entre las características que los definen se encuentran las siguientes:

1. Se trata de poblaciones descendientes de pueblos prehispánicos o refundados en la Colonia.
2. Tienen como base las relaciones de parentesco.
3. Poseen un territorio con espacios de uso ritual (una plaza, una iglesia, un panteón).
4. Tienen parajes que conservan nombres en la lengua americana.
5. Algunos de ellos poseen terrenos agrícolas o forestales en forma de ejido, por lo que su noción de territorio es clara.

¹⁵ Esta pluriactividad “descompone” la pertenencia del grupo doméstico, a una misma unidad de producción y consumo de la familia extensa, pues la participación en el mercado y la posibilidad de acceder de múltiples maneras al dinero genera las condiciones para que la nueva familia logre una mayor independencia del grupo de ascendencia, al menos en la unidad de consumo. En cuanto a la unidad de producción, ésta se ve reducida porque hay menos tierra que heredar a los hijos, generando la necesidad de buscar otras fuentes de ingresos.

6. Continuidad cultural que se basa en la comunidad y el sistema festivo.
7. A partir del sistema festivo se establecen nexos duraderos con otros pueblos.

La descripción de su categoría como pueblos urbanos llama la atención, las realidades o formaciones sociales aglomeradas mediante procesos de autoafirmación y auto reconocimiento se expresan en la pervivencia de memorias colectivas, manifestadas en actos rituales y narrativas, permiten construir pertenencias y colocarse en el tiempo y en el espacio. Los pueblos urbanos construyen, a través de sus modos de habitar/residir el espacio/tiempo, un tipo particular de hábitat, cargado de normatividad cultural, de tiempo pasado (movilizado políticamente) y a un espacio construido mediante réplicas de la comunidad. Los pueblos de este tipo, en la ciudad de Toluca, son los de Zopilocalco y El Cópore, pueblos antiguos que comparten algunas de las anteriores características.

María Ana Portal (2013) dice que los pueblos urbanos pueden mantener tres factores:

1. Un vínculo religioso con la tierra aún y cuando la agricultura es irrelevante para la reproducción de las unidades familiares o domésticas.
2. El sistema de parentesco como eje de la organización colectiva.
3. Un sistema festivo religioso que organiza y sanciona la vida social.

El estudio de casos en pueblos de la ciudad de Toluca puede mantener algunas de estas características, aunque de forma atenuada y difusa. Lo que se observa es una tendencia a la unión pese a la fragmentación social, como se vio antes. Es dable afirmar que la realidad empírica no presenta pueblos urbanos, sino, más bien, a pueblos en proceso de conurbación, anclados en etapa de periurbanos, posteriormente se tratará de pueblos urbanos.

Ya se vio la forma de pasar de pueblos rurales a en proceso de conurbación ¿será posible hablar de un nuevo tránsito que lleve a los poblados periurbanos a ser considerados como urbanos, según dicta el programa académico descrito anteriormente? Desde una postura megalopolitana, entendida como un proceso continuo y permanente de densificación y extensión urbana, la respuesta sería afirmativa. Ahora ¿cómo se genera este proceso

de densificación urbana y cómo lo podemos explicar en el Valle de Toluca? Estas preguntas pueden ayudarnos a vislumbrar el continuo proceso de urbanización que comienza en pueblo rural y termina en urbano, pasando por conurbado, articulando las escalas rural y ciudad de nuestro modelo de interpretación.

¿Se puede aplicar la fórmula de pueblo urbano a los pueblos en proceso de conurbación? Considero que un pueblo urbano es uno completamente urbanizado, mientras en conurbación se encuentra en transición. De ahí la importancia dinámica del concepto pueblo colonia.¹⁶ Cuando se observa a la metrópoli del Valle de Toluca es común ver las fronteras difusas que combinan distintos asentamientos humanos con zonas dedicadas a la agricultura, esos son los pueblos en conurbación. La mayor parte de la zona metropolitana creció y se extendió sobre tierra ejidal, de manera que la totalidad de los municipios de la metrópoli de Toluca combinan un crecimiento difuso entre pueblos rurales, en proceso de conurbación y algunos pueblos urbanos, definidos en el sentido de Portal y Álvarez (2011). Estos pueblos urbanos son Zopilocalco y El Cópore, en Toluca y el pueblo de Metepec; en este último hay pueblos sumergidos o subsumidos ya por la ciudad central.

CONVERTIR LA TIERRA EJIDAL EN LOTE URBANO

Hasta aquí, he explicado el patrón de densificación urbana que se proyecta con las reglas de herencia de la tierra, realizada en los hábitats pueblo rural y en conurbación. Ahora describiré otra modalidad presente en los mismos hábitats:

1. Convertir parcelas ejidales en lotes urbanos.
2. Transformar hectáreas ejidales en suelo para la construcción de casas en serie, a través de empresas inmobiliarias.

La primera modalidad trata de construir relaciones de compra o venta de manera individual entre dos actores sociales: uno interno y otro externo a la comunidad. El trato implica seguir una serie de pasos para la transacción,

¹⁶ Insisto. Esta idea fue proporcionada en comunicación directa por el sociólogo Antonio Trejo. Todo uso en este trabajo le reconoce su idea original.

se incorporan relaciones formales e informales. El comprador es, generalmente, un actor externo al pueblo rural, el cual establece una relación de amistad con el vendedor (Pola Villaseñor, *et al.*, 2017). El trámite consiste en una reunión ante la asamblea del comisario de bienes ejidales, en la que se anuncia la compra o venta. El pago puede realizarse en una sola exhibición o bien, en pagos fraccionados. Cuando el lote se termina de pagar, la asamblea procede a incorporar al nuevo poseedor como un ejidatario más, notificando tanto a los ejidatarios (en asamblea) como a la autoridad federal del Registro Agrario Nacional.¹⁷

El comprador adquiere compromisos y derechos hacia la comunidad rural, entre sus obligaciones están el trabajo comunitario y la participación en el ceremonial; entre sus facultades, el poder ser enterrado en el panteón del pueblo. El trámite puede continuar o quedarse allí, depende del tipo de relación informal que se haya establecido con el resto de los ejidatarios. Si se opta por el cambio de dominio de la tenencia de la tierra se realizará ante el Registro Agrario Nacional. Muchos compradores no continúan con este procedimiento para evitar trámites y ahorrar tiempo, por lo que muchos de los nuevos poseedores se mantienen en el estatus de ejidatarios.¹⁸

Por otro lado, la segunda modalidad: compra o venta de hectáreas de tierra ejidal para la construcción de casas en serie (en su mayoría de interés social) requiere, además de la autoridad ejidal, de un agente inmobiliario y

¹⁷ La propiedad social, ejidal y comunal es producto de la Revolución Mexicana, sustentada en una forma comunitaria de la tierra que los pueblos prehispánicos tenían. El hecho de ser una propiedad, con control político federal, se debe a que el gobierno posrevolucionario nacional no quiso conceder el control de los núcleos agrícolas a las entidades federativas, lo que llevó a mantener esta atribución de manera federalizada (Ginzberg, 2019). Por otro lado, es importante mencionar que el ejido y la tierra comunal pueden transferirse a partir de la modificación al artículo 27 constitucional de 1992, aunque, se deben seguir ciertos procedimientos, dictados por el Registro Agrario Nacional, para lograr el pleno dominio de la tenencia de la tierra.

¹⁸ Quiero mencionar que este mismo procedimiento se gesta en municipios turísticos, más alejados de las zonas metropolitanas, como Ixtapan de la Sal, Malinalco o Valle de Bravo, mismos que están experimentando una suerte de gentrificación a través de la construcción de casas de campo que sectores adinerados de la Ciudad de México y del municipio de Metepec están haciendo.

representantes gubernamentales (ya sea del municipio o del gobierno estatal) que hagan la función de bisagra con la autoridad ejidal, el Registro Agrario Nacional y la empresa inmobiliaria. Se trata de sumas de dinero que pueden interpretarse como indemnizaciones y se ajustan a los planes de producción de vivienda que los gobiernos en turno realizan. Como se verá en este trabajo, es el caso de algunas zonas del Valle de Toluca.

Las asambleas suelen llevarse a cabo con la presencia de muchos ejidatarios (uno más del 50 % de los miembros del núcleo ejidal) para llegar a un acuerdo sobre los costos de los terrenos. Estas negociaciones suelen acompañarse de ofertas o promesas de construir zonas verdes, centros comerciales o espacios deportivos, fingiendo que se va a incrementar la plusvalía de las casas de los hábitats rurales o pueblos conurbados aunque, generalmente, nunca se construyen estas zonas de plusvalía. Una vez establecidos los acuerdos, se procede al pago a cada ejidatario y es normal que los agentes inmobiliarios y gubernamentales realicen el dominio pleno de la propiedad ante el Registro Agrario Nacional; aunque hay casos en que esto no se hace, dejando en manos de los habitantes/residentes de las casas de interés social, las acciones y procedimientos consiguientes. Se está frente a la ciudad difusa que hace emerger sus fronteras mediante la construcción de nuevos hábitats y formas culturales diferenciadas en función del habitar/residir. En este caso, junto a los pueblos conurbados y algunos rurales, emergen las casas de interés social.

¿Sabías que...?

En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca

José Antonio Trejo sugiere llamar pueblos/colonia a los pueblos rurales. En la descripción de dicha categoría se filtra la incapacidad conceptual de encontrar fronteras que delimiten cada uno, pero, a la vez, permite imaginar que las ciudades están habitadas por campesinos y que las zonas rurales, lo están por urbanitas.



IMAGEN 36

Paredes y pluriactividad de los pueblos colonia, San Francisco Tlalcalcalpan, Almoloya de Juárez.

Fuente: fotografía tomada por Juan Manuel García e Iván Pérez González.

¿El continuo entre pueblo rural, pueblo conurbado y pueblo urbano, podría definir lo que describe la categoría de pueblos colonia?

Se trata de asentamientos humanos propios de la megalópoli y la metrópoli. Es difícil "atraparlos" en un concepto, pero existen como realidades fácticas.

Capítulo 4

El habitar/resir en los pueblos rurales y los pueblos en proceso de conurbación

La pluriactividad y la densidad de la población explican la nueva ruralidad, aunque la pluriactividad en sí misma ya es una cualidad urbana y metropolitana (imagen 36).



CAPÍTULO 5

HABITAR/RESIDIR DESDE LAS UNIDADES HABITACIONALES DE INTERÉS SOCIAL

LAS UNIDADES HABITACIONALES DE INTERÉS SOCIAL

En el Valle de Toluca, la construcción masiva de casas en serie se ha dado como consecuencia de una política de vivienda llamada Ciudades del Bicentenario, anunciada en 2007 y llevada a cabo en 2008.¹ Los municipios elegidos para estos desarrollos inmobiliarios fueron, en el Valle de Toluca: Atlacomulco, Almoloya de Juárez y Toluca; mientras que para el Valle de México, fueron Huehuetoca, Zumpango y Tecámac.

Los antecedentes que abrieron la posibilidad a estos desarrollos inmobiliarios, de unidades habitacionales de interés social fueron; primero, la modificación al artículo 27 constitucional que permitió la venta de tierra ejidal, asimismo, liberó a los campesinos del mandato de mantenerlas sembradas. Segundo, el despojo a la propiedad como consecuencia de la justicia social, que acarrió la Revolución Mexicana (Bautista y Crespo, 2019), lo que justificó la entrada de la Ley General de Asentamientos Humanos de 1993, que relega y reduce la obligación social del Estado para la construcción de vivienda, por lo cual, ésta pasa a manos de la inversión privada. Destaca la apertura de un nuevo suelo urbanizable como suelo agrícola, reservas naturales o zonas de riego. Así, los agentes inmobiliarios particulares se convierten en los principales impulsores del crecimiento y la transformación de las ciudades (Méndez y Villar, 2018: 33).

¹ Muchas acciones gubernamentales se hicieron para recordar los 200 años de la Independencia y los 100 años de la Revolución Mexicana, de ahí el nombre.

El cambio más notable acarreado con esta política de vivienda es que las ciudades no son construidas en función del criterio de la modernidad, que buscaba el encuentro en el espacio público con el diferente, sino, al contrario, la construcción del espacio es para evitar dichos encuentros. Es el tiempo de las bardas, de las mallas, las separaciones, el aprovechamiento de barrancas para separar y distinguir, etcétera. Se trata de la ciudad posmoderna hecha para el distanciamiento entre los diferentes y el acercamiento entre los similares.

Siguiendo este hilo hipotético, este tipo de asentamientos se inscriben en el estilo de construcción del neoliberalismo, en el que se destacan las edificaciones en el espacio, sin necesidad de reparar en las causas de justicia o función social; sino de construir en función de la ganancia mercantil, bajo una lógica de control y apropiación del valor, cuyo objeto es la maximización de utilidades en detrimento de mecanismos de producción de valor social (tales como la justicia social, el cuidado del ambiente, los criterios de funcionalidad del espacio y el inevitable encuentro entre los diferentes).

La construcción de vivienda mercantil parece más un tipo de infraestructura producto del posmodernismo, la cual implementa acciones de transformación del espacio con la simple motivación de transformarlo más que por la idea de crearlo con una funcionalidad planificada o en labor de la justicia social,² el ambiente o el encuentro. Esa es la diferencia entre el modernismo, socialmente comprometido, y el posmodernismo que construye, en el espacio, por construir o por transformarlo en función a criterios de control de las utilidades privadas (Harvey, 2012).

Los municipios seleccionados para albergar a las Ciudades del Bicentenario fueron seleccionados porque contaban con vías de comunicación para su articulación regional, estatal y nacional. Se puede ver que este tipo de asentamientos se hicieron según la lógica de crecimiento y desarrollo,

² Un ejemplo de compromiso con la sociedad, desde la construcción del espacio para la clase trabajadora es la construcción de unidades habitacionales de interés social, realizada por el Instituto Mexicano del Seguro Social, en la década de los sesenta del siglo xx. Cobra relevancia la Unidad Independencia, al sur de la Ciudad de México, que contaba con tres escuelas de educación primaria, dos jardines de niños, tres áreas de comercio al menudeo, un súper mercado, un teatro, un cine, una clínica, un deportivo bien equipado, un zoológico y dos áreas verdes de bosque, además de los árboles que la adornan y una iglesia.

cuya idea era la articulación plena de la megalópolis en su conjunto, pues las Ciudades Bicentenario de los municipios del Valle de México se articulan con la ciudad de Atotonilco de Tula y Tepeji del Río, en Hidalgo; mientras que las del Valle de Toluca pueden acelerar, en primer plano, la integración de la ciudad de Atlacomulco con la metrópoli de Toluca y, en segundo plano, con la metrópoli del Valle de México. Así, las casas en serie de interés social encuentran viabilidad bajo la alianza de las celebraciones del Bicentenario por parte del gobierno estatal y las empresas inmobiliarias.

Algunas características generales de este tipo de asentamientos son las siguientes: 1) el sentido de la ganancia fue el criterio que dominó el desarrollo inmobiliario de las casas en serie; 2) se rebasaron las capacidades administrativas de los municipios (Esquivel, 2006); 3) construcciones hechas sobre la propiedad social de los pueblos rurales o en proceso de conurbación; 4) se construyeron con cierta lejanía de las zonas centro, dado que la propiedad era más barata, se dio entrada a problemas de movilidad territorial y gestiones para su implementación; 5) en muchos casos la vinculación a las estructuras administrativas del Estado se hizo de manera informal, es decir, operando fuera de las reglas institucionales de ciudadanía para la regularización del patrimonio y la provisión de servicios públicos; 6) generando la idea del patrimonio a los dueños de sus casas, pero con la externalidad o el costo de un crédito que vulnera su economía; 7) originando un asocianismo emergente en función de la vecindad y los nuevos dueños, 8) generando problemas de organización social ante los reglamentos internos que casi nadie sigue; 9) estableciendo nuevas distinciones sociales como son las de dueño de la propiedad contra arrendatario o, dentro y fuera; 10) con graves problemas de inseguridad en los barrios; 11) limitaciones para la apropiación del espacio público que se presenta rupestre y deteriorado; 12) surgimiento de mercados informales; 13) construcción de nuevos espacios para la casa que se traducen en el cambio de fachadas (Fernández, 2018).

ANTECEDENTES DEL HABITAR/RESIDIR EN UNIDAD HABITACIONAL DE INTERÉS SOCIAL EN EL VALLE DE TOLUCA

Las colonias Morelos y la Mora son antecedentes de asentamientos humanos de interés social en el Valle de Toluca. Fueron hechas en consideración de la justicia social, propia de las décadas de los sesenta y los setenta del siglo

xx, para los maestros del sistema de educación básica de Toluca. Otros asentamientos de este tipo son las unidades habitacionales de La Maquinita, Miltepec, de la calle Juan Álvarez, al poniente de Toluca, la Crespa, también en Toluca, Vicente Guerrero y Tollocan.

En la década de los ochenta, se hicieron los asentamientos de Infonavit San Francisco y San Gabriel, además de la Hortaliza, en el municipio de Metepec. Se dice que éstos, a diferencia de los primeros, atrajeron personas oriundas de la Ciudad de México, a consecuencia de la emigración a consecuencia del terremoto de 1985. El hecho de que estos establecimientos se compongan, fundamentalmente, de personas originarias de la Ciudad de México, será la marca permanente de los siguientes desarrollos habitacionales de interés social en el Valle de Toluca.

Los desarrollos inmobiliarios siguientes que responden a la lógica neoliberal para la construcción de residencias de interés social del mercado (con control privado de la utilidad, además de la ausencia de justicia social), construidas en este siglo XXI, son Bosques de ICA (que articula interés social con fraccionamiento medio y alto) y la Loma, en Zinacantepec, ya en la frontera con Almoloya de Juárez; municipio que, a su vez, resguarda a las unidades habitacionales de las Bugambilias, Colinas del Sol y Rancho San Juan. En Toluca se encuentran Real de San Pablo, Real de San Diego y otros construidos sobre las tierras ejidales de los pueblos de Autopan, Huichochitlán y Cuexcontitlán, además, San Jorge, en los límites del pueblo de San Mateo Oxtotitlán, todos ellos conurbados, de adscripción indígena. Sin embargo, hay otras unidades de este tipo construidas en Temoaya, San Antonio la Isla y Rayón, considerados de antigua tradición indígena. Una que es interesante porque combina casas de interés social con fraccionamientos medios y altos es El Castaño, en el municipio de Metepec. Casas de interés social tipo GEO se encuentran en una frontera del pueblo de San Francisco Tlalcilcalpan, municipio de Almoloya de Juárez (imagen 37). Fuera de la zona metropolitana se construyeron en Atlacomulco, enclave urbano que ha crecido en los últimos 30 años (imagen 38).

Capítulo 5
Habitar/residir desde las unidades habitacionales de interés social

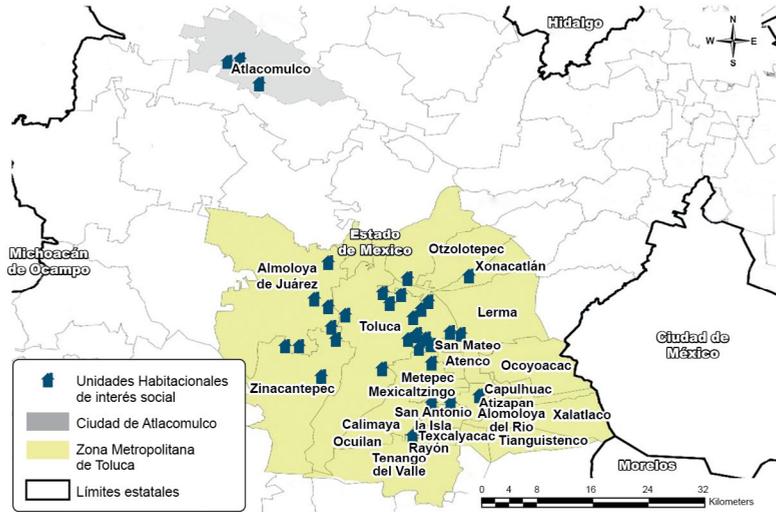


IMAGEN 37
Distribución territorial de las unidades habitacionales de interés social en el Valle de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.



IMAGEN 38
Unidades de interés social en la ciudad de Atlaquemulco.

Fuente: fotografía tomada por Juan Manuel García e Iván Pérez González.

El trabajo de campo desde el que se aborda este capítulo se realizó en la unidad habitacional de interés social Real de San Diego, en los albores de San Pablo Autopan, en San Jorge, cerca de Oxtotitlán (en el municipio

de Toluca); en Colinas del Sol y casas GEO (en Almoloya de Juárez); en la unidad habitacional La Loma y, en menor medida, en Bosques ICA (Zinacantepec). Se procedió a visitas de campo con observación a distancia y entrevistas a profundidad a varios actores sociales residentes. Con estos instrumentos (observación, entrevistas a profundidad, relatos de vida y testimonios) pudimos construir el contenido del habitar/residir en este tipo de asentamientos humanos.

La lógica del trabajo es encontrar, para poder comparar, patrones de urbanización o densificación urbana en cada uno de los diversos hábitats que componen la metrópoli de Toluca, de ahí que se presenten una serie de patrones sociales de apropiación y creación, construidos a partir de la repetición permanente de las experiencias de vida; expresadas en las narrativas producto de la información de campo. Así, detuvimos las entrevistas hasta que se produjo una saturación teórica, es decir, cuando se presentaron similares significados y significantes, repetidos en las narrativas de cada entrevista. Se presenta de manera sintética, sin acudir demasiado a la palabra de los entrevistados, con la intención de mostrar el patrón de densificación y extensión urbana construido desde ese hábitat, los testimonios y relatos autobiográficos de las experiencias de elegir vivir, en esta condición, y las formas de consolidarlo en su construcción social.

ESTRATOS SOCIALES EN LOS HÁBITATS DE INTERÉS SOCIAL

Las viviendas de interés social y las colonias populares (otro tipo de hábitat que no encontramos de manera significativa en el Valle de Toluca) se encuentran en los peldaños más bajos, en relación con la jerarquía socioeconómica y de hábitats que coexisten en las metrópolis (Giglia, 2012, p. 20). No obstante, aún dentro de ellos, existen distintos estratos que se pueden delimitar en función al tipo de unidad residencial, de interés social, en la que se reside. No mencionaré los asentamientos humanos construidos durante el siglo xx, pues ellos respondían a una lógica constructiva de justicia social para sectores sociales bajos,³ distintos a la mecánica mercantil utilitaria de estos últimos, propios del neoliberalismo.

³ Me parece que las colonias Morelos y la Mora son expresión de un tipo de asentamiento de interés social que tuvo posibilidades de movilidad social, pues ambas colonias son, en la actualidad, asentamientos que se consideran de alta plusvalía en la ciudad de Toluca.

Me concentraré en los construidos en este siglo XXI, en los que son producto de una idea de ciudad, proyectada desde las empresas inmobiliarias y no del Estado, cuya meta es proveer de vivienda a los sectores bajos de la sociedad, sin desconsiderar la ganancia o plusvalía del mercado. Este elemento es cifrado como el derecho social a la vivienda, desde el Estado, funciona como bisagra en la medida que proporciona el crédito para trabajadores (FOVISSTE e INFONAVIT), pero deshaciéndose de la función constructiva que tenía el Estado; ayudando a las inmobiliarias a asumir el costo del préstamo hipotecario popular y, además, con el cambio de uso del suelo para construir la ciudad sobre la tierra de propiedad social, perteneciente a los pueblos rurales y conurbados.

Si bien, se puede afirmar que este tipo de asentamientos pudieran generar la realización ideal del derecho social a la vivienda, debemos preguntar, por un lado, si se trata de una casa digna y, por otro, si este derecho no se traduce en la ausencia del derecho a la ciudad (Lefebvre, 1996). La distancia de la oferta cultural y escolar o del trabajo que, además de lejano, obliga a transitar una pésima estructura carretera y un servicio peligroso de transporte público, se traduce en la ausencia de espacio público diverso y vivible.

La combinación del habitar/residir produce una pista, pues, el residir transporta a una casa, pero, más que eso, a un lugar doméstico. El habitar remite a la interacción inmediata de las relaciones con el barrio, la zona centro, la unidad habitacional, el fraccionamiento o con el pueblo (rural o conurbado). De la combinación de ambas, se genera el sentido del amparo, es decir, de sentirse seguro, resguardado, cuidado; lo que podríamos entender como el control sobre el entorno de los habitantes/residentes. El amparo se contrapone a la incertidumbre, al sentido de la imposibilidad de controlar el conjunto de los imponderables. Esta inquietud puede explicarse y hasta justificarse en los trayectos o los desplazamientos que las personas hacen (Giglia, 2012:10), sin embargo, cuando se encuentran, incluso en el hábitat de la vida cotidiana, podemos afirmar que es un indicador del no cumplimiento al derecho a la vivienda y a la ciudad, peor sería evaluarlo como un *hábitat fracasado*, ya que, si el hábitat no cumple con proporcionar un ambiente, en el sentido colectivo de seguridad, es un hábitat socialmente fracasado.

El hábitat fracasado no permite la interacción y construcción del habitar ni del residir. Se trata de unidades habitacionales cuyas casas se encuentran abandonadas por la peligrosidad del vecindario; casos de los estratos

más bajos de esta jerarquía son Real de San Diego y Colinas del Sol (imagen 39), en donde muchas personas han decidido abandonar sus viviendas, aún y cuando se encuentran encadenadas a un crédito hipotecario popular.

El hábitat fracasado remite a que el residente, propietario de la vivienda, absorbe todas las externalidades de una casa, misma que termina por no acreditarle ni el derecho a la vivienda ni el derecho a la ciudad. Este factor se convierte en una trampa social que perpetúa la desigualdad (Tilly, 2001; Steward, 2022; 2008), pues la persona utilizó su crédito como trabajador, hizo algunos pagos y, después, abandonó su casa, manteniendo la deuda hipotecaria de por vida.⁴ Al abandonar la casa, se roban las puertas, boiler, inodoro, tarjas, regaderas, lavabos y, en determinado punto, la casa en su conjunto, si es el caso en que los “aviadores” lleguen a habitarla. Un factor que casi nunca se toma en consideración es el sentido de frustración que causa este tipo de hábitats fracasados, pues los compradores deben llevar sus vidas con el arrepentimiento de haber realizado una mala inversión, con el poco o escaso dinero con el que cuentan, esto se traduce en la potencial enfermedad mental, producto del malestar social.

Las narrativas que afirman la experiencia del habitar/residir fracasado, son personas que se encuentran en la escala más baja entre los que adquieren casas de interés social. Quienes se quedan a vivir allí, quienes no abandonan su vivienda, se mantienen en zozobra, por las noches escuchan los pasos de personas ajenas a la vivienda que transitan sobre los techos; perviven la cotidianidad escuchando las pláticas del vecino con quien se comparte barda; miran la ropa tendida del vecino por la zotehuela, pues las pequeñas bardas compartidas tienen una altura que llega hasta la cintura de un cuerpo promedio; reciben los golpes, pedradas o insultos de vecinos a quienes se les ha pedido respetar la propiedad privada de las bardas ajenas. La gestión de las relaciones sociales en estos hábitats siempre es complicada, violenta y conflictiva.

⁴ Los créditos hipotecarios de los trabajadores, y de cualquier sector social, oscilan entre los diez y los veinte años.



IMAGEN 39

Casas de interés social en Colinas del Sol, Almoloya de Juárez.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

En este tenor, habitantes del pueblo en proceso de conurbación de San Andrés Ocotlán, en el municipio de Calimaya, expresan que los residentes de este tipo de desarrollos son “gente difícil”, ya que no escuchan, mantienen una postura arrogante y no desean convivir. En el municipio de Toluca, los habitantes del pueblo de Emiliano Zapata tuvieron que lidiar con los nuevos residentes de la unidad habitacional de interés social San Jorge, estos quisieron cerrar la calle para convertirse en un vecindario cerrado, lo cual provocó enfrentamientos que estuvieron precedidos por insultos y golpes entre los residentes de los dos tipos de hábitats.

Dice Maffesoli (1991) que la grandeza de las clases populares consiste en que cada día logran la supervivencia, es decir, llevar alimento a casa. Esta idea debemos extenderla a los residentes de las unidades habitacionales de interés social, al menos a las de estrato más bajo, al ver las dificultades por las que atraviesan para consolidar el ambiente adquirido, en otras palabras, aferrarse a que su hábitat no fracase, llenarlo de sentido, hacerlo vivible, construir las condiciones que permitan sentirse amparado en él, construirlo para hacerlo un elemento de protección y seguridad que transmite el habitar,

se sienta y experimente en el residir, en lo doméstico, en el interior de la casa, en el hogar.

Los siguientes estratos, superiores en la escala de los habitantes de estas unidades habitacionales, pueden construir sus hábitats mediante una serie de acciones no exentas de problemas de organización, de relaciones irregulares con las autoridades municipales, de peligros e inseguridad o rispideces en las interacciones vecinales que deben resolver por sí mismos. Antes de pasar a eso, preguntamos, más allá de las determinaciones o condicionantes económicas, algunas motivaciones o razones por las que las personas compraron en este tipo de hábitats.

MOTIVARSE A COMPRAR UNA CASA EN UNA UNIDAD HABITACIONAL DE INTERÉS SOCIAL

Las entrevistas demuestran que las personas desean construir su patrimonio y éste se traduce en indicador de logro o éxito con la adquisición de una casa. Un entrevistado afirmó que la compra de su casa estaba motivada por la presión de su madre, quien traducía la adquisición de una casa en una inversión. La vivienda significa un logro, un indicador de éxito. Podemos adecuar la idea de Hiernaux y Lindón (2004, p. 83) cuando sostienen que el espacio de la periferia (para hablar de colonias populares en el contexto del Valle de México) no es para sus habitantes un fin al cual se sientan unidos orgánica y armónicamente; sino que es un medio para acceder a la condición de propietario o poseedor.

Si decimos que los compradores de casas de interés social no aspiran a pertenecer a un nuevo hábitat (construido y reglamentado por la inmobiliaria), sino que desean considerarlo un medio para ser dueños de una casa, estamos asumiendo que se trata de un logro de vida, un éxito cifrado en el significativo de la superación personal, el cual contribuye a lograr una meta para ascender en la jerarquía social, incluso se puede decir que representa un indicador para adquirir la ciudadanía y sus derechos. Se trata de la adquisición de un bien patrimonial, más que del diseño de un hogar.

Ser propietario significa el logro del estrato más bajo de la jerarquía social. Incluso en el hábitat fracaso, funciona como marcador del logro de un patrimonio en ciernes. Si bien, no se habita ni reside en el lugar de la compra, sí se llena el sentido de la propiedad, de transformarse en dueño de algo. Aun con la ausencia en el hábitat, el comprar una casa y volverse propietario le

asigna al comprador un sentido de éxito, aunque el hábitat no garantice el sentimiento de amparo. Un entrevistado que abandonó su casa decía que la iba a ver de vez en cuando (“para ver qué más me habían robado”, ironizó) y cuando los vecinos lo miraban con desconfianza, orgulloso afirmaba que él era el propietario. Al meter, con sobrada seguridad, la llave en la cerradura y abrir la puerta de par en par, enfatizaba que él era el dueño.

La casa se convierte en signifiante de éxito, pero en el contexto de un hábitat fracasado no constituye un lugar antropológico (Augé, 1996) desde el que la persona se pueda localizar y ubicar en sus marcos sociales micro y macro, al menos para la persona que abandonó su casa. En el caso de los propietarios que abandonaron sus casas, la localización se hace a través del crédito, pero no por la construcción del espacio producto de su apropiación cotidiana. En los hábitats fracaso, se pierde el control sobre la vivienda, no se puede domesticar la casa y el hábitat no garantiza el sentido de amparo y seguridad.

En los estratos más bajos de la jerarquía social, residentes de interés social, la oferta para adquirir una casa llegó a sus lugares de trabajo, es decir, ellos no la buscaron por sus propios medios (situación que sí sucede con los habitantes/residentes de interés social, con mayor poder adquisitivo, como es el caso de La Loma en Zinacantepec). Aunque las personas ya habían considerado la posibilidad de comprar una vivienda para hacer un patrimonio, la decisión de la compra la tomaron cuando la oferta llegó a su lugar de trabajo. De esta manera, se junta el deseo de construir un patrimonio (derecho a un crédito hipotecario como trabajador) con la oferta traducida en “oportunidad” por su arribo inesperado (“como si se tratara de una señal”, dice un propietario).

La presencia de los agentes inmobiliarios motiva a los posibles compradores, quienes desean convertirse en exitosos propietarios, al ser dueños de un patrimonio. Algunos de ellos fueron a ver las casas modelo que no se encontraban localizadas en el lugar de construcción (como fue el caso de Colinas del Sol) y otros, fueron al lugar. La palabra surgida en las narrativas fue “deslumbre”, esto es, ofuscarse por un exceso, encantarse, fascinarse, asombrarse: “era la casa de mis sueños”, advierte un señor. El deslumbre es eficaz, pues desborda el deseo de construir lo que siempre se ha buscado: ser propietario de una casa, comenzar el patrimonio.

Posterior al deslumbre viene el desencanto. Éste tiene dos componentes: uno por la casa misma (el lugar de la soñada residencia) y otro por el

vecindario (el habitar colectivo), es decir, por la dupla habitar/residir que conforman el hábitat. En relación con la casa, resulta que no es parecida a la mostrada, pues la casa modelo se presenta aislada de las demás (sin compartir paredes); como si la producción en serie fuera una ficción que contrasta con la realidad mostrada en su exuberancia, cuando coincide con el deseo de tener un patrimonio y el sueño de ser propietario. La casa modelo proyecta una imagen de futuro en el posible comprador, mismo que choca con la realidad constructiva en serie de las viviendas (alejadas de la ciudad).

Otro factor para el desencanto son los materiales de baja calidad con los que están construidas, sin embargo, el punto crítico es que comparten los muros, esto genera la sensación de que no se compró una casa completa, pues el patrimonio se comparte con el vecino. Un entrevistado decía, por esta razón, que las instituciones del Estado no cumplen la función de proveer el derecho a la vivienda, ya que una casa no es independiente de la otra en su totalidad. Compartir muro se convierte en un problema porque declina el sentido de propietario individual, de logro y éxito a favor del compartir con el desconocido vecino (muro, azotea, zotehuela, miradas desde el interior, escuchas de las conversaciones del vecino, etcétera).

Respecto al vecindario, al habitar, la desilusión comienza porque los vecinos no se ajustan a las reglas que la inmobiliaria ofrece a través del reglamento de uso de los bienes compartidos (jardines, estacionamientos, esquinas, jardines frontales, etcétera). Esta disposición por no seguir las reglas es muy clara, es decir, no es la excepción, sino la regla. Si partimos de una teoría que privilegia las intenciones de la agencia, llegaríamos a la conclusión de que las personas ajustan sus conductas individuales para lograr un bien mayor que es colectivo (Goffman, 1959) (cosa que no sucede en este tipo de asentamientos). Si observamos estas conductas desde el psicoanálisis freudiano se acepta que en este grupo existen estructuras *superyoicas* inacabadas, no completadas, pues el egoísmo individual no permite ver los derechos de terceros (Freud, 2012).

En una perspectiva deductiva conductista, veríamos que la conducta individual puede ser producto de un estímulo, provocado por un trato injusto o engañoso, por parte de un actor dominante, es decir, una reacción ante un mundo vil que los engaña (les vende más de lo que, en realidad, es el bien y la oferta) y los manda a la base de la jerarquía social, sin posibilidad de movilidad. Y es que cada individuo vive sus logros de forma egoísta, los experimenta, incluso, como resultado del tesón, del esfuerzo individual.

Hay en este logro una aspiración experimentada con límites, como si fuera finita, pues estos habitantes/residentes están sometidos a la publicidad que los impulsa a *aspirar*, para *tener*, para lograr trascender la categoría de desposeído a propietario e iniciar la idea del patrimonio propio, no obstante, aquella aspiración publicitaria se estrella con la capacidad adquisitiva limitada de estas personas; de ahí su reacción enmarcada en un malestar cultural, al no poder compaginar los símbolos publicitarios del consumo (la abundancia como indicador de la plena felicidad), con los de la realidad aspiracionista de los pobres (el deseo, los sueños de lograr la felicidad encallada en los signos de los bienes o de los objetos). La personalidad individual/colectiva, de estos asentamientos, resulta en una frustración funcional que se expresa mostrando, excéntricamente, la personalidad del logro y ocasionando conductas violentas (con potencia exagerada, con espectacularidad).

Es difícil interpretar la exaltación del egoísmo individual que termina por generar crisis de cooperación en este grupo de habitantes/residentes. No obstante, vale decir, en favor de la interpretación deductiva sobre la reacción que, en el propio proceso de convencimiento para la compra, los agentes de venta acomodan factores de futuro que encallan la expectativa del comprador (lo motivan, exacerbando su sueño de volverse propietario) para después decepcionarlo cuando no se cumple con la expectativa prometida. A este añadido de la transacción le llamo *venta/promesa* y tiene como finalidad asegurar la compra del bien inmobiliario.

En todas las entrevistas, la inmobiliaria acompañó su oferta con propuestas que no se cumplieron: “en un futuro cercano aquí se construirá una plaza comercial con un Wal-Mart”, pero se terminó construyendo un pequeño supermercado de Bodega Aurrera. “El fraccionamiento se encuentra cercano a la carretera Lerma-Valle de Bravo, lo cual le dará mucha plusvalía”, pero nunca dijeron que es imposible incorporarse a dicha autopista desde esas unidades habitacionales. “Lo entregaremos cerrado, falta ponerle la malla periférica”, pero nunca la pusieron. “En esta esquina se construirá un oxxo”, pero terminó siendo una bodega de materiales. “El desarrollo tendrá un parque con su quiosco”, faltó poner el quiosco. “Entregaremos una casa club que se construirá en el casco de la hacienda”, nunca se entregó. La oferta de la empresa inmobiliaria siempre anuncia más de lo que ofrece en clave de propuesta a futuro, además de la venta del bien inmueble se vende una promesa que no se cumple. La reacción a estas ventas/promesa causa un desencanto de los compradores, pues los hace sentirse en la escala más baja

de la estructura social, en tanto son engañados por actores hegemónicos, en este caso los empresarios inmobiliarios.⁵

El escaso privilegio de los habitantes/residentes, de las unidades habitacionales de interés social, viven invirtiendo en esfuerzo y sueños. Significa que, en la aparición súbita de la oferta de una casa, se cruza el sentido de oportunidad que lo volverá, vívidamente, al menos en el futuro imaginado, en propietario. El sentido de la vivencia se cristaliza en el logro, pero la frustración aparece, inevitable y “aplastante”, cuando se dan cuenta de que se compró una promesa no cumplida, un inmueble con materiales de bajo costo, una casa que comparte paredes; en suma, cuando se percata de que su derecho a la vivienda se comparte con un extraño. Allí se observa el peso de la estructura social, de su jerarquía. Es como si comprar esa casa se volviera en el indicador de su estatus social. De ahí su reacción de coraje, expreso en las relaciones conflictivas en el vecindario, de frustración y de malestar social; aspectos que potencian las motivaciones conductuales para realizar un hábitat fracasado, a la vez que se configuran, estructuralmente, una trampa para perpetuar la desigualdad. Esta jerarquía baja se vive más como el peso estructural de un sistema que los mantiene en el estatus más bajo, que como actos plenos de libertad individual y elección informada (componente clave con los habitantes/residentes de los fraccionamientos residenciales medios y altos, como se verá).

Se puede afirmar que el peso estructural, o vivido en clave de libertad y decisión individual, genera una diferencia simbólica en el acto de ser propietario para ricos y pobres o para habitantes/residentes de interés social y fraccionamientos residenciales. Mientras el rico define su acceso a los objetos como una aspiración permanente, producto de un sentimiento de insatisfacción perpetua; el pobre lo hace como un anhelo, como un reto cristalizado en un bien que lo convierte en propietario, lo cual le permite llegar a esa categoría sentida, a la vez, como un cambio de estatus. Es como si en el patrimonio se jugara su adscripción ciudadana.

⁵ Pero en otras dimensiones de la vida social también son engañados, con el mismo tipo de promesas a futuro, por los actores de los gobiernos o por los partidos políticos. Vale decir que el engaño tiene una función social nefasta, pues produce personas que deben administrar la frustración, elemento clave para la emergencia de la personalidad excéntrica o melancólica (Binswanger, 1972).

Según las narrativas producidas, el patrón de densificación y extensión urbana que desarrollan los habitantes/residentes, de este tipo de hábitat, comienza con la oferta hecha por las inmobiliarias; éstas llegan a las personas para encallar en la idea meta de los trabajadores de comprar una casa (como inversión, patrimonio o medio para llegar a la categoría social de propietario); a ello se junta el deseo de que son trabajadores con derecho a un crédito hipotecario (muchas veces se valora la idea del pago de renta con el mayor beneficio: pagar con las mensualidades de la renta, el crédito hipotecario); la oferta llega a sus lugares de trabajo mediante un agente inmobiliario de ventas a ofrecer la casa; se combina este ofrecimiento con el deseo de tener y el derecho al crédito, lo cual se lee como una oportunidad; para garantizar la venta se le suma una promesa, (venta/promesa), después de ella llega el deslumbramiento, el asombro (siempre acompañado por mejoras a futuro que nunca se cumplen); se pasa al desencanto, por los materiales de la casa y por el vecindario, pues los vecinos son conflictivos. En muchos casos se construye un hábitat muy deteriorado, en otros fracasa.

COMPRAR Y CONSOLIDAR LOS HÁBITATS DE INTERÉS SOCIAL O LA GESTIÓN DE LOS SERVICIOS DESDE LA AGENCIA

Las casas fundan el territorio en tanto se colonizan y se les domestica, pues se hacen inteligibles cuando se pueden habitar. Esto no sucede en los hábitats fracasados, aunque en los que a pesar de todo logran subsistir, indican que se trata de un acto de fundación. Esto ocurre en las unidades habitacionales de interés social de mayor jerarquía, por ejemplo, en la Loma I. Allí, la inmobiliaria daba a los nuevos inquilinos su nueva casa a través de una caminata con globos y muestras de alegría, ante la mirada silenciosa, entre persianas, de los vecinos que ya habían adquirido su vivienda. Este acto fundacional se acompañaba con un ritual que favorecía el convencimiento de la compra, del gasto realizado. En los casos de unidades habitacionales de menor estrato, sólo se podía escoger el rumbo de la casa, pero no la misma y, en el caso de los más bajos, se contentaban con la que les asignaran.

El primer ordenamiento del territorio, al que acceden los nuevos inquilinos, es el reglamento de apropiación del espacio proporcionado por la inmobiliaria. Se trata de un documento que pocos leen y casi nadie sigue. El aspecto más relevante es que se vuelve una necesidad, para los nuevos inquilinos, consolidar el lugar para hacerlo viable con las actividades de

trabajo que desempeñan. Por ejemplo, en Colinas del Sol, la ausencia de transporte fue un primer asunto que los residentes tuvieron que resolver. El autobús público pasaba una vez en la mañana y regresaba a las ocho de la noche. Las vicisitudes a las que se enfrentaron fueron muchas y la consolidación del transporte se dio diez años después. En las entrevistas, las personas mencionaron que esta situación no fue mencionada, lo que se suma a los factores de engaño realizados para la compra y venta. Se puede afirmar, que este tipo de casas no cumplen con el derecho a la ciudad, en su rubro de movilidad territorial.

El habitar significa construir un orden en el que sea posible la presencia de cada residente, de esa manera se accede a los lugares de identidad. La casa es el emblema de una identidad, de accesibilidad a la propiedad, pero el habitar se construye bajo reglas de convivencia entre los que son más o menos similares. Se funda una identidad de propietarios que comparten un hábitat urbano. El interés de éstos se concentra en las maneras de vivir mejor, de consolidar el patrimonio familiar, es cuando surgen las necesidades de abastecerse, de forma eficiente, de los servicios públicos.

Según el nivel de saturación significativa de nuestras entrevistas, el patrón de densificación urbana, desde los habitantes/residentes de las unidades habitacionales de interés social, se da como sigue:

1. Una vez que la inmobiliaria da su casa a cada comprador, conforme se va llenando el lugar, hace entrega colectiva del conjunto habitacional a los vecinos que se han organizado de forma precaria.
2. Es común que la inmobiliaria ayude a organizarse territorialmente, ya sea por cerradas, manzanas, líneas de casas, etcétera.
3. Una vez entregado, los agentes inmobiliarios se retiran, nunca más se sabe de ellos.
4. El porvenir queda en manos de los vecinos. Destacan una serie de problemas que deben resolverse: la provisión de servicios, por ejemplo, el agua, la cual entrega la inmobiliaria en conjunto con tuberías y drenaje, pero, a veces, falla la provisión del líquido, por lo que deben buscar la manera de proveerla. Otro ejemplo es la electricidad, pues, aunque se entrega el conjunto habitacional con alumbrado particular y público, a veces presenta fallas, razón por la cual buscan a la compañía de luz; sucede lo mismo con el servicio de recolección de basura o la vigilancia.

Cuando el conjunto de interés social es de los estratos más altos, tienen la capacidad de gestionar el que puedan transformarse en delegación municipal, lo que le da un nivel legítimo de autoridad frente al gobierno municipal y la policía o Guardia Nacional. Pero, cuando la gestión no es eficaz, como es el caso con los asentamientos de interés social más bajos, la mayor parte de las interacciones se realizan mediante la irregularidad y la informalidad. Se adquiere policía privada sin solicitarla, pues son las empresas privadas las que llegan a hacer sus rondines a cambio de una cooperación por casa; el servicio de recolección de basura no pasa de forma frecuente, por lo que ésta se riega por todo el vecindario y alrededores, generando problemas de higiene pública; cuando falla el agua o la luz, los vecinos van al Ayuntamiento, ahí descubren que no se encuentran registrados como asentamiento humano con competencia administrativa del municipio (aunque sí se pague predial), les argumentan que son parte del ejido donde se encuentran asentados, pues la inmobiliaria no terminó el dominio pleno de la propiedad ante el Registro Agrario Nacional. Al recurrir al debilitado comisario ejidal, éste dice que no puede ayudarles, pues no pertenecen a los ejidatarios originales.

Es el caso de Colinas del Sol y Real de San Pablo, en Almoloya de Juárez y Toluca, respectivamente. Los habitantes/residentes de este hábitat quedan atrapados en el limbo de la autoridad. La única salida, para resolver los problemas del lugar es la irregularidad y la informalidad, situación conveniente para todos porque los problemas se resuelven bajo los principios de la corrupción subterránea, es decir, la irregularidad informal entre actores institucionales (funcionarios del Ayuntamiento, por ejemplo) y no institucionales (pandillas juveniles locales que brindan seguridad o agencias de policías bancarias que, sin contrato, hacen rondines de manera informal).

Conforme pasan los años, las personas toman la calle para vender, de manera informal, todo tipo de productos. Tomar la calle para hacerse de un trabajo y un ingreso es común, en las afueras de este tipo de asentamientos humanos, quienes terminan por transformar la calle, en pasajes de mercadeo informal para consumidores populares (González Ortiz, 2020). Sin embargo, esto no es negativo, ya que funciona como un productor social de interacción y sociabilización entre vecinos, pues la apropiación del espacio público, aunque sea de manera informal, representa un elemento de seguridad para sus habitantes/residentes. Así, la construcción de estos puestos permite vigilar las conductas no deseadas (sobre todo de los jóvenes pandilleros) y

estar alerta ante cualquier conducta social no frecuente o rutinaria, es decir, crear estructuras de vigilancia desde lo social.

DIFERENCIAS Y SIMILITUDES ENTRE RESIDENTES DE UNIDADES HABITACIONALES DE INTERÉS SOCIAL SEGÚN ESTRATOS SOCIALES

Las narrativas producidas obligan a diferenciar estratos sociales entre los residentes de interés social. El indicador se observa en el tipo de asentamiento y se pueden identificar por las siguientes diferencias:

1. El precio de las viviendas. Mientras las de estrato mayor oscilan entre 900 mil y 1 millón 200 mil pesos, las de menor precio están entre los 250 y 400 mil pesos.
2. Enclaves cerrados. Las casas de mayor jerarquía se encuentran en enclaves residenciales cerrados, con la posibilidad de contratar vigilancia. Las de menor estrato son abiertas, lo que obliga a sus habitantes/residentes, a construir entradas para cerrar sus manzanas, con los costos económicos y sociales que esto implica.
3. Entrada a zonas verdes. Las unidades habitacionales más altas tienen acceso a áreas verdes o parque. Las más bajas carecen de ello.
4. La movilidad mecánica. La movilidad de los residentes de las unidades más altas es en vehículos particulares, mientras que las bajas lo hacen en autobús público o taxi colectivo.
5. Problemas de organización. Si bien, siempre hay problemas para la organización social interna, tanto en estratos altos como en bajos, los primeros presentan mejores soluciones que los segundos, por lo que los primeros pueden gestionar el conjunto habitacional como delegación municipal.
6. La tenencia de la tierra. Los desarrollos urbanísticos altos se asentaron en pequeña propiedad privada y los que lo hicieron en propiedad social culminaron con el dominio pleno de la propiedad (se hizo el traslado de dominio a propiedad privada); en tanto que los bajos lo hicieron en propiedad social sin el traslado de dominio, lo cual dificulta la gestión de servicios públicos.
7. Relaciones formales con las autoridades. Los fraccionamientos de interés social, de mayor poder adquisitivo, construyeron relaciones formales con los gobiernos municipales, en la medida que se

conformaron como delegaciones. Los de más baja jerarquía mantienen relaciones informales e irregulares, pues carecen de la figura jurídica, tanto en el Ayuntamiento, como en el núcleo ejidal.

8. Los habitantes/residentes, de mayor poder adquisitivo, mantienen a sus hijos en escuelas del municipio de Toluca en contraste con los de menor poder adquisitivo, que llevan a sus hijos a escuelas cercanas al conjunto habitacional.
9. El carácter fundacional, de los de mayor ingreso, suele acompañarse de un acto ritual para la entrega de la casa; mientras que a los de menores recursos sólo se les dan las llaves del inmueble.

No obstante, entre las similitudes se pueden apreciar las siguientes:

1. Arribo sorpresivo de la oferta, interpretada como una oportunidad. Todas las personas que compraron una casa de estas características siguieron un patrón que puede cifrarse en un continuo. Comienza en el deseo subjetivo de tener una propiedad, de construir un patrimonio o de transformarse en propietario; luego en la posibilidad de ejercer su derecho o acceso a un crédito para trabajadores; un agente inmobiliario llegó a sus lugares de trabajo y les hizo ver la compra de una casa como una oportunidad para la vida.
2. El deslumbre. El agente inmobiliario mostró la casa en clave de simulación, es decir, escondiendo la calidad de los materiales con los que fue construida, ocultando bardas compartidas, espacios de interacción que limitan la intimidad o, incluso, visitando la casa muestra localizada fuera del conjunto habitacional (lo que la hace ver más grande, más amplia y completamente independiente de los vecinos). El comprador se asombra o fascina con la asequibilidad de la oportunidad.
3. Se enfatiza el deslumbre mediante la venta/promesa. El agente inmobiliario refuerza su oferta prometiendo parques, plusvalía, acceso a mercados, vialidades, casas club, tiendas, etcétera, pero nunca se cumplen.
4. El desencanto. Comienzan los problemas con los vecinos, es decir, el habitar se divorcia del residir, pues el vecindario no permite fundar la domesticidad del hogar. En algunos casos, esto deriva en hábitats fracasados y en otros, los vecinos emprenden acciones de

- crisis colectivas (entendidos reduccionistas o falsos, discusiones, pleitos) para darle sentido y fundar el hábitat.
5. Gestionar el espacio. Fundar el hábitat significa gestionar los servicios públicos, (ya sea formal o informalmente) éstos van desde el transporte hasta los servicios de agua, luz y vigilancia.
 6. La formación de nuevas identidades. Las identidades se construyen en función de los de adentro y los de afuera, pero también entre los propietarios y los que rentan. A partir de estas dicotomías fundacionales se erigen las formas de organización interna de los asentamientos humanos de interés social.

ORGANIZACIÓN Y PROBLEMAS MÁS COMUNES EN LOS ASENTAMIENTOS DE INTERÉS SOCIAL

Fenomenológicamente, la fundación del hábitat de interés social comienza con la dicotomía que se construyen por el adentro y el afuera, y el propietario frente al arrendatario. Ésta funciona como recurso para construir la identidad/alteridad, es decir, el nos-otros.

Cuando el fraccionamiento está cerrado, como en el caso de los de mayores ingresos, estas dicotomías se realizan de manera inmediata, pues los de afuera son los que están más allá de las fronteras, delimitadas por la barda o malla perimetral del conjunto habitacional. Surgen así las apreciaciones sobre quiénes son los de adentro y quiénes los de afuera. Este juego de identidad/alteridad sirve para definirse a sí mismos. Los de afuera se convierten, imaginariamente, en peligrosos, en potenciales riesgos para los de adentro. Surge la necesidad de la vigilancia, de controlar los accesos.

Así, las ideas de contratar vigilancia son parte de las expectativas de los residentes. Luego vienen las propuestas de cotizaciones. Alguien dice que en otro fraccionamiento cobran menos, por lo que se hacen nuevas cotizaciones. Aun así, alguien dice que conseguirá una cotización más barata. Al final, uno o tres meses después, deciden por la primera propuesta de cotización. Si bien hemos descrito con cierto humor el devenir de un problema colectivo que este tipo de hábitats presentan, los problemas para lograr acuerdos son muy comunes en la cotidianidad de este tipo de asentamientos. Nos parece incluso que son la regla y no la excepción.

En contraste, los de menores ingresos, generalmente, no cuentan con la malla perimetral, lo cual tiene otras implicaciones para la construcción de

la identidad/alteridad. Lo más evidente, para estos nuevos residentes, es que todos se identifican como propietarios. Nadie asume, en este momento fundacional que algún vecino no lo sea. A partir de ese supuesto, se produce la propuesta de encerrarse, es decir, de construir una puerta de acceso y una malla o barda perimetral. El acuerdo de los vecinos es unánime, pero las complicaciones de cooperación son más complejas, dados los bajos ingresos de los nuevos propietarios, de ahí que esta intención pueda llevar más de diez años. En ese tiempo, muchos vecinos han abandonado sus casas y otros las han rentado. Surge, así, la dicotomía identidad/alteridad del propietario frente al arrendatario. Este nuevo par fenomenológico acarrea otros problemas de organización, pues el arrendatario no siente el mismo compromiso con la propiedad como lo hace el propietario, por lo que emerge un sentido de injusticia generalizado, se asume que los propietarios que rentan no cooperarán para los beneficios comunes.

En estos asentamientos pobres surge también otra dicotomía que puede cifrarse en la de ausente/presente. Esta dicotomía implica que se trata de un hábitat potencialmente fracasado. En ella, los presentes consideran que si hay una casa abandonada se puede echar manos de sus implementos. Se trata de los robos que, poco a poco, van desmantelando la casa. Ésta se representa como un llano abandonado, susceptible de apropiación, en la medida que está abandonada (aunque el propietario siga pagando las mensualidades del crédito obtenido).

En los conjuntos de interés social más altos sucede que, con el paso del tiempo, muchos vecinos propietarios ponen en renta sus viviendas. A raíz de esto emerge el par propietario/arrendatario, con problemas de organización social similares a los conjuntos de menor poder adquisitivo. En un fraccionamiento de este tipo, por ejemplo, cuando todos eran propietarios formularon la dicotomía entre los de adentro y los de afuera. Los problemas más comunes se centraban en la vigilancia, la basura y los problemas generados a causa de que a unas cuadras se estuvieran estableciendo locales informales para la venta de comida y ropa. Las discusiones en asamblea eran fructíferas, se llegaba a soluciones, pero cuando llegaron los arrendatarios éstas se fueron debilitando, la cooperación comenzó a no ser suficiente para los gastos comunes. Un día, un administrador se atrevió a cobrarle a un arrendatario, éste lo golpeó, los vecinos, al enterarse, convocaron a una asamblea, el agresor los amenazó y muchos de ellos victimizaron al administrador golpeado. Al interior del conjunto habitacional, las relaciones comenzaron a deteriorarse.



¿Sabías que...?

En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca

Muchos campesinos se insertaron en cadenas productivas globales, generando mayores ingresos y nuevas morbilidades. Este es el caso de Mexicaltzingo (Salazar, 2022) y Capulhuac, municipios de la Zona Metropolitana del Valle de Toluca.

Las actividades económicas de la globalización siempre tienen una visión local que se manifiesta en prácticas nuevas para conseguir la vida y la subsistencia.

Los habitantes de Mexicaltzingo se dedican a la venta de carnicerías y derivados del puerco. Los de Capulhuac a la de barbacoa de borrego y para vender se trasladan de sus respectivas casas a distintas esquinas de las zonas metropolitanas del Valle de México y del Valle de Toluca.

Estar en Mexicaltzingo es estar en el mundo al mismo tiempo. Las cadenas de producción engarzan a los pueblos en una existencia global (imagen 40).

Capítulo 5
Habitar/residir desde las unidades habitacionales de interés social

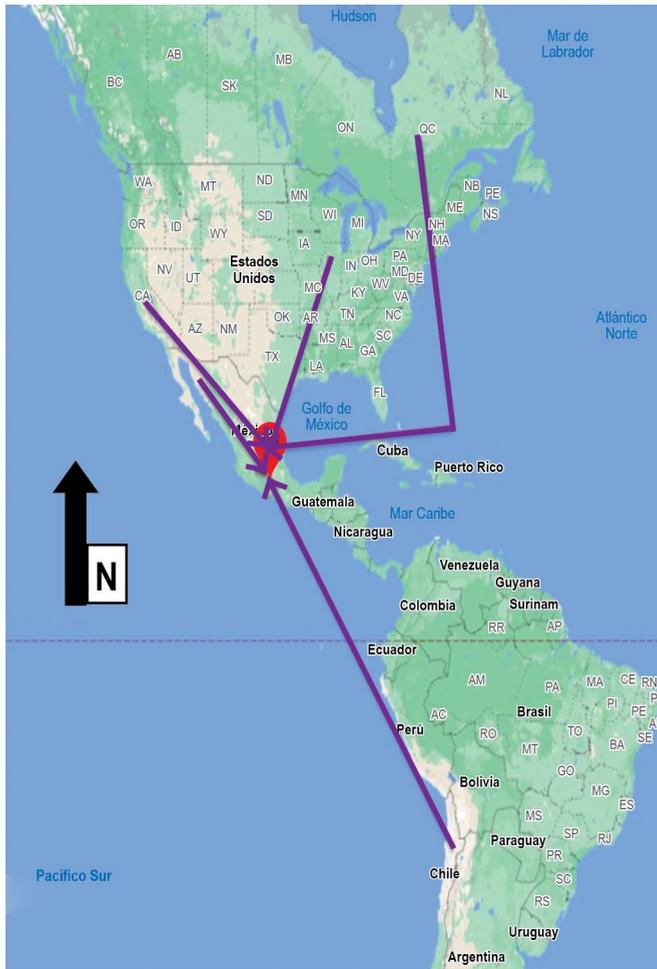


IMAGEN 40
Cadenas productivas mundiales y la localidad. Todos estamos atrapados en la misma red global.

Fuente: elaboración propia con base en GoogleMaps.



CAPÍTULO 6

HABITAR/RESIDIR EN FRACCIONAMIENTOS RESIDENCIALES MEDIOS Y ALTOS

FRACCIONAMIENTOS RESIDENCIALES MEDIOS Y ALTOS. APUNTES SOBRE LA VECINDAD Y SUS FRONTERAS CON OTROS HÁBITATS

Centramos el trabajo etnográfico (observación y entrevistas a profundidad) en algunos fraccionamientos residenciales medios y altos de los municipios de Calimaya, Metepec y Zinacantepec, sin embargo, también hay fraccionamientos de este tipo en Lerma, San Mateo Atenco y Rayón (imagen 41). Entre ellos hay algunas diferencias que son importantes de destacar, por ejemplo, los residentes de los asentados en Zinacantepec (Zamarrero, los de Bosques de ICA y La Victoria), mantienen un modo de vida que implica desplazamientos a la ciudad de Toluca para fines laborales; los de Metepec (Providencia y Campestre del Valle), combinan Toluca y el Valle de México; en cambio los de Calimaya (Rancho El Mesón y otros), lo hacen predominantemente hacia el Valle de México, sobre todo a la zona de Santa Fe, mediante el sistema de autopistas intramegalopolitanas que conectan a estas dos áreas metropolitanas.

La disposición de la infraestructura urbana utilizada por estos habitantes/residentes obliga a que se tengan menos tratos cotidianos con sus semejantes. El conocimiento entre vecinos es casi nulo, sólo entre los más cercanos. Esta distancia aumenta con los de afuera, pues prácticamente es inexistente. Los trayectos están hechos para mirarse a la distancia sin necesidad de la interacción, es decir, para imaginar a los diferentes sin provocar la curiosidad o el interés (menos la solidaridad). Cuando se preguntó a algunos residentes de Calimaya y Metepec sobre otros municipios (Zinacantepec, Almoloya de Juárez) fue claro su desconocimiento. A la pregunta sobre los

asentamientos de interés social, simplemente dijeron que se trataba del infierno. En otras palabras, emplearon un recurso imaginario, una metáfora, para referir a un asentamiento que no conocen y que no están dispuestos a conocer. Se puede decir que el estilo de vida de los habitantes/residentes de los fraccionamientos residenciales medios y altos no es la vivencia de la realidad, sino la experiencia de ésta a través de los signos, del consumo de éstos que permiten acercarse a lo real.¹ Esta mediación de los signos, que permiten imaginar al otro, no significa, parafraseando a Baudrillard (2018): conocer-lo, pero tampoco ignorar-lo, más bien desdeñar-lo; plataforma cognitiva desde la que se define la no motivación para el acercamiento, la aventura curiosa de experimentar al diferente; por el contrario, emerge la indiferencia, sustentada en el respeto a distancia, una que implica “no ensuciarse las manos”, es decir, ayudar, solidarizarse, siempre y cuando se obtenga una ganancia.

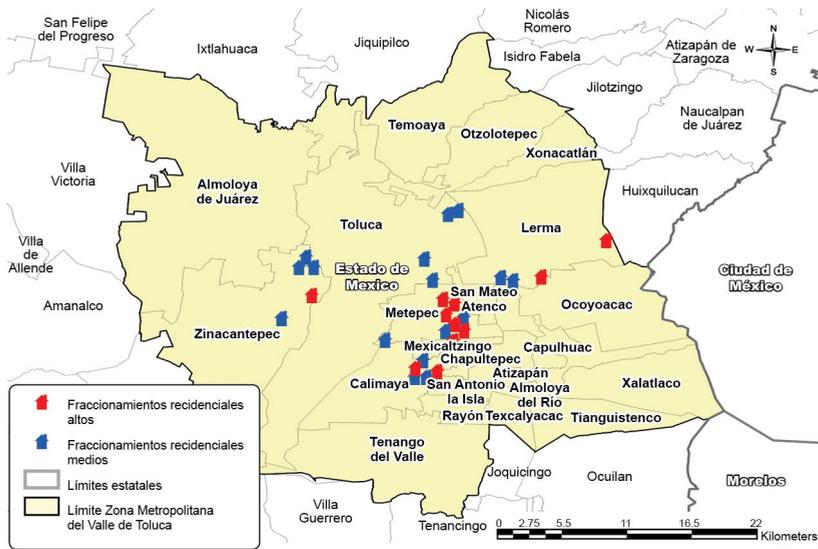


IMAGEN 41
Distribución territorial de fraccionamientos residenciales medios y altos en el Valle de Toluca.

Fuente: elaboración propia con base en INEGI, 2020.

¹ Para hacer accesible la realidad se requiere del uso del lenguaje. Todo lenguaje es un cúmulo de metáforas, pero para las clases adineradas, que escapan a la crudeza de realidades empobrecidas, su lenguaje aparenta estar compuesto por más metáforas.

La totalidad de municipios que conforman esta área metropolitana, mezclan y combinan los distintos tipos de hábitats que estamos describiendo. El prototipo más cercano a éste es el fraccionamiento residencial medio y alto de Metepec. No obstante, como hemos insistido, todos estos municipios comparten hábitats con una zona centro (habitadas por elites, de origen colonial, que mantienen cierto prestigio anclado a alcornias construidas localmente) con pueblos rurales que han atravesado fases de conurbación o se encuentran en distintos grados de interfaces periurbanas (Allen, 2003) (habitados por pueblos de tradición antigua, que en la mayoría de los casos, en el Valle de Toluca, se remonta a los tiempos prehispánicos, cuyo origen étnico, está con los otomíes, los mazahuas, los matlatzincas y los nahuas); con unidades habitacionales de interés social, principalmente, construidas antes de la década de los ochenta en los municipios de Toluca y Metepec y, de manera acelerada e intensa, en los noventa y estas dos primeras décadas del siglo XXI, el catalizador fue el neoliberalismo, cuya utilidad queda en control pleno de las empresas inmobiliarias (tabla 3).

En el capítulo anterior, se dijo que la mayor parte de los hábitats de interés social que se han construido en la zona metropolitana de Toluca se han realizado junto a pueblos ancestrales. Esto sucede en Almoloya de Juárez, en Zinacantepec, en Toluca, Rayón, Chapultepec, San Antonio la Isla y Calimaya. Este es un patrón que intercepta las intenciones de la planificación urbana, hecha desde los gobiernos, con las del mercado inmobiliario. Es relevante preguntar las razones por las que los fraccionamientos medios y altos no se construyen con esta frontera (con los pueblos rurales o conurbados), sino, más bien, para evitar los acercamientos y contactos con la diversidad cultural. ¿Por qué esta diferencia en la infraestructura? Nos parece que estas intervenciones tienen una intencionalidad social y política.

La construcción de hábitats de interés social, junto a los pueblos rurales y conurbados preexistentes, se proyecta a la meta de debilitar el control que dichos pueblos tenían sobre sus tierras (agrícolas o de agostadero), sus aguas (de lluvia, pozos, manantiales, ríos, rodadas) y sus nuevas generaciones (la educación en la tradición). Meta que se delinea por una de mayor envergadura: la continuidad del proceso colonial que mira a los pueblos indígenas (Botey, 2014) como un lastre para el desarrollo occidentalizado, visión que las elites mexicanas y locales proyectan en sus acciones públicas. La construcción de la infraestructura urbana desplaza a los pueblos del control de sus recursos, al tiempo que, al apropiárselos, los redistribuye tanto

a los asentamientos de interés social como a los hábitats residenciales medios y altos. El proyecto general es continuar con la colonización de dichos pueblos, sugiere esta lectura.

Ahora bien, cuando los recursos se vuelven escasos (el agua, el aire limpio, el silencio), se enarbolan dichos bienes como derechos sociales, pues una consecuencia de la densificación urbana es que vuelve mercancía los bienes comunes. En el caso de los fraccionamientos residenciales se cuenta con una provisión frecuente, por ejemplo, el agua llega tres veces a la semana en muchos pueblos de Toluca y a las unidades de interés social que allí están asentadas, pero en los fraccionamientos residenciales nunca falla.

Los hábitats que se conforman por desarrollos medios y altos nunca, o casi nunca, hacen frontera con asentamientos de pueblos rurales o conurbados ni con unidades habitacionales de interés social. El ejemplo más ilustrativo de esto es Calimaya, los nuevos fraccionamientos están hechos para aprovechar la infraestructura de las autopistas que conectan con distintas áreas metropolitanas del centro del país. Cuando los habitantes/residentes las usan, no alcanzan a mirar a los vecinos de los pueblos, ni a las unidades habitacionales. Algunas excepciones se presentan en otros fraccionamientos, por ejemplo, Zamarrero, en Zinacantepec, que hace vecindad con unidades de interés social de Bosques ICA, éste, sin embargo, combina distintos tipos de vivienda que van desde alto poder adquisitivo hasta de interés social. Similar situación sucede con la unidad habitacional La Hortaliza o El Castaño, del municipio de Metepec.

Si volvemos a los fraccionamientos de Metepec y Calimaya se observa que sus habitantes/residentes tienen estilos de vida que conectan sus espacios en dos metrópolis, la de los valles de México y Toluca. El uso de las vías rápidas, con el uso de automóviles, crea una metrópoli en la que los encuentros con los diferentes se evitan, pero llevando más allá la interpretación, podríamos afirmar que esta distancia es el producto simbólico de la infraestructura carretera urbana, usada para enfatizar la diferenciación social, acrecentar el estatus mediante el uso de autopista de cuota rápida que es, a la vez, un signo de distinción, frente a quienes no la usan, frente a quienes no se mueven y frente a quienes no tienen para pagarlas.

SER VECINO DE UN FRACCIONAMIENTO Y LA NO DISPOSICIÓN A LA CONVIVENCIA CON EL DIFERENTE

Los residentes de los pueblos de Calimaya dicen que el paisaje de su municipio cambió desde la segunda década del siglo XXI. Antes se trataba del campo repleto de magueyes y de ocotes entremezclados con las milpas y los cultivos de las papas. Dicen también que sus pueblos eran pueblos de agua, pues no sólo las lluvias y los pozos proveían la necesaria, las aguas que bajaban desde el volcán Nevado de Toluca complementaban la abundancia de este líquido. Pero el crecimiento urbano de los municipios aledaños (San Antonio la Isla y Metepec) trajo las máquinas excavadoras de las minas. El paisaje comenzó a cambiar pues los árboles talados, la prácticamente extinción de los magueyes y la ausencia de la agricultura fue sustituida por la presencia de casas en serie, la emergencia de fraccionamientos residenciales y caminos arbolados muy localizados, de difícil acceso para los oriundos de los pueblos de este municipio. Sin embargo, afirman los oriundos de San Andrés Ocotlán (hábitat pueblo conurbado), que si bien conviven con los vecinos de los asentamientos de interés social (quienes van al pueblo a comprar el recaudo), no lo hacen, nunca, con los ricos que radican en los fraccionamientos, pues ellos pasan por las avenidas, a lo lejos, sin detener la mirada en los asentamientos que bordean sus viajes en autos particulares, sobre autopistas de paga.

Por su parte, los vecinos de los fraccionamientos residenciales de Calimaya (Rancho El Mesón) desconocen la existencia de los pueblos que ya habitaban este municipio. Es como si la infraestructura de la nueva espacialidad transitara paralelamente para cada asentamiento, como si se asistiera a dos metrópolis que se desconocen entre sí.

Estas dos metrópolis se encuentran alejadas la una de la otra, en la medida de las pertenencias de clase. Cuando les insisto a los habitantes del fraccionamiento Rancho el Mesón, en las entrevistas realizadas, sobre la presencia de dichos pueblos, lograron reconocerlos cuando, alguna vez, transitando a sus casas, escucharon los sonidos de los cohetes explotando en el cielo, luego viendo la luminosidad festiva. La distancia es el mecanismo de interacción entre los diferentes. La disposición a la convivencia con los pueblos es nula, es más, ni siquiera hay una intención de saber o enterarse de su existencia ni de su historia.

La infraestructura para la movilidad, en Calimaya, está hecha para evitar los encuentros. El espacio público no queda circunscrito para la experiencia

cotidiana, sino que se reserva al derecho de experimentarlo o no. La espacialidad vivida se resume a una convivencia entre los similares, entre los parecidos (los vecinos con los que se comparte el habitar/residir). No con los diferentes ni con los distintos. Se trata de la metaciudad, es decir, la ciudad hecha para la no convivencia, para no percatarse del vecino, del distinto. Dije antes que los habitantes/residentes de los fraccionamientos residenciales basan sus apreciaciones sobre el otro a través de la metáfora, del imaginario. Cuando insisto, durante las entrevistas, en aquellas personas y su pobreza, los entrevistados afirman que no son tan pobres, pues tienen una casa, autos y muchos hasta tractores. El imaginario sobre el otro construido como un casi-similar. Sin duda, las apreciaciones y distancia entre los diferentes están mediadas por la distinción de clase.

La mayor parte de los residentes adinerados de Calimaya son oriundos de la Ciudad de México y mantienen sus relaciones laborales en los servicios financieros o empresas de servicios de tecnología, fundamentalmente en Santa Fe, en la Ciudad de México. Cuando les pregunté las razones de haber comprado en Calimaya y no en su ciudad de origen manifestaron que fue por la facilidad del habitar/residir en el Valle de Toluca, pues los desplazamientos son más rápidos y amables. Se trata de residentes que utilizan la autopista Jajalpa-Lerma-México, de manera cotidiana, para realizar sus labores de trabajo y de esparcimiento. Algunas familias no sólo se trasladan por trabajo sino incluso llevan a sus hijos a escuelas de aquella zona poniente de la Ciudad de México. Las autopistas se han metropolizado. Ellas mismas se encuentran en la dinámica estructuradora de las megalópolis, potencian la movilidad por motivos económicos y culturales. Cuando cuestioné sobre los lugares en los que se divierten manifestaron, la mayor parte de ellos, que lo hacían en los centros comerciales de la Ciudad de México.

Si bien, hay muchos casos similares en los fraccionamientos residenciales de Metepec, son menores. Por lo que regresando a la forma como los habitantes/residentes de los fraccionamientos miran a los otros hábitats humanos con los que hacen frontera, estos afirman que ir a los asentamientos de unidades habitacionales de interés social es imposible, no tienen a qué ir y se trata de infiernos. Cuando la pregunta es sobre los pueblos rurales, manifiestan una postura más conciliadora, los miran como si ellos mismos tuvieran la posibilidad cotidiana de darse un baño de folclor, pues tener el pueblo a la vuelta de la esquina (sobre todo en Metepec), les representa acceder a un universo fresco y tranquilo. Pero esta accesibilidad es leída

como si se tratara de un bien de mercado, como si se accediera a la mercancía de la tranquilidad. Un espacio lúdico para despresurizar las tensiones de la semana laboral.

Este consumo, del pueblo como folclor, se ve fortalecido por la arquitectura colonial que Metepec conserva (en el primer perímetro que abarca cuatro o cinco calles con sus respectivas manzanas) campirana y tradicional (con su convento y su iglesia en la cúspide de un cerro), además de la accesibilidad a las tradicionales artesanías de barro, trabajada por sus habitantes oriundos. Sumado a esto, se encuentra la oferta gastronómica de gourmet y los bares, que le dan al lugar otro atractivo. Mantener estas actividades y esta arquitectura colonial le han valido a Metepec la membresía de Pueblo con Encanto² que, si bien es un programa cuya meta es fomentar la comercialización de los bienes locales y atraer el turismo, también contribuye a que sus residentes adinerados compren sus casas con el plus de tener un aire de folclor, imaginariamente más puro y limpio. Vivir la ciudad sintiendo un aire de pueblo significa acceder al folclor como un bien de mercado, un bien asequible para quién lo sepa contemplar. Sentirlo, de vez en vez, como un producto que suma al confort.

LA ORGANIZACIÓN SOCIAL INTERNA

Vale preguntarse sobre cómo se relacionan, internamente, los vecinos de los fraccionamientos residenciales medios y altos. Un elemento a favor de estos residentes es desde que adquieren la casa, ésta está provista con todos los servicios, incluidas las casas club y la cercanía a centros comerciales, por lo que la construcción del hábitat no les representa esfuerzo alguno de agencia; como sí lo es con los hábitats de interés social, de pueblo rural y de pueblo en proceso de conurbación. En este caso, no hay experiencia con el hecho de que algún servicio no esté dotado siempre y desde el comienzo ya que la casa se entrega con un hábitat terminado. Comienzan así los problemas de la organización para mantener el fraccionamiento y contribuir a que no se deteriore la plusvalía.

² Implementado en el Estado de México desde el 2014 (Gaceta, 2017).

Dicen los residentes de este tipo de fraccionamientos que, si alguna persona no paga el mantenimiento de manera puntual se trata de un fraccionamiento problemático, en el que no se desea vivir. Los problemas no deben salir a la luz, pues estos se solucionan sin violencia. Si el problema supera a las instancias internas de la administración, se pasa a la policía, mediante una demanda civil de por medio (hay casos en que todos los días llega una patrulla para hacer vigilancia interna, debido a que hay una demanda entre vecinos). Nunca se solucionan los problemas con golpes, pues la violencia no se usa entre los similares. Entre ellos se usan los dispositivos civiles de ley.

Algunos fraccionamientos realizan juntas vecinales para la rotación de los encargados de la administración, por un periodo de tiempo (tres meses es la media). Las funciones generales son el cobro de mantenimiento, el pago de servicios de agua y luz pública, el mantenimiento de las áreas verdes compartidas, la vigilancia y las áreas de la casa club. Si un vecino no paga no se le dice nada, se anota su deuda, que va incrementando conforme pasa el tiempo. Si su desgracia es tal que debe vender la casa, antes de irse, debe solventar la deuda acumulada. Este es el caso de los fraccionamientos medios de Zinacantepec.

Otros fraccionamientos, de mayor jerarquía, se organizan mediante una asociación civil que indica las reglas de comportamiento e interacción de los vecinos. Generalmente, este tipo de administraciones, contratan un contador para que se haga cargo de las cuentas totales del fraccionamiento. Dejando de lado a los usuarios de toda responsabilidad, más allá de ser puntuales con sus pagos, es el caso de algunos fraccionamientos de Calimaya y Metepec. Existen otros ejemplos, como el de San Carlos en Metepec, en el que se aprovecha una red de relaciones sociales, con las autoridades municipales, en las que los propios vecinos pueden comunicarse con éstas e incluso con el presidente municipal. Esta red de relaciones funciona como un capital social y político desde el fraccionamiento.

Una conclusión deriva de la dialéctica de las relaciones hacia el interior del vecindario y el exterior, proyecta la dialéctica simbólica del trato entre similares y con los diferentes. Este hábitat constituye una función homogeneizante entre los de dentro y otra función discriminante hacia afuera, según las relaciones de localización y ubicación en el espacio urbano.

HACER PÚBLICO EL ESPACIO PRIVADO. EL ESPARCIMIENTO

Se mencionó que gran parte del esparcimiento de los residentes de los fraccionamientos se da en las plazas comerciales. Los de Calimaya frecuentan, con mayor intensidad, las que se encuentran en la Ciudad de México, pues las avenidas y autopistas se conectan mejor y más rápidamente con aquellas que con las del Valle de Toluca, en específico con Metepec, municipio relativamente cercano a Calimaya (aunque muchos de sus residentes, sobre todo los que son oriundos de la Ciudad de México, afirman no conocer dichas plazas, pues prefieren moverse a las del Valle de México).

Con los habitantes/residentes de los fraccionamientos de Metepec sucede que sí visitan los centros comerciales del mismo municipio, para fines de esparcimiento. Las actividades no se reducen a las compras, también a los restaurantes, al juego de los hijos pequeños y en ir al cine. Ahora, con la emergencia del centro comercial Town Square, llevan a pasear a sus mascotas y los niños pueden divertirse en la tirolesa que adorna la plaza central de este centro comercial. Parafraseando a Baudrillard (2018), se resume en la experiencia lúdica del esparcimiento en los centros comerciales, la fantasía del acceso a un ecosistema proliferante, construido por los valores de cambio y, por añadidura, por las cadenas de significantes engarzados a los objetos del disfrute y de la moral hedonista. Es tal la profusión de los objetos, en estos centros comerciales, que da la impresión de estar en una colorida fiesta que invita a un vagabundeo lúdico.³ Todo está al alcance del bolsillo a través del disfrute de las compras. Los significantes de los objetos se achatan, se amalgaman en favor de uno mayor: el acceso unidimensional a un mundo de similares que anula la diferencia, pues a estos lugares acceden los homogéneos.

Algunos otros afirman, sobre todo a partir de la pandemia, que compraron casas de campo en municipios mexiquenses, localizados más allá de los pueblos periurbanos, pero no a mucha distancia, como en Malinalco, Ixtapan de la Sal y Valle de Bravo, lugares a los que asisten de fines de semana a tomar el sol y divertirse en la alberca. Se trata de las casas de campo en las que también se encuentran a los similares, aunque allá conviven con la gente del campo, a quienes hacen sus sirvientes o trabajadores domésticos.

³ Fuera de este contexto, en algunos centros comerciales de la ciudad de Medellín, en Colombia, se celebran, incluso, misas católicas en su interior.

La dialéctica de la diferenciación está presente en todo momento. Hacia el interior se construye la homogeneidad, hacia el exterior la diferencia y la distancia. Es importante anotar que las autopistas conectan a estos tres lugares de esparcimiento con la Ciudad de México y las zonas residenciales del Valle de Toluca, especialmente a Metepec, San Mateo Atenco y Calimaya.

Hay, así, una localización territorial articulada con otra conexión al mercado como espacio para la vida de los residentes de fraccionamientos altos y medios. Este modo de vida proyecta la idea de mostrarse a sí mismos en los lugares privados del mercado. Sus residentes buscan verse y saludarse en dichos lugares (centros comerciales y casas de campo), convirtiendo los espacios privados en públicos, pero de una *publicidad* (valga la palabra), acotada a los similares, a los que no son diferentes. Se proyecta allí una *ciudadanía por membresía* en la medida que lo público se define por la apropiación de los espacios privados, puestos para ser usados en esa selva de objetos/signos, al alcance del bolsillo, pero, sobre todo, al alcance de la mirada del similar vecino. Este resultado fenomenológico es causado por la intención de mantener el estatus, por la intencionalidad de no caer en la jerarquía social. Adelantamos algo: si con los habitantes/residentes de los conjuntos de interés social vale el anhelo de transmutar en propietario, con los habitantes/residentes de los fraccionamientos residenciales medios y altos, vale la aspiración de poseer más (una especie de insatisfacción permanente) para asegurar la posibilidad de mantenerse en los estatus altos de la sociedad. Anhelo por subir de estrato para los pobres y aspiración por mantenerse en el estrato, para los ricos.

Para terminar este apartado, regresaré a aquella apreciación que enmarqué como los *aires de folclor* manifestada por estos residentes en las entrevistas. Mencioné que, en Metepec hay una disputa política por el territorio, manifestada en clave de cultura: por un lado, los pueblos que realizan el Paseo San Isidro y, por el otro, el municipio que organiza el festival Quimera. Los habitantes/residentes de los fraccionamientos medios y altos no asisten a divertirse al Paseo San Isidro (como sí lo hacen los habitantes de las unidades habitacionales de interés social, como apuntamos antes), pero sí al festival Quimera, afirmando que se trata de un evento internacional que les permite acceder a cantantes y artistas de talla mundial. La existencia de estos dos tiempos ceremoniales puede traducirse como una disputa por el territorio. Esta perspectiva permite preguntar si no se trata de una manifestación de clases sociales proyectadas en la espacialidad o en el territorio.

Me parece que la respuesta es afirmativa, pero más allá de esto, indica que las claves de localización territorial que los habitantes/residentes de los fraccionamientos hacen, integra el ámbito internacional. Es muy interesante que los viajes a varias partes del mundo se encuentren en sus trayectorias de vida, en dichos viajes no han desperdiciado la oportunidad para ver a artistas de talla mundial, de la misma forma que lo hacen desde su hábitat, especialmente, en el festival de Quimera.

LA JERARQUÍA Y LOS ESTRATOS SOCIALES

Cuando se analizó el hábitat de una unidad habitacional de interés social, se vio que hay distinciones de estratos entre los habitantes/residentes. Lo mismo sucede con los fraccionamientos residenciales, esto es, no hay posibilidad de categorizarlo monóticamente, al menos, desde la perspectiva cualitativa que privilegiamos en esta investigación. No obstante, una diferencia entre ellos es que para los residentes de interés social lograr la propiedad de la casa representa un asunto de movilidad social ascendente, para los residentes de los fraccionamientos la idea de la superación, implantada como un principio o una máxima de vida, es la que los hace invertir todos sus esfuerzos y capitales sociales para mantener el estatus social.

He asumido al fraccionamiento medio y alto como una misma categoría de análisis para el habitar/residir. Sin embargo, no he dicho en qué consiste esta distinción. Un procedimiento para lograr ver la distinción es el ingreso, mediante el estudio estadístico, pero nuestra metodología de acercamiento en campo obliga a otro tipo de construcción teórica que distinga las diferencias desde la propia narrativa de los entrevistados, es decir, desde los cúmulos de significados de los actores mismos con sus narrativas, con base en esto podemos seguir el análisis.

Para los habitantes/residentes, de este tipo de hábitat, la dinámica de la movilidad social encarna en la noción de estatus observada a través del uso de objetos más visibles, como la casa, el vecindario y los autos. El estrato forma parte central de los estilos de vida de estas personas pues los objetos son las pruebas de poder adquisitivo. No se trata de vivir la riqueza de manera más o menos disimulada, por el contrario, si el objetivo es mantener la posición, en la estructura social, se vale simular que se tiene más de lo presentado (créditos, por ejemplo). Algunas personas de este hábitat mencionaron que: “muchos vecinos tienen deudas hasta el cuello”, para no descender en

la jerarquía. Una expresión axiológica, clave de este estilo de vida, es la tenacidad para afrontar un posible destino que se empecine por declinar el estatus. En esta idea, los objetos salvan, son expresión de la abundancia, pero también clasifican y diferencian socialmente a los vecinos de estos hábitats.

Un conjunto habitacional, aquí llamados fraccionamiento residencial medio y alto, generalmente cuenta con casas construidas, separadas unas de otras por una porción de jardín, con espacio para estacionar autos particulares y áreas verdes compartidas (imagen 42). Hábitats como estos son Bosques en Lerma; La Asunción, en San Mateo Atenco; La Providencia o San Carlos, en Metepec; Rancho el Mesón, en Calimaya y Zamarrero en Zinacantepec. Estos cuentan con espacios abiertos, conectan a sus habitantes con el ambiente natural expresado en lagos o pequeñas zonas boscosas. Algunos de ellos tienen, además, casa club y zona para realizar deporte en espacio cerrado. Los dispositivos simbólicos son evidentes: el confort puesto a la puerta de la casa, el deporte como estilo de vida de los similares, el paisaje como mercancía para el disfrute contemplativo y el gozo de poseer una casa separada de las demás para acrecentar el sentido de la intimidad y de la propiedad.



IMAGEN 42

Disposición de las casas en fraccionamiento residencial, Zinacantepec.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

También hay otros asentamientos humanos con este tipo de características, que son casas similares, construidas en serie, aunque sin compartir muro. Cada una tiene su área de estacionamiento y cuenta con acceso a una casa club, con canchas deportivas y alberca. Estos hábitats se encuentran en Metepec, San Mateo Atenco y Calimaya. Los objetos se presentan aglutinados para el disfrute. Hay en su disposición, una especie de galería comercial a la que se puede acceder al salir de la puerta de casa. El hedonismo es marca de este estilo de vida.

Es difícil establecer, desde la perspectiva cualitativa, la diferencia de estrato social en estos tipos de hábitats. No obstante, intentaré un acercamiento dando un rodeo: un significado recurrente en las entrevistas mencionaba la dificultad de mantenerse en el estrato social, muchos se encuentran muy endeudados, pero no por ello cesan en la idea de mantener la posición. La caída o la elevación del estatus es visible en función del hábitat o, más específicamente, en el fraccionamiento residencial en el que se vive y a donde las personas se mudan. Así, el tipo de vecindario (el habitar) se convierte en signo de la movilidad de la persona (el residente) pues, si cambia a uno más bajo se desafilia, pero si se muda a uno más alto, se desafilian todos de aquel ya que éste acaba de ascender. Con los habitantes/residentes de los fraccionamientos residenciales medios y altos, el propio hábitat es un significante de estatus. Se puede ver cómo el habitar/residir permite ordenar las coordenadas de ubicación y localización en el universo, en este caso, a través de las clases sociales.

En Zinacantepec, un vecino del fraccionamiento La Victoria admiraba a otro que se cambió al de Zamarrero, en el mismo municipio. Enfatizaba, entre bromas, que a lo mejor ya había perdido su amistad. En otras palabras, subir en la escala social de clases se verifica según el fraccionamiento en el que se vive y cuando alguien tiene movilidad social se justifica, incluso, dejar a las amistades del antiguo fraccionamiento residencial con menor valía. Cuando preguntamos sobre las razones de esta admiración, el entrevistado contestó que aquel fraccionamiento tenía una vista al bosque y un lago interior, luego mencionó que la administración era muy eficiente. En este mismo tenor, varios residentes de Metepec dijeron que es visible cuando las personas bajan de estrato, esto en función del fraccionamiento (el habitar) y el tipo de residencia (el residir) en el que viven. Si se cambian a uno de Toluca es seguro que bajaron, si lo hacen a otro de Metepec o San Mateo Atenco, subieron.

De esta forma, la distinción cualitativa, del habitar/residir en fraccionamiento residencial alto o medio, estriba, en primer lugar, en la asequebilidad a un hábitat mayor o menor, a un fraccionamiento residencial que mantenga cierta fama entre los habitantes/residentes de este tipo de asentamientos. Entre los dispositivos que sirven para estas distinciones y para perfilar los estilos de vida, se encuentran ciertos servicios que el fraccionamiento mismo ofrece (deportivos: gimnasio, alberca, vapor, tenis, tenis de mesa, billar; culturales: salones de fiesta, asadores, juegos infantiles y espacios de esparcimiento; paisajísticos: acceso a vistas boscosas, contar con un lago o colinas interiores).

En segundo lugar, el tipo de residencia, pues se establece de mejores condiciones una que mantenga espacio y jardín entre cada casa. De ahí que, la idea de los estratos sociales es una cualidad que define las identidades de clase o de estrato social. El eslogan que surge de esta situación puede traducirse como “dime donde vives y te diré quién eres”, es decir, la expresión clara del fetichismo como axiología de estos estilos de vida o la experiencia que indica que el habitar/residir es la metáfora exacta para simbolizar la localización de los residentes en el universo de clases sociales, de la metrópoli y de la distinción entre fraccionamientos residenciales.

EL MIEDO “A CAER”

Cada persona vive sus logros y fracasos como consecuencia de sus propias decisiones y no anclados a una estructura social que los determina o influye. Mantener el estatus o el fracaso no se asume bajo la presión de la estructura, sino como resultado de las decisiones de cada persona.

Los entrevistados dicen que siempre hay un miedo general a perder lo que se tiene, luego, rematan en la idea del esfuerzo que han invertido para dicha acumulación. Esto se puede traducir en miedo a perder el estatus social. La aspiración de los habitantes residenciales es subir de estrato, su indicador es la imagen que se hacen de otro fraccionamiento residencial con mayores prestigios. Esa aspiración debe trascenderse, es decir, pasar del deseo a su realización. Trascender el deseo significa, no sólo que sea posible “dar el brinco”, sino fundamentalmente que se está más lejos de bajar en la escala social, de descender de estrato. El miedo puede ser considerado un estructurador de la vida de los habitantes/residentes de este tipo de hábitats, pues

su emergencia surge a partir de la superación como principio estructurador de la trayectoria de vida.

Fenomenológicamente, considero que el miedo, en este sentido, tiene una connotación positiva, pues mantiene activa la aspiración y el deseo por la superación. Al mismo tiempo, obliga a los residentes a mantener y defender, sus empleos y actividades remuneradas. Este miedo estructurante perpetúa la aspiración y delinea la idea de *estar arriba* como lo deseado. Pero, a la vez, una consecuencia de las aspiraciones es el sentido de insatisfacción permanente, bajo el que viven este tipo de habitantes/residentes, pues la abundancia de objetos se convierte en un síntoma de sus estilos de vida que los lleva siempre a poseer más.

La fenomenología del miedo a descender de estrato genera mucho estrés a los residentes que han caído en desgracia pues siempre están obligados a mostrar, al menos a los vecinos residentes del fraccionamiento, que están lejos de caer de la jerarquía social. Si alguien cae deja de ser un similar, deja de compartir la homogeneidad. Mantienen, así, una apariencia de estabilidad mediante el uso de autos de marcas y precios elevados, una servidumbre más o menos estable (niñeras, cocineras, jardineros, choferes) y no fallan en los pagos mensuales de mantenimiento. Un entrevistado decía que hay muchos que se mantienen sufriendo, pero evitando caer de estatus. De ahí que mostrarse a los vecinos forma parte de los estilos de vida de los residentes de este tipo de hábitats.

LOS SIETE ESPACIOS DE LA VIDA

Los residentes de este tipo de hábitat mantienen una vida que se puede reducir a siete espacios:

1. La casa y su fraccionamiento. El lugar para dormir, para descansar, para estar con la familia, para el disfrute de los espacios compartidos. También es el espacio doméstico y de convivencia con la servidumbre. Se extiende a los bienes como casas club, paisajes para la observación, zonas deportivas al interior del fraccionamiento.
2. El trabajo. El trabajo del jefe y jefa de familia. Muchos de sus empleos se encuentran en el municipio de Toluca o en alguna delegación de la Ciudad de México.
3. La escuela de los hijos. Los traslados de los niños los hacen las madres quiénes los llevan en autos de grandes dimensiones.

4. La red de autopistas. Esta red constituye el tipo de traslados que los residentes de los fraccionamientos residenciales realizan en su cotidianidad. Se trata de movilidades territoriales intermetropolitanas e intramegalopolitanas.
5. Los centros comerciales. Son tomados como lugares de esparcimiento y de compras a la vez. Se frecuentan también para comer en restaurantes.
6. Los restaurantes. Es frecuente que los residentes de estos fraccionamientos acudan una o dos veces por semana a comer en restaurantes que no están instalados en centros comerciales. Allí se encuentran con amigos para realizar sus reuniones de amistad.
7. Las casas de campo. Este sector ha comprado casas en lugares como Ixtapan de la Sal, Valle de Bravo y Malinalco. Sus casas de campo funcionan como lugares de esparcimiento de fines de semana. La compra de este tipo de estancias de fin de semana se incrementó a partir de la pandemia.

EL PATRÓN DE CRECIMIENTO URBANO DESDE LOS FRACCIONAMIENTOS RESIDENCIALES MEDIOS Y ALTOS

El hilo conductor de este análisis es descubrir el patrón de densificación urbana que cada hábitat realiza, en la medida de su propia densificación, en sentido rizomático. De ahí que el hábitat zona centro tenga un crecimiento más o menos estancado. Los pueblos rurales y conurbados se densifican por medio del sistema de herencia de la tierra y la venta de lotes o grandes extensiones de tierra social, para que las inmobiliarias construyan casas de interés social o fraccionamientos residenciales. En este enunciado se encuentran los distintos patrones de densificación urbana, identificados en la metrópoli del Valle de Toluca. Posterior a esto, describimos algunas características por cada hábitat. Esto nos hace ver que las diferencias de clase social y étnicas son las principales adscripciones mezcladas en este crecimiento por la densidad urbana. Ahora bien, describiré el patrón de densificación urbana desde los habitantes/residentes de los fraccionamientos residenciales medios y altos.

Como se ha visto, el miedo a caer de la jerarquía social define, en buena medida, el sentido de crecimiento de este sector social. La base de la aspiración, a ascender en la estructura social, hace que siempre se busque

un fraccionamiento de mayor prestigio o de fama. Todo aquel que desciende de la estructura, lo hace a otro fraccionamiento de menor prestigio, pero nunca se observa que lo haga hacia otro tipo de asentamiento humano (casa de interés social o pueblo conurbado e incluso zona centro) como los que hemos descrito aquí.

El residente del fraccionamiento medio aspira a volverse un residente de un fraccionamiento alto. Algunos habitantes del fraccionamiento Zamarrero decían que ellos pudieron comprar en Metepec, pero el tráfico vehicular los desanimó. También afirmaban que sólo cambiarían de residencia a Metepec o Calimaya, pues aquella zona estaba creciendo y tenía mucha plusvalía. En esta afirmación, se observa la aspiración de la jerarquía social, que busca habitar/residir en un fraccionamiento similar, pero de mayor prestigio.

Muchos habitantes de este tipo de fraccionamientos están comprando terrenos, en lugares aledaños a la zona metropolitana, como Ixtapan de la Sal, Malinalco y Valle de Bravo, como dije. Es sabido que muchas personas de la Ciudad de México, de estrato alto, tienen sus casas de campo en esas zonas, sin embargo, posterior a la pandemia, se han sumado personas que residen en Metepec. Esta información es importante porque se está generando un patrón de crecimiento urbano, desde los sectores de alto poder adquisitivo, que se está expandiendo a la interface rural de la periferia metropolitana. Es posible que podamos hablar de un tipo de gentrificación de las zonas periféricas, pues se está desplazando la actividad agrícola por actividades de servicios turísticos.

Importante es mencionar, además, que muchos de estos nuevos compradores de casas de campo están generando la idea de los huertos familiares de autoconsumo, aunque no en el sentido de subsistencia propio de las unidades familiares campesinas agrícolas, sino como una forma de retorno a la naturaleza, con la provisión de los servicios urbanos garantizados. Estamos ante un fenómeno de sumo interés sociológico en la medida que muestra un patrón de expansión metropolitana, que va desde los residentes de alto poder adquisitivo hasta los hábitats rurales, lo cual cambiará los estilos de vida de los habitantes/residentes de los fraccionamientos y de los pueblos rurales.

¿Sabías que...?

En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca

Dicen los fraccionadores que las personas con alto poder adquisitivo tienen la intención de comprar casas de campo para acercarse a la naturaleza y producir sus propios alimentos en huertos particulares, pero con todos los servicios, sobre todo conexión a internet.

La mayor parte de los compradores son personas que viven en Metepec, pero también hay de otros fraccionamientos residenciales. Es probable que en la interface rural se esté generando un proceso de gentrificación que va de la metrópoli a los pueblos rurales de las periferias urbanas (imagen 43).



IMAGEN 43

Casa de campo en Malinalco. Detalle exterior.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Capítulo 6
Habitat/residir en fraccionamientos residenciales medios y altos

En el caso del Estado de México, la mayor parte de las casas de campo se encuentran en Valle de Bravo, Malinalco e Ixtapan de la Sal.



CAPÍTULO 7

LA BIOCRÓPOLIS.

PLANTEAMIENTOS DIRIGIDOS A LA CONSTRUCCIÓN DE LA INTEGRACIÓN SOSTENIBLE. LO SOCIAL, LO ECONÓMICO Y LO CULTURAL EN EL ÁREA METROPOLITANA Y PERIURBANA DEL VALLE DE TOLUCA

¿PENSAR EN LA METRÓPOLI POSIBLE ES PENSAR EN LA METRÓPOLI DESEABLE?

Lo posible es todo aquello que puede ser, que puede existir o puede suceder, mientras que lo deseable, refiere a una concepción estructurada de un futuro anhelado. Tanto lo posible como lo deseable asignan a la agencia un voluntarismo como proyecto por hacerse, sólo que el primero, fenomenológicamente, observa limitantes, quizás estructurales, las cuales terminan por realizar, no lo planificado o deseado, sino lo que fue posible realizar; el segundo, lo deseable, encierra otra limitante que, si bien asigna a la agencia un voluntarismo significativo, su cualidad de utopía es, muchas veces, el factor menos realista en la consecución de las metas, pues siempre se ve envuelta en súbitas entradas de actores, en muchas situaciones, se encuentran determinados por la estructura lo cual hace que el sueño de construcción de una meta, de una metrópoli, en este caso, se encuentre limitado y termine realizándose sin fidelidad a lo deseable. Así, la dialéctica entre lo posible y lo deseable enmarca la acción social sumergida en la estructura social, determinada por el bagaje institucional que acota la libertad y el voluntarismo utópico. La ciudad es lograda como posibilidad, pero su realización requiere deseable, de alguna manera, del motor de soñarnos conviviendo en paz y en un proyecto sustentable en el que todos ganemos bienestar.

Si tuviera que elegir una postura entre el pesimismo de Mumford para este tipo de asentamientos humanos densificados y nombrados como

megalópolis o en el optimismo de Gottmann, quien ponía la resolución de problemas en las nuevas generaciones, me colocaría en la segunda postura.

No obstante, me parece que dicho optimismo debe partir de cambios paradigmáticos, orientados a las acciones por venir; las cuales hagan pensar que lo deseable es posible, pues si nos conformamos con la realización de lo posible, seguiríamos en la ruta del siglo xx, por lo que no cambiarla implicaría quedarnos sin siglo xxi (Hobsbawm, 1996). La creatividad o la imaginación socioantropológica será un asunto central en la formación y creación utópica de la nueva metrópoli que construyamos, con la que soñamos para vivir integrados en nuestra diversidad.

Dentro de la dinámica de contribuir con la construcción de comunidades sostenibles, en los contextos urbanos, en este capítulo se parte del análisis del habitar/residir o la construcción habitual de construir los hábitats metropolitanos (disculpe el lector las reiteraciones). Propongo una serie de ideas/dispositivos para cambiar el paradigma desde el que construimos la metrópoli y los estilos de vida urbanos en áreas densamente pobladas, como es la del Valle de Toluca. Los subapartados que se proponen a continuación se orientan por la idea de la metrópoli pensada como la formación de comunidades sostenibles que contribuyan al bienestar general de la metrópoli diversa.

LA METRÓPOLI DIVERSA Y LOS DERECHOS A LA DIVERSIDAD CULTURAL

Un supuesto del que partió este proyecto ha sido reiterado permanente en este libro: asumir que la metrópoli es productora permanente de diversidad cultural (Harvey, 2012; Soja, 2001). La diversidad cultural que se vive en las metrópolis propone ideas, con el fin de fomentar un desarrollo inclusivo, clave estratégica, para construir comunidades sostenibles para el bienestar total de los hábitats metropolitanos. Esta diversidad cultural, como se vio en el caso de la metrópoli del Valle de Toluca, se nutre de la cultura étnica (sobre todo de los pueblos rurales y en proceso de conurbación, también de las alcurnias de las zonas centro y sus relaciones de poder con los pueblos rurales étnicos) y de la cultura de la diferenciación social (Baudrillard, 2018), es decir, de aquella que surge del sentimiento de aspiración y anhelo (manifiestas por las alcurnias de las zonas centro y por los habitantes/residentes de los conjuntos habitacionales de interés social y los fraccionamientos

residenciales medios y altos) que buscan mantenerse en la jerarquía social sin descender o buscan pertenecer a la categoría de propietarios.

Si la cultura metropolitana se funda en la diversidad cultural (étnica y de clase), deberíamos aspirar a una gobernanza cultural, forjando condiciones para ejercer libremente la cultura, sin afectar a los otros grupos, configurando sociedades de paz, en las que los individuos ejerzan en la cultura, la posibilidad de su desarrollo pleno e inclusivo, basado en los derechos.

El planteamiento pertenece a la UNESCO (2022), pero en las zonas metropolitanas encuentra un obstáculo en la medida que las densificaciones urbanas vuelven escasos los bienes comunes (agua, aire limpio, silencio, caminos seguros y agradables al paseante, alimentos sanos), esto hace que todo se convierta en mercancía, susceptible de volverse un derecho (Baudrillard, 2018). No debemos perder de vista este factor, pues los derechos a la vivienda (el residir), deben traducirse en los derechos a la ciudad (el habitar) (Lefebvre, 1996). Significa, no sólo la posibilidad de un transporte limpio, seguro y rápido que privilegie los desplazamientos lentos, sino que se inhiba la posibilidad de los hábitats fracasados al limitar la disputa por el espacio, entre los sectores y que el beneficio de unos no se traduzca en el deterioro de otros.

El reto es mayúsculo, pero se debe plantear la utopía de la gobernanza cultural de la metrópoli. Sólo la gobernanza permitirá desear e imaginar a la metrópoli como un espacio culturalmente posible.

ALIMENTOS, SERVICIOS AMBIENTALES Y PUEBLOS PERIURBANOS

Vimos que los pueblos rurales de la interface, entre áreas metropolitanas, están recibiendo mucha presión, por parte de agentes y empresas inmobiliarias, para la compra/venta de terrenos para construir casas, tanto de interés social como fraccionamientos residenciales medios y altos y, ahora para construir casas de campo y esparcimiento. Además, los pueblos en proceso de conurbación son la expresión de un continuo urbano que denominamos el ciclo de desarrollo de densificación urbana por el que pasarán los pueblos rurales actuales. Si seguimos pensando en la inevitabilidad de este proceso de continuidad, estaremos sometidos a crisis urbanas que se traducirán en escasez de agua, aire, silencio y bienestar cultural en general; experimentando sus contrarios como violencia urbana, disputas por

el territorio, problemas de salud ambiental, de salud física y mental. La apuesta será la necrópolis, como afirmaba Mumford (1961).

De ahí que, en concordancia con el compromiso al derecho a la vida, pienso que la construcción de anillos periféricos de producción de alimentos, articulados con mercados urbanos, serán una clave para mantener esa interface territorial como un anillo contenedor del crecimiento urbano que, a la vez, produzca servicios ambientales (captación de carbono y producción de oxígeno) y alimentos orgánicos de origen campesino (Allen, 2003; de Alba, 2004).¹ Es evidente que se requieren diferentes tipos de unidades productivas y comerciales que no se reduzcan a empresas que buscan plusvalía; se necesita de la movilización emprendedora de las unidades familiares (grupos domésticos) campesinos. La apuesta es a la *biocrópolis*, es decir, a la vida en contextos metropolitanos.

DIVERSIDAD DE ORGANIZACIONES DE LA SOCIEDAD URBANA

Los derechos a la ciudad resaltados en la descripción de los hábitats son de dos tipos: los que se relacionan con los derechos sociales que tienen que ver con la infraestructura, servicios públicos, derechos al agua y a las áreas verdes, derecho a una movilidad segura y confortable y a la oferta cultural (teatros, cines, música, museos). Por otro lado, los derechos culturales tienen que ver con los derechos a la realización de una vida plena con base en lo que cada habitante valora o simboliza como positivo en función de su pertenencia cultural (ya sea por etnia o por clase social). Si reconocemos que la metrópoli es una productora de diversidad, por las formas de apropiarse y construir la espacialidad y la temporalidad, por cada segmento humano, podemos deducir que el Estado debería construir una metrópoli ajustable a los cánones diversos, donde lo más importante es el proyecto

¹ Este tipo de propuesta prescinde de las implicaciones que provienen de los tratados internacionales de comercio, propios del neoliberalismo global en que algunos pueblos se ven subordinados y obligados a comprar (dejando de producir) a empresas transnacionales. Es decir, este enfoque prescinde del comercio global como forma dominante y proyecta como solución al problema del hambre y la pobreza al mercado regional. Si incorporamos esa variable, la de la globalización y los tratados de comercio internacionales, se complejiza y se pone en riesgo la posibilidad de realización de la biocrópolis, lo que se propone en este trabajo.

social, el tejido social. Ahora bien, no se trata de producir espacio social urbano para perpetuar una diversidad cultural que nunca se encuentre, por el contrario, los encuentros son clave para resolver los problemas de abasto, de inseguridad y de transporte y movilidad. De ahí que los planificadores, lejos de construir sobre o en el espacio, deben saber que están construyendo sobre y en la sociedad, por lo que criterios como justicia y función social (valoración y potenciación de las vocaciones locales y regionales) deberían ser los criterios de las intervenciones espaciales en los contextos metropolitanos.

Una perspectiva, en este sentido, no buscaría suelo urbanizable sin primero atender las características culturales y ambientales de los usuarios de los distintos hábitats urbanos. En términos de Gottmann, significa que se reconoce la polinuclearidad (1957), cada grupo constituye un centro cultural en torno a la construcción social de la espacialidad y la temporalidad urbana.

Las propuestas de acciones que buscan la integración social, ante los procesos de fragmentación de los hábitats, son las asambleas comunitarias (en los casos de los pueblos en proceso de conurbación y los pueblos rurales periféricos); la búsqueda de organización vecinal (las unidades habitacionales de interés social con potencial a volverse delegaciones municipales) y la implementación de asociaciones civiles o contratación de empresas de servicios administrativos (como hacen los fraccionamientos medios y altos). Estas formas de organización de la sociedad metropolitana se convierten en opciones de vinculación con los gobiernos municipales y estatales para encaminar la gobernanza cultural, si no se consideran, la negociación política, la conflictualidad y la irregularidad serán constituyentes de la base de la gobernabilidad metropolitana.

CONSTRUIR UNA CIUDAD PARA EL TEJIDO SOCIAL

Los diseños de la urbe desde la posmodernidad intervienen en el espacio con criterios que no consideran a la justicia social, como obligaba el modernismo que orientaba sus intervenciones urbanísticas para la integración social (Harvey, 2012). En la actualidad, dados los niveles de densidad urbana megalopolitanos y la difusividad de las fronteras urbano/rurales, se hace necesario vislumbrar la función social de cada espacio metropolitano (Avelar y otros, 2013). Sólo respetando las vocaciones locales se podrá realizar una planificación metropolitana donde las interfaces entre áreas metropolitanas

se conviertan en zonas de conservación del ambiente y en productoras de alimentos con beneficios colectivos.

Esta visión se encamina a observar que las empresas que controlan el total de las ganancias no son la única vía para el bienestar social, debemos imaginar otro tipo de empresas que distribuyan social, local y regionalmente los beneficios (Vázquez-Maguirre, 2019). Sólo de esta manera se podrá virar a la forma de pensar el desarrollo y el bienestar, pues de no socializar las ganancias, difícilmente se va a lograr una sociedad de paz.

Las construcciones y diseños posmodernos terminan por segmentar la frontera del espacio público y el privado, por ejemplo, las plazas comerciales presentan el espacio privado del comercio como espacio público del ocio. Pero dicho lugar, en tanto comercio de elite, termina por construir un colectivo de similares, a quienes pertenecen a alguna clase social alta, dejando la experiencia con la diferencia o con la diversidad cultural como un asunto, no sólo evitable, sino no público alojando en los imaginarios, pero no en la experiencia cotidiana del espacio urbano.

La construcción inmobiliaria del tipo posmoderno y neoliberal (con la anuencia de los gobiernos) fragmenta los hábitats metropolitanos, separándolos y evitando los encuentros y la conflictividad, que también se produce como consecuencia de una aglomeración desbocada, pues aumenta la competencia por el acceso a los recursos forestales y el agua. La gobernanza con diversidad significaría no fragmentar, sino alentar, promocionar y posicionar las vocaciones locales de cada segmento cultural que habita la metrópoli. Esta es una idea que se debe alentar y va unida al encuentro con la diversidad cultural en el espacio público, además de la complementariedad de las vocaciones productivas y los servicios ambientales.

RECONOCER A LA URBANIZACIÓN COMO UN FACTOR PARA EL CAMBIO ECOLÓGICO

Los tres actores de la gobernanza deben reconocer que la centralidad del problema urbano se encuentra por encima de ellos, es decir, es más que un problema político cultural adscrito a las sociedades de urbanitas, constructoras de hábitats, pues la transformación del espacio y de la tierra, en este sentido geológico, puede generar una mala distribución de recursos como el agua y los servicios ambientales. Hoy más que nunca, se debe reconocer que vivimos en el Antropoceno, si queremos sobrevivir a él (si

queremos sobrevivir a nosotros mismos) debemos adoptar la filosofía de que la vida no se logra a costa de otros (acumulando el agua, erosionando la tierra, deforestando para construir casas, implementando acciones para dejar la agricultura de autoconsumo en favor del trabajo asalariado, etcétera), sino buscando las formas en las que cada segmento social utilice sus vocaciones y las complemente con otras.

LA CIUDAD DIFUSA

En esta lógica de integración de la diversidad cultural se contraponen lo rural y lo urbano. Estos límites o fronteras se difuminan cuando de las escalas metropolitana y megalopolitana se habla. Hacemos eco de la propuesta de Gottmann, quien planteaba que las generaciones del futuro resolverían los problemas que estas dimensiones humanas iban a poner por reto. La articulación entre lo rural y lo urbano debería correr en la complementariedad de los hábitats y no en su fragmentación. De ahí que un urbanismo que busque las articulaciones o vinculaciones entre los distintos hábitats será necesario no sólo para salvaguardar los recursos forestales y el agua, sino que también se traducirá en beneficios culturales, pues las personas podrán integrarse en mercados metropolitanos con paz y seguridad, sin malestar cultural.

La lógica rural y de la llamada nueva ruralidad, no sólo debe potenciar su utilidad turística (Guzmán Hernández y otros, 2019), sino también la producción de alimentos orgánicos, de artesanías y de servicios ambientales, sólo así se podrá potenciar su posición en la estructura social y se podrán poner límites al crecimiento desmedido de las metrópolis. En este sentido, vale decir que hay muchas acciones locales que desean ser vistas y que no afectan geológicamente al ambiente (por ejemplo, los productores ganaderos de San Felipe del Progreso, Ixtlahuaca, Jocotitlán y Atlacomulco que están luchando por el agua y contra las tendencias a urbanizarse abandonando la agricultura y la ganadería).

No hay duda de que los ejemplos que corren en contrario son muchos, los habitantes/residentes de los municipios de Mexicaltzingo y Capulhuac cambiaron sus prácticas de trabajo para insertarse en las cadenas productivas de la carne de cerdo y de borrego, respectivamente, con lo que se acarrearán problemas de higiene local de características urbanas y nuevas formas de movilidad (Salazar, 2022). De esta forma, el concepto de la nueva ruralidad

o la biocrópolis debe reconocer que hay nuevas vocaciones en algunas zonas urbanas que se deben aprovechar para el beneficio de todos. En este caso se trata de resolver el problema de higiene local, sin afectar la nueva vocación laboral a la comercialización de carne, para el beneficio de todos los habitantes de la metrópoli.

Lo rural y lo urbano, en tanto instancias difusas de una misma realidad metropolitana, (pero a la vez como expresiones de distintas escalas del proceso de aglomeración que comienza con lo rural para llegar a la megalópolis pasando por la ciudad y la metrópoli), deberían ser construidas como campos vinculantes, más allá de la cooperación económica, y verlo como articulaciones que contribuyen al mantenimiento, conservación y reproducción de la vida en general. Mediante su articulación estratégica se trata de construir la biocrópolis. El aspecto económico es clave, pero más nos serviría un modelo económico que administre la vida, que uno que lo haga con la muerte, es decir, más valdría apostarle al bienestar social que al crecimiento desbocado. Se trata de la construcción de circuitos de producción orgánica y ambiental que permitan un renacimiento para superar la idea del suicidio colectivo que las formas actuales del crecimiento urbano están produciendo (De Alba, 2004).

LOS SERVICIOS AMBIENTALES Y LAS ÁREAS VERDES

Se trata de salir de esa trampa mortal que nos tiene enredados en la urdimbre que conforma la decisión entre ser fiel a las variables macroeconómicas y el crecimiento, o combatir el deterioro ambiental, lo que se puede traducir entre ilusión (en tanto las variables macroeconómicas son tan inestables que siempre generan crisis inflacionarias) y realidad (el sentimiento de estar cada vez más cerca del cataclismo y no saber cómo detenerse). Las resonancias de Hobsbawm son evidentes cuando dice: “si la humanidad ha de tener un futuro, no será prolongando el pasado o el presente. Si intentamos construir el tercer milenio sobre esas bases, fracasaremos. Y el precio del fracaso, esto es, la alternativa a una sociedad transformada es la oscuridad” (1996).

Si las bases del desarrollo, matriz intelectual que aglutina el tránsito histórico de la humanidad y que se ha acentuado en este tiempo llamado globalización, han sustentado la idea del crecimiento y la sostenibilidad sobre las variables macroeconómicas, es claro que naciones antes no industrializadas y ahora tecnológicamente no avanzadas se mantendrán en los

estatus más bajos del llamado desarrollo, aumentando su dependencia y asumiendo el papel de productoras de fuerza de trabajo barata y materias primas (con deterioro ambiental local). Cambiar el paradigma desarrollista por uno que privilegie el ambiente y el bienestar social puede ayudar a comprender, si bien hay un contenido fuerte de utopía, otro tipo de división internacional del trabajo.

Las fórmulas de bienestar que se presentan vinculando al empleo con la empresa, difícilmente va a librar a las comunidades en su conjunto de catástrofes pues, para que el capital acumule, requiere de la apropiación de más recursos naturales. Si seguimos en este modelo, la acumulación por desposesión (Harvey, 2005) nos llevará a escenarios de conflicto por el agua (de los que ya hay muestras de luchas sociales), al tiempo que los recursos forestales se verán reducidos a su mínima expresión, lo que llevará a una gobernabilidad donde la violencia y la fuerza estará distribuida democráticamente entre sociedad, Estado y mercado, como ya lo estamos experimentando en la actualidad y cuyo indicador más llamativo fue la pérdida del monopolio de la fuerza por parte del Estado.



IMAGEN 44

Paseo Tollocan, proveedor de servicios ambientales que bordean el tránsito vehicular.

Fuente: fotografía tomada por Juan Manuel García e Iván Pérez González.

Se trata ahora de cambiar las coordenadas de la Administración Pública hacia la vida y dejar a la administración de la muerte como una experiencia que no se debe repetir. Entre las acciones claves para la construcción de nuevos modos de vida en las grandes concentraciones urbanas, se encuentran el mantenimiento de las áreas verdes y la promoción de la movilidad lenta en las ciudades. Además, se hace necesario asumir como política pública la ciudad verde, donde las casas sean construidas con tecnologías ambientales (biodigestores, captación de agua, muros verdes, hidroponía, etcétera) que reduzcan la movilidad humana y contribuyan a restar el calentamiento global.

Las áreas verdes de las metrópolis son de varios tipos: parques públicos, camellones amplios, camellones delgados, baldíos, zonas agrícolas, ríos, lagos, arroyos (y hasta azoteas florales o de hortalizas). Estas áreas verdes pueden funcionar como lugares del encuentro público, como son los parques. Aunque no todos los camellones pueden aprovecharse de esa manera, los habitantes y residentes de la metrópoli deberían saber los servicios ambientales que les proporcionan estos sitios. Ejemplo de ellos son el Paseo Tollocan, en Toluca (Imagen 44), zona arbolada que contribuye a la captación de carbono y disminuye la contaminación del ambiente y el ruido (González Pérez, 2022). De igual forma, los camellones delgados deben valorarse por medio de campañas publicitarias para que las personas no los destruyan cuando quieren cortar tiempo a la ruta y pasan sus llantas motorizadas sobre ellos, llevándose los troncos y raíces de árboles que morirán o ya no nacerán.

De la misma forma, urgen una serie de políticas de saneamiento de los arroyos y ríos que se han convertido en canales de aguas residuales y han acabado con fauna antes comestible por habitantes de los pueblos (como en Toluca, Zinacantepec, Almoloya de Juárez, Calimaya, Mexicaltzingo, San Antonio la Isla, Chapultepec y ahora también Tenango). Podemos acostumbrarnos a vivir en la suciedad, pero esto, tarde o temprano, nos alcanzará y nos veremos obligados a recordar que esas aguas, antes, albergaron cristales líquidos de agua potable y flora y fauna que no sólo adornaba los paisajes, sino incluso formaba parte de la dieta y la salud de los habitantes/residentes de esta metrópoli. De ahí que la contaminación de las cuencas sea una deuda pendiente del modelo empresarial que trata al ambiente como recurso y, cuando lo contamina, como externalidad (Leonard, 2013).

CAMBIAR EL PARADIGMA MENTAL

Cambiar de mentalidad es muy complicado, pero los tiempos actuales de desgaste ambiental, de violencia en las relaciones sociales metropolitanas y de frustración colectiva nos urgen a cambiar el paradigma mental. Se trata de ir construyendo una administración pública de los bienes comunes que se oriente, no por la administración social de las cosas, sino de las personas y sus sistemas de vida, es decir, urge centrarnos no en las variables sino en la gente (Cernea, 1995; Leonard, 2013). Este planteamiento obliga a pensar en emprendimientos que no tengan por misión mantener el control sobre la ganancia sino la distribución social de las ganancias. De lo contrario, seguiremos atendiendo procesos de higiene social o de salud pública que derivan de los procesos que implican las inversiones ligadas a las variables macroeconómicas. Se trata ahora, con urgencia, de reiniciar nuestro pensamiento, de trazar nuevas coordenadas ideológicas y encontrar caminos que conduzcan a la vida de todos en relación.

LA LINEALIDAD URBANIZADORA NO EXISTE

Si juntamos el cambio de paradigma mental, la valoración de los servicios ambientales, el papel de lo rural agrícola —como producción de alimentos en la ciudad difusa—, el reconocimiento de la fuerza del Antropoceno que entiende la urbanización como parte de la era geológica actual y las formas locales del tejido social, llegamos a un punto que nos permite ver, en el estilo optimista de Gottmann, que la aglomeración urbana representa más un reto a resolver que un indicador de la decadencia humana, como afirmaba Mumford. Sólo que, para lograrlo, se requiere desafiar la linealidad urbanizadora, es decir, dejar de ver el crecimiento urbano como si fuera independiente de las voluntades de las personas, como si la fuerza de crecimiento de la metrópoli estuviera determinada por un factor estructural, despojando a la agencia de su voluntad en favor de una pasividad resignada.

En este trabajo le he dado un nivel de acción relevante a la agencia. Así, a la metrópoli se le debe tomar como un producto que se puede delinear desde la agencia y no como una estructura que la determina. Una estrategia es recurrir a los saberes tradicionales de las comunidades, una especie de retorno a lo primario, lo que implica reconstruir la vida comunitaria y articular los procesos interterritoriales de la ciudad difusa. En este sentido, toda innovación debe ser valorada y debe ser inclusiva. La única forma que tenemos

para desafiar la linealidad urbanizadora es pensar en la diversidad cultural que producen viviendo las personas como una oportunidad para la integración de la diferencia. De ahí que sea necesario no construir estructuras jerarquizadas, pues son excluyentes, sino más bien constructos vinculantes de procesos.

HACIA UNA VIDA METROPOLITANA CALMADA

El hábitat es igual a una zona habitable, es decir, donde se puede desarrollar la vida. El hábitat urbano de esta cualidad se puede denominar la biocrópolis, por su antónimo necrópolis. Los distintos hábitats urbanos que se enumeraron antes constituyen distintas maneras de relacionarse con el espacio de la metrópoli; cada uno de ellos constituye un segmento cultural, pues la apropiación, ubicación y localización de su casa respecto a la metrópoli, obliga a simbolizarla y conocerla en la medida de su apropiación cotidiana y la habituación de las prácticas sociales. La dispersión relativa de los hábitats nos obliga a pensar en la movilidad intrametropolitana.

De esa forma, podemos aplicar la máxima que dice que el tipo de transporte dominante en una metrópoli define el perfil de los miembros de su sociedad (González y Curiel, 2020), pues en la movilidad se calibra el ejercicio de la ética cívica como acto de reconocimiento mutuo de la dignidad de las personas. Una sociedad autocentrista revela la existencia de una sociedad acelerada; el tiempo se convierte en insumo escaso para las relaciones sociales; se desgasta el ánimo de la escucha (pues no hay tiempo para eso) y se impone siempre la opinión eficientista sobre las otras. Me parece que es necesario cambiar la idea de esta aceleración por ciudades de movilidad lenta (andadores y bicicletas), articulados con movilidad rápida, pública y segura, lo que daría la oportunidad de construir centros culturales policentrados, pero integrados en red o malla (sin que se encuentren en una sola parte de la metrópoli, lo que obliga el uso de automóvil para el tiempo de ocio) y al mismo tiempo diseñar ciudades verdes (con paredes y muros hechos de plantas). De esta manera, la policentralidad será el efecto de una metrópoli funcional con movilidad lenta entre sus distintos núcleos culturales y no el caos que la presenta o hace ver como si la estructura fuera el motor de crecimiento interno.

SALUD MENTAL Y COMUNIDAD

Sumado a lo anterior, ver la salud mental como una política pública es necesario en los tiempos de la metrópoli exacerbada. Asistimos a un mundo en el que el malestar se cifra en la pérdida del sujeto ético (Del Cueto, 2014), ante esto emergen las disposiciones a la melancolía o a la excentricidad, verdaderos cimientos para la violencia social y la pérdida de los pegamentos colectivos (González Ortiz, Osorio y Niño, 2020). De ahí que las acciones que construyen ciudad con visión de justicia y función social deberían traducirse en la construcción de comunidad, es decir, en la reconstrucción del tejido social que implica hacerse cargo de los jóvenes, mediante instituciones intermedias (Berger y Luckmann, 1997) que protejan a las juventudes mediante inserciones útiles a la sociedad, sólo de esa manera se podrá reconstruir la salud mental de la sociedad en su conjunto.

En este sentido, la construcción de la metrópoli tiene una posibilidad de mejorar a la sociedad, pues en su hechura, las comunidades como instituciones de protección y lazos primarios de solidaridad, generarán las posibilidades de inserción a la vida social con sentido y utilidad, pues las prácticas se complejizarán en beneficio de todos los habitantes/residentes de la metrópoli. La construcción de comunidades significa a la vez proyectar la posibilidad de la escucha, es decir, de la solidaridad mutua entre los diferentes.

METRÓPOLI Y COMUNIDADES SOSTENIBLES

Todos los elementos antes descritos nos obligan a pensar en la potencialidad que la construcción del espacio urbano permite. La combinación de la ciudad posible y la ciudad deseable se sintetiza en una mezcla compleja que incorpora el cambio de mentalidad; el cambio de prácticas, en función de la complementariedad de las distintas escalas de aglomeración urbana; el cambio de mentalidad que le asigna una linealidad inevitable a la aglomeración, dándole a la agencia o a la acción social una independencia relativa, pero urgente; la necesidad de construir comunidad para lograr la salud mental; la necesidad de los recursos ambientales y los alimentos orgánicos vendidos mediante empresas de distribución colectiva de las ganancias y reconocer que la ciudad difusa no es la ciudad de los peligros por la ausencia de espacios llenos nos lleva a considerar la posibilidad de una metrópoli sostenible que, de replicarse su construcción, podría llegar incluso a áreas megalopolitanas con sus interfaces de crecimiento ambiental y rurales.

Se requiere de la voluntad de los tres actores centrales: el Estado, el mercado y las sociedades. Y en esta combinación, las claves se encuentran en la gobernanza, pues sólo incorporando las prácticas, las simbolizaciones y las cogniciones de estos actores diversos, se podrá construir una metrópoli que se oriente por la vida, una verdadera biocrópolis.

¿Sabías que...?

En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca

Los pueblos de la interface norte de la metrópoli del Valle de Toluca han combinado la agricultura (imagen 45) con servicios ambientales, con servicios de veterinaria para especies mayores y para mascotas o perros guardianes, pero también ofrecen servicios de gastronomía para atender fiestas. Cuando quieren vender esas actividades o sus productos agropecuarios lo hacen utilizando las tecnologías de comunicación, formando grupos en las redes sociales mediante los que se enteran de lo que se ofrece, generando un mercado muy intenso de productos.



IMAGEN 45

Maíz producido en la interface norte de la metrópoli del Valle de Toluca.

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Por su parte, la interface sur se dedica fundamentalmente a la agricultura y a los servicios turísticos.

CONCLUSIONES

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE LA BIOCROPOLIS

La densidad urbana que vivimos en la actual metrópoli del Valle de Toluca nos recuerda el debate entre Gottmann (1957) y Mumford (1961) en torno a la megalópolis o a las áreas urbanas extensas y densas. Conviene decir que nos favorece una postura optimista, pues desde ella podemos tomar el hecho urbano extenso como un reto con posibles soluciones para el beneficio de los que habitamos y residimos en áreas urbanas de enormes dimensiones.

Consideré la metrópoli como un escenario social productor de diversidad cultural (Harvey, 2012), definible por la producción de hábitats que se configuran desde el habitar/residir, entendiendo éste como la posibilidad de ubicación y localización de los grupos de residentes en distintos barrios, colonias, unidades habitacionales, pueblos o fraccionamientos residenciales para significar la casa en la que se reside y su articulación con el hábitat y la metrópoli como resto (Lindón, 1999; Giglia, 2012). Se concluyó que la diversidad cultural se genera en dos sentidos: por las adscripciones étnicas (los casos de los hábitats pueblos rurales y conurbados); la de clase social (como es el contraste entre los habitantes/residentes de los conjuntos habitacionales de interés social con los fraccionamientos altos y bajos); la que deriva de la combinación entre adscripciones étnicas y de clase (como la que se establece entre las alcurnias de las zonas centro y los pueblos conurbados).

Siguiendo el esquema de Duhau y Giglia (2008), presenté los distintos hábitats como productores de diversidad cultural, tanto étnica como de clase social. Le asigné a la agencia mucha capacidad de construcción del espacio urbano y, en esta medida, en tanto constructores de la espacialidad y el uso de la temporalidad, se generan las simbolizaciones que le dan sentido al entorno.

Una conclusión fue que buena parte de los comportamientos de las clases bajas, sobre todo de los habitantes/residentes de las unidades habitacionales de interés social, se explican por la opresión que la estructura hace sobre ellos, lo que genera una especie de comportamiento rebelde, sujeto a violencias y relaciones conflictivas. Distinto a los habitantes/residentes de los fraccionamientos residenciales que dan mayor peso a la agencia y a la acción social, pues su capital social tiene mayor potencia de red o malla y abarca a actores de las esferas políticas y económicas de la estructura social de poder.

Los distintos hábitats descritos en este libro, encontrados en el Valle de Toluca, fueron los de las zonas centro, pueblo rural, pueblo en proceso de conurbación, unidad habitacional de interés social y fraccionamiento residencial medio y alto. Cada uno de estos hábitats contiene segmentos de estratos sociales diferenciados, pero se puede argüir que conforman unidades culturales más o menos homogéneas; esto es debido a que consideramos a la cultura como un aglutinador de cogniciones y simbolizaciones que se sedimentan conforme a las prácticas sociales de apropiación de la metrópoli que se van habituando para cada forma singular del habitar/residir. Así, entre cada hábitat se gestan fronteras culturales que simbolizan espacio-tiempo para construir las identidades y las otredades. Por eso en dichos hábitats radica la producción de la diversidad cultural.

Además, cada hábitat representa un momento de densificación urbana que se articula con las escalas urbanas que comienzan en lo rural, la ciudad, la metrópoli y la megalópolis. De esta suerte, cada escala y cada hábitat puede explicarse como un ciclo dinámico de densificación urbana del territorio. Para el caso del Valle de Toluca, todo comenzó con el pueblo rural (de orígenes prehispánicos) para dar entrada a la ciudad colonial, creadora de centralidad política, religiosa y de mercado para su posterior integración de la metrópoli y la megalópolis que integran hábitats diversos como las unidades habitacionales de interés social y los fraccionamientos residenciales medios y altos.

Considerando que la construcción de la metrópoli del Valle de Toluca responde a un modelo de fragmentación social (y no de integración), recuperamos el planteamiento catastrofista de Mumford que mira a este tipo de densidades urbanas como expresiones de decadencia social. Si consideramos el nivel de contaminación de arroyos, ríos y lagos; la contaminación del aire; el diseño paisajístico austero y poco estético; el ruido y el malestar de

los habitantes de los distintos hábitats estamos en un escenario decadente, de ahí que en el trabajo se sugiere un cambio completo de mentalidad respecto a la vida urbana.

En este punto articulo la idea de la gobernanza cultural como posible solución, entendida como los arreglos institucionales entre sociedades, autoridades gubernamentales del Estado y mercados para el bien común, cuya condición de posibilidad se encuentra en un mínimo de cultura cívica que se defina por el respeto a la dignidad del otro culturalmente distinto, quien, a su vez, debe tener las posibilidades reales de realizarse en su cultura con inclusión y contribución al bienestar colectivo del total de habitantes/residentes de la metrópoli en su conjunto. La gobernanza cultural se define porque el espacio público de la ciudad se encuentra diseñado para el encuentro y el respeto vinculante de los diferentes. Si no alcanzamos un cierto nivel de acuerdo entre estos actores, la gobernabilidad (más no la gobernanza) será el escenario de negociaciones y luchas cuyo telón de fondo será el malestar colectivo, la injusticia y la violencia; de ahí la necesidad de cambiar el paradigma de la mentalidad respecto a la vida urbana, posición que nos coloca más en el optimismo de Gottmann, respecto de las generaciones futuras.

Para el logro de este cambio de mentalidad, se describieron los siguientes componentes:

1. La consideración urgente de que los espacios de la interface rural que se encuentra entre las áreas metropolitanas deben dedicarse a la producción de alimentos y la provisión de servicios ambientales.
2. La necesidad de planificar el espacio urbano en función de la justicia social y de la funcionalidad social para que las diversas actividades se conviertan en complementarias. Es necesario considerar distintas formas de emprendimientos, sobre todo aquellos que no buscan el control de las ganancias, sino la distribución social de ellas.
3. Tomar en cuenta a las organizaciones de la sociedad, no sólo aquellas de carácter civil sino también las tradicionales. Muchas de estas organizaciones tienen una cualidad activa de agencia local, pero hace falta articularlas en un sistema normativo, complejo y vinculante, para la gobernanza.
4. La planificación de la ciudad debe hacerse para la integración completa, y compleja, del tejido social. Las experiencias de fragmentación

han derivado en crisis de recursos ambientales, siendo al agua y los recursos forestales los de mayor preocupación.

5. Reconocer a la urbanización como un factor de cambio geológico en un mundo cuya era evolutiva se encuentra en el Antropoceno. Esta era geológica implica la muerte de especies y de recursos naturales que es importante detener, lo que significa construir las bases de una gobernanza para la vida en detrimento de una gobernabilidad para la muerte.
6. Ver a la metrópoli como un escenario difuso significa que los distintos segmentos culturales se enciman en el territorio, pero lejos de valorarlo como un problema propio de las metrópolis, deberíamos partir de ese reconocimiento para aprovechar las vocaciones locales de cada segmento y articularlas en proyectos de beneficio colectivo. Se trata de reconstruir las comunidades en un proyecto de vinculación metropolitano en que cada espacio tenga una función social para el total de la metrópoli.
7. Los servicios ambientales y las áreas verdes deben ser valoradas no sólo como lugares de esparcimiento, sino también como lugares productores de oxígeno, captadores de carbono y demás servicios ambientales. Esto obliga a valorar los camellones, los baldíos y las zonas agrícolas y forestales que “salpican” las áreas metropolitanas. Se trata de crear pertenencias de las áreas verdes para todos sus habitantes, aunque no todos las disfrutemos como lugares (por ejemplo, el Paseo Tollocan es un no-lugar, pero los servicios ambientales de oxigenación que proporciona a los habitantes de esta metrópoli son muy relevantes, de ahí que sea necesaria una política de apropiación del espacio como un recurso natural que beneficia a todos los habitantes de esta metrópoli) (González Pérez, 2022).
8. Cambiar el paradigma mental sobre lo urbano y la vida en la ciudad significa observar que hay bienes comunes que están por encima de los segmentos culturales (y de las clases sociales) y que es a partir de ellos que se deben orientar las decisiones para la gobernanza.
9. De ahí que el desafío sea remover la idea de que la urbanización es inevitable, es decir, que las densidades urbanas crecen por sí mismas, como si en ellas encarnara una metafísica propia de inevitable crecimiento. Más bien, se trata de ponerle un alto mediante acciones

creativas que redefinan las actividades económicas de cada hábitat o segmento cultural en cuestión.

10. La desaceleración de la vida metropolitana es otro factor que nos lleva al respeto de la dignidad de las personas diferentes que habitamos la metrópoli. Esto implica no sólo hacer más eficiente y menos contaminante el transporte, sino fundamentalmente cambiar a un tipo de movilidad lenta y conectiva de las reglas civiles. Esto significa desacelerar el tiempo.
11. La necesidad de vincular el proyecto comunitario a la salud mental de las personas. Se trata de darle sentido a instituciones de protección (sobre todo de la infancia y la juventud), que sean intermedias para abastecer de proyecto, sentido y utilidad a las personas.

Llegué a estas conclusiones a partir del diagnóstico general que me llevó a vislumbrar el tipo de metrópoli a partir de sus segmentos sociales que la habitan/residen en distintos hábitats. Pienso que, por un lado, hemos llegado a un punto crítico, donde la densificación nos está poniendo un reto que se puede cifrar como una encrucijada que sintetizamos de la siguiente forma: o somos una especie que camina irremediamente a su decadencia social o somos una que encontrará las fórmulas y ejecuciones para resolver los nuevos problemas (esperando sea para todos y no que las soluciones impliquen la muerte de unos para salvar a otros). Mumford y Gottmann testificaron una realidad de densificación urbana que los llevó a construir sus respectivos argumentos y actitudes frente a la megalópolis. Los dos tenían razón: la decadencia se observa en los altos niveles de contaminación, de violencia y malestar cultural de la sociedad, pero el reto se plantea como una luz en el horizonte que nos obliga a cambiar nuestro paradigma mental respecto a la vida urbana (la vida en general) y las formas de relacionarnos. Sólo cambiándolo podremos llegar a una cultura cívica que se manifieste con el respeto al diferente y en la valoración humana de la diversidad cultural como insumo vinculante para garantizar la vida colectiva, además de delinear las estrategias de acción para salvaguardar el ambiente y la producción de alimentos.

De seguir la linealidad en la construcción de densidades urbanas estaremos en dirección a la necrópolis; de mantener un cambio de paradigma hacia la construcción de comunidades sostenibles en contextos metropolitanos, estaremos virando hacia la biocrópolis, es decir, a la administración de la vida urbana, más no de la muerte urbana.

La siguiente pregunta de nuestras conclusiones versan sobre las maneras singulares de construir el espacio y el tiempo por cada segmento cultural que habita y reside en la metrópoli de Toluca. El ritmo de crecimiento de hábitats ha sido muy acelerado pues su lógica se centra en la producción de mercancías (casas) para la obtención de ganancias, independientemente de los deterioros forestales, hídricos y ambientales, en general, que se consideran externalidades y no se contabilizan en las cuentas de la riqueza nacional.

De la misma forma, un componente que se ilustró en la comparación de los distintos hábitats de la metrópoli de Toluca me llevó a considerar la diversidad cultural en función de los estratos y clases sociales, lo cual genera malestar cultural (en general), en la medida que la aspiración a no descender de la jerarquía social (expresada por los habitantes/residentes de los fraccionamientos residenciales), se expresa en clave de exigencia de estatus frente a la incapacidad de cumplir con dicha exigencia por parte de los estratos más bajos (especialmente por los habitantes/residentes de los conjuntos habitacionales de interés social).

En este mismo orden de ideas, con los pueblos rurales y pueblos en proceso de conurbación pudimos constatar la antigüedad de estos asentamientos en la actual metrópoli del Valle de Toluca. Se puede afirmar que estos pueblos son la base sobre la que se alzó y se está alzando (construyendo) esta metrópoli. Es decir, a partir de la existencia de dichos pueblos se va complejizando, pero la matriz original subsiste. Esta existencia de larga duración me hizo pensar que si los conjuntos habitacionales de interés social se construyen junto a dichos pueblos es porque en el fondo (no de manera consciente pero sí como historia subterránea destinada a repetir el patrón de la colonización como arquetipo nacional) (González, 2023), se trata de desplazar la cultura indígena por una cultura más ciudadana, aunque la oferta cultural desde los pueblos sea una manifestación estética de su propio proyecto social y político a través del uso del símbolo.

Por su parte, las zonas centro crean una sociedad de alcurnia que se constituyó diferenciándose precisamente de los pueblos indígenas que rodeaban a las cabeceras municipales. Su origen colonial es claro.

De esta forma, en el libro se dijo que hay un continuo de escalas de densificación que puede construirse de manera ideal que empieza con el pueblo rural, el pueblo conurbado, la ciudad, la metrópoli y la megalópolis.

Los tipos de hábitats se mantienen en cada escala, y es desde ellas que se configuran las formas culturales de diferenciarse de los demás.

Apostamos por la biocrópolis, lo que nos lleva a pensar e imaginar (desear) que una metrópoli puede ser distinta y puede ser una en la que quepamos todos con nuestras diversidades de clase y de identidad cultural. En esta nueva etapa, la metapolis será una realidad planificada en que el ambiente y los alimentos orgánicos sean parte constituyente de los modos de vida diversos.

¿Sabías que...?

En la Zona Metropolitana del Valle de Toluca

Su hábitat está formado por los puentes, las esquinas donde pernoctan, las calles en que deambulan, las casas en las que se les da de comer. Ellos no tienen casa, su residir se limita a los lugares donde duermen en la calle.

Ausencia del residir y presencia del habitar, ese es el habitar/residir de los indigentes urbanos.



IMAGEN 46
Persona sin casa en la
metrópoli del Valle de Toluca.

Fuente: fotografía tomada por
Elizabeth Mejía García.

Conclusiones

Los residentes de la calle carecen de todo, son víctimas permanentes (Imagen 46): “Las personas indigentes regularmente les tienen miedo a los policías, porque los corren, les dicen groserías, los violentan e incluso no quieren ir a los albergues porque les tienen mucho miedo a los funcionarios públicos”, dice Elizabeth Mejía, activista por los derechos de las personas sin hogar (Antonio, 2022).

El habitar/residir de las personas indigentes es un reto para el análisis en la medida que su grado de marginación es tan grande que ni siquiera la investigación académica los mira (Mejía, 2019).

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Beltrán, G. (1987) *Regiones de refugio*, México: INI.

Allen, A. (2003) “La interfase periurbana como escenario de cambio y acción hacia la sustentabilidad del desarrollo”. En *Cuadernos de CEDES*, 20 (53), pp. 7-21. Disponible en: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-25082003000200002 [consultada en noviembre de 2023].

Alejandro García, S. (2001) *Los impactos de la política social en la organización y espacio familiar de las localidades otomís de Huitzililapan, Lerma, Estado de México, periodo 1988-2000*. Tesis de Maestría en Estudios Regionales, Instituto Mora.

Antonio, E. (2022) “Abandonados, indigentes de Toluca. GEM, sin políticas para apoyarlos”, *Diario Portal*, 13 de noviembre de 2022. Disponible en: <https://diarioportal.com/2022/11/13/abandonados-indigentes-de-toluca-gem-sin-politicas-para-apoyarlos/> [consultada en noviembre de 2023].

Augé, M. (1996) *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa.

Avelar Moura, J., Rodrigues Ferreira, W. y De Barros Lorandi Silveira Lara, Luciene (2013) “Agricultura urbana y periurbana”. En *Mercator. Revista de Geografía de UFC*, 12 (27), pp. 69-80. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=273628670005> [consultada en noviembre de 2023].

Ávila Cisneros, R., Rocha Valdez, J. L., González Torres, A., González Ávalos, R. y Orgaz, A. (2018) “Reforma del artículo 27 Constitucional en el salinismo. ¿Sin efectos? Estudio de caso: 2010-2018”. En *Revista Mexicana de Agronegocios*, 44, Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14161295009> [consultada en noviembre de 2023].

Bartolomé, M. (2006) *Procesos interculturales. Antropología política del pluralismo cultural en América Latina*, México: Siglo XXI.

Bartra, A. (2008) *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*, México: ITACA, UACM, UAM.

Bateson, G. (2016) *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*, Buenos Aires: Lohlé-Lumen.

Baudrillard, Jean. (2018). *La sociedad de consumo, sus mitos, sus estructuras*, España: Siglo XXI.

Bauer, G, y Jean Michel R. (1976). *La rurbanization ou la ville éparpillée*, París: Seuil.

Bautista, J. D. y Crespo Stupková, L. (2019) “Miradas hacia el desarrollo en dos localidades rurales mexicanas”. En *Política y cultura*, 52, pp. 143-170.

Benjamin, W. (2005) *Libro de los pasajes*, Madrid: Akal.

Berger, P. y Luckmann, T. (1987) *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*, Barcelona: Paidós.

Binswanger, L. (1972) *Tres formas de la existencia frustrada*, Buenos Aires: Amorrortu.

Blakely Edward J. y Gail Snyder, M. (1997) *Fortress America: Gated communities in the United States*, Brookings Institution Press/Lincoln Institute of Land Policy, Washington DC y Cambridge.

Botey, M. (2014) *Zonas de disturbio, espectros del México indígena en la modernidad*, México: Siglo XXI.

Cabrera, J. (1993). *Memoria histórica y tradición oral de Huitzilapan*, México: Dirección de Culturas Populares.

Caldeira, T. (2000) *City of walls, Crime, Segregation, and Citizenship in Sao Paulo*, University of California: Berkeley.

Cámara Barbachano, F. (1952) "Religions and Political Organization". En *Sol Tax. Heritage on Conquest*, Illinois, USA, Glencoe, Free Press, pp. 142-164.

Cernea M, M. (1995) *Primero la gente. Variables sociológicas en el desarrollo rural*, México: FCE.

Cerón Aparicio, E. (2018) "Movilidad cotidiana e infraestructura en la configuración del espacio rural no periurbano". En *Región y Sociedad*, XXX (71), pp. 1-27. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10253649002> [consultada en noviembre de 2023].

Chase, S. (1931) *Mexico, a Study of Two Americas*, New York: McMillan Co.

Chávez Alvarado, M. (2021) *Germán, una historia singular*, Toluca: Ediciones de autor.

Colín Dimas, D. (2014) *Matrimonios biculturales: construcción cotidiana de la cultura en la comunidad mazahua*. Tesis de Licenciatura en Comunicación, UAEMEX.

De Alba Ceballos, A. (2004) *Suicidio o renacimiento. Metrópoli y naturaleza*, México: Indesol, Grupades, Plaza y Valdés.

De Alba Murrieta, F. y Hernández Guerrero, N. (2017) "La megalópolis como el mundo de los procesos en desborde". En De Alba, F. (coordinador). *Las paradojas de la megalópolis. Un debate actual a distintas voces*, México: CESOP.

Del Cueto, A. M. (2014) *La salud mental comunitaria, vivir, pensar, desear*, Argentina: FCE.

De la Madrid Cordero, E. (2017) Reglas de operación del programa de desarrollo regional turístico sustentable y pueblos mágicos (prodermágico) para el ejercicio

fiscal 2017. Disponible en: https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5509139&fecha=27/12/2017#gsc.tab=0 [consultada en noviembre de 2023].

Delgado, M. (2007) *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona: Anagrama.

Duhau, E. y Giglia, A. (2008) *Las reglas del desorden. Habitar la metrópoli*, México: Siglo XXI, UAM.

Esquivel, M. T. (2006) “Política habitacional y calidad de vida: impacto de los nuevos desarrollos habitacionales”, en Borja, A. y Bucio M, (coordinadoras). *La vivienda en México. Construyendo análisis y propuestas*, México: CESOP/Cámara de Diputados/LIX Legislatura, <http://centro.paot.org.mx/index.php/porinstituciones/otros-organismos/72-cesop/1617-la-vivienda-en-mexico-construyendo-analisis-y-propuestas>

Esquivel, Y. (2019) “A consulta manejo de agua en San Andrés Cuexcontitlán”. En *Transeúnte, periodismo independiente*, 16 de julio de 2019, Toluca. <https://transeuntemx.com/2019/07/16/consulta-manejo-agua-san-andres-cuexcontitlan/> [consultada en abril de 2022].

Fernández, J. “Subjetividades políticas y exclusión social. Estrategias políticas en zonas habitacionales en el suroriente de Ciudad Juárez”. En Hernández Hernández, V. y Ramírez Urritia, R. (coordinadores). *Vivienda y espacio público, políticas, apropiación y subjetividades*, Ciudad Juárez: UACJ, pp. 79-99.

Fernández González, M. A. (2018) *La tradición del ceremonial en un municipio que se urbaniza*, Tesis de Licenciatura en Comunicación, UAEMEX.

Fortes, M. (1971). *The Developmental cycle of Domestic Groups*, Cambridge, USA, Cambridge University Press.

Freud, S. (2012) *Introducción al psicoanálisis*, México: Tomo.

Fuentes García, J. C. (1999) *Cargos cívico-religiosos e intercambio recíproco en San Nicolás Totolapan*, Tesis de Licenciatura en Antropología, UAM-I.

Gaceta (2017). Pueblo mágico. https://www.dof.gob.mx/nota_detalle_popup.php?codigo=5468076

García Canclini, N. (1988) “Qué hay para ver, mapas de la oferta y prácticas culturales”. En García Canclini, N. (coordinador). *Cultura y comunicación en la Ciudad de México*, México: UAM, Grijalbo, pp. 40-63.

García Castro, R. (1999) *Indios, territorio y poder en la provincia matlatzinca. La negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos xv-xvii*, México: El Colegio Mexiquense, CIESAS.

Garza, G. (2000) “Introducción”. En Garza, G. (coordinador). *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, México: El Colegio de México, Gobierno del Distrito Federal, pp. 4-10.

Gibson, C. (1996) *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México: Siglo XXI.

Giddens, A. (2009) “El estructuralismo, el post-estructuralismo y la producción de cultura”. En Giddens, A. y Turner, J. y otros (coordinadores). *La teoría social hoy*, Madrid: Alianza.

Giglia, Á. (2012) *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*, México: Anthropos, UAM-I.

Ginzberg, E. (2019) “Renunciar a un ideal revolucionario: el debate en torno a la naturaleza privada y comunal de la Reforma Agraria mexicana”. En *HMex*, LXIX (2), pp. 551-611.

Gobierno del Estado de México (2015). *Datos e indicadores de la zona metropolitana del Valle de Toluca*, México.

Goffman, E. (1959) *The Presentation of Self in Everyday Life*, New York: Doubleday.

González Limón, A. B. (1999) *Parque industrial Toluca 2000; sus características y su impacto sobre el territorio*, Tesis de Licenciatura en Planeación urbana y regional, UAEMEX.

González López, S. (1992) *Proceso de configuración territorial de la industria automotriz terminal en México, 1964-1989*, Toluca: UAEMEX.

González Ortiz, F. (1996) *Actividades económicas de subsistencia: el caso de una comunidad mazahua*, Tesis de Licenciatura en Antropología Social, México, ENAH/INAH. Disponible en: <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/tesis%3A1582> [consultada en noviembre de 2023].

González Ortiz, F. (2009) *Multiculturalismo y metrópoli. Cultura política en un fragmento urbano (antropología urbana)*, México: UAM-I.

González Ortiz, F. (2012) *Megalópolis y cultura. Del ritual indígena al performance urbano*, México: UAEMEX y Porrúa.

González Ortiz, F. (2014a). *Carnavales metropolitanos. Acción ritual ante el crecimiento urbano. San Francisco Tlalcalcalpan*, México: UIEM y UAEM.

González Ortiz, F. (2014b). “La región del colibrí y su carnaval metropolitano”. En *Indiana*, 31, pp.111-142. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/2470/247033484002.pdf> [consultada en noviembre de 2023].

González Ortiz, F. (2016) “El supermercado: un escenario de comercio para inventar el trabajo y el consumo”. En *Sociedade e Cultura*, 19 (2), pp. 105-116. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70352146009> [consultada en noviembre de 2023].

González Ortiz, F. (2017a). “Buscando un lugar en la economía. Modalidades de comercio practicadas por los mazahuas”. En *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. 83 (2), pp. 187-217, Disponible en: DOI: <http://dx.doi.org/10.28928/revistaiztapalapa/832017/aot3/gonzalezortizf> [consultada en noviembre de 2023].

González Ortiz, F. (2017b). “La contribución de Mesoamérica a la ciudad moderna”. En Castillo Fernández, D. (coordinador). *¿Actualidad de la teoría de la dependencia en América Latina?*, Madrid: Anthropos.

González Ortiz, F. (2020) “La calle urbana hecha pasaje comercial popular. El drama cotidiano por trabajar”. En *Revista Andaluza de Antropología*, 18, pp. 153-171.

Disponible en: <https://dx.doi.org/10.12795/RAA.2020.18.08> [consultada en noviembre de 2023].

González Ortiz, F. (2021a) *El mercado 16 de Septiembre de la ciudad de Toluca. Familias que venden bienes e historias*, Toluca: uno5cinco.

González Ortiz, F. (2021b) “Residencia, matrimonio y filiación en la región mazahua”. En *Indiana*, 38 (1), Ibero-Amerikanisches Institut, pp. 219-241. DOI: 10.18441/ind.v38i1.2019-241 [consultada en noviembre de 2023].

González Ortiz, F. (2022) “Fronteras culturales en la ciudad de Toluca: asentamientos humanos y territorios urbanos”. En *Espacios públicos*, 23 (59). Disponible en: <https://espaciospublicos.uaemex.mx/article/view/20775>

González Ortiz, F. (2023) “Construir modernidad sobre las ruinas de los pueblos originarios. Los pueblos indígenas en el Estado de México”, *Korpus* 21, 3 (8), pp. 267-286. Disponible en DOI: <https://doi.org/10.22136/korpus212023130> [consultado en noviembre de 2023].

González Ortiz, F. y Vizcarra Bordi, I. (2006) *Mujeres indígenas, vidas conducidas desde sus instituciones sociales*, Toluca: UAEMEX, El Colegio Mexiquense. Disponible en: <https://books.google.com/gi/books?id=A6KP3tjNI8IC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false> [consultado en noviembre de 2023].

González Ortiz F. y Vega Bolaños, S. (2016) “Mercados itinerantes: estudio comparativo de dos mercados en México”, *Revista de Ciencias Sociales (Cr)*, 1 (151), pp. 127-149. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15345948009> [consultada en noviembre de 2023].

González Ortiz, F. y Curiel Luna, K. (2020) “Narrativas y desencuentros de la ciudadanía: un análisis de la movilidad urbana en la metrópoli de Toluca”. En Valencia Londoño, P. A. y González Ortiz, F. (coordinadores). *Metrópolis y estilos de vida. El derecho a la ciudad, estudio comparativo de América Latina*, Medellín: Universidad de Medellín, pp. 115-148.

González Ortiz, F., Osorio Ballesteros, A. y Niño Martínez, J. (2020) “Inferencias sobre jóvenes en proceso de ley a partir de narrativas de funcionarios en México”.

En *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 85, pp. 67-87. Disponible en: <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/fgortiz.pdf> [consultada en noviembre de 2023].

González Pérez, M. (2022) “Infraestructura verde y gobernanza: vinculación entre planificación urbana y servicios ecosistémicos”, ponencia en *Simposio Internacional Gobernanza de las áreas verdes en los espacios urbanos, rurales y forestales*, 9 y 10 de junio de 2022, Toluca: AMECIP, Instituto de Estudios Legislativos.

Gottmann, J. (1957). “Megalopolis or the urbanization of the Northeastern seaboard”. En *Economy Geography*, 33 (3) pp. 198-200.

Gottmann, J. (1959) *Megalopolis*, México: International Thompson Editores.

Guzmán Hernández, C., Soto Albarrán, F., Mendoza Vilchis, R., López Ojeda, A. y López Hernández, R. (2019) “Ruta alimentaria en circuitos y producción de traspatio en Donato Guerra, México”. En *Estudios sociales. Revista de alimentación contemporánea y desarrollo regional*, 29 (53). Disponible en: DOI: 10.24836/es.v29i53.696 [consultado en noviembre de 2023].

Harvey, D. (2005) *El nuevo imperialismo. Acumulación por desposesión*, Buenos Aires: CLACSO.

Harvey, D. (2012) *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires: Amorrortu.

Hernández Flores, J. Á. y Rappo, S. (2016) “Estrategias reproductivas y formación de capital social en contextos migratorios y periurbanos. Un análisis desde la perspectiva de Pierre Bourdieu”. En *Estudios Demográficos y Urbanos*, 31 (3), pp. 697-727. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31247006004> (consultada en noviembre de 2023).

Hiernaux, D. y Lindón, A. (2004) “Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la ciudad de México”, *Doc, Anàl*, 44, pp. 71-88.

Hiernaux, D. y Lindón, A. (2006) “Introducción. La geografía humana: un camino a recorrer. En Hiernaux, D. y Lindón, D. (directores). *Tratado de geografía humana*, España: Anthropos, UAM.

Hobsbawm, E. (1996) *Historia del siglo xx*, Buenos Aires: Crítica.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2010) *Censos de población y vivienda de 1990, 2000, 2010 y 2020*, México.

Knorr Cetina, K. y Cicourel, A. V. (2014) "Advances in Social Theory and Methodology". En Knorr Cetina y Cicourel (editores), *Toward in integration af micro and macro sociologies*. London: Routledge. Disponible en: <https://doi.org/10.4324/9781315763880> (consultada en noviembre de 2023).

Korsbaek, L. (1996) *Introducción al sistema de cargos*, Toluca: UAEMEX.

Larralde Corona, A. (2011) *La configuración socio-espacial del trabajo rural y las relaciones campo-ciudad de dos localidades del centro de México*, México: UAM-C, Porrúa.

Lefebvre, H. (1968) *El derecho a la ciudad*, Barcelona: Península.

Lefebvre, H. (1996) *Writings on cities*, USA: Blackwell Publishers.

Leonard, A. (2013) *La historia de las cosas. De cómo nuestra obsesión por las cosas está destruyendo el planeta, nuestras comunidades y nuestra salud. Y una visión de cambio*, Buenos Aires: FCE.

Leyva César, M. y Arriaga Ornelas, J. L. (2019) "La defensa del territorio en San Francisco Xochicuatla, México, como una forma contenciosa de la diferencia". En *Derecho y Ciencias Sociales*, 22, pp. 144-166.

Lindón Villoria, A. (1999) *De la trama de cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*, México: El Colegio Mexiquense, El Colegio de México.

Maffesoli, M. (1991) *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en la sociedad de masas*, Barcelona: Icaria.

McKenzie, E. (1994) *Privatopia. Homeowner Associations and Residential Private Goverment*, New Haven: Yale University Press.

Mejía García, E. (2019) *Biografías indigentes: el camino hacia la exclusión social*, Tesis de Licenciatura en Comunicación, UAEMEX. Disponible en <http://ri.uaemex.mx/handle/20.500.11799/104444> [consultada en noviembre de 2023].

Méndez Ramírez, J. J. y Villar Calva, A. J. (2018) “Políticas de vivienda y su efecto en el crecimiento urbano acelerado: el caso de cuatro municipios emblemáticos del Estado de México”. En Hernández Hernández, V. y Ramírez Urrutia, R. (coordinadores). *Vivienda y espacio público, políticas, apropiación y subjetividades*, Ciudad Juárez: UACJ, pp. 31-46.

Millán, S. (2003) “Estructura social y comunidades indígenas: un balance preliminar”. En Millán, S. y Valle, J. (coordinadores). *La comunidad sin límites. Estructura social y organización comunitaria en las regiones indígenas de México*, México: INAH.

Mumford, L. (1961) *The city in history. Its origins, Its Transformations, and Its Prospects*, Londres: Harcourt San Diego, Nueva York.

Naime, A. (2000) *Ciudad invisible*, Toluca: IMC, CONACULTA.

Nivón, E. (1998) “De periferias y suburbios. Territorio y relaciones culturales en los márgenes de la ciudad”. En García Canclini, N. (coordinador). *Cultura y comunicación en la Ciudad de México*, México, UAM, Grijalbo, pp. 204-233.

Nivón, E. (2003) “Las contradicciones de la ciudad difusa”, *Alteridades*, 13 (26), pp. 235-277.

Nurka Javnoson, R., Ruiz Durazo, J. E. y González Rodríguez, J. A. (2017) “Morfología y dinámica familiar de la autoconstrucción en Ciudad Nezahualcóyotl: de casa unifamiliar a vecindad familiar. En De Alba, F. (coordinador) *Las paradojas de la megalópolis. Un debate actual a distintas voces*, México: CESOP.

Organización Internacional del Trabajo (1989) *Convenio 169 sobre los pueblos indígenas y tribales en países independientes*, OIT.

Pérez Vejo, Tomás (2020). “Por mi raza hablará el espíritu... Que hecho piedra habitó entre nosotros: Vasconcelos y la ciudad virreinal”. En Colom González, F. (editor). *Narrar las ciudades. El espacio urbano a través de los textos*, Madrid: Anthropos.

Pola Villaseñor, S., Méndez Lemus, Y. y Leyva, A. (2017) “Acceso al suelo ejidal periurbano: análisis desde el capital social”. En *Economía y sociedad*, XVII (54), pp. 429-460. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11150592007> [consultada en noviembre de 2023].

Portal Ariosa, M. A. (2013) “El desarrollo urbano y su impacto en los pueblos originarios en la ciudad de México”. En *Alteridades*, 46, Departamento de Antropología UAM-I, pp. 53-64. Disponible en: DOI <https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/issue/view/53> [consultada en noviembre de 2023].

Portal Ariosa, M. A. y Álvarez Enríquez, L. (2011) “Pueblos urbanos: entorno conceptual y ruta metodológica”. En Álvarez Enríquez, L. (coordinadora). *Pueblos urbanos. Identidad ciudadana y territorio en la Ciudad de México*, México: Porrúa, UNAM, pp. 1-26.

Randle, P. (1957) *Lewis Mumford y Jean Gottmann, Megalópolis, dos concepciones contrapuestas*, Buenos Aires.

Redfield, R. (1941) *The Folk Culture of Yucatan*, Chicago: University of Chicago Press.

Remy, J. y Voyé, L. (1976) *La ciudad y la urbanización*, Madrid: Instituto de Investigación de Administración Local.

Reynoso, C. (2010) *Análisis y diseño de la ciudad compleja. Perspectivas desde la antropología urbana*, Buenos Aires: SB.

Robichaux, D. (2005) “Principios patrilineales en un sistema patrilineal de parentesco: residencia, herencia y sistema familiar mesoamericano”. En Robichaux, D. (compilador). *Familia y parentesco en México y Mesoamérica. Unas miradas antropológicas*, México: Universidad Iberoamericana, pp. 167-262.

Robles Berlanga, H. (2016) “La pequeña agricultura campesina y familiar: construyendo una propuesta desde la sociedad”, En *EntreDiversidades. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (7), pp. 46-83. Disponible en: <https://www.redalyc.org/journal/4559/455949153003/html/> [consultada en noviembre de 2023].

Ruiz Olabuénaga, J. I. y Ispizu, M. A. (1989) *La descodificación de la vida cotidiana, métodos de investigación cualitativa*, Bilbao: Universidad de Deusto.

Salazar Angulo, Lucio A. (2022) *Estudio sobre las condiciones estructurales del capitalismo global y el consumo de alimentos generadores de obesidad en Mexicaltzingo, Estado de México*, Tesis de doctorado, borrador: UAEMEX.

Salgado Sánchez, R. (2015) “Agricultura sustentable y sus posibilidades en relación con consumidores urbanos”. *En Estudios Sociales*, vol. 23, núm. 45, pp. 113-140. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=42733376005> [consultada en noviembre de 2023].

Sánchez García, A. (1992) *Toluca, los trabajos de la memoria*, Toluca: Ayuntamiento de Toluca.

Silva, A. (1992) *Imaginario urbano, Bogotá y Sao Paulo. Cultura y comunicación urbana en América Latina*, Santa Fe de Bogotá: Tercer Mundo editores.

Singer, P. (1989) *Economía política de la urbanización*, México: Siglo XXI.

Soja, Edward W. (2001) *Postmetropolis. Critical Studies of Cities and Regions*, Blackwell, Great Britain.

Soustelle, J. (1993) *La familia otomí-pame*, México: IMC, UAEMEX.

Stewart, F. (2022) “Horizontal inequalities: A neglected dimension of development”. *QEH Working paper*, 18, Oxford: University of Oxford.

Stewart, F. (2008) *Horizontal inequalities and conflict. Understanding group violence in multierhnic societies*, New York: McMillan.

Tambiah, S. J. (2006) *Magic, science, religión, and the scope of rationality*, New York: Cambridge University.

Trejo, J. A. (2022). *Sobre la categoría de pueblos colonia*, [comunicación personal].

Tilly, C. (2001) *La desigualdad persistente*, Buenos Aires: Manantial.

Tönnies, F. (1979) *Comunidad y asociación*, Barcelona: Península.

UNESCO, (2022). “Gobernanza”. Disponible en <https://es.unesco.org/creativity/indicadores-de-desarrollo/dimensiones/gobernanza#:~:text=La%20gobernanza%20cultural%20abarca%20los,la%20promoci%C3%B3n%20de%20la%20diversidad>, (consultada en mayo de 2022).

Vasconcelos, J. (1982). *Memorias. El Desastre*, México: FCE.

Vázquez-Manguirre, M. (2019) “El desarrollo sostenible a través de empresas sociales en comunidades indígenas de América Latina”. En *Estudios Sociales. Revista de alimentación contemporánea y desarrollo regional*, 29 (53). Disponible en: DOI 10.24836/es.v29i53.717 [consultada en noviembre de 2023].

Vélez, A. y Ferrer, J. (2017) *Movilidad 3.0. Una política pública para vialidades seguras, sustentables e inteligentes*, México: Lexe.

Vizcarra Bordi, I. (2002) *Entre el taco mazahua y el mundo: la comida de las relaciones de poder, resistencia e identidades*, Toluca: UAEMEX.

Wirth, L. (1988) “El urbanismo como modo de vida”. En Bassols, M., y otros (coordinadores), *Antología de sociología urbana*, México: UNAM.



CONSTRUIR LA BIOCRÓPOLIS

Habitar/residir en las escalas urbanas
del Valle de Toluca

de Felipe González Ortiz se terminó de imprimir el 26 de abril de 2024 en los talleres de editorial CIGOME, S.A. de C.V., vialidad Alfredo del Mazo núm. 1524, Exhacienda La Magdalena, C.P. 50010, Toluca, Estado de México. La edición consta de 300 ejemplares.

Análisis e interpretación del sistema antiplagio

María de los Ángeles García Moreno

Corrección de estilo y ortotipográfica

Yeydi López Hernández

Guadalupe Álvarez Martínez

Diseño de forros y formación

Nahualito estudio

Coordinación editorial

Patricia Vega Villavicencio

Por disposición del Reglamento de Acceso Abierto se publica la versión PDF de este libro en el Repositorio Institucional de la Universidad Autónoma del Estado de México.



Publicaciones UAEMEX

Poblamiento y despoblamiento en el Estado de México. Procesos Sociales

Bernardino Jaciel Montoya Arce, Juan Gabino González
Becerril, Bonifacio Doroteo Pérez Alcántara
y José Antonio Soberón Mora

Innovación y empleo en la actividad económica de las regiones de México

Yolanda Carbajal Suárez, Leobardo de Jesús Almonte
y Víctor Hugo Torres Preciado
(Coords.)

La encrucijada ambiental. Enfoques y experiencias en el devenir de los territorios

Carlos Alberto Pérez Ramírez e Isidro Rojel Fajardo
(Coordinadores)

Consulta éstos y otros títulos en el catálogo de
Producción Editorial de la Secretaría de Investigación
y Estudios Avanzados:

ri.uaemex.mx

Felipe González Ortiz

Doctor en Antropología, maestro en Ciencias Sociales y licenciado en Antropología Social. Autor de varios libros, artículos y capítulos con la temática en pueblos indígenas y procesos de urbanización, además de juventudes y grupos vulnerables. Actualmente se desempeña como profesor de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México. Se ha desempeñado en varios puestos académicos y administrativos en la misma universidad, en la Universidad Intercultural del Estado de México y en el Colegio Mexiquense.





CONSTRUIR LA BIOCROPOLIS

Habitar/residir en las escalas urbanas
del Valle de Toluca

“El texto realiza una excelente investigación, para comprender la vida en las metrópolis-megalópolis que a lo largo de las últimas décadas han crecido en torno a la Ciudad de México, al principio ciudades dormitorio, hoy son grandes ciudades que se constituyen en el hábitat de millones de personas.”

Doctora en Antropología Social

Isaura Cecilia García López

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

A partir de la delimitación cultural del territorio se procedió al estudio de las formas de la experiencia del habitar/residir en la metrópoli desde el espacio doméstico, el espacio inmediato a la casa y la metrópoli. Se identificaron distintos hábitats culturales dentro de la metrópoli del Valle de Toluca que pueden cifrarse entre la interface rural, pasando por los pueblos conurbados, las zonas centro, las unidades de interés social y los fraccionamientos residenciales; resulta una metrópoli violenta, conflictiva, contaminante y generadora de malestar cultural, por lo que se propone un cambio de visión que lleve a la construcción del espacio urbano para la vida, es decir, construir la biocrópolis.

ISBN 978-607-633-808-7



9 786076 1338087

Secretaría de Investigación
y Estudios Avanzados